EL IDEAL DEL ALMA FERVIENTE

POR

AUGUSTO SAUDREAU

CANÓNIGO HONORARIO DE ANGERS

OBRA TRADUCIDA DE LA ÚLTIMA EDICIÓN FRANCESA

POR EL

P. VICENTE DE PERALTA

CAPUCHINO

Imprenta de EUGENIO SUBIRANA
Puertaferrisa, 14—BARCELONA—1926

NIHIL OBSTAT:

El Censor: **Agustín Mas Folch, C. O.**

Barcelona, 8 de octubre de 1926.

IMPRÍMASE:

† JOSE, OBISPO DE BARCELONA

Por mandato de Su Excia. Ilma.,
DR. FRANCISCO M.ª ORTEGA DE LA LORENA
Secretario-Canciller

ES PROPIEDAD

COPYRIGHT 1926 BY
AUGUSTO SAUDREAU

29517

DOS PALABRAS DEL TRADUCTOR

El señor don Augusto Saudreau, canónigo honorario de Angers, primer capellán de la Casa central de las religiosas del Buen Pastor, es bien conocido de los que cultivan los estudios místicos, por sus escritos sobre la vida espiritual y los diferentes grados progresivos por los que el alma debe ascender hasta conseguir la perfección cristiana; sobresaliendo, en verdad, entre el gran número de los que hoy escriben de espiritualidad, por la influencia vigorosa, decisiva, bienhechora, afortunada, que en puntos discutidos, o fuera de discusión, ha ejercido en ese ambiente con sus obras.

Esos escritos muy apreciados, leídos y ponderados por lo claro y seguro de su doctrina, por la autoridad que en estas materias, los más competentes le reconocen al señor Saudreau; sus artículos en varias revistas, su celo perseverante por el mayor bien espiritual de las almas, por restaurar la verdadera tradición, desvanecer temores y prejuicios, conseguir que se reconozcan ciertos puntos de vista tradicionales, influir en gran número de conciencias con estímulos y alientos para que no se detengan en el camino hasta alcanzar la perfección; instruirlas, adoctrinarlas en las vías de la gracia, todo eso constituye *la obra* del señor Saudreau.

La afirmación más principal que sustenta y vivifica todos los escritos mayores y más breves del señor Saudreau, es la entrada o paso libre, gradual, suave y progresiva, y eso normalmente, del estado afectivo al de la

unión íntima del alma con Dios, o de la vía iluminativa a la unitiva, de la oración por reflexiones y afectos a la contemplación, del ejercicio de las virtudes teologales y cristianas, con las luces comunes de la gracia, a la práctica de esas mismas virtudes mediante los dones del Espíritu Santo, la transición normal del modo humano de obrar al modo sobrehumano, por la acción directa de las gracias eminentes de los dones; en una palabra, el acceso o tránsito, sin solución de continuidad por ley ordinaria, de lo *adquirido* a lo *infuso* o místico; paso y entrada que no niega Dios a las almas: de probada fidelidad, bien preparadas, bien dirigidas. Tres requisitos muy distintos y esenciales en la doctrina mística del señor Saudreau.

Pues esa fidelidad a la gracia en los diversos grados de la escala espiritual supone serios esfuerzos, generosos y constantes. En la vida sobrenatural de movimiento y ascenso siempre costoso hacia arriba, ¡cuántas obras piadosas no hay que realizar para llegar a ser habitualmente piadoso! ¡Cuántos esfuerzos, propósitos, comuniones, para subir o pasar de la piedad ordinaria al estado de fervor verdadero, y del de fervor al de la vida perfecta! Bien lo conoce y describe el señor Saudreau en sus obras, y por eso su doctrina, conforme en esto con la tradición es muy seria, sin paliativos ni diminutivos, y a la vez estimulante: exige mucho de las almas decididas, y tambien les promete mucho de parte de la gracia.

¡El ideal del alma ferviente! El estado de fervor y el de perfección son dos moradas inmediatas, dos mansiones próximas o vecinas.

¡Pero qué diferencia tan notable entre las almas fervorosas y las perfectas! *Proximus, sed longo proximus intervallo.* Pues en las almas fervientes hay más hervor

que firmeza, más sinceridad de sentimientos para la abnegación total, que realidad y verdad en la práctica constante de esa renuncia absoluta, más aspiraciones y elevadas miras de perfección, que perfección realmente adquirida. Adquirir esta perfección, ascender del estado de fervor a la vida perfecta, debe ser el nobilísimo ideal del alma ferviente. A que lo realicen el mayor número posible de estas almas fervientes, encamina el señor Saudreau en este libro sus esfuerzos, los estímulos de su unción y acreditado celo, los conocimientos acumulados con el estudio de los grandes maestros, la práctica y experiencia de las almas, la dirección de las conciencias en largos años de ministerio, coronado con los más felices resultados.

Noble y meritorio es por cierto desplegar mucho celo por la gloria de Dios en la salvación de las almas; agradable a la bondad divina el convertir un pecador; más grato aún el hacer de él un justo realmente piadoso; lo es mucho más el levantarlo al estado de las almas fervientes; pero lo que agrada y complace a Dios en gran manera es el conducir a un alma justa, piadosa, ferviente hasta la cumbre de la vida perfecta. Dios consoló a San Alfonso de Ligorio enviándole este recado: «Dile de mi parte cuanto me agradan sus afanes por la conversión de los pecadores, y, en especial, los sacrificios que se impone por guiar los justos a la perfección del amor divino, pues los perfectos son, sobre todo, los que me glorifican, y por ellos dispenso al mundo mis grandes misericordias» [1].

1. La presente obra está traducida y en venta hace un año en italiano; se prepara la traducción alemana, y pronto saldrá en lengua inglesa; es decir que en pocos años desde la primera edición francesa (1920), va a ser conocida y leída en las principales lenguas europeas.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

Si estudiamos a fondo los autores de espiritualidad se observa una diferencia notable entre la enseñanza de los antiguos maestros y la que nos ofrecen la mayor parte de los autores modernos. Unos y otros enseñan que la perfección no se puede adquirir sin el auxilio de la gracia, y que exige muy serios esfuerzos del alma: es la doctrina católica admitida por todos; pero los modernos dan a conocer, sobre todo, la parte de la voluntad para conseguir la perfección; casi no hacen otra cosa que exponer las luchas que el alma debe sostener contra sus defectos, y las virtudes en que se ha de ejercitar; no se dedican a mostrarnos los auxilios poderosos que Dios suministra a las almas que le son muy fieles, los frutos preciosísimos que consiguen. Los autores antiguos insisten, más especial, en la parte de la gracia, mostrando con preferencia los efectos maravillosos que obra en las almas generosas, las luces que comunica, el desasimiento que produce, el trato con Dios, dulce, familiar, lleno de amor, tan posible a la gracia; pintan, en fin, con vivos colores la felicidad de la vida perfecta.

Así Clemente de Alejandría, que declara recibir su doctrina de los discípulos de los Apóstoles, habla, muy por extenso, del gnóstico, o sea, del hombre sabio en ciencia sobrenatural, e ilustrado por Dios; hace resaltar su entero desasimiento, su total dejación, la paz profunda que goza, sus grandes virtudes, su perfecta semejanza con Dios.

Dionisio el Místico, cuya doctrina fué siempre tan estimada de los santos y doctores, y que tanto insistió en las tres fases de la vida espiritual: purgación, iluminación, unión, vuelve con frecuencia a esa ciencia inefable y elevada que Dios concede a las almas fieles en verdad, y a la unión llena de amor que Dios establece entre el alma y Él.

San Máximo, Talassio, Hesiquio, hablan también hasta con entusiasmo de la unión inefable del alma con Dios y de los frutos virtuosos que produce.

Casiano, que influído por el error de los semipelagianos, tiende a exagerar la parte de la voluntad y a disminuir la de la gracia, después de afirmar el enlace grande que existe entre la perfección de la oración y la perfección de la virtud, traza un cuadro muy bello de la perfecta oración, donde el alma se engolfa en la contemplación de la Divinidad, y se une íntimamente con Dios por oración continua, que es el ejercicio de puro amor, y declara que este es el fin que el siervo de Dios ha de proponerse, y el don que Dios concede a las almas generosas (Conf. IX y X).

San Gregorio enaltece igualmente las ventajas de la vida perfecta, por la cual entiende el alma más de lo que puede explicar, donde recibe más de lo que puede pensar, en la que es favorecida con una paz inalterable, suelta ya de los deseos terrestres, y fortificada en la práctica de las virtudes.

San Bernardo, en su tratado *De la Conversión,* convida al pecador convertido, ya lloradas y reparadas sus faltas, con el deseo de los bienes espirituales, paraíso de delicias interiores: *paradisum voluptatis internae.*

Si lo busca fielmente, lo hallará, como un jardín cubierto de hermosas flores, en el cual se respira una fres-

cura que encanta; porque, dice, no nos engañó quien dijo: tomad mi yugo... y hallaréis descanso en vuestras almas (Cap. 12, 13, 14). En sus preciosos sermones sobre el «Cantar de los Cantares» se expresa en términos los más conmovedores sobre el beso divino, describe con frecuencia y verdadera complacencia todos los favores que contiene este beso, las visitas que el Esposo divino hace al alma, las gracias que le comunica, las virtudes de que la enriquece.

Asimismo, Ricardo de San Víctor, de gran autoridad en la edad media, como maestro de espíritu, el autor de la *Escala claustral,* tan apreciado por el P. Suárez, los autores de los tratadillos *Paradisus animae, De adhaerendo Deo,* San Buenaventura y otros muchos, se complacen en declarar las grandes ventajas de la vida interior y perfecta.

En los grandes místicos del siglo XIV, Rusbroek, Tauler, Suso, encontramos los mismos estímulos. También éstos gustan de comentar las palabras del Espíritu Santo: Gustad y ved cuan suave es el Señor; bueno es para mí adherirme a Dios: *Gustate et videte quoniam suavis est Dominus... Mihi adhaerere Deo bonum est.* Tauler, en especial, es incansable en repetir, con formas siempre nuevas, esta gran verdad: entrégate todo a Dios, y Dios se dará del todo a ti; renuncia tu voluntad por la suya, y Dios hará la tuya; déjate en Dios totalmente, y Dios proveerá de todo lo necesario a ti, corporal y espiritualmente, con magnificencia y liberalidad tal como todas las criaturas juntas no podrían ofrecer.

El autor de la *Imitación* se complace en repetir que el alma de verdadera vida interior, y entregada totalmente a Dios, recibe muy buenos pagos de todos sus sacrificios aun en este mundo: frecuentes visitas al hombre

interior, hablas suavísimas, consolaciones agradables, tranquilidad inagotable, familiaridad estupenda en demasía (L. II, c. 1).

San Ignacio, escribiendo a San Francisco de Borja (1548) le induce a esforzarse por conseguir del divino maestro sus dones sagrados, como el don de lágrimas, el gozo, la paz espiritual, los consuelos intensos, etc., sin cuyos dones nuestros pensamientos, palabras y obras son imperfectos, tibios y turbios. Y San Ignacio estaba bien confiado de que les serían concedidos a sus discípulos, pues dice en las *Constituciones:* «Cuanto a los religiosos ya del todo formados, damos por seguro que serán hombres espirituales, no andarán, correrán el camino de Dios. Inútil pues señalarles nada en asunto de oraciones, meditaciones, penitencias. Una sola regla: amor y discreción, con la aprobación de los superiores». «Tenía, pues, la seguridad S. Ignacio, escribe el P. Brou, de que sus hijos saldrían de los años de la formación, tan hechos a la oración que no necesitarían otra guía que la del Espíritu Santo, comprobada por la obediencia». (*Spiritualité*, etc., II, p. 23).

Santa Teresa toma también muy a pechos el manifestar lo que el autor de la *Imitación* llama maravillosos efectos del amor divino. Pues dice de los que se entregan a Dios sin reserva: «Estos son siempre sus hijos predilectos y los querría ver siempre a su lado, de los cuales no se aparta Dios un momento, porque ellos no quieren separarse de Él. Los asienta a su mesa, les ofrece los manjares con que Él se alimenta. Hasta se quita el bocado de la boca, como suele decirse, para dárselo a ellos» (*Camino*, c. 16, ed. crít., p. 77).

San Juan de la Cruz no hace otra cosa en todas sus obras que declarar la vía unitiva con sus gracias tan

preciosas de la fe y el amor infusos, mostrando a la vez los verdaderos caminos o medios para llegar a ella, conservarla y progresar en ella, describiendo esta vía de amor con tales colores, que no se puede menos de apreciarla grandemente y desearla vivamente.

San Francisco de Sales escribió su libro *El amor de Dios*—para las almas adelantadas en la devoción.—Es un tratado completo del camino de amor, o vía unitiva, en el cual indica y describe cuales son los sentimientos, los estados interiores, las maneras de oración, las virtudes admirables de los que lograron el perfecto amor.

En la obra poco extensa, pero muy sustancial, donde los discípulos del P. Lallemant condensan su doctrina, todo se encamina a la perfección: su naturaleza, excelencia, grandes ventajas, lo que nos impide adquirirla, los medios más seguros para esto, los frutos del Espíritu Santo, las virtudes que Dios comunica a las almas muy interiores. El P. Surín, discípulo de Lallemant, recuerda sin cesar las riquezas espirituales y todos sus grandes bienes como porción o dote de las almas perfectas.

El Diálogo de Santa Catalina de Sena, conjunto de luces recibidas del Padre Eterno, dadas a conocer en sus éxtasis, contiene largas y hermosas descripciones del estado unitivo, de las luces comunicadas a las almas unidas, de sus obras, sus grandes virtudes y raros privilegios del perfecto amor. Bellas páginas también sobre las disposiciones de las almas perfectas en las revelaciones de Santa María Magdalena de Pazzis [1].

1. En los *Etudes* (5 mayo 1913) el P. Grandmaison confirma lo que vamos afirmando, con una advertencia muy justa: «Todos los maestros de espíritu han ensalzado los primeros grados de la vía mística, inferiores al éxtasis, poniendo en ese camino a sus discípulos. En esto, ninguna diferencia de escuela, ningún aviso divergente. Los parti-

¿Por qué todos estos grandes maestros y otros muchos, muy largo de citar, ponen tal empeño en presentar a sus discípulos el cuadro de las mercedes que el Señor concede a los que le están unidos con verdadero amor? Es con el fin de excitar su celo, de hacerlos valerosos, resueltos y constantes en las peleas necesarias para alcanzar la perfección. Cuando los hebreos llegaron a corta distancia de la tierra prometida, ordenó Dios que fuesen enviados al país de la conquista doce exploradores. A todas luces quería Dios que a la vuelta de la tierra explorada, país magnífico que manaba leche y miel, enardecieran a los israelitas, e inflamaran su valor. Esta misma razón impulsó a los grandes maestros a trazar magníficas pinturas de la vida perfecta. Santa Teresa lo dice claramente: «¿Para qué pensáis, hijas, que he pretendido declarar el fin y mostrar el premio antes de la batalla, con deciros el bien que trae consigo llegar a beber de esta fuente celestial de esta agua viva? Para que no os congojéis del trabajo y contradicción que hay en el camino, y vayáis con ánimo y no os canséis; porque, como he dicho, podrá ser que después de llegadas, que no os falta sino bajaros a beber en la fuente, lo dejéis todo y perdáis este bien, pensando no tendréis fuerza para llegar a él y que no sois para ello» *(Camino*, c. 19). Como lo nota en otra parte esta gran Santa, son necesarios estos estímulos porque la total renuncia es muy pesada a nuestra pobre naturaleza; sólo el pensamiento de los bienes que reporta puede fortalecer nuestra alma: «trabajo grande parece todo, y con razón, porque es gue-

darios más convencidos de la meditación propiamente tal, los más determinados intelectualistas, un Santo Tomás, un San Ignacio, no hablan de otra manera que un San Francisco de Asís, o el autor de la *Imitación*.

rra contra nosotros mismos; más comenzándose a obrar, obra Dios tanto en el alma, y hácela tantas mercedes, que todo le parece poco, cuanto se puede hacer en esta vida. Parece gran rigor, porque no se dice, qué gustos y deleites trae consigo esta contradicción, y lo que se gana con ella, aun en esta vida» *(Camino,* c. 12).

Los autores modernos casi nunca describen los preciosísimos frutos del amor perfecto; dan, es cierto, excelentes consejos; pero no ofrecen al alma estas esperanzas fortalecedoras, no hacen brillar a sus ojos los esplendores de la tierra prometida, ni describen la belleza de sus paisajes, su clima suave, lo delicioso de sus frutos. Suministran abundantes reglas para la vía purgativa y la iluminativa, enseñan a hacer progresos en esas dos vías, pero no tratan, o poquísimo, de la vía unitiva, no dan a conocer sus encantos, ni despiertan en las almas vivos deseos de ella. Para servirnos de un símil de San Juan de la Cruz, enseñan a subir los escalones que conducen a los aposentos reales, pero no declaran los favores que hace el rey a los que admite a su intimidad, ni les dicen lo que han de hacer al entrar en la cámara del Amado Dueño. No hablar de esto, dicen, porque las ilusiones son mucho de temer; procurad solamente subir bien la escalera; y aún hablar de este modo a los mismos que ya la subieron y se hallan cerca del Rey.

¿Cual es la causa de esta diferencia tan notable? Nos parece cosa cierta que si estos autores no declaran con la misma complacencia que los antiguos el estado unitivo, es porque no lo conocen del mismo modo. Hemos indicado en otra parte (*Vie d'Union*, 3.ª ed.), cómo en el siglo XVI, teólogos de talento, siguiendo al célebre Melchor Cano, tuvieron prevenciones lamentables contra la espiritualidad en general, y particularmente contra la

mística, a la cual combatían con más celo que prudencia. Alucinados por un temor excesivo del iluminismo, del quietismo, lanzaron suspicacias sobre las enseñanzas de los mejores autores espirituales, y formaron escuela; porque de esta época data la desdichada resistencia a los verdaderos principios de la mística y la alteración de la doctrina tradicional. Este movimiento se acentuó también a fines del siglo XVII y durante todo el XVIII. Desde entonces muchos autores desconocieron la verdadera noción de la vía unitiva; ignoraron sobre todo el papel importante y decisivo que los dones del Espíritu Santo representan en la misma vía. Los antiguos explicaban los progresos de las almas enteramente fieles por las gracias místicas, gracias según ellos, de luz y amor, gracias de luces procedentes de los dones de inteligencia, ciencia y sabiduría que iluminan al alma y perfeccionan su fe; gracias de amor infuso, amor no razonado, pero intenso y puro, que fortalece al alma fiel, y la conserva unida estrechamente con Dios. Los modernos al contrario, atentos a disminuir el entusiasmo excesivo por los favores místicos, se atuvieron a rebajar su importancia, y llegaron por ese camino a dar de ellos una idea muy diferente; los presentaron como gracias *gratis datae*. Tales gracias, útiles para el bien del prójimo, no se enlazan con la perfección del que las recibe; pueden ser estímulos; jamás medios; son puramente accesorias, y, aún diríamos, superfluas. «Por nuestros esfuerzos, por nuestra fidelidad, ayudados de la gracia podemos alcanzar las alturas de la santidad a donde las almas místicas son llevadas por la acción de Dios [1].» Estas palabras que

1. Observación del teólogo anónimo que ha anotado las obras de Sor María Amada de Jesús. T. I, c. X, p. 104.

citamos de un teólogo contemporáneo son un buen resumen de lo que hoy enseñan la mayoría de los autores modernos. De lo cual se sigue, dicen ellos, que se puede conseguir una perfección muy alta, mediante la meditación, lo mismo exactamente que por medio de otras oraciones más elevadas en las cuales se ejercitan las gracias místicas.

Por la misma razón apuntada llegan estos autores a enseñar que hay dos vías unitivas bien distintas, la una extraordinaria, a la cual no hay que aspirar, y es la favorecida con gracias místicas; la otra ordinaria, y bien se puede desear, y a la que el alma llega por sus propias fuerzas y los auxilios de la gracia común concedida a todos, a los principiantes como a los perfectos, a los frágiles como a los muy generosos. Dejando lo que llaman vía extraordinaria a los autores que escriben tratados especiales sobre los favores singulares como visiones, revelaciones, etc., no tratan en sus exhortaciones, en los libros de espiritualidad sino de la vía unitiva ordinaria. Y la describen como una vía en la que el alma ha sometido enteramente su voluntad a la de Dios, lo cual es muy exacto. Esto declarado, no tienen más que añadir a lo ya expuesto en la vía iluminativa, porque según ellos no se distinguen ambas vías sino por una mayor firmeza en la práctica de la virtud, propia de la vía unitiva.

Este cambio en la enseñanza de la espiritualidad nos parece lamentable, y por tanto, muy oportuno el volver a la doctrina tradicional. Pues lo mejor que puede hacerse es seguir a los antiguos maestros. Cuanto más comprendan las almas la hermosura y las ventajas de la perfección, más la desearán, más generosos sus esfuerzos, mayor el número de los perfectos.

El objeto de la presente obra es promover la aspira-

ción a la vía unitiva. Dar a conocer que las almas unidas son muy gratas a Dios, manifestar que Dios las trata como privilegiadas, y alcanzan de Él esas gracias especiales que conducen a las virtudes perfectas, declarar cuán poderosas son dichas almas para el bien, enseñar lo que importa hacer para llegar al estado de unión; tal es el intento de nuestra obra. Parece llegada la hora en que según los designios de la Providencia, debe establecerse en el mundo el reino del Corazón de Jesús. Inspirando al Papa Pío X sus memorables decretos sobre la frecuente comunión, Jesús ha manifestado que quiere comunicarse a sus hijos con abundancia. Grandes son los frutos cosechados; hemos de esperar mucho mayores. Más para que Cristo extienda su reinado, es necesario, en primer lugar, que el número de sus verdaderos amigos, el de los que Jesús convierte en principales instrumentos de su gracia, sus más poderosos auxiliares, se multipliquen en la Iglesia más y más. Así gracias a éstos, vendrán a la verdadera fe mayor número de infieles, veremos más conversiones de pecadores, aumentará el número de cristianos piadosos en verdad, las almas del purgatorio recibirán mayores alivios, el gozo será grande en el cielo; y Dios logrará de sus hijos inmensa cosecha de gloria.

PRÓLOGO
DE LA SEGUNDA EDICIÓN

El movimiento de retorno a la espiritualidad tradicional que va aumentando en todas partes, suscita todavía algunas contradicciones. Por esto nos parece útil reproducir aquí ciertas observaciones ya públicas *(Ami du Clergé*, 8 de marzo de 1923) y que excelentes jueces en esto las creyeron muy propias para elucidar las cuestiones controvertidas.

Si existe en la Iglesia, perpetuamente a través de los siglos, esa gran unidad de doctrina que denuncia la mano de Dios, hay también, al correr de los tiempos, variaciones importantes dignas de observación, y de tenerse muy en cuenta, si se quiere eludir todo error. Admitiendo las mismas verdades fundamentales, las generaciones que se suceden no ven siempre con la misma claridad algunas otras que la Iglesia no ha impuesto rigurosamente a sus fieles, ya porque en ciertas épocas son menos estudiadas, ya porque están medio cubiertas por prejuicios muy extendidos, o por doctrinas inexactas aceptadas en general. ¿No hemos visto doctrinas filosóficas de grandes teólogos tan necesarias a quien quiera tener un conocimiento exacto y ahondado de nuestros dogmas, ignoradas o desconocidas por siglos, y sustituídas por el cartesianismo y ontologismo? ¿No hemos visto la doctrina de la infalibilidad del Papa, a la que la edad media no puso en tela de juicio combatida por los doctores galicanos? ¿No hemos visto en las mis-

mas épocas, a una moral rigorista reemplazando a la moral más exacta de los autores de la edad media, y los errores del liberalismo, no admitidos en otros tiempos, extraviar un gran número de católicos?

Después, estos errores fueron desvanecidos, la verdad lució con más brillo, y la Iglesia ha ganado mucho con la vuelta a las doctrinas tradicionales.

La proclamación del dogma de la infalibilidad tenida como inoportuna por cristianos tímidos, ha estrechado los lazos que unen a los fieles con su Padre común, y en muchas circunstancias especialmente en Francia, cuando lo de la Separación, los encontró mucho más unidos y más fuertes contra sus enemigos: es fácil que jamás en las mismas ocasiones se haya presenciado tal unanimidad que pasmó y desconcertó a los perseguidores. El retorno a la filosofía cristiana afianza muchas inteligencias vacilantes, y ha facilitado el estudio de los grandes teólogos y el renacimiento esplendoroso de todas las ciencias sagradas. La exégesis repuesta en su honrosa categoría, permite conocer como nunca el verdadero sentido literal de la Sagrada Escritura. La historia estudiada en sus fuentes nos manifiesta con mucha mayor seguridad, ya la mano de Dios en los acontecimientos, ya la parte muy grande que toca a la miseria humana. El estudio de las leyes sociales guiado por las enseñanzas luminosas de León XIII, dió a conocer mucho mejor las relaciones que deben existir entre el Estado y los ciudadanos, entre los patronos y los obreros. La liturgia cultivada hoy con amor ayuda a los sacerdotes y los fieles a desempeñar y cumplir mejor la obligación tan principal de orar. Las empresas del Santo Pontífice Pío X preparando una legislación muy renovada, conduciendo hasta los niños a la sagrada Mesa para unirse

con mucha frecuencia al Autor de toda gracia, es presagio feliz de mejores tiempos para la Iglesia.

Hoy por hoy el estudio de la mística es el que parece estar más particularmente en boga. Pero si son muchos los que le han cobrado gran interés o afición, existen muchos aun que extrañan y miran con recelo escéptico y desasosiego esta renovación mística. ¿Para qué tanto discutir sobre lo totalmente misterioso e imposible de conocerse bien? Así unos; a qué conduce, dicen otros, averiguar lo reservado a cortísimo número de almas privilegiadas, y nada práctico al común de los mortales, desde que se puede fácilmente alcanzar la perfección sin tal género de gracias?

Objeciones o reparos infundados que merecen su respuesta: No, no es difícil conseguir una idea exacta del estado místico, de las gracias místicas. Pues tales gracias son el medio ordinario de que se vale Dios para conducir las almas a la perfección; lo que importa y mucho es saber cómo se han de preparar para recibirlas, como las han de aprovechar los que las reciben, muy mayor número del que se piensa.

La doctrina mística fué expuesta por autores cuyos libros, muy recomendados por la Iglesia, hicieron y pueden siempre hacer mucho bien. Tales son los padres griegos y latinos. Clemente de Alejandría, Dionisio el místico, San Máximo, Casiano, Gregorio el grande, San Bernardo, Ricardo de San Víctor, Alberto Magno, Santo Tomás, San Buenaventura, Tauler, Suso, Rusbroek, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, Santa Juana de Chantal, el P. Lallemant, Libermann y tantos otros. ¿No es agraviar a tales doctores pretender que nada se puede sacar en claro o en limpio de sus descripciones del estado místico, que han de pasar

muchos años—hasta siglos se ha dicho—para que lleguemos a saber lo que son las gracias místicas, y cual su relación con la perfección? No, todos esos grandes maestros no son autores nebulosos, indescifrables [1]; leyéndolos con atención se llega fácilmente a esta consecuencia, que las gracias místicas son gracias eminentes que envían al alma directamente, sin razonamientos, lumbres de fe y un amor en ejercicio, precioso en extremo. Son pues, luz y amor, alcanzados, no según el modo ordinario del espíritu humano o el del razonamiento, sino de un modo sobrehumano [2].

La existencia de estas gracias es hoy admitida por todos, lo cual es gran satisfacción para los autores que han trabajado por rehabilitar esta doctrina de los grandes maestros. Aun los que rehusan reconocer en ella las gracias místicas o los que vacilan todavía, proclaman en voz alta que admiten estas gracias eminentes derivadas de los dones del Espíritu Santo en acción; reconocen que ellas son la causa de «una contemplación en la que el alma es más pasiva que activa» y que sin

1. Quien no los entienda consulte a los contemplativos. Cosa fácil, porque éstos los saben entender, y Santa Teresa afirma en varias ocasiones que son numerosos; y declara además que si las explicaciones de ella misma quedan bien oscuras a los lectores inexpertos, y muy claras para los experimentados (Vida, X, XII; Moradas, IV, 1).

2. Los términos *supra humanum modum* son de Santo Tomás en muchas de sus obras; pero la idea es de todos los grandes místicos, en especial de Santa Teresa (Carta al P. Álvarez; Vida, X, XII, XIV; Camino, 31, 32; Moradas, IV, 3); de San Juan de la Cruz, varias veces; de San Francisco de Sales (Amor de Dios, L. V, 2), que ponen cabalmente esta diferencia: fe y amor obtenidos por razonamiento, fe y amor producidos directamente por Dios sin discursos, como estableciendo la distinción de esos dos estados. Si Santo Tomás no repitió aquellos términos en la Suma, *enseña en ella con otros términos la misma doctrina*, que realmente es la tradicional, confirmada por la experiencia de todos los días.

tales gracias la unión perfecta con Dios no se verificaría jamás. No traen pleito, —¿y como traerlo? — sobre estas gracias como concedidas a las almas generosas en verdad, y que ellas son las que nos hacen capaces de practicar perfectamente las virtudes. Pero de estas gracias solo hablan cuando se les fuerza a reconocer su existencia; lo ordinario es el silencio sobre ellas. Ahora bien; es importantísimo señalar a las almas estas gracias tan estimables, para acrecentar sus bríos, y para enseñarles cómo deben conducirse cuando las comienzan a recibir.

Permítaseme una alegoría.

Dos esquifes o lanchas surcan el océano al impulso de los remeros. Cada una está provista de un mástil, pero las velas no están colgadas, sino ocultas en la sentina. El patrón de una de las barcas parece que ignora la existencia de estas velas; manda a sus marinos, que también lo ignoran, remar valientemente porque el trayecto de mar donde se hallan jamás es movido por los vientos, y todos imaginan que será lo mismo en toda la travesía. Los hombres de remo reman por deber, mas sin gran aliento; a la menor fatiga aflojan, y la barquilla camina muy poco. El patrón del otro barco, dice a sus hombres que cuenta con excelente vela, que tengan ánimo y constancia para llegar a puntos muy apartados, donde hallarán vientos regulares; y les enseña como deberán hacerlo para extender las velas y guiar la barca. Así les dice que su trabajo será más soportable y el viaje mucho más grato y veloz. Ávidos de disfrutar de estas ventajas los remadores reman con más valor y perseverancia, y entran en la región de los vientos favorables, extienden las velas y llegan a un país afortunado, que no verán los marinos del otro barco.

Los amigos de la mística proceden como este patrón;

la doctrina que enseñan, bebida en los grandes doctores ya mencionados, es mucho más estimulante que la prevalecida del siglo XVII al XX.

Veamos, por ejemplo, a Santa Teresa. En todas sus obras muestra que nos debemos dedicar con gran ahinco a la oración, especialmente a la mental y al recogimiento que la continúa, a la mortificación, a la humildad; y siempre promete a estos esforzados perseverantes las gracias místicas las cuales les infundirán las mismas virtudes, sí, pero dadas directamente por Dios, y mucho más perfectas. Y lo promete no sólo porque su experiencia y conocimiento de las almas le enseñaba que, de hecho, estas gracias no son negadas a los corazones generosos; sino porque, según dice muchas veces, Nuestro Señor las ha prometido él mismo, invitándonos a todos a recoger, cerca de él, esta suerte de gracias; por lo cual querría, dice, recordar sin cesar a sus Hijas esta invitación y esta promesa del Salvador [1].

Sin esta acción directa de Dios, infundiendo en el alma la fe ilustrada y el amor puro, que impulsan a santas obras, sin tal moción, la misma que pone al alma en la oración contemplativa, Santa Teresa no cree posible la práctica perfecta de las grandes virtudes. Oigámosla: «Dicen por ahí algunos libros que hemos de estar indiferentes a lo malo que digan de nosotros, alegrarnos aún

1. Camino, XIX, XX, XXI, XXIII. Estas memorables palabras de Jesús, *si quis sitit*, prometen ciertamente a las almas deseosas los bienes celestes: las gracias eminentes y muy superiores a las gracias comunes, pero gracias normalmente concedidas a la fidelidad y a la generosidad. Los que piensan que Santa Teresa entiende, como muchos autores modernos, que esas gracias contemplativas son favores accesorios, extraordinarios, y por tanto, para solos unos pocos privilegiados, la ponen aquí en contradicción manifiesta, le atribuyen un error grosero.

más que si hablaran bien, hacer poco caso de la honra, estar despegado de sus parientes... y tantas otras cosas por el estilo. *Yo creo, que estas cosas son puros dones de Dios, estos bienes son sobrenaturales* (*Vida*, 30)». Sobrenatural, es la palabra que suele emplear al caracterizar las oraciones contemplativas. Santo Tomás había dicho: *supra humanum modum*. Luego declara que cuando uno se ve lejos de esta disposición, en vez de desalentarse, debe entregarse confiado a Dios y darse más a la oración; pues como escribe siempre que trata de esto, dedicándose a la oración y esforzándose por vivir con pureza, se alcanzan las gracias contemplativas, y se entiende como el verdadero amor de Dios es dueño de todos los elementos, y del mundo entero La meditación nos ayuda algo, poco, e imperfectamente, dice la Santa; aún cuando por nuestros esfuerzos lleguemos en ella a gustar cierta suavidad espiritual como sucede en la oración afectiva, no es esto el agua viva de la fuente del cielo, es agua mezclada con lodo: «mas en la oración sobrenatural, el Señor se acerca al alma, y en un momento, le enseña más verdades, y le da sobre la nada de todas las cosas más luz de la que pudiera ella adquirir en muchos años por la vía ordinaria» (*Camino*, c. XIX). Y en el XII había dicho: «Si hay punto de honra o de hacienda, aunque tengan muchos años de oración, o por mejor decir, consideración, nunca medrarán mucho ni llegarán a gozar el verdadero fruto; la perfecta oración quita estos resabios». Otras veces señala la práctica perfecta de las virtudes como la mejor prueba de que un alma se halla en la vía contemplativa o mística. «Es cosa muy cierta, desde que el alma está vacía de todo lo criado, y despegada por el amor divino, Dios la llena necesariamente de sí mismo.» Y entonces, siempre, según

Santa Teresa, se obra la unión mística, la unión con el Espíritu increado, y el alma recibe los preciosos efectos de ella, las virtudes más perfectas (*Mor*. VII, 2; V, 2).

Tal es la excelente doctrina de Santa Teresa. Nos fundamos en ella, porque los que quieren permanecer fieles a las teorías modernas, de que las gracias místicas son mercedes más colmadas fuera del curso normal, no prometidas por Dios a nadie, a las que no se debe aspirar, quieren también apoyarse en la Santa y dicen que forman escuela teresiana. No, no, con certeza lo decimos: su doctrina no es la de Santa Teresa.

Tampoco es la de San Juan de la Cruz. Esto nos lo conceden más fácilmente: reconocen que «gravitamos al rededor de Santo Tomás y de San Juan de la Cruz». Pero hacemos más que gravitar al rededor de ambos; reproducimos su doctrina, repetimos lo que dijeron.

San Juan de la Cruz (*Subida*, L. I), exhorta con ahinco al alma que desea llegar a la perfección, a practicar la mortificación de todas las inclinaciones naturales. Y después afirma con Santa Teresa, que sólo por sus esfuerzos, aunque ayudados de la gracia común, con sus discursos, si bien apoyados por la fe, el alma no consigue la perfección; pero cuando por una renuncia generosa ha hecho en sí misma el vacío de todo lo natural, Dios la llena de lo sobrenatural, es decir, de lo sobrehumano, de las gracias místicas [1]. El Santo no se sacia

1. Esta luz (la que da una idea muy alta pero general de las perfecciones de Dios) no falta nunca en el alma (esto es claro, pues el alma purificada posee los dones del Espíritu Santo, de los que procede esta luz). Pero por las formas y velos de criaturas con que el alma está velada y embarazada, no se le infunde. Que si quitase estos impedimentos y velos... se transformaría en la sencilla y pura sabiduría divina... Porque faltando lo natural al alma ya enamorada, luego se infunde lo divino natural (normal) y sobrenaturalmente. — Subida, II, 13.

de repetir que este sobrenatural es un conocimiento nuevo de Dios, una ciencia amorosa, «por la cual Dios se une al alma en grado elevado» (*Subida,* II, 22). «Dios no comunica jamás la sabiduría sin juntarla con el amor» (*Noche,* II, 12). «El alma se va llenando de ellos sin razonar, sin actos» (*Llama,* 3, 3). «Mientras no reciba este nuevo nacimiento en el Espíritu Santo, no podrá alcanzar este reino de Dios, que es la perfección» (*Subida,* II, 4). Pues, «con los raciocinios y la imaginación sólo se logra escaso provecho» (*Llama,* 3, 3). Antes de recibir este conocimiento nuevo y este amor infuso, el alma es siempre muy endeble; sus virtudes envueltas en muchas imperfecciones (*Noche,* L. I).

Mas cuando Dios infunde en el alma este sentimiento nuevo y un nuevo amor para amar a Dios en Dios, el alma se reviste de una fortaleza nueva, sobrenatural, en todas sus facultades, y tal, que en vez de obrar humanamente, obra divinamente (*Subida,* I, 5). Por eso dice San Juan de la Cruz que estas gracias producen el efecto de «transformar el alma en el estado de perfección» (*Subida,* II, 13), y la presenta como cada vez más pasiva bajo la acción de Dios, el cual la mueve a practicar perfectamente la fe, la esperanza, la caridad y todas las virtudes.

Esta doctrina concuerda muy al justo con la que enseña San Francisco de Sales. El cual muestra bien en la *Vida devota,* cómo se practican las virtudes antes de recibir las gracias místicas.

En el Tratado del *Amor de Dios,* declara al principio que «la leche, manjar cordial, todo de amor, representa la ciencia y la teología mística, o sea el sabor dulce procedente de la complacencia amorosa que *recibe* la inteligencia, y vale incomparablemente más que el vino

exprimido de los razonamientos humanos» (Lib. V., c. 2). En el libro VI enseña lo que es este amor místico. «Este amor recibido nos hace contemplar» (c. 3), y la contemplación, que es el fruto del amor perfecto, es «el fin y blanco de todos los ejercicios» (c. 6). Luego explica admirablemente, qué es esta contemplación: describe el recogimiento infuso, la quietud sabrosa o árida, que produce el sentimiento de divina presencia, o tambien «sin señal alguna de esa presencia» [1]. Sigue exponiendo las virtudes perfectas que el amor divino nos mueve a practicar, porque «vivifica todas las virtudes, las hace ardientes, amables y sobreamables» (L. 11, c. 14). Por el amor se ejercitan los dones del Espíritu Santo «Así la caridad es como otra escala de Jacob compuesta de siete dones, o escalones, por los cuales los hombres angélicos suben de la tierra al cielo para unirse al pecho de Dios omnipotente... En la cima de la escala está Dios inclinado hacia nosotros, y así nos da el beso de amor; y nos concede tomar los sagrados pechos de la caridad, mejores que el vino... gozando deliciosamente estos amorosos favores», ejercitamos con el prójimo las obras de celo y del amor fraternal (L. 11, c. 15). El Santo, en fin, declara que la caridad es «alegre, pacífica, benigna, paciente, bondadosa, longánime, dulce, modesta, fiel, casta, continente, o sea, que el amor divino comunica un gran gozo y consolación interior con una paz grande de corazón» y así facilita la práctica de todas las virtudes (L. XI, 19).

También es idéntica la doctrina enseñada por esa

1. San Francisco de Sales, como tampoco los demás maestros, no cree que el sentimiento de la divina presencia sea esencial al estado místico. Da a entender claramente que hay estados místicos donde está ausente tal sentimiento.

admirable escuela que fué en el siglo XVII la gloria de la Compañía de Jesús. «El camino más breve y seguro para alcanzar la perfección, dice el P. Lallemant, es el procurar la pureza de corazón, más que el ejercicio de las virtudes, porque Dios está pronto para concedernos toda suerte de gracias, mientras no les pongamos obstáculos» (Doctrina, III, princ., a. 2). «De dos personas que se consagran al mismo tiempo al servicio de Dios, una se dedica de lleno a las buenas obras, la otra se aplica totalmente a purificar su corazón, a extirpar todo lo que en ella se opone a la gracia, ésta última llegará mucho antes a la perfección que la primera» (Princ. 4, c. 2, a 1). «Los que caminan hacia la perfección por la vía de prácticas y actos metódicos, sin entregarse enteramente a ser guiados por el Espíritu Santo, no poseen jamás esa suavidad y como madurez de la virtud; siempre experimentan dificultad y repugnancia; siempre tienen que combatir y son vencidos muchas veces y caen en pecados, mientras que los guiados por el Espíritu Santo, en la vía del simple recogimiento, practican el bien con un fervor y una alegría digna del Espíritu divino, y sin pelea reportan victorias gloriosas, o si tienen que pelear, lo hacen con sumo gusto» (Pr. 4, c. 5, a 1). «Sin la contemplación jamás se adelantará mucho en la virtud, ni se hará adelantar a los demás. Jamás saldrá el alma enteramente de sus flaquezas e imperfecciones. Siempre estará apegado a la tierra, ni se levantará mucho sobre los sentimientos de la naturaleza. Jamás se servirá a Dios con un servicio perfecto. Con ella se hace más para sí, y en bien del prójimo, en un mes, que sin ella en diez años» (Pr. 7, c. 4, a 4). Puede pues resumirse su doctrina, la cual es la de Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, diciendo que la perfección no se

consigue sino mediante el ejercicio de los dones del Espíritu Santo.

Lo mismo podríamos probar con los autores citados más arriba, los cuales o enseñan explícitamente la misma doctrina o presentan la que concuerda admirablemente con ésta. Más tarde apareció una nueva escuela que sustenta teorías muy distintas; consecuencian de la reacción antimística que comenzó en España a fines del siglo XVI, y terminó por dominar en los siglos siguientes. Uno de los principios fundamentales de los secuaces de esta nueva escuela es que no conviene prometer las gracias místicas a las almas fieles; la mayoría ni permiten desearlas. Sin duda alguna si contradicen manifiestamente a los grandes doctores es porque no entienden de la misma manera las gracias místicas y contemplativas; y de hecho, tampoco tienen el mismo concepto de las oraciones contemplativas.

Santa Teresa para dar a entender los diversos modos de oración describe las diferentes maneras de regar. Según ella, el riego por agua sacada con trabajo del pozo representa la oración meditativa o no mística. La noria que da agua en mayor abundancia y muy superior a la que producirían los esfuerzos para esto necesarios, representa la oración de quietud o mística; lo mismo el riego conduciendo por canales el agua del arroyo. Mas el agua caída del cielo es la oración extática, en la que el alma recibe sin tener nada que hacer. El P. Rodríguez (Oración, c. 4), toma la misma comparación, pero no conoce más que los dos extremos; el riego a fuerza de brazos sacando el agua del pozo, y es la meditación, y el riego por agua lluvia, la cual representa la oración «en la cual el hombre de tal modo está absorbido y arrebatado en Dios, que ni se acuerda de sí mis-

mo, ni sabe a donde va, ni de donde viene.» Así pues suprime los modos intermedios que representan la oración mística ordinaria, mucho más común. En el siglo XVIII, Scaramelli, otro de los representantes más autorizados de la escuela moderna, habla largamente en su *Directorio*, de la meditación, cuyo método enseña con acierto. Tratando de la contemplación en su *Directorio místico*, la presenta como un estado muy excepcional, y por tanto, temerario y contra la humildad el desearlo. Y esta es la doctrina que nos inculcaron a todos los que recibimos la formación sacerdotal en el siglo pasado, pues entonces en todas partes era lisamente antimística.

Cuando estos autores desfavorables a la mística hablan de las virtudes, saben hacer resaltar bien los esfuerzos que se necesitan para adquirirlas; pero no nos alientan a esperar los grandes efectos de las gracias místicas, del amor infuso: por la frecuente repetición de actos debe elevarse el alma, según ellos, a la práctica perfecta de las virtudes. «El que tiene adquirido hábito de algún arte o ciencia, obra con grandísima prontitud y facilidad las obras de ella» dice el P. Rodríguez, y trae como ejemplo el de un excelente tañedor. «Pues de la misma manera obra los actos de la virtud el que tiene adquirido hábito de ella.» (De la humildad, c. 16) Léase todo ese tratado, y se verá como su autor presenta, y muy bien, las razones que tenemos para hacernos muy pequeños, creernos y tenernos por tales; pero jamás dice como Santa Teresa diría: ánimo, Dios recompensará vuestros esfuerzos viniendo a infundiros Él mismo la humildad, muy de otro modo que vuestras pobres reflexiones podrían hacerlo. (*Vida*, c. 15).

Lo mismo hace Scaramelli. Hablando del tercer grado de la paciencia (c. 6), que consiste en soportar la tribula-

ción gozosamente, escribe: «Si nos ejercitamos con valor en los dos primeros grados, si consideramos con frecuencia las razones ya expuestas, que nos hacen ver la adversidad como cosa deseable, llegaremos también, con la gracia de Dios, a subir al tercer grado.» Santa Teresa, según lo hemos visto, enseña que las virtudes así practicadas son un don de Dios, del todo sobrenatural, o sobre el modo humano; según Scaramelli son el fruto de nuestros esfuerzos. Quiere pues que lleguemos a la cima remando a brazo; la Santa piensa que no llegaremos sino cuando el viento del soplo divino habrá empujado la barca. Los directores experimentados son del parecer de Santa Teresa; pues observan que sólo alcanzan estas virtudes perfectas los que reciben las gracias tan estimables de la fe y del amor místicos, del recogimiento infuso, y de la constante unión con Dios. No desconocemos los grandes servicios hechos a las almas piadosas por estos autores célebres, y tantos otros de esos siglos que piensan como ellos [1]; pero ¿quién nos disputará que la doctrina de los otros doctores místicos es más verdadera, más completa, más consoladora, más confortante, más fecunda?

La utilidad, pues, de los estudios místicos consiste en que manifiestan mucho mejor y mueven a desear más vivamente el ideal a que deben tender las almas piadosas, estudios que les infunden esperanzas de recibir gracias poderosas, y les enseñan a reconocerlas cuando las reci-

1. Con todo eso, aún en esos siglos en que la mística estaba postrada, hubo autores de mérito que describieron muy bien, sin emplear los mismos términos, estas gracias superiores que iluminan al alma, la encienden, la unen con Dios y la transforman en él; y enseñaron que son concedidas a todo el que se dispone a ellas. Así Clorivière, Grou, Libermann, etc. Muchas veces los términos que usan son distintos, pero con idéntica doctrina fundada en la experiencia.

ben, y a aprovecharlas bien. Pero adheridos a la doctrina de tantos autores modernos que presentan las gracias místicas como de lujo, fuera de la normalidad, todas estas ventajas desaparecen. Pues todos sabemos que por largo tiempo, y hasta finalizar el siglo XIX, fueron muy poco estudiados los grandes maestros de la mística, como Santa Teresa, y más aún, San Juan de la Cruz; se desaconsejaba su lectura a las almas piadosas; diciéndoles que los libros de estos santos no convenían más que a las almas favorecidas con éxtasis y revelaciones, y las demás hallarían en esas obras grandes peligros de ilusiones y engaños [1].

Esta desconfianza de los grandes místicos ha producido graves perjuicios, porque muchas almas que gracias a su lectura hubieran volado hacia la vida perfecta, se quedaron en esferas inferiores. Si no quiere reconocerse que los estados contemplativos descritos por tan grandes santos, sacados aparte los éxtasis y raptos, son relativamente frecuentes, si se enseña que son extraordinarios y elevan el alma al nivel de los ángeles, se impedirá también que sus obras sean leídas y estudiadas como deben serlo, y que muchos de sus consejos los sigan aquellos a quienes les convengan y mucho, perjudicando así a gran número de almas fervientes. No hay que olvidar las quejas amargas de Santa Teresa, San Juan de la Cruz y Santa Juana de Chantal, contra los directores que ignorando las normas de la vida mística, apartan las almas del camino por donde Dios las llama, y les causan pérdidas incalculables.

Por gran dicha se va entrando cada vez más en la verdadera noción de los estados contemplativos, tan ala-

1. Véase lo que dice Scaramelli, *Direct. mist.*, Orat. 1, c. 1, n. 10.

bados por los Santos, y presentados por ellos como el término normal de la vida espiritual.

Todos pues reconocen hoy, según afirmamos más arriba, la existencia de estas gracias eminentes de la fe y amor infundidas directamente por el Espíritu Santo sin la interposición del razonamiento. A los que las reconocen y no las reputan por gracias místicas, o dicen que si lo son, no lo sabremos hasta de aquí a muchísimos años, les diremos: hacednos favor de no esperar tantos años o siglos para perfeccionar las doctrinas, o mejor para volver a la de los grandes maestros. Dad a conocer a las almas las bondades de Dios, mostradles qué facilidades les reserva si se muestran generosas de veras; no las dejéis en la creencia de que siempre tendrán que estar manos al remo y avanzar lento. Lo que fué verdad en tiempos de Santa Teresa, no lo es menos en nuestros días «Hay un rigor extremado cuando se dice que no debe uno permitirse ninguna satisfacción, si al mismo tiempo no se habla de las dulzuras que acompañan a esa renuncia, y de sus ventajas aún en esta vida.» Y con todo eso, esto es lo que se debe repetir: es necesario exhortar al perfecto renunciamiento; sin él, no es posible la perfección.

Hemos de trabajar por vencernos en todo; hemos de aceptar este principio: no hay que dar a la naturaleza sino lo que Dios quiere que le demos; rehusarle pues todo lo que desea únicamente para su satisfacción: recreos, viajes, paseos, lecturas, fumar, goces de sentidos, no concediéndose uno tales blanduras sino cuando hay motivos razonables para ello [1]. Y para llegar a esta re-

1. Ver, sobre esto, el artículo *Imperfection*, del P. Hugueny, en el Dict. de Theol. cath., t. VII: es muy sugestivo.

nuncia tenemos que practicar la mortificación en todas sus formas. Esa es la doctrina de los grandes místicos de todos los tiempos y países.

Los que predican esta doctrina integral y sostienen las almas mostrándoles que Dios vendrá en su ayuda con gracias infusas, pueden comprobar con gran consuelo suyo sus efectos maravillosos. Pues teniendo las almas miras más elevadas y una mayor confianza, mirando más a Dios y menos a sí mismas, cobran mucho brío, y reciben más gracias en menos tiempo. Y según la observación acertada del V. Libermann a los seminaristas (Carta 196), tardan poco en recibir las primicias de las gracias místicas; y después de haber sido favorecidas con ese recogimiento tan digno de aprecio que, sin esfuerzo suyo, las tiene unidas sensiblemente a Dios varios días, en medio de las ocupaciones, se hacen todavía más generosas. Cuando saben que las dificultades que para meditar experimentan más tarde, son de gran utilidad ya para purificarlas, ya para introducirlas en una oración más simplificada y excelente, no se desalientan sino que se muestran más constantes. Entonces, como muy bien lo notan Santa Teresa y San Juan de la Cruz, «sin ruido de palabras Dios les enseña» (*Camino,* 25; Cántico, 39). Alcanzan ideas más altas de Dios, conocimiento más vivo de su propia flaqueza; penetran mucho mejor la excelencia y extensión de las virtudes, lo que vale el padecer, la utilidad de sus sacrificios. Y Dios obra en su voluntad cada vez más, comunicándoles amor y fuerza. Así llegan a la vía unitiva, donde las virtudes son practicadas con más facilidad, y más perfección. Entonces dan a Dios más gloria, y su fuerza y eficacia para el bien, visible o desconocida a ellas mismas, resulta, por decirlo así, ciendoblada. Conozco buen número de

sacerdotes celosos y experimentados que han comprobado con inmenso consuelo suyo estos efectos de la pura doctrina de los Santos [1].

Para que se obtengan estos frutos de gracias, para que se multipliquen las almas unidas a Dios, trabajan buen número de autores contemporáneos en restituir a los estudios místicos el honor que de suyo les corresponde, y con el mismo fin se elevan ardientes plegarias a Dios para que la doctrina tradicional se propague cada vez más.

También es cosa comprobada que muchos, como entre los sacerdotes, a quienes no se les ha descubierto este ideal, ni prometido estos socorros, se abstienen de levantar sus miras; también hacen menos esfuerzos para vencerse, para santificarse, y esperan mucho de la naturaleza. Siendo buenos y virtuosos quedan siempre lejos de la perfección, parece creen que no es para ellos. Y si les ocurre tener que formar almas llamadas a la perfección, no aciertan ni a presentarles un alto ideal ni a exhortarlas al total desasimiento. Como Dios ha establecido la ley de que los pocos o una porción escogida pongan en movimiento a la multitud, ley más verificada en el orden sobrenatural que en el natural, los escogidos de Dios, los privilegiados, sacerdotes, religiosos, monjas, que deberían ser apóstoles impulsores, a lo menos con sus oraciones y sacrificios, hacen por la extensión del reino de Dios bastante menos de lo que deben. De tantos millones de habitantes en la tierra, sólo trescientos millones son católicos, y cuántos de éstos que no son fieles a Dios! Si el número de perfectos, de almas enteramente interiores en las que de veras vive Jesús, fuera el

1. También se observa que los predicadores de retiros que enseñan esta doctrina son más apreciados de las almas fervientes: pues erta mente les hacen más bien que los otros.

que debiera ser, cuánto aumentaría el número de los buenos cristianos!

Este hermoso cuadro de los frutos producidos por los estudios místicos, no tiene alguna sombra? El entusiasmo por estos estudios no puede perjudicar a ciertas almas? Se ha señalado este peligro. «¿Es seguro, escribe el P. Guibert (*Revue d'ascet, et myst.* abril 1921, p. 187) que en el impulso actual de las almas hacia la vida mística, se puedan considerar por de poca importancia los peligros de la manía, snobismo o faroleo, vanidad y pereza espiritual, que dejan lo penoso de la ascesis para lanzarse en la mística a la ventura?» El P. Guibert tiene razón; el peligro existe, y abusos de esta índole contribuyeron a lo que Bremond ha llamado muy bien «la retirada de los místicos». Riesgo siempre lo hay; siempre habrá personas que enamoradas de un ideal y descuidando el empleo de los medios indispensables, practicando mal las grandes virtudes del recogimiento, humildad, mortificación, tendrán pocas luces y tomarán por estados místicos lo que no lo es. Razón de más para los que enseñan esta doctrina, para los directores de conciencias, a fin de insistir con energía sobre estas virtudes fundamentales, en la guerra sin tregua a la naturaleza; pero sería otro desatino renunciar a tal doctrina por tal motivo. Las caídas mortales de tantos aviadores, las catástrofes ferroviarias, las desgracias de automóviles, no serán parte jamás para renunciar a tales medios de locomoción, y volver a las literas de los siglos pasados o a las carretas merovingias. Si se tiene presente cuanto sobre esto enseñaron los santos, ahí se hallará el remedio contra las ilusiones.

Entremos pues de lleno en su escuela, sigamos el camino que nos abrieron; el provecho será de la Iglesia y nuestro; y ciertamente para la mayor honra y gloria de Dios.

PRIMERA PARTE

Objeto por conseguir: La Perfección

CAPÍTULO PRIMERO

ALMAS VIRTUOSAS Y ALMAS PERFECTAS

I. Diferencia entre las almas virtuosas y las perfectas

¿El número de almas perfectas, es el que debiera ser, y el que Dios tiene derecho a esperar? Por desgracia, está muy lejos de serlo, y jamás deploraremos esto lo bastante. Es cierto que en nuestros días existen muchas almas virtuosas y sólidamente piadosas; en medio del mundo, y con más razón, en el clero, en las órdenes religiosas de ambos sexos, abundan los servidores de Cristo en los que se observa una gran aplicación al deber, un amor sincero a la oración y prácticas de piedad, un celo y entrega verdadera a las cosas del agrado de Dios. Estos verdaderos siervos de Dios, defienden de buena gana sus intereses, sirven, con gusto, de luz, sostén y edificación a otros cristianos; entre ellos y los fieles vulgares que se contentan con huir los pecados graves y cumplir los deberes esenciales del cristianismo, hay una diferencia inmensa.

Mas, cuán grande es también la que existe entre estas

almas virtuosas, pero imperfectas, y los perfectos amigos de Dios! El alma perfecta vive constantemente en la presencia divina; ya no guían la conducta de su vida las consideraciones humanas, sino que los motivos de la fe le son tan habituales, que, por decirlo así, inspiran todos sus actos; el amor de Dios ha llegado a ser el grande, el único móvil de su vida: qué de obras buenas le mueve a realizar, qué de acciones santas, de oraciones, trabajos y sacrificios! El alma piadosa, pero que sigue dividida entre el amor de Dios y de sí misma, realiza menor número de actos virtuosos; hay en su vida muchos actos que son honestos, correctos, pero sin miras sobrenaturales.

Además, la disposición honda y habitual del alma perfecta, tiene una influencia, de la cual no siempre se da cuenta, pero que es muy grande, en todo el conjunto de sus acciones. La disposición ordinaria de la voluntad varía mucho según las personas. En la que está llena del amor divino, su disposición profunda es una voluntad bien resuelta de no vivir sino para Dios, y de no conceder a la naturaleza sino sólo lo que Dios quiere que le conceda, lo que es necesario para hallarse en estado de cumplir sus obligaciones. Y esta resolución no es el fruto de una viveza transitoria, de una imaginación acalorada; la ha manifestado y está bien arraigada con actos innumerables de renuncia y mortificación; ha penetrado pues hasta el centro más profundo de la voluntad. Así, persiste, aun cuando no la renueva expresamente, y los actos menos importantes de la vida, obrados con esta disposición, la del amor perfecto, adquieren por eso mismo, un gran valor a los ojos de Dios.

El alma sólidamente virtuosa, pero no perfecta, ha obrado durante su vida muchos actos que mucho le han

costado; luchas contra sus defectos, práctica fiel del tenor de vida que se ha prescrito, o de la regla que ha abrazado, cumplimiento exacto de sus deberes de estado a veces muy penosos. Tales actos de abnegación han desarrollado su piedad, y afianzado su virtud. Pero no ha tomado a pecho colmar su vida de sacrificios; no se aplica con valentía y perseverancia a enfrenar la vivacidad de su imaginación, a reprimir los movimientos de su corazón, como deseos humanos, cuidados temporales, contentos o tristezas puramente naturales; no ha llegado a sujetar perfectamente su naturaleza; cede con frecuencia, y con propósito deliberado a lo que exige o le repugna; busca sus satisfacciones, huye con esmero de lo que le molesta, se preocupa de la estima, de la gratitud de las criaturas; le atemorizan sus vituperios y sus críticas; por eso, en muchas ocasiones, y sin afeárselo, obra por amor de sí misma y no por amor de Dios. Su disposición interior es mucho menos elevada que la del alma perfecta: resolución de agradar a Dios y de trabajar por él, pero sin renunciarse mucho; esta disposición habitual da a los actos ordinarios de la vida un valor muy inferior. Esta alma es como una sirvienta fiel, dócil, dedicada a su señor, pero más cuidadosa de sus intereses propios que de los de su amo y señor.

El alma perfecta es más que una sirvienta, es una esposa, y para las almas es una madre. La madre de una familia, amante y sacrificada, no vive sino para su esposo y para sus hijos; en ellos piensa sin cesar, por ellos trabaja, para ellos se gasta y sacrifica; no cuenta sus penas ni fatigas, nunca se queja de sus trabajos, no calcula lo que da, ni lo que padece, pues encuentra muy natural el trabajar y padecer, porque ama, y poco le importa lo que de ella digan mientras haga felices a los

que ama. Así el alma unida a Dios por el amor puro y perfecto, no vive sino para él, siempre tiene a la vista los intereses de Dios, siempre se apresta a inmolarse por su gloria, se desprecia a sí misma, le parece que nunca hace lo bastante por su amado.

Y estos actos de amor que son tan meritorios el alma unida a Dios los multiplica sin esfuerzo durante el día. Muy diferentes de las almas piadosas, pero no unidas, que se entristecen cuando se ven solas, que buscan distracciones, entrevistas, noticias, lecturas vanas, las almas unidas tienen un grande amor a la soledad, y allí encuentran a su Dios, y jamás se les hace largo el tiempo para sus coloquios con El.

El amor pues del alma unida progresa sin cesar con la multiplicación de los actos que obra, porque el amor crece con el ejercicio, y estos progresos son tanto más grandes cuanto el amor es más perfecto. Pues a medida que el amor formado en el alma es mayor, más ocasiones presenta la Providencia, las cuales producen grandes crecimientos y avenidas de amor; las oraciones, las prácticas piadosas, los sacramentos, las pruebas, son chispas eléctricas que ponen fuego a la misma; si la pólvora es de calidad inferior y escasa, la explosión será débil, si es de melinita y en gran cantidad, el estampido será formidable. Así los contratiempos, humillaciones, enfermedades[1], los duelos, son incidentes providencia-

1. *Pauci ex infirmitate meliorantur;* a pocos mejoró la enfermedad (Imit., l. I. 23). La enfermedad es muchas veces la piedra de toque de la virtud sólida y verdadera; el enfermo, sacado de sus casillas habituales, contrariado en sus gustos, privado de pasatiempos y satisfacciones naturales que podrían adormecer o distraer su mal humor, se ve como compelido a descubrir el fondo de su corazón. Si es enteramente abnegado, se advierte el dominio que tiene sobre su naturaleza; si aun no ha muerto a sí mismo, manifiesta bien pronto, con su

les a fin de provocar en el alma fiel actos de amor, cuyo precio puede variar. El alma buena y piadosa sentirá, y muy vivamente, lo que la contraría, lo que hiere su amor propio, quedará pensativa largo tiempo, repasando en su interior lo que tal amargura le ha producido; pero procurará reflexionar, para ver la voluntad de Dios en esa prueba, considerando las ventajas del padecer; y con esto logrará los actos sinceros de resignación, a veces con alguna prontitud, a veces con dificultad y retardo. El alma unida no necesita tantas reflexiones; aun antes de pensar en ello, siente ya en su parte superior, una alegría de amor o a lo menos una satisfacción de amor, un asentimiento de amor, producido, no por sus esfuerzos, sino por el Espíritu Santo que la gobierna; la naturaleza padece, pero el alma se regocija. ¡Oh! ¡cuánto vale a los ojos de Dios, este amor sencillo, entregado, pero espontáneo, muy lleno y alborozado!

Además toda oración produce los efectos de la gracia en conformidad con los sentimientos de fe, de confianza y amor del que ruega: los perfectos cuya fe es tan viva, su confianza tan grande, el amor tan puro, recogen por eso mismo de sus ejercicios piadosos mayores y mucho más copiosos frutos, que los imperfectos. Sube más de punto la diferencia al recibir los Sacramentos: la confesión y la comunión cuyos efectos varían según la disposición de cada cual comunican a las almas unidas medidas de gracias sin comparación superiores a las que reciben los cristianos buenos y piadosos, pero no entregados del todo a Dios.

Al alma perfecta le conmueven más hondamente que

melancolía, su poco sufrimiento, sus exigencias, que su naturaleza no está dominada, que su virtud es poco profunda, que su amor a Dios es todavía débil y chiquito.

a la piadosa las grandezas, las perfecciones, las bondades de Dios; se sobrecoge de admiración por un Dios tan amante y tan amable; las luces que recibe sobre las amabilidades divinas dan a su amor más elevación y mérito. Es más confiada, más familiar; Jesús es para ella más que un rey o señor, un tierno amigo; su oración no es una serie de reflexiones encaminadas a tomar serias resoluciones, es la entrevista deliciosa con su amado; ahí encuentra su mayor dicha, y sabe que Jesús el cual la ama con amor mucho más fuerte que el suyo, experimenta una dicha mayor todavía, con verla cerca de él. Una razón de escasa importancia bastará al alma piadosa que de ordinario es fiel a su meditación para eximirse de ella; una alma perfecta no dejará su oración sino cuando le sea imposible hacerla; será su aspiración, y lo consigue, convertir toda su vida en una oración continua.

No sólo sobre la hermosura de Dios recibe el alma perfecta luces estimables; las recibe también acerca de su propia miseria, de la nada de su ser, sobre lo cual está más persuadida que el alma simplemente piadosa. Así su humildad es profunda, y esto la vuelve más amada de Dios, y atrae sobre ella gracias más poderosas. Finalmente, el Espíritu divino que la ilumina, le da a conocer más pronta y seguramente todos los medios que debe tomar para agradar a Dios; aprovecha mejor que las personas de piedad ordinaria las ocasiones de abnegación que se presentan cada día; ve mucho más, ya lo que place al amigo divino, amigo infinitamente santo, ya lo que le desplace, y así tiene todas las delicadezas del amor.

Por lo cual, el que ha conseguido la perfección, comparado con el cristiano virtuoso, pero imperfecto, está

habitualmente dispuesto a hacer mucho más por Dios, lo quiere con más fuerza, lo quiere por motivos más elevados, sus actos de amor son pues más generosos, más intensos, más nobles, más tiernos, más delicados, y sobre todo mucho más numerosos. Y como Dios mide todas las obras por el amor, le complace mucho más una sola alma perfecta que gran número de almas piadosas: el hombre virtuoso es un siervo bueno y fiel del Señor, el hombre perfecto es para Dios un íntimo amigo: un amigo tierno, y del todo para su amistad, alegra más el corazón que mil buenos criados [1].

II. Podemos y debemos esforzarnos por ser perfectos

Pero no es mucho presumir el aspirar a la perfección? Porque, quién es perfecto en este mundo? «Todos faltamos en muchas cosas» (Sant. III, 2). No, no es ninguna presunción aspirar a la perfección; la cual en esta vida no es la del cielo, ni excluye faltas de fragilidad, que lamenta y desaprueba el que las comete, y previene las recaídas. Los religiosos deben aspirar a la perfección, se obligaron a ello al pronunciar sus votos, cuyo objeto cabalmente es facilitar su adquisición. Todos los sacerdotes, llamados a ser como Jesús, el Sumo Pontífice, todos los pastores de almas deberían poseerla. Y si lo deben, lo pueden. La empresa pues es menos ardua de

1. Los padres de la Iglesia clasificaban así las personas cristianas: los esclavos en quienes predomina el temor del infierno, los criados en los que prepondera la mira de sus intereses, los hijos que obran por puro amor, clasificación que corresponde a la muy conocida: vía purgativa, iluminativa, unitiva. La vía unitiva es la de puro amor.

lo que algunos imaginan. «El que ya entrado por el camino de la perfección, no lo deja, esté seguro que con el tiempo la conseguirá» (S. Alfonso, Obras, vol. X, c. VI).

Ciertamente, si no hay tantas almas perfectas como fuera de desear, ¿quién no las ha encontrado durante su vida? Y asimismo en esos centros donde la formación de la vida espiritual es acertada, son bastante numerosas las almas muy unidas a Dios y bien despegadas de sí mismas. Desasidas, libres de toda afección desordenada como lo ordena San Ignacio, ya no tienen, dice San Francisco de Sales, el amor de lo superfluo; renunciaron a todo lo que estorba al corazón entregarse enteramente a Dios, lo cual, según Santo Tomás, es la condición y esencia de la perfección; en una palabra, desnudas de toda voluntad propia, viven dispuestas habitualmente a no querer sino lo que Dios quiere.

No todos aprecian siempre a estas almas como lo merecen. Una envidia inconsciente es a veces la causa de esto. «Me avisáis, escribía San Vicente de Paúl, que la virtud de los señores N. y N., es algo cargante para algunos, y lo creo, gravoso a los de menos regularidad y vigilancia en su propio aprovechamiento y el del prójimo. Su celo y exactitud molestan a los que no lo tienen, porque su fervor condena su tibieza... Hallan qué censurar en su modo de obrar porque les falta valor para imitarlo.» (*Vie*, Abelly, l. 3, c. 24).

Acontece también a las veces que estas almas denodadas dan ocasión a juicios desfavorables. Muchas veces les queda algún defecto exterior, sin que sea parte en ello su voluntad. Otras, aunque dueñas de sí mismas y de sus pasiones, les falta padecer algunas acometidas violentas, porque los diablos se ceban en ellas; estas peleas que para ellas, como para todos, son medios de progreso

y les reportan grandes victorias, les ocasionan algunas faltas muy leves, que las mantienen en el conocimiento de su fragilidad; faltas que disminuyen a medida que van siendo más amantes y vigorosas, pero que empañan ligeramente su virtud. Ni vamos a desconocer por estas imperfecciones, la pureza, solidez y generosidad de su amor.

Más, cuántas otras que pudiendo haberse elevado a esa cima, permanecen mucho más abajo; unas porque aun siendo piadosas, mezclan un gran amor de sí mismas con el amor de Dios; otras, más adelantadas que las de una piedad ordinaria, más mortificadas, más desprendidas, y que más fuertes y conformadas en las pruebas, se aproximan a las almas perfectas, no tienen con Dios esas relaciones constantes, íntimas, llenas de familiaridad y dejación que tanto agradan al corazón de Dios.

Y con todo eso, unas y otras, en especial, estas últimas, trabajaron en la obra de su santificación, se aplicaron a combatir sus defectos, juzgaron fielmente sus victorias y sus derrotas, leyeron muchos libros espirituales, sacando de ellos orientaciones saludables. Sus esfuerzos no fueron inútiles, han crecido en la virtud. Por qué pues no viven habitualmente en la práctica del amor puro y perfecto? Nos parece que muchas de ellas sin carecer de buena voluntad y aliento, se quedaron en los grados inferiores porque no pusieron la mira más arriba; han deseado la virtud, no han aspirado a la perfección; o si la desearon, lo ha sido con poco ardimiento y constancia. La mayoría de estos virtuosos eluden por partidismo la lectura de San Juan de la Cruz, muy elevado para ellos. Santa Teresa, el *Tratado del Amor de Dios*, y otras obras por el estilo, tan estimulantes, y llenas de sabios consejos, son lectura demasiado mística. La ma-

yor parte de los libros espirituales que leen son los que exponen las reglas de la vía purgativa e iluminativa, pero descuidan enseñar la vía unitiva y perfecta. Faltos de una formación conveniente, estos de que hablamos no toman el camino que conduce más directa y seguramente a la unión con Dios: la renuncia universal, el recogimiento continuo, el trato impregnado de ternura con Jesús. No tratan lo bastante de vivir de la confianza y el amor: muchos se repliegan demasiado en sí mismos, y piensan en sí más que en Dios. Los más generosos de estos, cuando ya están en sazón para otras gracias más elevadas, y Dios los llama a entrar en un camino más sencillo a la par que más saludable, no entienden cuanto les conviene reposar amorosamente en Dios y prestarse a la acción que el Espíritu Santo desea ejercer en ellos, y, por tanto, que deben moderar la demasiada actividad de sus facultades naturales, enfrenar su imaginación, evitar el abuso de los raciocinios y discursos.

Por otra parte, son muchos los sacerdotes, los educadores, y educadoras de almas que no presentan a los que forman para la piedad, un alto ideal. A veces, hasta se encuentran quienes sobradamente desconfiados de la imaginación de sus discípulos, se preocupan sobre todo de cortarles las alas. Decía San Pablo: No apaguéis el espíritu (I, Tes., v. 9); pero estos sabios presumidos con un temor extremado de todo lo místico, y que califican de imprudente la mortificación, contravienen en absoluto a este consejo divino: tienden a apagar el espíritu en los corazones.

¡Ah! ¡si supieran el bien que se hace a las almas inspirándoles grandes deseos de perfección, sosteniendo su anhelo, estimulando sus bríos, persuadiéndoles que Dios, que las ama con amor inmenso, las llama al desasimien-

to perfecto, a una suave y constante intimidad! Estos directores, con todo eso, desean que sus discípulos adelanten en el amor de Dios. Pues bien, la medida de este amor, dijo San Bernardo, es el amar sin medida. ¿Por qué pues los detienen en vez de empujarlos? Que estas ambiciones santas sean nuestro alimento y sabremos inspirarlas a otros: el amor perfecto nos es posible, se nos ofrece; si ponemos toda nuestra buena voluntad en conseguirlo, se nos dará. Los que hacen subir las almas a las alturas del amor dan a Jesús la más agradable satisfacción. Una santa religiosa que habiendo recibido muchas luces de Dios estimuló y guió a San Alfonso en la fundación de los Redentoristas, Sor María Celeste, le envió, por aquellos días en que el santo padecía horribles temores de condenación, un mensaje consolador. Había visto el trono de gloria que le estaba preparado en el cielo, y oyó que le decía Jesús: *Anúnciale de mi parte que me agradan mucho las tareas en que se afana para convertir los pecadores, y sobre todo las molestias que se toma para conducir los justos a la perfección del divino amor, pues por éstos, sobre todo, soy glorificado, y por ellos dispenso al mundo mis grandes misericordias.* (*Vida*, Berthe, l. I, c. 9).

CAPÍTULO II

CUANTO GLORIFICAN A DIOS LAS ALMAS PERFECTAS

I. Las almas perfectas manifiestan las perfecciones divinas

«Esforzarse continuamente por conseguir la perfección se considera como perfección: *jugis conatus ad perfectionem perfectio reputatur*». Esta afirmación de San Bernardo (Epist. 254), extraña a primera vista; y con todo eso es exacta, porque la experiencia enseña que sólo los que ya poseen un amor grande y perfecto, continúan trabajando por acrecentarlo sin detenerse jamás. Los otros, después de algún tiempo de esfuerzos y combates, notan disminuirse en ellos el deseo de la perfección; hallan muy enojosa esa perpetua renuncia de todo; ya no luchan con el mismo brío de los principios; conténtanse con las virtudes ya conseguidas, se mantienen en ese estado, y no progresan más.

Importa pues, a las almas abundar en santas aspiraciones, y que sean más ardientes, pues, dice bien San Francisco de Sales: «A medida que el deseo de amor va creciendo, aumenta también el amor. El que desea vivamente el amor, pronto amará con más ardor» (Amor de Dios, l. 12, c. 2). La comparación ya establecida entre las almas perfectamente amantes y las simplemente virtuosas, es por sí sola capaz de inspirar un vivo deseo de la perfección, pero conviene insistir y declarar más en par-

ticular sus grandes ventajas, a fin de excitar las almas a proseguirla con denuedo y perseverancia.

El alma perfecta da a Dios una gran gloria, Dios se complace muy mucho en ella, esta alma es dulce consuelo del corazón de Jesús, es para Jesús un fiel auxiliar, trabajando con él eficazmente por el bien de la Iglesia, por la salvación y santificación de las almas. En la tierra goza de una paz profunda y en su amor encuentra la única dicha posible; en el purgatorio padece poco y aun con gozo de expiar y padecer; en el cielo su suerte es magnífica, participa con medida inmensurable, de la sabiduría, del amor, de la felicidad de su Dios.

«Nos escogió Dios antes de la creación del mundo... para alabanza y gloria de su gracia» (Efes. 1, 4-6). Impresiona tanto a San Pablo esta verdad, que debemos con nuestra santidad servir de resplandor de la gloria divina, que la repite tres veces en pocas líneas: *in laudem gloriae*, glorificar a Dios por nuestras virtudes, ved ahí el objeto de nuestra vida, la razón de tantas gracias que hemos recibido de Dios, ved ahí lo que Dios espera de nosotros en retorno del colmo de beneficios.

Un acto sobrenatural, en efecto, es lo más excelente de cuanto hay en el mundo, es la obra maestra de Dios. Una criatura angélica o humana, cuando hace un acto de virtud sobrenatural es, no digo mil veces, sino más grande sin punto de comparación, que todo lo que hay de más hermoso en el mundo material: las fuentes, los ríos, el mar; los valles y los montes; los astros y todo el esplendor del firmamento; y eso que cantan la gloria de Dios y proclaman su omnipotencia; *caeli enarrant gloriam Dei.* El espíritu, en efecto, es incomparablemente superior a la materia. Lo noble de la materia consiste en que de algún modo es un reflejo del espíritu, pues cuando

contemplamos con deleite los espectáculos de la naturaleza, lo que en esas formas sensibles vemos es el ideal; y el orden, el poder, la gracia, es lo que leemos en el libro del mundo físico. Pero ¡cuánto más bello será el ideal, no por los reverberos de un espejo imperfecto, sino visto en sí mismo en el mundo espiritual!

Además, estas obras espirituales en sí mismas tan excelsas, lo son mucho más en cuanto que son libres. Los mares, las montañas, los cielos no pueden ser sino lo que son; el alma virtuosa es bella porque quiere serlo; y su belleza por ser el fruto de su libertad, es más admirable. Dios hizo cosas maravillosas sacando de la nada todo el universo, pero este mundo material no podía oponerle ninguna resistencia. Cosa más maravillosa realiza Dios haciendo que la criatura inteligente produzca una obra virtuosa, siendo libre para no obrarla; y esta obra pertenece a la criatura porque la ha realizado libremente, y con todo eso viene de Dios y enaltece en gran manera su poder, su bondad, su sabiduría. Y tanto más lo manifiesta y proclama cuanto las más veces ha efectuado esta obra sobrenatural contra las tendencias de la naturaleza Además hay en general más mérito en el ejercicio de la virtud que malicia en el pecado. El pecar no cuesta, pues el pecador no hace más que ceder a sus impulsos. Como el marino que bajando una corriente no tiene que remar ni esforzarse para empujar la barca, así el pecador no necesita sino seguir la inclinación de su naturaleza viciada para entregarse al mal. Muy diferente es la situación del alma que quiere permanecer fiel a su Dios. ¡Qué batallas contra sí misma no ha de sostener, qué violencia no ha de imponerse; sobre todo si quiere llegar a la perfección del amor! Dios que la sostiene en esta lucha saca mucho más gloria de una

alma sólidamente virtuosa que la que el pecador pueda quitarle.

Los actos, pues, de virtud sobrenatural, como efectos que son de la gracia, manifiestan la sabiduría y el poder de Dios, como la obra manifiesta la habilidad, el talento, la bondad de los designios del artífice u operario. Pero además dichos actos son una participación de esas mismas perfecciones divinas; las reproducen, pues en todo acto sobrenatural interviene la fuerza, la santidad y la sabiduría divina. Ahora bien; ¿hay algo más grande que lo divino?

Es pues un espectáculo maravilloso a los Angeles y bienaventurados un alma fiel; en ella ven brillar todas las virtudes que ha practicado, todos los actos sobrenaturales que ha realizado; ven además la parte del alma en estas obras santas y cual fué la parte de Dios. De Dios es la gloria; Dios aparece admirable en sus santos: *mirabilis Deus in sanctis suis.* La gloria es también de Jesús que mediante sus humillaciones y padecimientos mereció a todas estas almas las gracias que las han santificado; cada alma que se salva es un trofeo del Salvador, cada alma que se santifica es un triunfo de su amor.

El alma pues en estado de gracia da cierta gloria a Dios, pero cuánto más le glorifica la que no se detiene ya en los apetitos humanos y cuya vida es la práctica del puro amor. Dios se complace en esta alma fiel, y dice de ella en alguna manera lo que de su divino Hijo: *hic est filius meus dilectus in quo mihi bene complacui:* Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias. Sólo lo divino es digno de las complacencias divinas; donde quiera que esté atrae a Dios, enamora a Dios. Ahora bien, en el alma perfecta que ya no cede con deliberación a las inclinaciones de la naturaleza, las meno-

res acciones son realzadas por la unión completa de su voluntad a la voluntad de Dios, y reproducen con mayor fidelidad las perfecciones divinas; como los dones del Espíritu Santo se ejercen enteramente en ella, la parte de Dios en las virtudes que practica es mucho mayor, puede decirse que está impregnada de lo divino. Por tanto ¿qué gloria no procura a Dios que la creó, a Cristo que la redimió?

II. Los perfectos son los preferidos del Señor

Y cuánto no agrada a Dios esta alma! Dios tan bondadoso que ama las más indignas y las más ingratas de sus criaturas, Dios que por éstas como por todas envió su Hijo a la tierra y quiso que Jesús padeciera acerbísimos dolores, Dios tan deseoso de perdonar y abrir los cielos a los pecadores más culpados, le tiene al alma totalmente fiel, un amor mucho más tierno, mucho más afectuoso. Y Jesús que abriga en su alma santísima los mismos sentimientos que su Padre celestial le profesa al alma generosa una afección ardiente; cierto que ama a todos sus hermanos, por todos derramó su sangre, y por los más miserables estaría pronto aún a padecer todos los ultrajes y todas las amarguras de su pasión; pero los pecadores hieren su Divino Corazón, las almas piadosas que tanto recibieron de él le producen grandes desengaños por sus infidelidades, por su tibieza, por sus negligencias; sólo las almas ardientes y llenas de amor le consuelan y le compensan y pagan por las ingratitudes de los hombres, y estos consuelos son tanto más grandes cuanto su amor es más puro, más fuerte, más constante. Son pues mucho más amadas de su Corazón, porque siendo justo y santo, ama mucho más a aquéllas que tanto

le aman. *Ego diligentes me diligo.* ¿Quién pues permanecerá indiferente al pensar que puede dar a Jesús dulces consuelos y ser uno de sus más queridos amigos?

A estos amigos que tanto se le entregan concede Jesús aun en este mundo, una grande honra y favor: los asocia a su obra redentora, los hace sus instrumentos de elección, como Él y con Él llegan a ser salvadores de almas. Porque Jesús se sirve siempre de sus amigos para realizar sus obras. Con todo eso, Jesús es quien lo hace. Encubre su acción para que aparezca la de sus amigos, desaparece amorosamente delante de ellos. Pues dijo; «El que cree en mí hará las obras que yo hago, y realizará mayores todavía» (Juan, XIV, 12). En efecto, cuando Jesús subió a los cielos sólo tenía algunos centenares de discípulos fieles; quiso dejar a sus Apóstoles la gloria de obrar numerosas conversiones, fundar iglesias, conquistar el mundo, y en los siglos posteriores siempre se ha servido de almas generosas haciéndolas instrumentos de sus gracias.

Así toda alma perfecta obra en la Iglesia un bien inmenso; es poderosa con sus obras, bendecidas copiosamente por Dios, y aun perteneciendo a la vida contemplativa sus oraciones atraen gracias incalculables sobre los pecadores para reducirlos al deber, y sobre los buenos para hacerlos mejores y sobre los obreros evangélicos para fecundizar su apostolado. Estas almas fervientes hacen muchas veces por el bien de las parroquias y de las comunidades más que quienes trabajan directamente en ello y que a los ojos de los hombres se llevan toda la gloria. Porque cuanto más sobrenatural es una obra, mayor es la acción de Dios en ella y menor la de la naturaleza. En las empresas humanas, en el comercio, la industria, las artes, los talentos naturales que Dios ha

repartido, son los que dan el resultado. Pero en las obras tan divinas de la conversión y santificación, quien obra es la gracia y la gracia no se alcanza ni por el entendimiento, ni por la elocuencia, ni por la habilidad, sino por la santidad de la vida. Dios la concede a las almas según lo que valen sus oraciones, según el mérito de su virtud. Quien nada ha negado a su Dios, quien no vive sino para Él, quien por Él ha sacrificado todos sus gustos, toda su voluntad, alcanza en retorno para sí y para sus hermanos recursos poderosos, luces vivísimas, y tales como las personas virtuosas pero amigas de sí mismas no recibirán semejantes. «Un alma justa, dijo el Salvador a Santa Margarita María, — y por justo entendía, sin duda, como siempre la Sagrada Escritura los perfectos — alcanza el perdón para mil criminales». En este mundo no vemos claramente esta su gran superioridad en lo tocante al apostolado, pues tales efectos están en gran parte ocultos, se producen muchas veces a distancia y aún sin saberlo los que los consiguen, pero son muy grandes y serán conocidos de todos en el gran día de la eternidad. ¡Oh qué motivo tan eficaz para aspirar a ser perfecto este maravilloso poder y eficacia para el bien!

CAPÍTULO III

LAS VENTAJAS DE LA PERFECCIÓN

I. Paz que gozan en este mundo las almas perfectas

Es necesario trabajar y padecer mucho para alcanzar la perfección. «No es la obra de un día, ni juego de niños el renunciarse perfectamente, pero el que todo lo deja todo lo halla; el que renuncia toda codicia encuentra la verdadera paz.» (*Imit.* l. III. c. XXXII).

Sí, el que tiene el arrojo de pelear denodadamente contra sus inclinaciones naturales y de morir a sí mismo, recibe buena paga de sus fatigas; es mucho más feliz que las almas menos generosas que quieren servir a Dios y contentar a la naturaleza. No que esté más libre de dolor y de las tribulaciones de la vida, pues los mejores amigos de Jesús tienen siempre una gran parte en su divina cruz; sino porque siendo muy humildes, muy desprendidos, son menos sensibles a los contratiempos, los fracasos, las humillaciones. Todas estas amarguras y otras como los abatimientos o quebrantos del corazón pueden afligir su naturaleza, pero su voluntad unánime con la de Dios no padece contrariedad alguna por ello; muy al contrario, como sus padecimientos los quiere Dios y glorifican a Dios, la voluntad se considera feliz con ellos.

El alma menos amante, que conserva asimientos naturales, afectos puramente humanos, padece no sólo en

su naturaleza sino también en su voluntad la cual muchas veces es contrariada, sacudida, irritada; y tiene que hacer un esfuerzo para resignarse; la resignación la aplacará, pero sin procurarle ninguna alegría.

Las almas imperfectas, pues, no disfrutan de esta paz que poseen las almas desasidas, paz profunda, inalterable. «Yo os dejo mi paz, os doy mi paz», dijo el Salvador a sus Apóstoles en el discurso de despedida, (Juan, XIV, 27). Preciosa es la paz de Jesús a quien Isaías llamó Príncipe de la paz. Esta paz que Jesús disfrutaba y de la cual dió parte a sus verdaderos amigos sobrepuja, dice San Pablo, toda experiencia. Esta paz reside en el centro del alma, y como el fondo del Océano no es alterado por las tempestades que sacuden y agitan su superficie, como la cima de las montañas continúa recibiendo luces vivificantes de los astros mientras que abajo reinan las nubes, las lluvias, y las tormentas, el alma que no tiene otra voluntad que la de Dios, cuyo amor es intenso y su confianza es invencible, permanece tranquila, aun cuando en la parte inferior experimenta dificultades, asaltos de tentaciones, amarguras de toda suerte. La angustia misma que le produce su celo por la gloria de Dios y el bien de las almas, a veces bien dolorosa, no perturba su paz interior, porque sabe que estas congojas las quiere Dios y cederán en gloria suya.

Más que paz, es felicidad, es alegría perfecta la que encuentra el alma enteramente fiel, esta alegría y gozo que Jesús deseaba a sus Apóstoles: «Os he dicho estas cosas (permaneced en mi amor, guardad mis mandamientos), para que vuestro gozo sea perfecto» (San Juan, XV, 11). Este gozo lo prometía Jesús a sus Apóstoles, mientras se entregaran del todo a la oración:

«Pedid y recibiréis a fin de que vuestro gozo sea colmado» (S. J., XVI, 24). Jesús mismo pedía este gozo a su Padre celestial para sus íntimos amigos: «Padre, yo ruego por ellos, para que posean en sí mismos el gozo cumplido que tengo yo» (S. J., XVII, 143).

El gozo, el contentamiento de la voluntad que logra el objeto de sus deseos, el gozo, el amor satisfecho. El alma perfecta tiene ardientes y santos deseos, un amor muy puro: lo que desea es la gloria de Dios, con un amor intenso de la voluntad de Dios, que para ella es siempre buena, sabia, paternal. Ahora bien; ella sabe que Dios al cual tanto desea ver glorificado, recibe de su Hijo, de los santos, de sus escogidos una gloria digna de Él. Sabe también que esta voluntad divina tan ardientemente amada es siempre cumplida, que Dios tan poderoso como sabio consigue siempre sus fines. Lo cual es para ella manantial de gozo que de ordinario no es rebosante ni de estrépito, sino profundo, reposado, suavísimo.

Y para sí misma, ¿qué desea esta alma una vez que ha llegado al perfecto desasimiento? Desea su Dios, y sólo a Él busca, y cuando no se busca más que a Dios, se le encuentra siempre y en todas partes. Muy delicioso es para ella volverse hacia Él, entretenerse con Él, pensar eu sus grandezas, sus bondades, su felicidad infinita; gran deleite saber que lo tiene cerca de sí, muy dentro de sí misma; sabrosísimo el unirse a Él con amor simple y tranquilo, pero intenso.

Los que tienen el corazón dividido, y no están desasidos de sí mismos ni de las criaturas, no gustarán las dulzuras del amor. Estando mucho menos iluminados acerca de las perfecciones, las amabilidades de Dios, son menos atraídos hacia Él. Además las inclinaciones

naturales, de las que no se han despojado aún, los atraen demasiado hacia los objetos creados, los adhieren mucho a sus negocios, a sus ocupaciones favoritas, y los concentran con exceso en sí mismos, para que el corazón pueda tener sus complacencias en Dios. Pero los que poseen un amor intenso, cuán felices son amando y sabiendo que son amados!

Y todas las cosas concurren al bien de las almas amantes: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.* La Providencia divina desde toda la eternidad lo preparó todo para su provecho. Las almas incompletamente fieles inutilizan muchas veces los designios de Dios sobre ellas. Con frecuencia en las pruebas se impacientan o bien no se resignan sino a medias; a veces les sucede que repasan demasiado en su espíritu sus agravios; entonces quedan descontentas, amargadas. Muchas veces en las tentaciones no resisten sino flojamente. Cuántas ocasiones de ejercitar la virtud no dejan pasar por falta de valor para dar a Dios todos los sacrificios que les pide. El alma enteramente fiel de todo se aprovecha y cada día acumula para la eternidad nuevas e imponderables riquezas.

2. El juicio particular del alma perfecta

Cuando llega la hora del juicio del alma perfecta encuentra en Jesús más bien un amigo que un juez. Los que no han muerto a sí mismos que conservan sin combatirlas muchas inclinaciones naturales, amantes del bienestar, apegados a las criaturas, tomando placer en los objetos u ocupaciones naturales; preocupándose de la estima, de la aprobación de los hombres, aunque practican sinceramente las virtudes cometen numerosas fal-

tas, pecados veniales sin duda, pero que ofenden la infinita santidad de Dios. No pasa día que no se tengan que reprender muchas negligencias, movimientos mal reprimidos, satisfacciones procuradas muy humanas. La suma de todas esas infracciones, de todas esas debilidades y solturas, forma al fin de su vida un total espantable. Y no menos espantoso es el total de medios de santificación: rezos, oraciones, sacramentos, lécturas, santas inspiraciones, ocasiones de virtud que se les han presentado y de las cuales no han sacado el provecho que podían. «A quién mucho se le dió, mucho se le exigirá», dijo el Salvador. A las gracias interiores ya comunicadas, en tal abundancia, se hubieran añadido otras muchas más poderosas todavía, si por sus infidelidades, no las estorbaran; hubieran podido, pues, elevarse a una mayor virtud. Tan pronto como mueran verán todo eso, y con qué remordimientos tan agudos. Estos cristianos poco generosos en la práctica de la mortificación habrán hecho muy poca penitencia de todos esos pecados, de todos esos abusos de la gracia, las pruebas soportadas en este mundo los habrán purificado un poco, pero aceptadas con amor muy flaco habrán perdido mucho del valor que deberían tener.

Estas personas se aseguran algunas veces persuadiéndose de que en la hora de la muerte harán un acto de puro amor, mediante el cual desaparecerán todos los residuos del pecado. Cierto, hay actos de amor de gran valor como los que hacen los santos; la eficacia purificante de estos actos heroicos sería lo bastante grande para borrar las deudas de muchísimos pecados, pero sólo las almas muy santas producen tales actos.

Los actos de amor puro, en efecto, son de diferente valor según las disposiciones íntimas de las almas que

los hacen. San Pedro parece haber hecho un acto de amor puro cuando aseguró a Jesús que estaba pronto a morir con Él. Otro acto de amor hizo mucho más reposado, pero también mucho más generoso cuando se dejó conducir a la muerte por los oficiales de Nerón, y en este último trance su amor fué muy de otro precio. Para que un acto de amor sea de gran estimación no basta que digamos sinceramente: Dios mío, os amo con todo corazón porque sois infinitamente bueno, infinitamente amable. Eso es el amor puro, pero este amor puro hasta dónde se extiende en la voluntad del que así lo formula? ¿Qué sacrificios está dispuesto a hacer? ¿Hasta dónde quiere ir en el camino de la inmolación, en la aceptación de los padecimientos? ¿Con qué ardimiento abrazaría las cruces por la gloria de su Dios? ¿Y aun teniendo en ese momento disposiciones de gran desinterés, de gran inmolación, cuál es la parte de la voluntad y la parte de la imaginación, qué intensidad, firmeza y profundidad hay en estas disposiciones? Sólo el Señor lo sabe, sólo Él puede valorar el precio purificante de esos actos. Pero lo que nosotros sabemos es que tales actos aun siendo siempre actos de amor puro son más meritorios y también más satisfactorios a medida que uno se despega más de sí mismo, conforme más se sobrecoge de admiración por Dios, según que crece el deseo y se arraiga la resolución de sacrificarse, de padecer mucho por Él. Y no es con esfuerzos de cabeza, ni poniendo muy tirante su voluntad, como se llega a dar más fuerza a su amor sino realizando generosamente muchos sacrificios, aceptando con gran corazón las pruebas; así se aumenta el amor adquirido y se alcanza el amor infuso; este es el amor perfecto y Dios lo comunica según que el alma por su generosidad destruye los obstáculos. De donde se

sigue que las personas piadosas que, aun amando a Dios sinceramente, están muy decididas a concederse muchas satisfacciones, podrán hacer actos de amor puro y, con todo eso, tengan largas y acerbas purificaciones que padecer.

III. El purgatorio de las almas perfectas

Las almas generosas y desprendidas pueden tener también sus deudas con la justicia divina, ya que todos hemos de pagar hasta el último maravedí. Dios pues hace pasar a sus amigos por penas que acaban de purificarlas, pero lo hace, a no poder más, y por eso concede a estas almas, tan tiernamente amadas, consolaciones que suavizan sus penas. Moisés había pecado, cierto que su falta no fué pecado grave, con todo eso Dios lo castigó muy severamente condenándolo a no entrar en la tierra prometida, que por cuarenta años fué el objeto de todos sus deseos. Nos dice Moisés después de esto, que pidió a Dios la merced de pisar la tierra tan suspirada, y que el Señor en vez de oirle, se enojó contra él y le dijo: «Basta, no me vuelvas a hablar jamás de esto». (Deut. III, 26). Mas cuando le llegó el momento de morir, Jehová le ordenó que subiera a la cima del monte Nebo a este gran siervo suyo, este gran amigo de Dios, y desde allí quiso que contemplara toda aquella tierra al este y oeste del Jordán, toda la región cananea hasta el mar, de Galaad a Dan, de Neftalí a Judá. Dios pues aumentó con un gran milagro la potencia visiva de Moisés para que pudiera abarcar todo ese país y contemplar bien toda su belleza. Más de 600.000 israelitas fueron condenados a no entrar en la tierra prometida; por ninguno de ellos hizo Jehová semejante milagro. Así, para

sus amigos fieles, Dios templa la severidad de su justicia con los favores de su misericordia; aun cuando los castiga, los consuela y regocija.

Es bien creíble pues que aún en el purgatorio son consoladas las almas generosas. Dios puede, por ejemplo, manifestar desde luego a las almas que le fueron muy fieles, cuan agradable le ha sido su fidelidad, cuán fecunda para el prójimo, cuán provechosa a ellas eternamente. El angel custodio cuyo destino bien probable es el visitar y asistir al alma en penas, no puede menos de mostrarse más afectuoso, más compasivo con el alma íntima amiga de Jesús. Además, las almas perfectas tienen ciertamente menos deudas con la justicia divina, porque pecaron mucho menos, porque expiaron mucho más. Pues durante su vida hicieron muchos sacrificios, y como procedían de almas tan agradables a Dios y los realizaban con las mejores disposiciones, el valor de los mismos resulta incomparable.

A pesar de aminorar y suavizar sus penas, puede quedarles algo que padecer en ese lugar de cxpiaciones, pero lo sufren con mucho más amor. San Lorenzo en las parrillas, padecía agudísimos dolores, pero lo inflamado de su amor se los hacía muy llevaderos; otro de menos amor los hubiera sentido muy acerbos. En el purgatorio, libre ya el alma de los impedimentos del cuerpo, semejante a los espíritus puros, se agranda inmensamente su capacidad de gozar y su capacidad de padecer; sus penas pues pueden ser mucho más acerbas que las de la tierra. Las almas que en esta vida huyeron el padecer, se encuentran con penas mucho más terribles en el otro mundo, y se apodera de ellas un amargo arrepentimiento, por lo menos al principio de su expiación. Cierto que, desde que la muerte consuma su obra, la voluntad divi-

na las subyuga y oprime, sin poder menos de someterse, pero es más por amor que por fuerza. Según se purifican, van conociendo mejor la bondad inefable de Dios, su sabiduría, su santidad enemiga de la más leve fealdad; comprenden mejor todo el respeto, sumisión y adoración profunda que le debemos; y con eso crece en su voluntad el amor de la voluntad divina, y acaban por aceptar muy de corazón las penas que Dios les impone, y tanto han merecido. «Sólo después de haber sido purificada de las mayores faltas fuí consolada con la vista de la misericordia de Dios» dijo a la Madre María-Susana de Riants una alma paciente cuyo purgatorio había durado diez años. «Las penas disminuyen, le decía otra, a medida que el alma se limpia de la fealdad de las faltas» (*Año Santo de la Visit.*, 25 Set.). Las almas pues de virtud común y aún las que fueron piadosas llegan también, aunque muy lentamente, a estas disposiciones consoladoras, que son las de las almas perfectas. El que amó el sacrificio y abrazó con generosidad la Cruz, y no tiene que expiar sino faltas muy leves, padece mucho menos, y desde que entra en el purgatorio lo padece con amor muy intenso, amor que no molestado por el cuerpo, ni restringido por los impedimentos que en otros producen tantos defectos no expiados, puede ejercitar libremente y vigorosamente. Con este amor que llega a ser vivísimo en extremo, aman inmensamente la voluntad de Dios, y aceptan con rebosante júbilo los santos rigores de su justicia.

CAPITULO IV

EL CIELO DE LAS ALMAS PERFECTAS

I. Esplendor y deleites de los escogidos

Las diferencias que hemos señalado entre las almas piadosas y las almas perfectas, diferencia de felicidad en la tierra, diferencia de trato en el lugar de expiación, son temporales; pero hay otra diferencia que es eterna. «El Señor me ha dado a entender, dice Santa Teresa, la diferencia que hay en el cielo de lo que gozan unos a lo que gozan otros, cuán grande es» (*Vida*, 37). Sí, muy grande, prodigiosa, pues Dios cuenta todos los méritos, y éstos sobrepujan excesivamente los de las personas de una piedad ordinaria. El alma perfecta, ya lo hemos dicho, obra más actos meritorios sin comparación. Además, el valor de un acto virtuoso se acrecienta cuando el amor que lo inspira es más noble y más puro, crece cuando es más generoso, crece todavía cuando es más intenso, crece finalmente cuando es más firme. Pues bien, el alma perfecta posee un amor incomparablemente más puro, más generoso, más intenso, más firme; cada uno de esos actos, y por esos varios títulos, es de un valor incalculablemente más grande que los del alma ordinaria. Así, un número sin comparación superior de actos de virtud, y cada uno de un precio incalculable comparado con los de las almas nada más que piadosas, esas son las cuantiosas riquezas del alma perfecta.

Cual será pues la recompensa eterna de actos tan numerosos y tan grandemente meritorios? Comprende toda suerte de bienes: gloria exterior, goces íntimos, sobre todo goces de amor; gozo de ver a Dios glorificado, y de glorificarle siempre; gozo por haber trabajado, padecido por Él; gozo por haber hecho bien a las almas, y de seguir haciéndolo; gozo finalmente y gozo supremo de contemplar a Dios, de admirarlo, de verlo feliz, gozo de amarlo y ser amado por Él, gozo inefable, incomprensible de poseerlo.

La gloria exterior: «uno es el brillo del sol, otro el de la luna, y otro el de las estrellas; y aún éstas difieren en claridad; así en la resurrección de los cuerpos» (I Cor., XV, 41). Si los cuerpos de los escogidos brillarán con diferente brillo, según San Pablo, las almas que comunican a los cuerpos su claridad, y como espirituales son mucho más hermosas, resplandecerán también con resplandores muy diferentes. «Los que fueron juiciosos, dijo el ángel a Daniel, los que tuvieron la sabiduría y cordura de ser fieles a Dios, y no como los insensatos, los sabios según Dios, brillarán como el firmamento; y los que guiaron muchas almas por las sendas de la justicia, relucirán como los astros (Dan. XII, 3)». Y cuanto más almas hubieren santificado, más maravilloso será su resplandor. Cada virtud tendrá su brillo; y aún más, cada acto virtuoso practicado en este mundo, comunicará en el otro una belleza propia tanto al alma como al cuerpo.

Estamos pues trabajando cada día por nuestra hermosura eterna, como un pintor célebre que al pintar un gran cuadro lo embelleciera cada día con algún rasgo o toque nuevo, como una ramilletera habilidosa que cada dia añadiera nuevas flores a sus ramilletes. Nuestras oraciones, nuestra fidelidad y vigilancia, nuestros sacri-

ficios sobre todo, añaden nueva luz a nuestro futuro esplendor, cada uno de estos rayos o luces será diferente según la virtud que lo provocó. En este mundo se obtienen efectos magníficos por la combinación de colores La agrupación de rayos luminosos forma la blancura; descomponiendo la luz resultan tres colores primitivos, el amarillo, el rojo, el azul, y combinados los tres, se obtiene el verde con la mezcla del azul y amarillo, el anaranjado con el amarillo y rojo, y el color violeta con el rojo y azul. Mezclando estos matices, intensificando o aminorando unos u otros, se logran matices sin número, los cuales pueden variar todavía si hacemos entrar el negro o el blanco.

La combinación de todos estos colores depende de la habilidad del artista. Así los rayos espirituales que saldrán de las almas, como los rayos menores pero muy brillantes que despedirán nuestros cuerpos, efecto ambos de los actos virtuosos practicados, nos comunicarán una hermosura admirablemente variada, como no se puede tener idea alguna. Cada virtud tendrá su lustre, y la unión de muchas virtudes en un mismo acto ofrecerá un nuevo matiz. Tal rayo de luz será más gris, hablando vulgarmente, porque la intención habrá sido menos pura, tal otro será más pálido porque la fuerza habrá sido menor, otros serán más refulgentes porque los actos fueron más santos y generosos. De modo que toda la vida de cada uno será reproducida en su persona.

Y todos estos esplendores serán divinos. Dios que se entregará a las almas y que será todo en todos: *ut sit Deus omnia in omnibus,* formará Él mismo todas estas refulgencias; habiendo sido cada acto de virtud una participación de algún atributo divino, Dios lo reproducirá en el alma, transfigurada, transformada en Dios.

Y no será un lustre puramente exterior como la hermosura terrena que puede estar en una persona afligida y que sufre; esta participación de las perfecciones divinas, manifiesta a los ojos de todos como magnífico atavío del alma, producirá al mismo tiempo en lo más interior de ésta una alegría inefable, profunda, inalterable; el menor de nuestros actos virtuosos ha de causar de este modo eternamente su resplandor y su deleite.

¿Qué serán estos deleites? ¿Cómo concebirlo sin haber gustado jamás nada que nos pueda dar de ello la más pequeña idea? Aquí en la tierra no podemos dar a conocer ni a los ciegos la belleza y variedad de los colores, ni a los sordos la suavidad y variedad de los sonidos, y a ninguna persona el sabor de una fruta que jamás ha comido. Maravillosos son ya en este mundo el poder y la bondad de Dios que como jugando supieron ofrecer a los hombres tantas cosas capaces de deleitarlos: espectáculos magníficos y variados, suaves harmonías que encantan los oídos, fragancias tan suaves y alimentos tan sabrosos variados y dulces al paladar; incalculable es el número de los placeres diversos que nuestros sentidos pueden gustar, y no son más que placeres mezquinos, incompletos, transitorios, con frecuencia viles y groseros, en los cuales el cuerpo, la porción menos noble de la naturaleza humana, tiene tan gran parte. En el cielo el poder divino crea otras maravillas muy distintas, comunica a los escogidos goces espirituales y excelentes más variados todavía y deliciosos. Pues bien, estas delicias tan inefablemente suaves, embriagantes y sin fin perdurables, son distribuídas de muy diferente manera y con medidas grandemente desiguales a los obedientes al Señor como siervos buenos, y a los que fueron los amigos de su corazón y que durante toda la eternidad permanecerán sus íntimos.

II. Goces producidos por el amor y proporcionados al amor

Si no podemos comprender lo que serán estos deleites espirituales tan variados y delicados, sabemos por lo menos que la fuente de donde manarán será el amor muy santo, incomprensiblemente intenso de los escogidos. Así sentirán con una suavidad indecible el gozo de haber glorificado a Dios en la tierra por sus buenas obras, de glorificarlo aun mucho mejor en el cielo, y de haberlo de glorificar por toda la eternidad con el esplendor de las virtudes que practicaron. Los perfectos son mucho más sensibles a este gozo porque aman mucho más, y si ya en la tierra tuvieron tan gran deseo de glorificar a Dios, en el cielo este deseo siempre satisfecho es mucho más ardiente, se avendrían a todos los suplicios por dar a Dios un poquito de gloria. Aun cuando pues no dieran a Dios sino una gloria igual, sentirían una alegría sin comparación mucho más grande que los otros elegidos menos amantes. Pero la gloria que dan a Dios no es igual, sino incomparablemente mayor que la de las almas de menores méritos; por tanto también desde este punto de vista su bienaventuranza es sin medida superior [1].

Lo mismo hay que decir de la alegría que experimentan al darse muy bien cuenta de que trabajaron por su

1. Cuenta San Alfonso Rodríguez (*Vida*, n. 149-151), que habiendo rogado por un novicio que padecía una tentación fuerte contra su vocación, y habiendo alcanzado de la Virgen María a fuerza de ruegos una gracia poderosa que confortó al novicio y le dió la victoria, sintió dos o tres veces el extremado gozo que sentían los bienaventurados por la victoria del novicio. También Jesús nos enseña que hay una alegría grande en el cielo cuando un pecador se convierte. Todas estas alegrías que proceden del amor divino son evidentemente proporcionadas a la grandeza de este amor.

Dios, que padecieron por Aquel que tanto padeció por ellos. Los que fueron menos generosos y que al practicar la virtud se buscaron a sí mismos aun cuando este interés fuese legítimo y sobrenatural, sienten menos gozo; pero los que se olvidaron de sí mismos, los que se sacrificaron, se inmolaron por largos años, lo experimentan en mayor medida y es para ellos indeciblemente dulce, tanto más dulce cuanto más grande su amor.

En el cielo los escogidos ven, sin que les sea posible engañarse, que todo bien procede de Dios, pero además conocen y sin el menor orgullo todo el bien en que intervinieron como instrumentos; saben hasta que punto fueron los auxiliares de Dios según frase del Apóstol; ven en que forma fueron útiles a las almas sus trabajos, sus exhortaciones, sus ejemplos, sus sacrificios, sus oraciones; y a esas almas que participan de su felicidad las aman ahora con una fuerza de amor como jamás hubieran podido sospechar en la tierra; cuán felices son pues por haberlas ayudado a santificarse. Y no es poca cosa lo que les han procurado: aunque no hubieran contribuído sino a que hicieran un acto sobrenatural insignificante, estas almas les deben ya un aumento de felicidad eterna. Que será, pues, si haciéndoles progresar en la virtud contribuyeron a acrecentar considerablemente sus méritos. Calculemos, a ser posible, el gozo que por esta razón sentirán las almas ardientes que emplearon toda su vida en el ejercicio del celo, y de un celo lleno de abnegación y de puro amor; y veremos que este júbilo es incomparablemente más grande que el de las almas menos celosas.

Y este poder bienhechor ejercitado durante los días de prueba o en esta vida, que tan felices los hace, no lo pierden ahora que están cerca de Dios. «Yo pasaré mi

cielo haciendo bien en la tierra», decía la heroica Santa Teresa del Niño Jesús. La Sagrada Escritura manifiesta en efecto que en el cielo los amigos de Dios están asociados a su poder. En el *Libro de la Sabiduría* (III, 8), se dice que los justos probados por Dios en la tierra y a quienes Dios halló dignos de Sí, los purificados como oro en el crisol, juzgarán a los pueblos. La misma promesa hace el *Apocalipsis:* «Al que alcance victoria y guarde mis palabras hasta el fin le daré poder sobre las naciones.» (II, 26). De los Apóstoles que todo lo dejaron por seguir a Jesús declara el Señor que serán sus asesores cuando juzgue las tribus de Israel. De todo lo cual resulta que los que hubieren practicado el perfecto desasimiento, aquellos cuya alma fué purificada con pruebas valientemente soportadas, los soldados de Cristo constantes y valerosos que luchando hasta el fin reportaron una victoria completa serán asociados al poder del Salvador; podrán ejercer una gran jurisdicción sobre los pueblos de la tierra. Y cómo la ejercerán sino favoreciendo a los fieles y convirtiendo a los pecadores? Ya concedió el Señor a estos amigos íntimos cuando vivían probados en el mundo la más grande señal de su amor dándoles parte en sus obras las que más alegran su corazón, las obras de misericordia y beneficencia: ¿no les concederá este gozo ahora que son asociados a sus triunfos y a sus glorias?

Y no sólo podrán derramar sus beneficios sobre los que se hallan en este mundo. Los teólogos siguiendo a Dionisio el Místico nos dicen que los ángeles de superiores jerarquías comunican a los coros inferiores iluminaciones y gozos. ¿No ejercitarán del mismo modo los escogidos su influencia bienhechora y beatificante en sus compañeros de gloria pero inferiores en la jerarquía celeste?

Al mismo tiempo que difunden sus dones sobre los elegidos de categoría inferior y en cuyo ejercicio experimentan júbilos inenarrables, reciben cuanto más elevados están dones eminentemente preciosos de parte de los bienaventurados que pertenecen a jerarquías superiores. En el cielo todos los amigos de Dios se comunican sus sentimientos; estiman y admiran y sobre todo aman más a los que fueron más fieles, a los que sirvieron mejor y amaron más a su Divino Maestro. El alma perfecta pues, es mucho más amada de los santos que la que fué imperfecta, y recibe por este amor, que no es inactivo y ocioso sino muy fecundo, alegrías proporcionadas a la eficacia de ese mismo amor; es mucho más amada de la Virgen María, y objeto de las ternuras de tan dulce Madre que las almas menos santas; es mucho más amada de Jesús y participa mucho más de sus divinas intimidades y castos halagos.

En recambio de esto, y es para ella otro motivo de felicidad, el alma perfecta proporciona un gozo mucho más grande a estos íntimos de Dios, los cuales amándola conforme sus méritos, se regocijan grandemente de sus perfecciones, de su santidad y de su felicidad. Del mismo modo produce en la Virgen María su buena Madre un gozo mucho más tierno, que si la gloria de esta alma hubiera sido menor. Así también, oh dicha inefable, Jesús que tanto la amó, que tanto padeció para merecerle las gracias divinas, experimenta en su alma un placer indecible, por lo que hizo y padeció por ella, placer tanto más agradable cuanto mejor el alma supo aprovechar los méritos del Salvador, cuanto más santa y feliz la contempla Jesús ahora.

Falta hablar del gozo sustancial o supremo del cielo: ver a Dios, amar a Dios, poseer a Dios. Esta felici-

dad que es la esencial del paraíso, es incomparablemente más grande en las almas perfectas que en las de una piedad ordinaria. Cada uno de los actos realizados en este mundo se habrá agrandado, y cada uno según su valor, su capacidad de visión y su capacidad de amor. Dios, visto faz a faz, en sí mismo, como Él es, no en sus obras o efectos, tan distintos de lo que Dios es, simples vestigios y sombras; no por ideas infundidas en la criatura por el Criador, las cuales por altísimo que sea el concepto que nos puedan dar de Dios, y, cierto, fué muy elevado el de los ángeles superiores cuando viadores, al fin, esas ideas comparadas con la realidad, no son más que enigmas, dice San Pablo. Dios, pues, el Sér infinito es visto en sí mismo: el alma ve su ciencia incomprensible, su inteligencia sin límites, que con sola una mirada abraza todos los seres presentes, pasados y futuros y aun posibles; su sabiduría infalible que todo lo ha previsto y ordenado con un solo acto eterno; su poder creador al que nada es imposible; su bondad inefable, su amor, este amor que explica todas sus obras, este amor que sería la más estupenda de todas sus perfecciones, si una perfección divina pudiera ser más estupenda que otras. Ahora bien, todas estas perfecciones tan fuertemente unidas e idénticas en la substancia que forman una sola, las contemplan de muy diferente manera los bienaventurados según el grado de visión de cada uno; y el alma perfecta penetra mucho más hondamente que el alma imperfecta este abismo infinito de excelencias divinas y en la contemplación de estas maravillas experimentan alegrías inmensamente superiores.

La vista de un Dios tan perfecto, tan inefablemente admirable enciende en el corazón del escogido un amor proporcionado: según su admiración es su amor, y, a la

vez, según que ama desea contemplar y su contemplación corresponde a su amor, como su amor corresponde a su contemplación. Además, su facultad de amar se ha agrandado en él con cada acto sobrenatural de los que hizo, y según la dignidad de esos actos; así como al mismo tiempo se ha aumentado en él su capacidad de visión. El fuego de amor que en el cielo enardece al alma que consiguió en este mundo elevarse a la perfección, comparado con el del alma imperfecta es como un inmenso brasero, como el incendio de un dilatado bosque comparado con un hornillo. Y todas las alegrías que le produce el amor están en proporción con este mismo amor: el gozo de ver a Dios tan perfecto, tan sabio, poderoso y santo, el gozo, en especial, de verle tan feliz; el gozo de ver las tres Personas Divinas gozando infinitamente de su amor mutuo, de su donación recíproca, de su unión inefable. Y el amor tiende a la unión: los elegidos tienen en deseo, y siempre a medida de su amor, poseer a Dios. Y tal deseo siempre ardiente, es siempre satisfecho, porque, y este es el manantial de los mayores júbilos del cielo, Dios se da a sí mismo, y cada uno de los elegidos lo recibe según la capacidad, según la grandeza de su amor.

Las almas que recibieron grandes gracias, que son llamadas a la perfección y no la alcanzan porque no quieren vivir totalmente de sacrificios de humildad y de caridad, no comprenderán jamás en esta vida todo lo que pierden para la eternidad por sus infidelidades y sus resistencias a las inspiraciones del cielo. Y estos bienes que podrían tener con mayor abundancia y por su blandura y flojedad no los tendrán sino con medida mucho menor, son nada menos que el conocimiento inefable, el amor, la posesión de su Dios.

CAPITULO V

JESÚS VIVIENDO EN NOSOTROS

I. Unión estrecha entre Jesús y el alma fiel

Leyendo las epístolas de S. Pablo admiran las fórmulas que emplea con frecuencia para saludar a los fieles.

La carta a los Colosenses es dirigida *a todos los santos y a los que son sus fieles hermanos en Jesucristo;* la que escribe a los de Corinto, *a los fieles santificados en Jesucristo;* la escrita a los Filipenses, *a los que son santos en Cristo Jesús,* la dirigida a los de Éfeso, *a los fieles en Jesucristo.* Este modo de hablar lo emplea San Pablo por primera vez; y esto sin cesar: «Hemos sido bautizados en Jesucristo, en el bautismo hemos quedado sepultados con su muerte, hemos sido injertados en él representando su resurrección (Rom., VI, 3, 4, 5). Desde ahora ya no hay condenación para los que están con Jesucristo (VIII, 1). Llama a Priscila, Urbano y Aquila sus cooperadores en Jesucristo (XVI, 3, 9). Andrónico y Junia que estuvieron en Cristo antes que yo (7). Saludad a los de casa de Narciso que están en el Señor (11). Hasta entonces no me conocían de vista las iglesias de Judea que están en el Señor (Gal. I, 22). Por la gracia de Dios estáis en Jesucristo (Cor. I, 30). Somos la obra de Dios creados en Cristo Jesús (Ephes. II, 10).

Largo sería citar todos los pasajes en los cuales el Apóstol presenta a los fieles como adheridos a Cristo, más

aún como habitando en él, incorporados a él, hechos una misma cosa con él. Veamos algunos textos que expresan más claramente aún todo su pensamiento: No sabéis que vuestros cuerpos son los miembros de Cristo? (I Cor., VI, 15). Así como el cuerpo es uno a pesar de ser muchos los miembros, y como todos los miembros no obstante su número no forman sino un solo cuerpo, así sucede en Cristo (XIII, 12).

Cristo es nuestra cabeza, de quien todo el cuerpo trabado y conexo entre sí, recibe por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente a cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfección mediante la caridad (Ephes, IV, 16). Estando unido con la cabeza de la cual todo el cuerpo, recibiendo la influencia por sus ligaduras y coyunturas, va creciendo por el aumento que Dios le da (Col. II, 19).

Antes que San Pablo, había empleado Jesús un símil que expresa claramente la unión estrecha que existe entre Él y las almas: Yo soy la vid, vosotros los sarmientos... el que permanece conmigo y yo en él, ese da mucho fruto, porque sin mí, separados de mí, nada podéis hacer (S. J., XV, 5).

II. Jesús fuente e instrumento de gracia

Esta unión estrecha pues que existe entre Jesús y el alma es el principio de la vida sobrenatural en nosotros. Esta vida sobrenatural está en Jesús, como en su principio, como en su fuente, fuente inagotable, y de Él se derrama en nuestras almas: *recibimos de su plenitud: de plenitudine eius nos omnes accepimus* (*S. J.*, 1, 16). — Jesús, dice San Crisóstomo, no reconoce rival en comunicar; es el manantial, la raíz de todos los bienes; es la

vida, la verdad y la luz; no detiene sus riquezas en su seno, las difunde sobre todos; y cuando las ha prodigado, queda tan lleno, tan rico como antes; fuente que siempre mana y sin cesar se derrama, y siempre conserva su plenitud. La parte de bien que me llevo, la he recibido de otro, acaso la mínima parte del todo, como gota sacada de un abismo insondable, de un océano sin límites. Y aún es imperfecta tal imagen, porque si cogéis una gota de agua del océano, queda éste disminuído sin ella, bien que de un modo imperceptible. No podemos decir lo mismo de la fuente de vida; por mucho que saquemos, no se empobrece o menoscaba (In Joan., Homilía 14).

Como Jesús es para nosotros el principio de toda gracia? El nos la ha merecido, y sobreabundante, inmensurable.

El Verbo Divino se hizo hombre para expiar los pecados de los hombres; y como todas las acciones de su naturaleza humana, todos los padecimientos sufridos, pertenecen a su persona divina, son de un mérito infinito, más que suficientes para pagar todas las deudas de la humanidad entera.

Realmente para la humanidad se adquirieron esos méritos. Porque fué voluntad de Dios y voluntad de Cristo, que todas las acciones de la vida de Jesús, tan meritorias por sí mismas, fueran de hecho para el hombre; y así fueron ofrecidas en beneficio de los hombres. Para nosotros son estas reservas inagotables de gracias que Jesús nos mereció. Es pues cierto que la gracia se nos deriva de Jesús.

¿Pero de qué manera?

Los que piensan que la humanidad de Jesús no concurre más que moralmente a la producción de la gracia,

dirán: Jesucristo se une a los hombres, los toma consigo, los cubre con su dignidad, hace de ella una prolongación de sí mismo, y dice a su Padre: haced por ellos lo que hacéis por mí, poned en ellos lo que habéis puesto en mi, esta gracia santificante que es una participación de vuestra Divinidad, que hace a la criatura semejante al Criador, capaz de obras sobrenaturales, y por tanto más divinas que humanas; que la herencia que me cabe por derecho como Hijo de Dios les sea comunicada, y sean así mis coherederos.

Pero por los textos de la Sagrada Escritura hay que afirmar según parece algo más todavía; o sea, que Cristo concurre físicamente en nosotros a la producción de la gracia. Cierto, Dios mismo es el que infunde la gracia en el alma, pero se sirve de la Humanidad de Jesucristo como de un instrumento que le está unido. El instrumento, dice Santo Tomás, puede ser muy distinto del que lo emplea, como el báculo o la pluma; pero la mano es un instrumento unido estrechamente al agente. Así comunica Dios la gracia; El es la causa productora, pero la Humanidad de Cristo es su instrumento conjunto, y los sacramentos son instrumentos no unidos sino distintos. Tal es la doctrina de Santo Tomás con la mayoría de los teólogos.

Hay pues acción de Jesús en nuestras almas para derramar en ellas los dones de sus gracias, tanto las gracias actuales, que reciben hasta los pecadores, como la gracia santificante con las virtudes y los dones Pero, toda acción supone presencia y contacto; hay pues una verdadera unión entre Cristo y los hombres. Esta unión es de un orden tan elevado e íntimo que el lenguaje humano es incapaz de explicar; será un gran misterio mientras caminamos por la sombra de la fe; vemos sí

que los lazos que nos unen a Cristo son muy estrechos, pero no alcanzamos a conocer sino muy imperfectamente su naturaleza.

III. El amor que Jesús nos tiene le hace desear unirse con el alma

Lo que en pago de esto conviene entender y muy bien, que esta unión es efecto del amor inefable del Verbo Divino a sus hermanos los hombres, y por eso la doctrina del cuerpo místico se relaciona estrechamente con la doctrina del Sagrado Corazón.

El amor tiende a la unión; es fuerza unitiva, *vis unitiva*. «El amor, dice San Francisco de Sales, no es otra cosa que la unión del amante con la cosa amada». El amor del Verbo Encarnado lo abrazó con nudo fuerte a todas las almas que vino a salvar, lo movió a tenerlas estrechamente unidas con su Divina Persona, y a comunicarles su vida y todos sus bienes. Esta unión la realiza primero en el bautismo. «El cristiano, dice San León, ya no es lo que era antes del bautismo: es de Cristo; se ha unido con Cristo, y tanto, que la carne del bautizado se convierte en carne del crucificado. *Susceptus a Christo, Christumque suscipiens, non idem est post lavacrum, qui ante baptismum fuerat, sed caro regenerati fit crucifixi* (Serm. 14 de Pas.).

Ni bastó al Corazón de Jesús esta unión obrada en el bautismo, manifestó mejor aún su ardiente deseo de una estrecha unión con instituir la Sagrada Eucaristía: ahí, dice San Crisóstomo, se ha mezclado con nosotros, juntando su cuerpo con el nuestro, a fin de no ser más que uno, como el cuerpo y la cabeza no son más que uno; los que

aman ardorosamente tienden a esta unión (Brev. *Corpus Christi).*

Este deseo de unión no lo podemos negar, pues lo tenemos a la vista. Dulce es para el corazón fiel hallarse delante del Sagrario, más dulce contemplar con sus ojos la sagrada forma expuesta para adorarla: a fin de acercarse a su Dios el alma fervorosa abandona sus ocupaciones, se impone sacrificios. Mas este júbilo de hallarse a dos pasos de Jesús no le basta; anhela o suspira por recibirlo en lo más interior de su ser, está sedienta de la comunión y el banquete eucarístico le produce júbilos los más vivos y profundos.

Pues si el deseo de unión es el efecto natural del amor ¿cómo no lo será en el corazón de Jesús que nos ama incomparablemente más que nosotros a Él? Es pues imposible concebir cuanto desea nuestro Señor unirse a sus criaturas los hombres. Como puede todo lo que quiere realiza siempre de algún modo esta unión, pero siempre respetando la libertad de la criatura, se une a ésta con lazos más o menos fuertes según que se presta o resiste a sus deseos. A todos los viadores ofrece la unión completa, aún a los que sabe que jamás la aceptarán; estos deseos anticipados y afectuosos del corazón de Jesús unidos a los derechos adquiridos sobre las almas con los padecimientos que por ellas sufrió son ya un verdadero lazo entre Jesús y estas almas culpadas. Nuestro Señor dijo a la beata Varani: «Yo soy la cabeza de un cuerpo cuyos miembros son todos los cristianos y muchísimos fueron, son y me lo serán arrebatados por el pecado mortal.»

Nuestro Señor llama también a la unión perfecta a todos los que algún día se habrán de convertir; no unidos ahora con Él ni siquiera por la fe, son ya con todo

eso el objeto de su solicitud y de sus amorosas esperanzas. Los que están en pecado, pero que son fieles, tienen un mayor lazo con Él; y esto les vale más que a los no creyentes, socorros, luces, gracias actuales, pero esa unión es aun muy imperfecta, porque la savia divina de la gracia santificante no se corre de la vid a los sarmientos cortados. La unión de veras vivificante es la que existe entre las almas fieles y Jesucristo; almas justas que reciben las divinas influencias y el Salvador derrama en ellas las corrientes de vida divina cuya plenitud posee.

Sin embargo, las almas imperfectas tienen aun muchos obstáculos que impiden a Jesús hacer en ellas tanto como quisiera. Dichosas mil veces, dichosas las almas perfectas en las cuales Jesús puede según los deseos de su corazón derramar sus dones, darse a ellas mezclándose con su vida, comunicándoles sus ideas, sus afectos, sus deseos, sus virtudes, manifestándoles con diversas inspiraciones lo que espera de ellas, induciéndolas a su realización, ayudándolas y obrando en ellas y por ellas. De este modo valiéndose de sus íntimos continúa Jesús la gran obra que vino a realizar en el mundo; y que así expresó San Pablo: «Cumplo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, y lo cumplo por su cuerpo que es la Iglesia.» (Col. I, 24). Y el mismo Jesús ¿no dijo a Saulo cerca de Damasco que era perseguido él mismo en la persona de sus fieles? (Ac. IX, 5). ¿Y la sangre de los mártires que enrojeció sus vestiduras no es llamada sangre del Cordero? (Apoc. VII, 14).

Y con todo eso esta unión tan envidiable no es todavía la unión perfecta; la única que merece este nombre es la unión existente entre Jesús y los escogidos. La que el Señor estableció en la tierra mediante la comunión es

tan estrecha como puede serlo, pero al fin transitoria y oculta, por cuanto el Verbo se encubre con los velos de las especies sacramentales; en el cielo la comunión tan estrecha en verdad como la de la tierra será perpetua y sin velos, y la alegría tan viva que la comunión sacramental proporciona a las almas santas no es más que sombra de la que sentirán con la comunión del cielo. En el cielo aparece claramente que los elegidos son los miembros de Cristo, que Cristo es en verdad todo en todos: *Omnia et in omnibus Christus* (Col. III, 11): allí es donde el cuerpo místico de Jesús se revela en su perfecta unidad y en todo su esplendor.

Esta unión tan íntima que en la inmensidad de su amor el Corazón de Jesús forma con sus criaturas, incorporadas a sí mismo haciendo de cada una como la continuación de Jesús, explica lo que dijo del gran precepto de la caridad fraterna: «El segundo mandamiento es semejante al primero. Todo lo que habréis hecho por el amor de mis hermanos a mí lo habéis hecho. Tuve hambre, y me disteis de comer, tuve sed, y me disteis de beber, era huésped, y me recogisteis, estaba desnudo, y me arropasteis, enfermo, y recibí vuestras visitas.»

IV. Como debemos permanecer unidos a Jesús

De esta misma doctrina del cuerpo místico de Cristo los autores espirituales, en especial los del siglo XVII, sacaron aplicaciones prácticas muy consoladoras y hermosas. Oigamos a San Juan Eudes (Reino de Jesús, II parte): «Jesús hijo de Dios e hijo del hombre, no siendo solamente nuestro Dios, nuestro Salvador, nuestro Soberano Señor, sino también nuestra cabeza y nosotros sus miembros y su cuerpo, como dice San Pablo, *hueso de*

sus huesos y carne de su carne (Ephes. V, 30), y por consiguiente estando unidos a Él con la unión más íntima posible, como la de los miembros con su cabeza; unidos con Él espiritualmente mediante la fe y la gracia que se nos dió en el bautismo, unidos con Él corporalmente por la unión de su Santísimo Cuerpo con el nuestro en la Sagrada Eucaristía; se sigue de ello necesariamente que como los miembros están animados por la cabeza y viven de su vida, así nosotros debemos ser animados por el espíritu de Jesús, vivir de su vida, ir por sus caminos, revestirnos de sus afectos e inclinaciones, hacer todas las cosas con las disposiciones e intenciones con que Jesús hacía las suyas; en una palabra, continuar y consumar la vida, la religión y la devoción que Jesús ejercitó en la tierra.»

Estas palabras son indudablemente un acertado comentario de las intimaciones de San Pablo: *induimini Jesum Christum; induite novum hominem; sentite in vobis quòd et in Christo Jesu.* Y el mismo autor trae otros muchos textos para establecer esta doctrina: «No estáis oyendo lo que dice en el Evangelio, el que es la verdad por esencia: *yo soy la vida; yo vine al mundo para que tengáis vida; yo vivo y vosotros viviréis; no queréis venir a mí para tener la vida; entonces conoceréis que yo vivo en el Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros.*» O sea: «como yo estoy en mi Padre, viviendo de la misma vida de mi Padre, que me la comunica, así vosotros estáis en mí, viviendo de mi vida; y yo estoy en vosotros y os comunico esta misma vida, y de este modo yo vivo en vosotros y vosotros en mi y conmigo.»

Y su discípulo amado nos da voces diciendo que *Dios nos dió la vida eterna*, y que *esta vida está en su Hijo; y el que tiene en sí al Hijo de Dios posee la vida;* y al contrario

el que no lo tiene al Hijo de Dios no la posee; y que Dios envió al Hijo al mundo para que vivamos por él; que estamos en este mundo como Jesús estuvo en él: es decir, que hacemos sus veces, ocupamos su lugar, y por tanto, que debemos vivir aquí como él vivió. Y el mismo San Juan en el *Apocalipsis,* nos anuncia que el esposo de las almas Jesús, clama sin cesar: *venid d mí, y el sediento venga a mí, y el que quiere el agua de la vida venga a cogerla de balde* (22, 17); es decir, venga a mí a coger el agua de la verdadera vida (S. J. 7, 37).

Es lo que nos predica el apostol San Pablo a cada paso, que *estamos muertos, y nuestra vida está escondida con Cristo Jesús en Dios:* que *el Padre eterno nos vivificó con Jesucristo y en Jesucristo;* o sea, que nos hizo vivir no sólo con su Hijo, sino en su Hijo y con la misma vida de su Hijo, debiendo por tanto manifestar en nuestro cuerpo la vida de Jesús, pues Jesucristo es nuestra vida... Y en otro lugar, hablando a los cristianos les dice que *pide a Dios los haga dignos de su vocación, que cumpla en ellos eficazmente todos los deseos de su bondad y de la obra de la fe, para que Nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en ellos y ellos en él.*

Así pues, unirnos a Jesús, pedirle que obre en nosotros, que padezca en nosotros, que ruegue en nosotros, considerarnos como miembros suyos, como instrumentos que Jesús ponga en acción por sí mismo, como un órgano que él ha de animar, qué práctica más consoladora y fortificante! Cuando obramos, cuando cumplimos los deberes de nuestro estado, sentimos vivamente nuestra impotencia; cuando padecemos observamos con pena que no sabemos sufrirlo bien; cuando oramos nos reconocemos indignos y nos damos cuenta cabal de que nuestros ruegos no pueden glorificar mucho a Dios. Jun-

témonos pues con Jesús, pidámosle que él mismo desempeñe en nosotros todas estas santas funciones; y luego consolémonos; llamamos a Jesús y ha venido; pues desea de veras trabajar, padecer, rogar en nosotros y dar a todas nuestras obras una dignidad, un mérito y eficacia que sin él no tendrían. «Debemos acabar todas las cosas, escribía Santa Margarita a una religiosa, en esta ardiente fragua del Sagrado Corazón de nuestro adorable Maestro... y después de haber consumido nuestro corazón estragado en estas divinas llamas del puro amor, ahí hemos de adquirir otro del todo nuevo, que en adelante nos haga vivir enteramente renovados... de tal manera ha de reemplazar este corazón divino al nuestro, que él solo viva y obre en nosotros y por nosotros, y que su voluntad anonade la nuestra de suerte que pueda obrar cuanto quiera sin resistencia ninguna de nuestra parte; en fin que sus afectos, sus pensamientos y sus deseos sustituyan a los nuestros, sobre todo su amor, el cual se amará él mismo en nosotros y por nosotros». (Obras, t. II, p. 468).

Sabemos cual era la hermosa oración de M. Olier: Oh Jesús que vives en María, ven a vivir en nosotros con tu espíritu de santidad, con la plenitud de tu poder, con la perfección de tus caminos, con la verdad de tus virtudes, con la comunión de tus divinos misterios; domina en nosotros sobre las potestades enemigas, con la eficacia de tu espíritu y por la gloria de tu Padre.

Que Jesús, pues, reproduzca en nosotros sus virtudes, comunicándonos los sentimientos que tuvo en los misterios de su vida mortal, la humildad de su encarnación, la pobreza de su nacimiento, el retiro de su vida oculta, el celo de su vida pública, el fervor de sus oraciones, la generosidad de su inmolación, y esto de manera que

Dios vea en cada uno de nosotros, no ya la criatura con sus miserias, sino la imagen fiel, la fotografía de su divino Hijo en quien tiene todos sus deleites; o también; que Dios vea en nosotros a Jesús mismo, cubriéndonos, protegiéndonos ocultos en El, a Jesús que nos anima, nos mueve, obrando en nosotros y por nosotros.

Veamos las aplicaciones prácticas de esta excelente doctrina: somos los miembros del cuerpo místico cuya cabeza es Jesús; cada miembro está sujeto a su divina influencia y recibe de él sus gracias, a lo menos las actuales; nos ama a cada uno con un amor inefable, el cual le hace unirse a todos con unión y junta que Jesús quiere sea cada vez más eficaz, más íntima y perfecta. Hemos de ver pues a Jesús en el prójimo. Debemos verle también en nosotros y vivir fuertemente unidos a El, bien penetrados de sus ideas, de sus sentimientos, juntando nuestras intenciones con las suyas, nuestras oraciones con las suyas, nuestras penas y trabajos con los suyos, negando constantemente nuestra voluntad por hacer la suya y obrando en todo con El y como El. Jesús hará lo demás: secundará nuestros esfuerzos, nos llenará de sus gracias, nos comunicará sus luces, sus afecciones, su fuerza, El nos moverá y guiará en el camino de la perfección, hará de nosotros copias suyas, otros tantos Jesús, y entonces podremos decir *vivo yo, ya no yo, vive Jesús en mí* (Gal. II, 20).

CAPÍTULO VI

LA TRANSFORMACIÓN DEL ALMA EN DIOS

I. Dios quiere poner en el hombre su imagen

Si fuéramos a resumir en una palabra todo el orden de la vida espiritual habría que decir: la vida espiritual es juntamente la obra del trabajo de la gracia y la de los esfuerzos de la libertad humana para efectuar la asimilación perfecta del alma a Dios; toda la vida espiritual dicen los autores de espíritu se encamina a la unión y a la transformación del alma en Dios.

Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, dijo Dios cuando la obra de la creación. El pecado original vino a destruir el plan divino; pero Dios recomenzó su obra y la prosigue en cada uno de nosotros. El trabajo de asimilación comienza en el bautismo: Dios infunde en el alma del bautizado su gracia santificante, las virtudes y los dones; con lo cual el alma recibe como una emanación de la divinidad que penetra en su substancia y sus facultades, dando a la primera una hermosura divina y poniendo en las segundas una fuerza de obrar divinamente: de este modo participa de la naturaleza divina: *divinae consortes naturae* (II, Pet., I, 4). Luego, cuando el alma se halla en estado de producir actos, Dios obra también en ella mediante sus gracias actuales, y su acción tiende a hacer al alma más y más semejante a El por la práctica de las virtudes.

Dios, pues, aspira a reproducirse. Como el calor calienta, como la luz alumbra, así Dios deifica, es decir hace semejantes a El. Cada una de sus perfecciones obrando en el alma imprime en ella su semejanza, su sabiduría hace sabias las criaturas, su bondad las hace buenas, su misericordia compasivas e indulgentes, su longanimidad dulces y sufridas, su verdad las vuelve humildes, su pureza las purifica, su amor las enardece. Cada acto nuestro virtuoso es la reproducción de uno de sus atributos, la comunión con una de sus perfecciones. Al contrario, cada uno de nuestros pecados es un atributo divino rechazado, forzado a permanecer ocioso, es una obra de Dios estorbada, destruída. Porque el hombre como el ángel en cuanto son libres, tienen el triste poder de maniatar a Dios, por un momento.

Sí, por un momento, porque cuando viene la muerte Dios recupera lo suyo; las barreras que la libertad humana opuso al efecto de cada atributo divino, son derribadas, y entonces la perfección divina obra con una fuerza tanto más temible cuanto más comprimída estaba. Todos los obstáculos que el alma había puesto a la operación divina con sus resistencias, permanecen en ella, si no los ha destruído con la penitencia que expía y repara; y los atributos divinos, ya libres, obran como vengadores, y despliegan contra estos obstáculos una actividad devoradora y aflictiva.

Si estos impedimentos puestos por la criatura son pecados mortales no retractados, y por tanto se hallan en una alma rebelde, definitivamente apartada de Dios y obstinada en el mal, los atributos divinos realizan eternamente su obra de justicia; serán un fuego consumidor para el condenado, y como la voluntad culpable, permanece siempre en rebeldía y por lo mismo mantendrá sin

fin esos elementos perversos, hallando siempre en qué cebarse la acción vengadora, siempre durarán los tormentos. Así Dios en todas partes presente, en todas partes ejerce su acción, y en las criaturas libres, hechas para reproducir la imagen de Dios, la influencia divina tiende a imprimir su pureza, su santidad, su amor; mas en el réprobo habiéndoselas con una voluntad pertinaz, eternamente adherida al aborrecimiento de lo que es pureza, santidad y amor, produce en el desdichado horribles tormentos.

Si la voluntad renunció a lo malo y se volvió a Dios, los atributos divinos destruyen paso a paso los impedimentos puestos en otro tiempo y que afearon al alma, quitan la fealdad, y deshacen lo que les es contrario, todo lo que oculta su brillo, pero sin añadir nuevo esplendor, como lo hacen antes de la muerte con el alma dócil a su acción, en la cual penetran más hondamente, y se espacian más anchamente. Esta obra de destrucción, esta purificación de manchas en el purgatorio, será tanto más dolorosa cuanto las resistencias habrán sido más graves y numerosas, aumentando su duración, según fueron más prolongadas [1].

Así cada acción y aun cada pensamiento que habrá detenido voluntariamente la vida divina, como una barrera, en su expansión, e impedido la emanación o destello en nosotros de la luz, de la bondad, de la paciencia, de la caridad divina, serán pasto de aquellas llamas vengadoras.

1. La Madre Francisca de la Madre de Dios, santa carmelita del siglo XVII, veía en las llamas ciertas almas en las cuales el fuego parecía obrar lentamente, de modo que tardaban largo tiempo en purificarse. Nuestro Señor le dió a entender que como habían sido negligentes y poco fervorosas en el servicio de Dios, su justicia las purificaba poco a poco. (*La vie*, p. 495.).

Felices los que no aguardan a las penas espantosas del Purgatorio para limpiarse de las manchas del pecado y procuran ser en esta vida espejos fieles de la Divinidad. En las almas justas cada atributo divino trae su fruto, obra su semejanza; su acción amorosamente ofrecida por Dios, es amorosamente aceptada por el alma. Dios dice a su criatura: quieres que mi lumbre te ilumine, que mi bondad, mi paciencia, mi caridad se te comuniquen; algo te ha de costar, porque será necesario que las oposiciones de tu naturaleza pervertida, desaparezcan del todo, pero con esto te asemejarás a mí cada vez más. Y el alma fiel acepta con generosidad, el atributo divino se le comunica y así entra en comunión con las perfecciones divinas.

Esta comunicación puede obrarse en cada momento. Cada uno de nuestros actos virtuosos es pues un destello de la Divinidad en nuestras almas; y como éstas son vasos de capacidad inmensa, siendo el océano de las perfecciones divinas infinito, las almas generosas, enteramente fieles, que se abren no en parte sino del todo, se enriquecen extraordinariamente. La Divinidad las llena; y como es la misma hermosura, las hermosea y transfigura; como es la omnipotencia las fortifica; como es la santidad infinita las perfecciona y santifica.

No es necesario notar que esta participación de los atributos divinos comprende innumerables grados. Al principio de la vida espiritual el trabajo del alma se encamina a pelear contra las inclinaciones viciosas, a no cometer actos culpables; para lo cual necesita reflexión, valerse de razonamientos prolongados, los cuales la deciden más o menos trabajosamente a huir el mal y obrar el bien. Cierto, la virtud así practicada es, como siempre, obra de la gracia divina y de la libertad humana; pero

en medio de estas ocupaciones de la inteligencia para esclarecerse y de estos combates de la voluntad para salir de su indecisión, la gracia no ejerce con toda facilidad su acción poderosa y los atributos divinos no se reproducen sino muy imperfectamente.

II. Debemos apartar todo lo que nos impide asemejarnos a Dios y hemos de dejarnos purificar

El primer deber del alma ha de ser pues destruir en ella lo que se opone a la acción de la gracia, y con victorias sobre sus defectos y con sacrificios generosos debilitar sus malas inclinaciones y robustecer sus buenas disposiciones.

Las primeras victorias atraen sobre el alma nuevas gracias, y en primer lugar luces que afianzan y esclarecen su fe. Entra entonces en la vida de piedad. Ya más iluminada es capaz de virtudes más altas; pues tiene menos dificultades y más méritos; y así resalta más su semejanza con Dios.

Pero le quedan todavía muchos resabios que sin oponerse radicalmente a la gracia dificultan mucho su acción. Cuantas complacencias de sí misma más o menos voluntarias, qué modo de buscar sus satisfacciones personales, qué repliegues del amor propio, qué asimientos secretos a todo lo que agrada a la naturaleza, qué solturas las de la imaginación en las cuales la inteligencia se complace y se desvía, qué sentimientos puramente naturales, cuántos deseos, cuidados, alegrías y penas que nada contienen de divino y entorpecen por tanto la asimilación del hombre a Dios.

El deber del alma piadosa es lanzar lejos de sí todos estos defectos, olvidada de sí misma, reputándose por

nada, abnegándose sin cesar. *Desde el punto que estamos vacíos de nosotros mismos,* decía San Vicente de Paúl, *Dios nos llena de sí, porque no puede tolerar el vacío* [1]. Y Santa Juana de Chantal decía: «Cuanto más nos vaciemos de lo que no es Dios, más nos llenará de sí mismo» (Œuvres, t. III, p. 264). Dios llenando de sí a los vacíos de sí. ¡Qué principio tan fecundo! Vaciar su inteligencia, vaciar su corazón de todo lo que no es divino y sobrenatural! tal es el gran medio para el alma piadosa de atraer hacia ella los dones de Dios.

Con todo eso aún los que trabajan con mucha fidelidad no llegarán a purificar el fondo de su espíritu y de su corazón si el Señor no les ayuda a ello por medio de pruebas acerbas, muchas veces muy largas, pero eminentemente saludables. La Sagrada Escritura repite muchas veces esta verdad, que el alma pura necesita desembarazarse de todas sus impurezas como el oro necesita pasar por el fuego para purificarse de todas las escorias que empañan su brillo. «El Señor conoce mi camino, dice Job a Eliphaz, es decir, sabe que soy inocente de las faltas que me imputáis pero me prueba como oro en en el fuego: *probavit me quasi aurum quod per ignem transit* (Job, XXIII. 10)». «Como la plata es probada donde se afinan los metales, como el oro es purificado en el crisol, así el Señor afina los corazones (Prov. XVII, 3)». «Las almas de los justos están en las manos de Dios... Si a los ojos de los hombres padecieron sus penas... es que Dios los probó y los halló dignos de sí; los acrisoló como el oro en el fuego: (Sap. III, 1-6)». «El oro y la plata se prueban al fuego y los hombres agradables a Dios

1. *La vie* por Abelly. 1, I, ch. XXI. Ver *Les Divines Paroles,* XXX, 25, cómo el Señor ha prometido llenar de sus dones a los que hacen el vacío de sí mismos.

en el crisol de la humillación: (Eccles. III, 5)». Y por Zacarías (XIII, 8). Después de declarar que castigará a los pecadores dice el Señor hablando de los buenos: «A esta tercera parte la haré pasar por el fuego; los purificaré como se purifica la plata; los probaré como el oro». «El Señor, dice Malaquías, (III, 3) se asentará como el que funde y afina la plata; fundirá a los hijos de Leví parándolos puros como oro y plata, y entonces ofrecerán sacrificios santos al Señor». «Debéis llenaros de gozo, escribe San Pedro, aunque por un poco de tiempo os conviene que seáis afligidos con varias tentaciones, para que vuestra fe probada de esta manera y mucho más acendrada que el oro que se acrisola con el fuego, se halle digna de alabanza, de gloria y de honor, cuando se manifieste Jesucristo». «Carísimos cuando Dios os prueba con el fuego de las tribulaciones no lo extrañéis, como si os aconteciese una cosa muy extraordinaria, (I, Pedro, I, 7; IV, 12)».

Las gracias purificantes son pues necesarias; preceden a las gracias transformantes. Cada vez que el Señor se dispone a dar al alma gracias más elevadas, más iluminativas, más capaces de hacerla semejante a Él, la prepara con pruebas que consumen en ella los elementos impuros, y estas purificaciones sucesivas son mucho más rigurosas a medida que el alma adelanta en la santidad. Sin duda en los designios de Dios estas pruebas son para aumentar el mérito de los justos y hacer más eficaz su intercesión en gracia de sus hermanos; pero también se explican, sobre todo en la primera parte de su vida, antes de haber llegado a la santidad consumada, por la necesidad que tienen estos generosos servidores de Dios de verse libres no sólo de los restos del pecado sino de lo que en ellos queda de muy natural,

demasiado activo, y diríamos humano con exceso. En efecto toda precipitación, toda vivacidad natural es un obstáculo a la expansión completa de la gracia, e impide la total tranformación del alma en Dios. Las almas de poco arresto para la renuncia de sí mismas se creen demasiado probadas cuando su amor propio es humillado, cuando se ven contrariadas, cuando padecen algunas privaciones o algún dolor físico. Ciertamente son pruebas, pero que la mayoría de las veces no llegan sino a la superficie del alma, y las personas que antes no pasaron por otras no pueden tener sino virtudes poco profundas. Las pruebas muy purificantes son las que penetran en lo más hondo del alma.

III. El alma al mismo tiempo que se purifica se diviniza

Abundan los ejemplos de estas pruebas saludables en la vida de los grandes amigos de Dios. Uno de éstos en los cuales se palpa mejor la obra purificante de la gracia y los efectos de la transformación que produce es M. Olier. Llegado ya a un grado heroico de amor de Dios, habiendo alcanzado una pureza eminente después de diez años de rigurosas penitencias, por la práctica constante de virtudes admirables y por las muchas y diversas pruebas que le proporcionó la Providencia divina, lo redujo Dios a un estado de impotencia completa. Sus facultades quedaron como paralizadas, su inteligencia entorpecida, su voluntad como embotada. Así aprendió no sólo a no complacerse de ningún modo en sus talentos, pero ni a buscar ningún apoyo en sus cualidades naturales y a esperarlo todo del movimiento de la gracia.

Dios le hizo entonces el favor de una unión extraordinaria con Jesucristo participando así enteramente de los atributos divinos. En tal estado «parece, dice él, que el hombre exterior y el hombre interior no tiene otra vida que la de Jesús, ya que el alma no puede reconocer en sí otro principio de sus acciones y de sus afectos que Jesucristo viviendo y obrando en ella. Yo veo su acción en el uso de mis facultades naturales, y hasta en la compostura del cuerpo, en otro tiempo tan desordenada. Ahora siento el espíritu de mi maestro, que me compone y me dirige en mi porte exterior, en el andar y aún en mis palabras... Cuando me pongo a escribir siento que este divino espíritu quiere mover y regularizar todos los meneos de mi mano. Yo me presto y me entrego a Él como un instrumento que no tiene acción propia y personal... Lo siento como extendido en todo mi ser, como si fuera el alma que lo anima: lo siento como una segunda alma que me anima y me lleva y se sirve de toda mi persona como el alma dispone los movimientos del cuerpo, pero con más suavidad y dominio... Lo mismo me pasa con las facultades de mi alma y con los dones sobrenaturales, pues experimento en eso el mismo cambio. En vez de aquellas densas tinieblas poseo ahora grandes luces; en vez de la confusión de mi espíritu gran claridad en mis pensamientos... en vez de las sequedades desoladoras maravillosos efectos... En vez de esta maldita y desdichada ocupación de mí mismo, multitud de sentimientos de amor y de elevación a Dios. Fuerza es confesarlo: el espíritu divino es quien así me llena y me posee» (*Vie*, por Fallión, 1.re part. I. VIII).

Pocos, raros son los que en esta vida alcanzan una unión tan perfecta con Dios. En la mayoría de las almas la transformación es sólo bosquejo mientras viven en

las ataduras del cuerpo; apenas comenzado en la vía purgativa, muy incompleto en la vía iluminativa, pero en la vía unitiva donde los dones del Espíritu Santo obran copiosamente, el alma habitualmente iluminada, encendida, penetrada por este divino espíritu participa de las perfecciones divinas con más amplitud y abundancia.

A las almas unidas a Dios pueden pues aplicarse sobre todo aquellas palabras de San Pablo: «Contemplando como en un espejo la gloria del Señor somos transformados en la misma imagen cada vez más resplandeciente». *Gloriam Domini speculantes in eamdem imaginem transformamur* (II, Cor., III, 18). Esta imagen es la semejanza de Cristo: las facciones de Jesús sustituyen poco a poco a las nuestras; y llegando a ser la imagen de Cristo somos por lo mismo una imagen de Dios cada vez más exacta. Y esta transformación se obra por la acción del Espíritu Santo que transfigurándonos nos eleva de claridad en claridad: *a claritate in claritatem a Domini Spiritu.*

Como ya lo hemos dicho cuando al morir no se ha acabado la obra de asimilación a Dios, debe acabarse en la morada de expiación; si esa imagen era muy expresiva la expiación es mucho menos penosa; los defectos por limpiar menores y poco numerosos, y las santas disposiciones de esas almas fieles, como participación que son de las luces y sentimientos de Dios, dulcifican sus penas.

En el cielo experimenta el alma en sí misma los efectos beatificantes de los divinos atributos porque todo lo divino lleva en sí alegría y felicidad. El alma bienaventurada en la cual las tachas más pequeñas han desaparecido y los menores obstáculos fueron destruídos, está

perfectamente transfigurada, deificada; participa las perfecciones de Dios en la medida en que las participó voluntariamente en la tierra; y cuanto más fuerte fué por sus virtudes su unión con la divinidad que obraba en ella, tanto más participa de la divinidad que la glorifica. «Hijos míos, escribe San Juan (1, III, 2), ahora somos ya hijos de Dios, más lo que seremos algún día no aparece aún; lo cierto es que seremos semejantes a Él: *similes ei erimus*». Cristo que es todo en todos: *omnia et in omnibus Christus,* se manifestará en cada uno de los escogidos. *Vos cognoscetis quia ego sum in Patre et vos in me et ego in vobis* (S. J., XIV, 20). *Ego in Patre et Pater in me est* (Ibid., 10). Sabremos cómo Jesús ha de vivir y obrar en nosotros, veremos a Jesús vivir en el Padre y el Padre en Él; habrá pues una unión admirable, indecible entre Dios y sus hijos; gozando cada uno de su personalidad y libertad, Dios se manifestará como penetrando y transfigurando los elegidos. Veremos que vivimos en Él, que nos movemos en Él, que somos en Él: *in ipso vivimus, movemur et sumus;* veremos nuestra sustancia sostenida por Él, nuestros pensamientos, nuestros actos voluntarios, nuestras acciones a la vez suyas y nuestras; y en nuestra persona ya totalmente purificada, iluminada, abrasada, todo será digno de Dios; sin dejar de ser criaturas, estaremos como divinizados, transformados en Dios; y los designios de Dios anunciados ya desde el principio serán plenamente realizados. *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram;* hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Así en todas las cosas será todo de Dios. *Ut sit Deus omnia in omnibus* (I, Cor., XV, 28).

SEGUNDA PARTE

Medios para alcanzar la perfección

CAPÍTULO VII

LA GRACIA DIVINA

I. La predestinación divina y la cooperación humana

Dios quiere la salvación de todos los hombres: *Deus vult omnes homines salvos fieri* (S. Tim., II, 4). *Non est voluntas ante Patrem vestrum qui in caelis est, ut pereat unus ex pusillis istis.* No es voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, el que perezca uno solo de estos pequeñitos (Mat. XVIII, 14). A todos confiere gracias muy suficientes para salvarse. No quiso, a *priori* con voluntad antecedente, o sea, anterior a la previsión de los méritos y deméritos salvar a unos y condenar a otros; no dice: yo quiero, lo primero y a toda costa, salvar a Pedro y perder a Judas, por lo cual destino a Pedro las gracias a las cuales sé cierto que corresponderá, y para Judas otras gracias a las que, ciertamente, no ha de corresponder: no, en su inmenso amor quiere la salvación de todos, y podrá decir a cada condenado: *quid est quod ultra debui facere et non feci?* ¿qué es pues, lo que me

quedaba por hacer contigo y no lo hice? (Is., V, 4) [1].

Pero si es verdad que a todos quiere salvar, y que en virtud de tal voluntad está dispuesto a conceder las gracias en absoluto suficientes a cuantos no pongan obstáculos a ellas, también lo es que no concede a todos la misma medida de gracias; con entera libertad, por ser dueño absoluto de sus dones, y según los designios inescrutables de su infinita sabiduría, predestina a unos a recibir gracias mucho más eminentes, y a otros para otras inferiores. Ni en esta selección de gracias se dirige por la previsión de una mayor o menor fidelidad en las almas; pues el único motivo es su beneplácito y su sabiduría insondable. Por lo demás, aun en lo que hace con los menos favorecidos, se dirige Dios por su bondad y su amor, y todos, hasta los desventurados que abusan de sus gracias, reconocerán algún día, que fuerón objeto de sus beneficios. «Ninguno se pierde, a quien yo no le haya hablado mil veces al corazón», dijo el Señor a María de Jesús Crucificado, Carmelita.

Indudablemente, Dios prevé que los pecadores obstinados no se aprovecharán de sus gracias previas, prefiriendo perderse, mantiene en firme, con todo eso, el decreto por el cual los llama a la existencia, y en virtud del cual decide darles tales socorros, que con ellos puedan conseguir la salvación Lo mantiene, porque, como soberano Señor, no puede depender de sus criaturas, ni ser cohibido, detenido en sus designios por la mala voluntad del hombre. No va Dios a inclinarse delante de sus cria-

1. A los que conturba el misterio de la predestinación, recordemos las palabras de San Agustín: ¿Quienes son los predestinados? Vosotros, si lo queréis. *Quis est iste? Vos si vultis* (In Jo., tr. 26, n. 2). El cielo fué preparado para otros: sed esos otros y habrá sido preparado para vosotros. *Aliis paratum est: et vos alii estote et vobis paratumest* (Ps. 126, n, 4).

turas, antes de concederles los beneficios, y preguntarles sumisamente cuales son las gracias que piensan aprovechar. Pues así, dice San Juan Damasceno, sería el pecado el que pondría la ley a Dios, y limitaría su poder *(De fide ortod,* lib. IV, c. 21).

Por tanto, la medida de las gracias y la clase de las mismas, conferidas a cada uno, depende sobre todo del beneplácito de Dios; como el rey de la parábola da Dios a uno cinco talentos, dos a otro y al tercero uno solo, y el que ha recibido más, mucho más podrá ganar.

Pero Dios crió al hombre libre y respeta su libertad. Por tanto como es libre el hombre puede servirse fielmente de las gracias divinas y en este caso se suceden sin interrupción y prosiguen siempre creciendo según los designios de la Providencia divina. El hombre puede por lo contrario mostrarse menos fiel y con sus resistencias y aun por sus negligencias oponer obstáculos mayores o menores al torrente de las liberalidades divinas.

Innumerables son los ejemplos que podríamos poner sobre esta manera bien distinta con que son recibidas las gracias de Dios. La Virgen María y Zacarías recibieron su mensaje divino por medio del ángel San Gabriel. La Virgen María creyó la palabra del Arcángel y Zacarías a quien se le anunciaba un milagro menor no le creyó al principio. Isaac e Ismael recibieron la misma educación y no la aprovecharon igualmente; lo mismo pasó con Jacob y Esaú, José y sus hermanos. Cierto que las gracias interiores pudieron ser desde el principio más poderosas en Isaac, Jacob y José; aún cuando las gracias exteriores son las mismas, la diferencia del mérito puede provenir de que las gracias interiores son más abundantes, más eficaces en los unos que en los otros. Pero también es verdad que gracias iguales producen

efectos muy desiguales según el grado de fidelidad o escasa correspondencia de cada uno: todos aquellos siervos de quienes habla Jesús en la parábola de las minas recibieron la misma cantidad, o mina por cabeza; uno de ellos ganó diez minas, otro cinco, y el tercero dejó infructífero el depósito que se le había confiado. «Si los milagros obrados aquí, decía Jesús, a los de Cafarnaum, se hubieran realizado en Tiro y en Sidón, tiempo ha que hubieran hecho penitencia cubiertas de ceniza y de cilicio». (Mat. XI, 21).

Es decir que podemos hacer que fructifique abundantemente la gracia recibida, que produzca fruto muy escaso y que resulte enteramente estéril. San Pablo se regocija de que la gracia que Dios le comunicó no resultó infecunda: *Gratia ejus in me vacua non fuit* (I Cor. XV, 10). ¡Triste poder el de esterilizar la gracia y anular el esfuerzo de Dios! Dios en su infinita bondad se abaja hasta nosotros, nos ilumina, nos fortifica, nos compele a los actos virtuosos, a realizar un sacrificio, a producir con su gracia obras de valor sobrenatural, obras tan divinas como humanas que glorifican a Dios y redundan en provecho nuestro; y nosotros podemos inutilizar estos impulsos de Dios, esta intimación divina, y Dios nos ofrece esta gracia por pura bondad, sin derecho alguno de nuestra parte, no habiendo nada en nuestra vida que nos la pueda granjear, toda nos la mereció Jesús. Fué necesario en efecto que el Verbo eterno descendiera del cielo, se humillara y sacrificara para conferírsenos tal gracia. El menor pensamiento bueno, un mínimo deseo sobrenatural de cosa buena es fruto de la preciosa Sangre de Jesús.

¡Qué responsabilidad pues, la nuestra cuando esta gracia que tan cara le costó al Salvador permanece esté-

ril por culpa nuestra! ¡Qué ingratitud y hasta insensatez si la obra a la cual nos mueve la gracia es obligatoria, y la resistencia llega a constituir un pecado mortal! La responsabilidad es tanto mayor cuanto más abundante y poderosa es la gracia. Por esto son espantosas las imprecaciones proferidas en la Sagrada Escritura contra los que abusan de semejantes gracias. «Ay de ti, Corazaín, ay de ti, Betsaida... pues, en el día del juicio habrá menos rigor con Tiro y Sidón, que con vosotras». Tiro y Sidón eran ciudades famosas por su corrupción, muchas veces maldecidas por los profetas. «Y tú, Cafarnaum, que te engríes hasta el cielo, serás abatida hasta el infierno... el país de Sodoma en el día del juicio será con menos rigor que tú castigado». (Mat. XI, 21).

Los que reciben gracias muy elevadas difícilmente se mantienen en el término medio: o progresan mucho en la virtud o se exponen a hundirse mucho en el pecado. No hubo mediocres entre los discípulos de Jesús, los que quisieron aprovechar sus gracias llegaron a ser grandes santos, el único que no las aprovechó fué un monstruo de iniquidad. En cierta ocasión la Madre María del Divino Corazón, siendo todavía novicia, se confesaba con un religioso. «He tenido, dijo ella, conocimiento de que este sacerdote será un santo o un demonio». Los hechos demostraron que no se había equivocado: no quisó ser un santo y años más tarde contristaba a los católicos alemanes con su apostasía pública, fué amigo del Kaiser y enemigo de la Iglesia

No sólo resistiendo con obstinación se esteriliza la gracia de Dios y se amengua su curso, sino también descuidándola y no esforzándose por aprovecharla. *Noli negligere gratiam quae est in te,* dijo San Pablo a Timoteo (I Tim., IV, 14). «No malogres la gracia a ti concedida.»

Si no la desatendiéramos habría en la tierra legiones de almas perfectas. «¿Cuál es pues la causa, pregunta San Francisco de Sales, de que no progresemos en el amor de Dios como San Agustín, San Francisco, Santa Catalina de Génova, Santa Francisca Romana? Es, oh Teótimo, porque Dios no nos ha concedido esa gracia. ¿Pero por qué Dios no nos ha dado tal gracia? Porque no hemos correspondido como debíamos a sus inspiraciones.» (Amor de Dios, II, II). Y el santo doctor pone esta comparación: Si nos dan un remedio y no lo utilizamos, nosotros mismos lo hacemos inútil e infructuoso. Si en vez de tomarlo enteramente no tomamos más que una parte, no producirá todo el efecto que había de producir y también esto será culpa nuestra. Así acontece con la gracia: nos exige mucho, si no le damos más que una parte de lo que nos pide, o si en vez de dárselo con mucha alma se lo damos vacilando, con amargura y como pesarosos, la gracia no producirá los efectos que Dios quería obrar por ella; sin ser estéril totalmente será por nuestra culpa poco fecunda. «Un acto fervoroso, escribía San Ignacio a los jesuítas de Coimbra, hace progresar más que mil flojos.» La gracia nos mueve a rezar bien y rezamos sin atención, sin fervor, porque para esto se necesita un esfuerzo enérgico, lo cual cuesta; nos incita a desempeñar perfectamente las obligaciones de nuestro estado y no las cumplimos sino con indiferencia y flojedad; la gracia nos inspira emplearnos en bien del prójimo, sacrificarnos por complacer, y más aún por ser benéficos, y nosotros regateamos esos buenos servicios. Así malogramos la gracia. Cuando ésta nos impulsa a los actos de virtud que no son obligatorios, como privaciones, mortificaciones, se la puede desoir sin ser rebeldes, porque Dios entonces no manda, nos invita y aconseja. Si des-

atendemos la invitación invocando motivos de poco fuste también en eso somos negligentes con la gracia. Hay personas que siempre hallan pretextos para esquivar lo que les molesta; éstas acaban por engañarse a sí mismas y pierden la luz. Los que las dirigen se preguntan cómo tales personas que son piadosas realmente, y parecen desear su perfección, no progresan en ella; descuidaron las gracias recibidas; Jesús les habla claro al corazón pidiéndoles sacrificios como lo hace con todas, pero ellas siempre le oponen aviesas razones.

II. Cuan culpables y sin juicio son los que corresponden mal a las gracias divinas

Los que son pues poco decididos, que no se hacen fuerza a sí mismos, defraudan los planes divinos. Con sus hechos dicen a Dios: esto no será como vos lo queréis. Llamándome a la piedad, dándome todas estas luces que no reciben los cristianos ordinarios, ofreciéndome tantas gracias, que puedo recibir en un día más que otros en todo el año, queríais hacer de mí un cristiano perfecto; pues bien, yo no quiero ser sino un alma vulgar. Queréis que sea para vos un consolador; yo no os daré estos consuelos que tanto los merece vuestro amor. Queréis que sea un reparador, y yo no repararé los pecados ajenos, ni aun quiero hacer penitencia en este mundo por mis pecados propios. Queríais hacer de mí en la tierra y más en el cielo un amigo muy querido por una interminable eternidad; yo no pienso llegar a serlo, y me contentaré con ser uno de vuestros servidores. En ello perderéis vos, porque no os daré la gloria que esperabais de mí. Con ello perderé yo mismo; las almas también perderán pues no haré el bien que podría hacer; pero poco me im-

porta. Porque para corresponder a vuestros designios sería necesario hacerme violencia, mortificar mi cuerpo, mis apetitos, domar mi imaginación, vigilar sobre mi lengua, renunciarme constantemente: esto cuesta demasiado; prefiero vivir blandamente y no violentarme tanto. Sería necesario cuando sobrevienen las pruebas, los contratiempos, las humillaciones aceptarlo todo por amor; oh no, yo no tengo valor para tanto; y me dejaré llevar de la irritación o el abatimiento; más quiero acceder a mi naturaleza que pelear con ella por obedecer à la gracia. No pronuncian estas palabras los que desaprovechan las gracias de Dios, pero sus actos hablan por ellos y toda su conducta tiene este lenguaje.

¡Qué insensatez privarse de estas ventajas eternas que Dios nos ofrece, por querer dar a la naturaleza placeres fugitivos o por no avenirse a dominarla e imponerle una molestia o un freno de momento!

Sí, locura y pecado que Dios castiga siempre, como siempre recompensa la fidelidad. La primera recompensa de la fidelidad a la gracia es un aumento de ésta y el primer castigo de la resistencia a la gracia es una disminución de la misma. Hablando de los gentiles que abandonaron al mismo Dios para caer en la idolatría, dice San Pablo, por tres veces, que Dios los entregó a lo malo, lo malo que amaban: *Tradidit eos in desideria cordis eorum:* los entregó a los deseos de su corazón (Rom., I, 24). *Tradidit eos in passiones ignominiae:* los entregó a sus pasiones vergonzosas. *Tradidit eos in reprobum sensum:* los entregó a un sentido reprobado. Ah, las pasiones más degradantes se hallan en el fondo del alma humana, y sólo con retirar Dios en parte sus gracias, disminuir su protección, el alma cae en el fango. Así castiga el pecado con pecado como recompensa la virtud con aumento

de virtud. ¿Y no es esto lo que desean el pecador y el justo? El alma fiel desea conocer, de bien en mejor a su Dios, sus perfecciones, sus beneficios, los medios de servirle y de amarle siempre algo más; ansía también conocerse a sí misma para humillarse y corregirse, desea crecer en virtud y en amor. El alma infiel no codicia estas luces que le indican un camino en el cual no quiere comprometerse, que le hacen ver en sí misma defectos que no quiere reconocer, ni corregirlos. Dios pues es justo concediendo mayores gracias a los buenos, y cuanto más fieles más; Dios es justo retirando sus gracias a los pecadores, y conforme su mayor obstinación. Cierto, la justicia está templada por la misericordia, pero no anulada: la bondad de Dios le mueve a conceder auxilios aun a los pecadores, pero su justicia le obliga a reducir estos auxilios y a castigar el pecado dejándole que produzca a lo menos en parte, sus funestos efectos.

El abuso pues de las gracias trae consigo su disminución. Y esto es así no sólo con los pecadores que rechazan la gracia para permanecer en sus vicios, sino también proporcionalmente con las almas buenas, pero flojas, que corresponden imperfectamente a las inspiraciones divinas. Estas, en verdad, obedecen las más veces a los llamamientos de Dios; por esto continúan recibiendo gracias numerosas, pero las gracias especiales que Dios les tenía reservadas no caen sobre ellas, ni con mucho, en la misma abundancia.

Y esto cuando a consecuencia de sus faltas y negligencias tendrían necesidad para colocarse en el camino de la perfección, de auxilios más poderosos. En efecto, cada falta deliberadamente cometida inclina a cometer otra; toda concesión hecha a la naturaleza expone a nuevas concesiones. Primero disminuye ese horror al pecado

y a la imperfección voluntaria, lo cual es un resguardo y preservativo. Además en toda falta deliberada hay un juicio práctico erróneo que falsea o tuerce a la inteligencia: el alma busca hacerse trampas a sí misma y legitimar su conducta con falsas razones; y por tanto le será después más difícil juzgar con discreción y ver con acierto la regla de conducta que debe seguir. Sobre todo su voluntad que ha admitido el pecado, y se ha complacido en él, que ha solicitado con pleno consentimiento los goces de la naturaleza está más apegada a todo eso; y necesitará un esfuerzo mucho mayor para renunciarlo. Cuando un tren se lanza en una dirección falsa no puede cambiar de vía sino haciendo máquina atrás hasta volver al punto donde se encuentra la línea que conduce al término; es necesaria una nueva dirección y el tren emprenderá de nuevo su marcha. Por lo contrario, mientras permanece en su vía, no necesita sino seguirla y aprovechar la velocidad adquirida.

Una sola resistencia a la gracia produce ya un perjuicio espiritual; una larga serie de infidelidades, el hábito de no seguir las inspiraciones divinas produce efectos mucho más deplorables. ¿A quién no le ha sorprendido, leyendo la historia de las diez plagas de Egipto la incomprensible obstinación de Faraón? «¿Quién es Jehová, dice desde luego, para que yo obedezca su voz»?

«Yo no conozco al Señor y no dejaré salir a Israel». Entonces Moisés desencadena sobre todo el Egipto azotes espantables; el agua del Nilo se convierte en sangre, animales dañinos se multiplican horriblemente: ranas, alacranes, mosquitos; el granizo destruye las cosechas, mata los rebaños y pastores; las langostas devoran lo que el granizo no deshizo; úlceras purulentas, tinieblas espesas sobrevienen después. Cada plaga le hace estre-

mecer a Faraón, grandes promesas, luego, desapareciendo el azote, retracta todo lo prometido. Solo la décima plaga, la muerte de los primogénitos, lo hace cuerdo. Y aún poco después de haber dejado salir a Israel, vuelve en sí y se lanza a perseguirlo. El fondo pues de su corazón estaba endurecido como un peñasco, porque tan espantosos sucesos no lo ablandaban. Cierto, había ahogado muchas veces la voz de su conciencia este monarca que se mostró tan rebelde a las órdenes de Dios. Una varilla doblada en arco por un esfuerzo toma muy pronto su forma primitiva; así existe en cada uno de nosotros una disposición honda y que avasalla, efecto de nuestros hábitos buenos o malos, que no cambia fácilmente y reaparece muy presto cuando una impresión pasajera, una influencia feliz o malhadada, cualquier hecho nuevo, la ha modificado de momento. Así los pecadores vuelven a sus pecados, los mediocres a su mediocridad, las almas fervientes a su habitual generosidad.

Cuán deplorables son pues las consecuencias de los abusos de las gracias! De esta resistencia al Espíritu Santo proviene sobre todo la diferencia cada vez más notable entre los perfectos y los no tales. La imperfección ya no asusta, la inteligencia pierde sus luces, la voluntad se debilita cada vez más para realizar los actos de virtud delante de los cuales retrocedió; al mismo tiempo las inspiraciones divinas van escaseando mucho y son menos apremiantes. Indudablemente, siempre es posible reaccionar: a fuerza de oración y de esfuerzos animosos se puede reconquistar el terreno perdido, pero muchos no lo hacen así; se parecen a un arquitecto que habiendo recibido de su soberano ricos materiales, piedras, mármoles de gran precio, maderas preciosas para construirle un magnífico palacio, dejara perder la mayor

parte y se contentara con levantarle una rústica casa.

En el momento del juicio particular verán estas almas rezagadas y lejos de la perfección a la cual fueron convidadas, una muchedumbre de actos de flojedad, egoísmo, sensualidad, amor propio, impaciencia, que habrán cometido y que Dios no ha olvidado.

Hodie si vocem Domini audieritis, nolite obdurare corda vestra. Ya que tantas veces oímos la voz del Señor no endurezcamos nuestros corazones, seámosle siempre dóciles y entraremos en el descanso de Dios; *Introibunt in requiem meam.*

CAPÍTULO VIII

LA PERFECTA CORRESPONDENCIA A LA GRACIA

I. Amor de Jesús al alma fiel

Hemos dicho lo mucho que pierden los que rechazan o descuidan las gracias divinas; más agradable será declarar cuán felices son las almas fieles.

Mucho quiere Jesús a estas almas leales. De ellas habla con acento de ternura. «Mis ovejas oyen mi voz. Yo las conozco y ellas me siguen. A mis ovejas les daré la vida eterna, no perecerán, y nadie las podrá arrebatar de mi mano» (S. J. X, 17). Oyendo este lenguaje entendemos que estas ovejas fieles consuelan a Jesús y compensan la ingratitud de las otras. Cuánto las ama Jesús y cuán feliz se considera por su felicidad, feliz con hacerlas felices consigo por toda la eternidad. Cuánto aprecia estas almas que su Padre le confió: «Lo que mi Padre me ha entregado es más grande que todas las cosas y nadie lo arrebata de las manos de mi Padre». Sí, las almas fieles son a los ojos de Dios inmensamente superiores a toda la creación; son para Jesús el tesoro de los tesoros. Y cuanto más fieles más tiene en ellas sus deleites.

Y con todo eso lo que estas almas hacen por él, que tanto hizo por ellas, es bien poca cosa; aún a los más grandes santos cuando Dios los recibe en el cielo puede decirles con toda verdad: «Alégrate, siervo bueno y fiel, porque habiéndolo sido en cosas pequeñas te estableceré a mi vez en otras muy grandes». Pero Dios apre-

cia esta fidelidad; cualquiera que sea su objeto grande o pequeño regocija su corazón; como la infidelidad mayor o menor lo contrista siempre. No nos ha dicho; «El que es fiel en lo poco, lo será en lo mucho y el que es infiel en lo menudo, lo será en cosas mayores?» (S. L. XVI, 10). Por qué, en efecto, estos leales suelen cumplir perfectamente las cosas pequeñas? Porque aman a Dios y quieren agradarle en todo. El siervo fiel, pues, escucha siempre la voz divina que en el fondo de su alma le pide emplearse en su servicio, o renunciarse, sacrificarlo todo para hacer únicamente la voluntad de Dios: «*Vocem meam audient:* mis ovejas oyen mi voz». Por eso en las grandes ocasiones, poseyendo siempre el mismo amor este siervo bueno, es siempre dócil a la voz de su Dios, siempre se muestra deseoso de complacerle. Por qué el otro es infiel en las cosas pequeñas? porque su amor es endeble, se ama mucho a sí mismo y no lo bastante a Dios; así cierra sus oídos a las inspiraciones de la gracia y los abre a las de la naturaleza. Cuando la tentación sea más recia, se mostrará más fiel, tibio y flojo como es?

Tanto más feliz es el Corazón de Jesús dando con una alma enteramente dócil, cuanto mejor conoce todo el bien que está dispuesto a hacerle, y se regocija colmándola de riquezas inapreciables. Nada es imposible a Jesús; del pecador más inveterado puede hacer un santo. Escribiendo San Pablo a su discípulo Tito, constituído obispo de los de Creta, hace de éstos un triste retrato; «Son los cretenses siempre mentirosos, malignas bestias, vientres perezosos» (Tit. I, 12). Y sin embargo a estas gentes tan viciosas les enseñó Tito todas las virtudes (Ibid, c. II). El Apóstol sabía bien, y por sí mismo, que nada resiste a la gracia, la cual obra maravillas. Los pecados pasados no son un obstáculo cuando fueron detes-

tados, llorados, reparados; en este caso llegan a ser hasta ocasión de actos de virtud más generosos. El pecador arrepentido que se humilla y hace penitencia atrae sobre sí muchas gracias divinas, más aún que el alma que teniendo pocos pecados que llorar no aprende ni a humillarse ni a sacrificarse generosamente. Cualquiera que sea el pasado, donde hay más generosidad, hay más amor, más docilidad, y este amor y esta docilidad hacen sobreabundar la gracia.

II. Ejemplos de fidelidad

Son numerosos los ejemplos de consumados pecadores que llegaron a ser grandes santos. Pedro fué gran pecador cuando renegó de su Maestro, hasta con palabras de desconocimiento: No conozco a este hombre, y juntando las imprecaciones con su mentira cobarde; pero tan grave pecado fué para él ocasión de los más tiernos actos de amor. El Papa San Clemente, contemporáneo suyo, nos dice que todas las mañanas, desde el canto del gallo, se levantaba a hacer oración y llorar su negativa y tanto que las lágrimas abrieron surcos en sus mejillas. San Agustín, San Camilo de Lelis, Sta. Maria Magdalena, Sta. Margarita de Cortona y tantos otros se levantaron desde el fondo de los vicios a las alturas del amor.

Es bueno considerar estas admirables conquistas de la gracia; nada conforta tanto, porque ningún ejemplo nos muestra mejor hasta donde puede elevarnos la perfecta docilidad. «Iluminados por el espíritu del Señor, dice San Pablo, vamos de claridad en claridad» (II Cor., III, 18). El espíritu del Señor, en efecto, obra progresivamente; primero da algunos vislumbres de verdad y exige pequeños actos de virtud; la fidelidad a estas primeras ins-

piraciones dispone para recibir mayores luces y más fuertes impulsos. Desde ese momento la gracia es cada vez más exigente pero también cada vez más poderosa; el alma leal penetra siempre más adentro en el conocimiento de las verdades divinas, y nota que sus fuerzas para el bien se acrecientan constantemente. El alma piadosa es más iluminada que el simple cristiano y merece mucho más; el alma ferviente más que el alma piadosa; el alma perfecta más que el alma ferviente; el alma heroica más que el alma perfecta.

A Nicodemus le hicieron gran impresión los milagros de Jesús. Cuando sus colegas del Sanedrín se mostraron desde el principio rebeldes a la luz, él se dejó tocar de la gracia. Pero era tímido, procuró tener una entrevista con Jesús, y en oculto. A San Juan le extrañó esta timidez porque cada vez que habla de Nicodemus recuerda que vino a encontrar a Jesús, pero ya anochecido (III, 2, VII, 50; XIX, 39). Con todo eso, Jesús no se lo echa en cara, fué indulgente con esta alma recta, pero todavía apocada. Dos años y medio más tarde el trabajo de la gracia había fructificado en su alma porque dió muestra de más valor: a sus compañeros enfurecidos y enconados contra el Salvador, les responde con fortaleza: «¿Condena nuestra ley a un hombre sin haberlo oído primero y sin saber lo que ha hecho?» Y aun así no se declaraba por discípulo suyo, porque cuando los otros le replicaron: «Tu también eres galileo» nada respondió (S. J. VII 50-12), pero ya protestaba contra las injusticias de que Jesús era objeto. En fin, seis meses más tarde cuando Jesús fué condenado, crucificado, cuando su causa parecía perdida para siempre, Nicodemus se manifestó abiertamente su discípulo. San Pablo había resistido largo tiempo a la gracia. Cuando aplaudía la muerte de San

Esteban, cuando apoyaba la condenación de otros mártires (Act., XXVI, 10), cuando respirando amenazas y muerte contra los discípulos de Jesús marchaba hacia Damasco para desempeñar allí el cargo de perseguidor recibía ciertamente gracias que despreciaba. Si extraviado por su celo farisaico de la ley de Moisés, no comprendía todo lo abominable de su conducta, no podía menos de saber que estos procedimientos sanguinarios desagradaban a Dios [1]. Derribado por una gracia más fuerte en el camino de Damasco, va a mostrarse en adelante enteramente dócil. «Señor, ¿qué queréis que haga?» El Señor no le pide por entonces otra cosa que un acto de docilidad: «Levántate y entra en la ciudad; en ella se te dirá lo que has de hacer.» San Pablo penetrado de dolor pasa tres días sin comer ni beber y en oración; el Señor para probarlo lo deja en tinieblas: luego le envía su siervo Ananías. Apenas instruído por este enviado de Dios, Pablo manifiesta su celo; entra en las sinagogas y el perseguidor de ayer, hollando todo respeto humano, proclama que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios. Con todo eso, aun no está lo bastante dispuesto para su alta misión; como los otros Apóstoles tuvieron tres años de noviciado en la escuela de Jesús, también él pasó tres años en la soledad, en el recogimiento, haciendo oración y formándose en la vida interior. En ese retiro «Dios le reveló su Hijo.» (Gal., I, 16). Luego, por espacio de cuatro o cinco años comienza la evangelización defendiendo la causa de Jesús y ganándole algunos discípulos. Siete u ocho años después de su conversión por orden del Espí-

1. San Pablo declara, ya su culpabilidad, ya la excusa o descargo que la hacía menos grave: «Yo fuí antes blasfemo y perseguidor y opresor; pero alcancé misericordia de Dios por haber procedido con ignorancia». (Tim., I, 13.)

ritu Santo es elevado al episcopado y emprende sus largas misiones. Ahora es cuando se va a cumplir la palabra de Dios a Ananías: «Yo le mostraré cuanto debe padecer por mi nombre» (Act., IX, 16). Sus trabajos incesantes, sus privaciones, sus pruebas de todo género, sus oraciones y sus virtudes lo elevaron hasta la meta de la santidad. Y toda esta vida de ascensión continua la resume San Pablo diciendo: «Todo lo que soy, lo soy por la gracia, y esta gracia no ha sido estéril en mí.»

III. Lo que ganan las almas rectas y animosas

¿Cómo no ha de producir cosas admirables en un corazón dócil esta gracia divina? Dios, infinitamente bueno y santo nada desea tanto como comunicar sus bienes, hacer participantes a sus hijos de su santidad y de su felicidad. Constantemente su mirada paternal está puesta en ellos esperando su buena voluntad y como suplicando su consentimiento para colmarlos de riquezas. Su sabiduría sabe muy bien por qué caminos los ha de llevar para hacerlos santos y felices. ¿Qué garantía pues la de los que siempre y en todo se dejan guiar por una guía tan sabia y tan amante? En estos la oleada de sus gracias va siempre creciendo; al principio como un rocío intermitente, después como un arroyuelo, luego como una corriente, en fin, como un río caudaloso y principal. Y al mismo tiempo que las gracias son más abundantes, son también más puras y más intensas.

Dejémonos pues conducir por el Señor, como soldados valientes que son impulsados por sus capitanes, como los hijos que siguen franca y derechamente los consejos de sus padres. Valor y rectitud, he ahí las cualidades necesarias para ser constantemente fieles a la gracia. La

cobardía es, en efecto, una de las causas de nuestras infidelidades. La sabiduría y santidad de Dios nos conducen siempre por el áspero camino de la renuncia y del sacrificio, y los corazones poco generosos rehusan muchas veces seguirlo.

La rectitud no es menos necesaria. *Quam bonus Israel Deus his qui recto sunt corde.* ¡Cuán bueno es el Señor para su pueblo, cuán bueno para los rectos de corazón, para los corazones puros! Zaqueo era pecador, por avaricia había tomado un negocio villano, con él se enriqueció no sin cometer injusticias, pero era muy recto y sincero. Encantado de Jesús, Zaqueo amó al divino Maestro; y al momento sencillamente, públicamente reconoció sus injusticias y ofreció repararlas con exceso, fué un discípulo fervoroso y más tarde un santo.

Aquel tiene corazón recto que, olvidándose de sí mismo, no busca más que a Dios, que se dedica a la virtud no por amor de su propia excelencia ni por sacar de ella placer o gloria sino por agradar a Dios [1]. Guiada así por el amor el alma recta desconoce los subterfugios con el prójimo y aun consigo misma. Muy diferente de otras personas por desgracia numerosas que queriendo servir a Dios y atender a la naturaleza buscan pretextos para legitimar sus actos y llegan a persuadirse que sus intenciones son buenas; el alma recta si tiene la tentación de buscar lo que agrada a sus sentidos, lo que lisonjea su

1. La Madre Boulier religiosa de la Visitación, muerta con fama de santidad y muy apreciada de Santa Margarita María, escribe: «Lo gracioso y muy grato de los ojos de la esposa los cuales alaba el Esposo (Cant., IV, 9), es el mirar recto y sencillo que va a Él sin el rodeo de sí misma, mirada tan penetrante por su simplicidad y tan eficaz por su rectitud que el Esposo confiesa que ha herido su corazón, de ahí dimanan al corazón de la esposa torrentes de gracias y bendición (*Vie*, Avis., III p., n. 25).

amor propio, lo que favorece su pereza, lo que deleita su curiosidad, no acude a falsos motivos para convencerse de que no quiere más que la voluntad de Dios, confiesa sus faltas, ora y pelea; vencida, se repone y vuelve al combate y Dios viene en su ayuda. Si es animosa, si es tan ardiente como recta acabará por obedecer mejor a la gracia y pronto volará por las regiones del puro amor.

«Ama mucho a Jesús dijo una voz del cielo a Gemma Galgani, no pongas estorbos a sus designios y verás cuanto te hará caminar en poco tiempo.» (Biografía, Roma 1910, c. VIII, p. 85). «En un mes, decía en éxtasis María de Jesús Crucificado, Carmelita, muy favorecida de Dios, un alma ganará más que otra en 50 años de vida religiosa.» Y cuando se le preguntaba donde estaban o quienes eran esas almas tan queridas de Dios y que tanto merecían, respondía: «Son las de corazón recto y de espíritu humillado.» Hablando con las almas que tenían esta rectitud de corazón, les decía: «Quedaréis espantadas un día al ver todas las almas que habréis salvado.»

El alma recta y animosa siempre fiel a la gracia encuentra ya en la tierra la recompensa de su fidelidad. Tantos sacrificios realizados han acabado por costarle muy poco, la virtud es ya en ella como una necesidad, el amor dulce costumbre y sus actos meritorios se multiplican muchas veces sin advertirlo. Grandes sorpresas pues le esperan al entrar en el otro mundo, donde verá con qué sabiduría y bondad la guió Dios, cuan grandes méritos adquirió, cuanto bien obró Dios por ella en otras almas, y qué inmensos tesoros, superiores a toda esperanza, tesoros de amor, de gloria, de felicidad, le habrá reservado.

CAPÍTULO IX

LOS CAMINOS DE LA GRACIA

I. Primer modo de la acción de la gracia por medio del discurso y de las impresiones sensibles

Uno de los goces más puros en el cielo será el considerar cuales fueron los caminos de Dios con los escogidos, ver con cuanta eficacia obró en cada uno para guiarlo a la práctica de la virtud, y como esta acción poderosa de Dios, sin la cual es imposible acto alguno sobrenatural, imposible un buen deseo, fué al mismo tiempo tan blanda y suave que dejó intacta nuestra libertad y completo nuestro mérito. «La sabiduría alcanza todas las cosas de un cabo al otro del mundo fuertemente, y las dispone blandamente» (Sap. VIII, 1). «Dios obra en nosotros el querer y el ejecutar» (Phil., II, 13); aún el pensamiento bueno viene de Dios, el primer deseo de la voluntad que la lleva a un acto sobrenatural deriva de Dios; por sí misma no podría inclinarse al bien.

Dios se sirve primero de los medios exteriores, predicación, lecturas, oportunos consejos, buenos ejemplos, sucesos felices o desgraciados de la vida; propiamente hablando estos medios no son gracias, sino ocasiones de gracias, porque mientras por ellos Dios nos mueve exteriormente, obra también en lo interior del alma, esclarece la inteligencia con saludables pensamientos, mueve la voluntad con una santa inclinación a la virtud. Puesta así la voluntad en movimiento no se mueve necesaria-

mente: entre los bienes que la solicitan, los unos reales, los otros aparentes, conserva el poder de abrazar los verdaderos y rechazar los falsos, o también preferir los falsos bienes a los verdaderos; puede seguir la inspiración divina o resistirla.

Para influir así en las almas se vale el Señor de medios muy varios, apropiados a las necesidades y aptitudes de cada uno: a los pastores envió los ángeles, a los magos astrónomos una estrella, a los escribas les alegaba Jesús las profecías, ganaba los corazones de los enfermos con la salud, conmovía las turbas con milagros. Para instruír a los niños se sirve de la autoridad que tienen sobre ellos sus padres y maestros, atrae los filósofos y los sabios con la sublimidad de su doctrina, a otros muchos los mueve y trae a Dios, o los induce a servirle con más piedad, la bondad y celo de sus ministros, otros son traídos por los sacrificios de almas religiosas, algunos por los buenos ejemplos, por las virtudes sólidas de almas profundamente cristianas.

Mientras un alma ha progresado poco en los caminos del amor, la gracia no puede obrar en ella más que débilmente y por intervalos; engolfada en los cuidados de la vida, o en busca de sus comodidades y satisfacciones, sólo por momentos oye la voz de Dios. El alma piadosa se recoge con mucha más frecuencia, se dedica a las prácticas de piedad, a santas lecturas, y Dios que la encuentra tan a menudo atenta, habla a su corazón; las luces que recibe son ya muy preciosas, y los actos de virtud que realiza por la gracia son más numerosos e inspirados por mayor amor.

Quedan sin embargo en el alma piadosa muchas imperfecciones, muchos apegos o aficiones, muchos defectos, los cuales son obstáculos a la gracia, e impiden a

menudo oir la voz de Dios en el interior del alma. Entonces se sirve Dios de las lecturas y meditaciones que tiene, y de las exhortaciones que oye, para iluminarla; la mueve, la apremia, le inspira santas resoluciones, la incita a mayor vigilancia sobre sí misma, a atender a la corrección de sus defectos, y a la práctica de las virtudes de que más necesita.

En estas personas la parte inferior es aún muy poderosa; la imaginación y la sensibilidad no están dominadas; y con frecuencia ejercen su dominio sobre la inteligencia y la voluntad. Por esto las más veces para que estas almas aún débiles amen el deber y practiquen la virtud, la gracia se apodera de las potencias inferiores, impresiona la imaginación, conmueve la sensibilidad, y por ahí influye en la inteligencia y la voluntad. Podría, sin duda, impulsar al bien presentando simple y puramente a la razón los motivos de fe, pero el alma se movería menos eficazmente. Si da pruebas ya de alguna generosidad, vendrá Dios en su ayuda con más eficacia imprimiendo en su corazón afectos de amor.

Esta acción de la gracia en las potencias inferiores se observa sobre todo en la juventud cuando comienza a ser generosa. La juventud es siempre muy impresionable y ardiente, el porvenir le encanta y seduce, fácilmente se apodera de esta el entusiasmo y le imprime un vigoroso impulso. Sus defectos son más impetuosos y menos razonados que los de las personas provectas; los discursos más firmes no bastan contra ellos, por tanto, a la seducción del mal opone la gracia divina el santo entusiasmo del bien, al ardimiento de las pasiones los santos ardores del amor divino. Apremia y acosa esta gracia divina, hace brillar a los ojos del alma un noble ideal; exige para alcanzarlo esfuerzo y valor, impulsa a

la práctica de las virtudes, en especial las contrarias a los defectos que debe extirpar, con resolución y generosidad. Cuando un alma joven todavía y abundantemente provista de auxilios espirituales se muestra vacilante, temerosa, blandengue y floja en la práctica de la renuncia, es que resiste mucho a la gracia.

Este ardor ferviente de la juventud debe ser moderado por la prudencia, guiado por la obediencia, pero no extinguido; la juventud ha de ser dirigida, no detenida. La renuncia en efecto es cosa recia a la naturaleza, la mortificación le repugna, y si, al principio especialmente de la vida espiritual, no se lanza con arrojo, con un santo entusiasmo, a la práctica de las virtudes difíciles, o si, directores indiscretos, ya poco generosos ellos mismos, contrarían la obra de la gracia, e impiden al alma aplicarse al desasimiento universal, es mucho de temer que permanezca siempre muy por bajo del grado de amor al cual Dios la llamaba. Es bien raro que una persona falta de valentía y arranque por el sacrificio en su juventud, que siempre caminó muy despacio, se muestre más tarde enérgica y animosa en el cumplimiento de sus deberes.

El predominio de las potencias inferiores muy frecuente en los comienzos de la vida espiritual es un obstáculo a la perfección. Observadores superficiales pueden fácilmente equivocarse en esto; viendo estas almas jóvenes llenas de empuje y generosidad, se inclinan a creerlas mucho más adelantadas de lo que en realidad lo están. La virtud no es firme y arraigada sino cuando ha sido fuertemente sacudida, cuando en pos del primer fervor, fruto de la imaginación y de la sensibilidad, vino la resolución fría y tranquila, pero firme y constante de la voluntad. También en esto es la gracia la

que da a los siervos generosos de Dios, esta firmeza en el deber, este pleno dominio de sí mismos, esta sujeción de las pasiones y, por eso mismo, esta constante igualdad de alma, que es una de las señales del perfecto amor.

II. Acción directa del Espíritu Santo en la parte superior del alma

Para poner al alma en este estado tan deseable de fuerza, constancia, y posesión plena de sí misma, la gracia modifica sus operaciones primeras. En efecto, después del período de fervores sensibles, cuando la virtud está ya algo más firme, la inteligencia más iluminada, la voluntad más fuertemente adherida al bien, la gracia de Dios, su palabra luminosa y eficaz, más acerada, dice San Pablo, que una espada de dos filos, penetra hasta lo más hondo del ser humano, en aquellas honduras en que se juntan las dos partes del alma humana, la parte inferior, sensible, animal, y la parte superior y espiritual, y allí efectúa la separación de ambas: *Vivus est sermo Dei et efficax* [1] *et penetrabilior omni gladio ancipiti et pertingens usque ad divisionem animae ac spiritus.* (Hebr. IV, 12). Es el momento en que el alma debe prestarse a esta operación de la gracia, que enfrene y debilite su imaginación, que se despegue de lo sensible, aceptando amorosamente las sequedades y desabrimientos, que amortigüe la actividad de su inteligencia, y que for-

1. San Pablo dice: *La palabra de Dios,* palabra creadora como el *fiat lux;* palabra operante como esta: *fiat firmamentum in medio aquarum et dividat aquas ab aquis* (Gen. 1, 6); esta palabra que separa, no ya las aguas superiores de las aguas inferiores, sino la parte superior de la inferior del alma. ¿No puede en efecto entenderse de la gracia que ilumina la inteligencia, fortifica la voluntad, y libra estas potencias de la servidumbre de las facultades sensibles?

tifique su voluntad con la práctica, mucho más penosa ahora, de todas las virtudes. Largo y bien fuerte trabajo: sólo los corazones generosos y muy fieles lo realizan con total éxito; la mayor parte no corresponden sino a medias a estas gracias que purifican y fortalecen; cierto que ganan méritos, y hacen actos de virtud, pero no se entregan enteramente a Dios, y por lo mismo no reciben, a lo menos de un modo habitual, los tan estimables impulsos del Espíritu Santo.

Porque el Espíritu Santo, que no cesó jamás de moverlos con sus gracias, quiere ahora apoderarse completamente de su corazón, y constituirse, de una manera como continua, su motor o móvil fuerte y a la vez suave. Aún en los principiantes, obra el Espíritu Santo por sus dones, dándoles luces infusas, impulsos poderosos, no razonados, hacia el bien; pero en éstos lo hace raramente, en casos urgentes y excepcionales, ya que este modo de obrar del todo espiritual no conviene a los que comienzan, porque sus pasiones están aun vivas, y sus defectos son tenaces, y se hallan todavía bajo la dominación de las facultades inferiores. El ejercicio de los dones es más frecuente en el período del fervor sensible, porque las almas generosas, por haber renunciado sinceramente a sus faltas, son más dóciles o blandas bajo la mano divina; pero la acción del Espíritu Santo no se ejerce con entera libertad mientras la imaginación, la sensibilidad y la facultad discursiva conservan toda su actividad. Pues en este caso el alma pone por sí misma en movimiento estas potencias para obrar el bien; reflexiona, discurre, se persuade; y así llega a la práctica de la virtud dejando poco a la acción directa del Espíritu Santo [1]. Pero

1. Luego aun en las almas fervorosas quedan algunos obstáculos que impiden el libre ejercicio de los dones; con mayor razón en las

cuando la parte superior de la inteligencia y la punta o cima de la voluntad se han como separado de las facultades inferiores, y son ya capaces de obrar por sí mismas, como en esta parte la más elevada del alma humana obra el Espíritu Santo mediante sus dones, y ella ya más dócil, no opone obstáculo alguno, este Espíritu de luz, de amor y de santidad produce en la misma obras maravillosas.

Entonces es el triunfo de la gracia. Hasta ese momento Dios trataba al hombre como a un siervo a quien se da una orden, ahora lo va a tratar como a un hijo a quien su padre tiene de la mano, y lo guía, y si es necesario lo lleva en sus brazos: «*quicumque Spiritu Dei aguntur hi sunt filii Dei;* los que son movidos por el Espíritu Santo, esos son los hijos de Dios». (Rom. VIII, 14). El alma que poseyendo los dones del Espíritu Santo no hace uso de ellos sino muy raras veces, se parece a una barca dotada de velas sujetas a los palos, y que no avanza sino a fuerza de remos; ahora las velas están desplegadas y el viento empuja la barca con suavidad y fuerza.

Esta influencia de los dones del Espíritu Santo no parece que es conocida suficientemente. El que no cuenta con ella jamás comprenderá el alma de los santos. Creer que se puede llegar a la santidad y aun a la perfección ordinaria con la gracia común por el buen gobierno de sí mismo, por las reflexiones, los buenos propósitos, los exámenes sería un gran error; es necesario algo más, la acción poderosa y habitual de los dones del

almas piadosas pero de poca generosidad, las cuales conservan muchos apegos naturales, rehusan con frecuencia sacrificios que Dios les inspira hacer, y no están dispuestas a llevar muy lejos su desasimiento, los impedimentos a la acción del Espíritu Santo son mucho más numerosos y los dones no se ejercen en ellas sino muy raramente.

Espíritu Santo. Nadie según nos parece pone en tela de juicio que la fortaleza de los mártires no fué humana sino divina, en el sentido que vamos diciendo. Santa Felícitas estando en la prisión, próxima a dar a luz, lanzaba gemidos de dolor: «Si ahora te lamentas, le dijo el carcelero, ¿qué será cuando seas despedazada por las fieras?» La santa le respondió: «ahora soy yo la que sufro, después otro estará conmigo que sufrirá por mí, porque yo padeceré por él». Días después sufrió heroicamente su martirio. Estos generosos confesores en efecto estaban visiblemente sostenidos por el Espíritu Santo, en lo más acerbo de sus tormentos; no tenían sólo la virtud de la fortaleza según se practica mediante los discursos y reflexiones; poseían el don de la fortaleza que unido con los otros dones del Espíritu Santo les comunicaba un aliento y valor sobrehumano. ¿Se necesita menos fortaleza, menos piedad filial para practicar, no de paso, y por un día, sino durante muchos años el perfecto amor, que supone una renuncia universal y el aniquilamiento constante de la propia voluntad delante de la voluntad divina?

San Francisco de Sales (Amor de Dios, XI, 15), declara muy bien como los dones del Espíritu Santo están en íntima relación con el amor perfecto. «No sólo son inseparables de la caridad, dice, sino que todo bien considerado y hablando con propiedad son las principales virtudes, propiedades y cualidades de la caridad». Son a la vez el efecto del amor y la causa del amor, proceden del amor y sustentan y acrecientan el amor. «El don de sabiduría, prosigue, no es otra cosa que el amor que saborea, gusta y experimenta cuan suave es el Señor». Sí, el alma enteramente fiel encuentra en su amor una satisfacción profunda y suave; por eso comprende mejor

la amabilidad divina y es incitada a amar todavía más a un Dios tan bondadoso y tierno. El don de inteligencia es «el amor atento a considerar y penetrar la belleza de las verdades de la fe para conocer en ellas al mismo Dios». A esta alma tan deseosa de pensar en su Dios le comunica el Espíritu Santo grandes luces, le mueven más honda y vivamente las grandezas y amabilidades de Dios y así las ama mucho más. Ella está tan enamorada de su Dios que todo lo demás le parece muy poca cosa cerca de El; al mismo tiempo el Espíritu Santo que le infunde este amor que la despega de las criaturas, le da a conocer mediante el don de ciencia la nada de todos los seres creados y su propia nada; y con eso la afianza más en el amor. «El don de consejo es también el amor en cuanto nos vuelve cuidadosos, atentos y hábiles para escoger bien los medios propios de servir a Dios santamente». Gracias a este don las almas poseídas del divino amor saben mucho mejor que las menos amantes, como conviene servir al Amado; con mucha rapidez y sin necesidad de prolijas investigaciones ven claramente lo que deben hacer para complacer al Corazón divino. La fortaleza es el amor que supera todos los obstáculos y realiza obras dificultosas. El Espíritu Santo no infundiría en el alma un amor perfecto si no le comunicara también esta fortaleza que hace posibles los sacrificios generosos y el aguante y constancia en la práctica de las grandes virtudes. «La piedad es el amor que endulza el trabajo y nos mueve a emplearnos cordialmente, agradablemente, con afección filial en las obras que agradan a Dios, Padre nuestro». El Espíritu Santo, en efecto, comunica a las almas que se entregan llenamente a El, sentimientos de amor filial no de temor; y las mueve a decir y aun exclamar en alta voz, tan viva

es su confianza, que Dios es para ellas un Padre bueno; *In quo clamamus Abba, Pater*. El don de temor de Dios es también un efecto del amor infuso; de este amor tan celoso de hacer por Dios todo el bien posible, y temeroso de cuanto puede debilitarlo; hace pues, al alma más vigilante y avisada.

Esta influencia de los dones del Espíritu Santo explica el fenómeno tantas veces observado, que las personas más sencillas, a veces ignorantes, si son muy fieles, están mucho más ilustradas que las personas muy instruídas y poco generosas; hermanos legos como San Alfonso Rodríguez, indoctas religiosas son en esto muy superiores a los sabios teólogos, mas poco desprendidos. Así estas personas comprenden mucho mejor cuán grande es Dios, cuán bueno y digno de amor, cuán despreciable toda criatura; conocen mayormente toda la delicadeza y generosidad que exige el amor divino. Iluminadas de este modo viven con deseos muy ardientes de amar siempre más a su Dios, de sacrificarse por Él, de ver su reino propagado y de contribuir a ello con sus oraciones, trabajos y sacrificios. Al mismo tiempo tienen mucho valor, firmeza, perseverancia. Y estas luces, estos santos deseos, esta fortaleza de alma no la deben a sus reflexiones ni a los esfuerzos metódicos empleados para adquirir las virtudes; estos esfuerzos, estos actos de virtud trabajosamente practicados, sólo las han preparado y dispuesto para recibir gracias mayores, y estas gracias mas eficaces son las infundidas en ellas directamente por el Espíritu divino.

San Pablo, yendo de Macedonia a Palestina encontraba en todas las ciudades por donde pasaba profetas que le anunciaban las tribulaciones y el cautiverio que le esperaban en Jerusalén. Los fieles le suplicaban que cambiara sus proyectos y no fuera a Jerusalén. Y el Apóstol

respondía: «*Alligatus ego Spiritu vado in Jerusalem:* Constreñido del Espíritu Santo voy a Jerusalén» (Act. XX, 22). Sí, estaba como encadenado por el Espíritu divino a cuyas inspiraciones de ninguna manera quería resistir.

Jesús mismo estuvo constantemente bajo la dirección del Espíritu Santo. Así lo había anunciado Dios por Isaías: *requiescet super eum Spiritus Domini, Spiritus sapientiae et intellectus,* etc. Reposará sobre él el Espíritu de Jehová, Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y temor de Dios (Is. XI, 2). El mismo profeta lo repite en otro lugar, y Jesús mismo se aplicó aquellas palabras: *Spiritus Domini super me:* «el Espíritu del Señor sobre mí» (Is. 61, 1. S. Luc., IX, 16). Al comenzar su vida pública, dicen los Evangelistas que fué conducido por Él al desierto para aguantar allí todos los rigores de la soledad y el ayuno. Por Él fué envíado a anunciar a los pobres la buena nueva. y a sanar a los de corazón contrito (Luc. IV, 18). Por Él lanzaba los demonios: *in Spiritu Dei ejicio daemonia;* por el mismo Espíritu instruía a sus apóstoles: *praecipiens apostolis per Spiritum Sanctum* (Act. 1, 2) Más tarde fué guiado por el mismo Espíritu a Jerusalén para ser allí crucificado: *per Spiritum Sanctum semetipsum obtulit* (Heb. IX, 14). Nada hago por mí mismo, decía: *a meipso facio nihil* (S. J. VIII, 28). El Padre que mora en mí es quien ejecuta mis obras: *Pater in me manens ipse facit opera* (XIV, 10). Por el Espíritu Santo ejecutaba el Padre estas obras divinas.

Lo mismo hemos de afirmar de todas las almas que renuncian completamente a su propia voluntad, y se entregan sin reserva en las manos de Dios, de esas almas que han entrado de lleno en la vía unitiva; reciben habitualmente la dirección del Espíritu Santo y la reciben

con amor. Tienen todavía luchas que sostener, pruebas que soportar, violencias que imponerse; las reflexiones les son aún provechosas; ven claramente los motivos que exigen de ellas tales actos de virtud, y comprenden toda la fuerza de estos motivos; la imaginación, la sensibilidad, la razón, no están inactivas, pero son potencias sometidas, y su actitud es moderada y dirigida por aquel que tiene el cetro, y a quien ellas mismas dieron el imperio de todo su ser, el Espíritu Santo. Por las luces y el amor que les infunde, las mantiene en la unión con Dios, y por impulsos frecuentes las incita a producir excelentes acciones virtuosas. *Liberati a peccato servi facti estis justitiae* (Rom. VI, 18). Libres del pecado son esclavas de la virtud y de la perfección, esclavas voluntarias y mil veces felices del Espíritu de amor.

Y esta esclavitud es la perfecta libertad: *ubi Spiritus ubi libertas* (II Cor., III, 17), libertad de espíritu, libertad de corazón. La libertad procede del conocimiento, el ser irracional no tiene libertad; cuanto más luz más libertad. El espíritu es esclavizado por el error que lo seduce, lo cautiva, lo extravía; esclarecido por el Espíritu divino, despide el error, y abraza y estrecha la verdad con deleite. Cuanto al corazón, lo que lo reduce a esclavitud son las pasiones; el hombre que cede a sus malos instintos se avergüenza de ello, querría no mancharse, no degradarse, gustaría más de practicar la virtud y adelantar en la perfección, pero dominado por sus hábitos imperfectos, no tiene valor para ello, es un esclavo. El alma generosa, al contrario, arde en deseos de servir con perfección a su Dios; es pues perfectamente libre cuando se deja guiar, mejor dicho, cuando se hace llevar por el Espíritu de amor, porque este Espíritu divino no toma ni mueve sino a los que desean recibir sus impulsos, que

los invocan, los solicitan y que por su generosidad están preparados para recibirlos. Quien viaja en automóvil y más el que lo ha ganado a costa de grandes esfuerzos, es tan libre y tan merecedor como el que camina a pie, pero el recorrido que hace es mucho mayor y con más rapidez, comodidad, y placer. Así el alma unida a Dios y dirigida por el Espíritu Santo, hace más rápidos progresos, con mayor facilidad y ventura, y penetra más hondamente en las regiones del puro amor.

CAPÍTULO X

COMO DEBEMOS REPARAR NUESTRAS INFIDELIDADES

I. Podemos frustrar los designios de Dios sobre nosotros

Toda alma que ha llegado al fervor debe considerarse como una privilegiada de Dios, porque las gracias que la llevaron a tal estado fueron, sin duda, poderosas e innumerables: comparadas con las concedidas al común de los mortales y aún a la mayoría de los cristianos que reciben un hilillo de las aguas de la gracia, han sido como un torrente: exhortaciones, buenos ejemplos, ejercicios piadosos, lecturas, oraciones, comuniones frecuentes y, sobre todo, socorros íntimos, luces estimables, inspiraciones incitantes, nada le ha faltado. Y esta diferencia y distinción entre las unas y las otras sólo ha dependido, según lo ya dicho, del beneplácito de Dios: antes de considerar cuales serían los méritos de esta alma, cuan grande su generosidad, resolvió Dios darle una parte muy copiosa de sus gracias. Pero si así pone Dios a disposición de las almas llamadas al fervor esos medios de santificación que no reciben la mayor parte de los hombres, no desiste de la gran ley impuesta a todos: la dicha incomparable que quiere que gocen eternamente habrá de ser una dicha conquistada, dicha que indudablemente es un don, pero al propio tiempo será un premio bien ganado, del cual podrán decir que es

muy suyo, que lo ganaron con su valor y por su constancia. ¿No es más glorioso para Dios no recompensar sino a los que se han hecho dignos de recompensa? Por esto, sólo se salvará el que quiera salvarse; sólo será colocado entre los perfectos aquel que quiso ser perfecto; sólo será santo quien haya querido serlo.

Habrá pues muchos elegidos en el cielo que no gozarán aquel grado de gloria y felicidad que les estaba destinado. Nuestro Señor en la parábola de los talentos nos presenta los siervos diciendo a su amo: «Señor, me habéis dado cinco talentos, ved otros cinco que he ganado... Señor, me habéis dado dos talentos, ved otros dos que he adquirido». Así podrán decir todos los buenos servidores que hayan correspondido a los designios de Dios y utilizado bien las gracias recibidas. Cuántos otros menos fieles tendrán que decir: Señor, me habéis dado cinco talentos; en vez de ganar otros cinco como lo esperabais de mí, no os puedo ofrecer más que uno, dos o tres talentos.

Es cierto que ni aún para éstos habrá en el cielo ningún pesar que pueda causarles dolor alguno; sería incompatible con la posesión del bien infinito que llena todas las aspiraciones del corazón. Por lo demás, los escogidos tienen tal amor a la voluntad de Dios, un respeto tal a su justicia que aceptan gozosamente el no tener una felicidad mayor que no han merecido; su humildad es tan grande y tan viva su gratitud que se consideran muy felices con la parte que les ha tocado. Pero los que fueron enteramente fieles poseen un gozo que no alcanzaron los otros; el de poder decir: Dios mío, os doy toda la gloria que en vuestros primeros designios me habíais predestinado a procuraros: doy al alma de mi Salvador, a la Virgen Santísima y a mis protectores y amigos del cielo tanta gloria accidental cuanta me lla-

mabais a darles: he rescatado del infierno tantas almas cuantas deseábais que se salvaran por mí. Ventura incomparable la de los que podrán hablar de este modo; y bien poca cosa nos parecerán los sacrificios rápidamente realizados y las pruebas pasadas velozmente para alcanzar este gozo inacabable.

II. El purgatorio de las almas poco fieles

Si en el cielo no existen estos pesares dolorosos, no podemos decir otro tanto del Purgatorio. En este lugar de expiación donde cada uno es castigado según la falta cometida: *Per quae quis peccat, per haec et torquetur* (Sap., XI, 17), el abuso de las gracias se castiga de una manera terrible. ¡Qué espantosa pena para el alma culpable que iluminada con luz inexorable conoce la pérdida inmensa que se ha ocasionado! Allí ve la obediencia y amor que Dios merecía, cuan grosera ha sido su ingratitud, cuan insensatas fueron sus resistencias a las gracias previas divinas; y cuanto más va conociendo la amabilidad de Dios tanto más punzantes son sus dolores. Conoce además todo el precio de la felicidad del cielo, del menor grado de gloria, que una vida entera de sacrificios no pagaría caramente, pues al menor mérito corresponde un aumento de amor y de posesión de Dios que durará sin término. Ve que por su causa ha perdido innumerables méritos. Y estas pérdidas son irreparables! ¡Oh! si pudiera volver de nuevo a la vida, si se le concedieran algunos años para hacer penitencia, cuan animosa y ardiente sería, cómo multiplicaría sus esfuerzos, sus sacrificios, y cuan presto volvería a ganar los méritos perdidos!

Al mismo tiempo que descubren lo que han perdido

para sí mismas, las almas del Purgatorio, al menos las almas sacerdotales y las que por su vocación fueron llamadas a trabajar por la salud de sus hermanos, si hicieron menos de lo que de ellas se esperaba, conocerán cuantas almas se hubieran salvado, y han dejado caer en el espantoso abismo del infierno. Santa Margarita María cuenta que un día vió a una religiosa de mucho tiempo fallecida: «ésta me manifestó que padecía mucho en el Purgatorio, pero que Dios le añadía una pena incomparable, y era la vista de una de su familia precipitada en el Infierno». Es temerario pensar que esta religiosa, con haber sido más ferviente durante su vida hubiera alcanzado para esa alma gracias de conversión y que por no haberlo hecho así, Dios la afligía con esa vista congojante? Porque los que están en medio de las llamas y además ardiendo en deseos de ver a Dios, comprenden mucho mejor que nosotros en esta vida, cuan terrible es la condenación eterna, y sienten mucho más vivamente el dolor de haber dejado perderse las almas. Además las penas del Purgatorio se padecen sin derivación. En la tierra, está ligada el alma al cuerpo que la agrava y en los grandes dolores la entorpece y embota; además se distrae con las ocupaciones corrientes, necesarias, con los remedios que alivian sus penas, y raramente se halla privada de todo consuelo; en el Purgatorio está toda ella y sin la menor atenuación entregada a sus penas. ¡Oh! ¡cómo las satisfacciones culpables a las cuales no quiso renunciar le parecen fruslerías, cuan pequeños los sacrificios que rehusó, cuan deplorable su flojedad, su egoísmo, su desatino! Ciertamente las penas que le producen estas pérdidas eternas y la condenación de los que pudo salvar le atormentan mucho más que las llamas horribles que la abrasan.

III. Debemos pedir la gracia de reparar y esforzarnos por expiar nuestros pecados

Después de la desdicha de condenarse no hay, según esto, mayor desventura que la del abuso de las gracias divinas. ¿Es reparable esta desdicha? En una oración difundida entre algunas Comunidades — el Venerable Padre Baudoin hacía rezar una análoga a sus religiosos — se formula esta triple petición: Dios mío, tened conmigo la misericordia y la liberalidad de hacerme reparar, antes de mi muerte, todas las pérdidas de gracias que he tenido la desgracia o insensatez de acarrearme. Haced que llegue al grado de méritos y de perfección a que Vos me queríais llevar según vuestra primera intención y que yo he tenido la desdicha de frustrar con mis infidelidades. Tened también la bondad de reparar en las almas las pérdidas de gracia que por mi culpa se han ocasionado [1].

Nada más puesto en razón que tales peticiones. Dios puede, si se le pide, acrecentar las gracias preparadas para un alma, y si ésta se muestra fiel a estos nuevos anticipos divinos, tal aumento puede compensar las pérdidas anteriores; al que no utilizó una adversidad, puede el Señor enviarle otras en lo sucesivo, las que hubiera tenido con ser siempre leal, y las destinadas a sustituir a las que no dieron fruto; también pueden multiplicarse las ocasiones de sacrificios para reemplazar a los sacrificios rehusados; las gracias de luz pueden ser más abundantes; la voluntad puede recibir más fuerza, y

1. El Padre Lallemant enseña que debemos dirigir a Dios muchas veces estas tres peticiones (IV° Princ. c, II, art. 1.er § 6).

Dios comunicar un amor más intenso y acendrado. Estos suplementos no están sobre el poder de Dios, ni son contra su justicia; la oración, a la cual Dios lo ha prometido todo, puede conseguirlos.

¿Cómo si no explicar que grandes pecadores hayan podido llegar a ser grandes santos? Sus pecados pasados fueron ocasiones de mayor virtud: el deseo de repararlos los indujo a practicar asombrosas austeridades y a redoblar su amor. Las lágrimas de San Pedro que, duraron tanto como su vida, no hubieran corrido con tal abundancia, ni por tanto producido tan numerosos actos de amor, si no hubiera negado a su Maestro. Nuestro Señor dijo a Santa Margarita de Cortona que sus penitencias habían borrado de tal manera sus nueve años de desorden que en el cielo la pondría en el coro de las vírgenes. Estos y otros muchos ejemplos nos enseñan que jamás hemos de desanimarnos por nuestros pecados, pero también que no basta deplorarlos, sino además expiarlos.

Lo que hace que la expiación sea más necesaria, es que sin ella no sólo tendremos pesar por las pérdidas pasadas, sino que en el porvenir nos veremos privados de gracias estimables que Dios nos preparaba. Como bien sabemos, hay dos cosas muy distintas en la penitencia, la conversión de la voluntad a Dios por detestación y dolor sincero del pecado cometido, y la reparación de la injuria, o de la simple irreverencia cometida contra Dios, cuya honra ha sido desacatada por el pecado. Los que se contentan con detestar el pecado alcanzan sin duda el perdón; pero si no lo reparan en esta vida, deben atenerse a algunas de sus consecuencias y bien funestas; Dios será menos copioso en sus gracias, el alma debilitada por el pecado no practicará la virtud con la perfec-

ción deseable. Si en un momento de exaltación me dejo arrebatar de la ira contra algún amigo mío, e intento hacer un estrago en su casa, no me bastará, si lo ejecuté, manifestarle que estoy muy apesarado de ello, sino que habré de indemnizarle los perjuicios producidos. Si tardo en cumplir este deber, y lo voy demorando hasta el extremo, manifestaré con esto que mi afecto a él es bien flojo, y mi amigo, aun sin retirar su amistad, no me concederá los mismos favores.

Por lo demás, Dios que es santidad infinita, tanto más se complace en el alma cuanto más pura es, y derrama sus gracias en ella con proporción a esta pureza que tanto le agrada y atrae. Ahora bien; las faltas no reparadas o resarcidas dejan huellas en el alma con las que aparece menos bella y agradable a Dios. Los que se contentan con detestar sus pecados y no quieren repararlos, me parecen semejantes a los carboneros o al deshollinador, que se contentaran con echar algunas gotas de agua sobre la cara y las manos para quitar lo que inspira más aversión, pero sin acudir a las jabonaduras para lavarse bien lavado.

Finalmente, todo pecado cometido, fuera de las faltas de pura fragilidad, ocasiona una disminución de luz en la inteligencia que ha pecado contra la luz, un aflojamiento en la voluntad que alejándose del bien y acercándose al mal, siente aflojarse su atracción hacia el bien y aumentar la mala tendencia a la cual accedió. Con la simple detestación del pecado cometido recobra ya la inteligencia una parte de sus luces, y la voluntad otra parte de su atractivo hacia la virtud; pero estas dos potencias no recuperan todo lo que han perdido sino con actos de generosidad que contrarrestan los efectos del pecado y devuelven al alma su vigor primitivo.

La expiación pues vuelve a Dios más favorable, atrae gracias mucho más poderosas, aparta del alma los impedimentos puestos por el pecado, los cuales impiden el ejercicio perfecto de las virtudes. Así no sólo repara las faltas anteriores, sino que por ella se eleva el alma en la virtud mucho más que si no hubiera pecado. Y de este modo se verifica la afirmación atrevida de San Agustín completando la bella expresión de San Pablo: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum, etiam peccata.* Todo coopera al bien de los que aman a Dios, hasta los pecados.

Si, al contrario, no se toma a pechos el expiar sus faltas y reparar los abusos cometidos contra las gracias ofrecidas por la bondad divina, el Señor dará a otros estas que no apetecimos, o sea a las almas más fieles que sabrán aprovecharlas: *Auferte ab illo mnam et date illi qui decem mnas habet:* Quitadle la mina y dádsela al que tiene diez, dijo el rey en la parábola de los marcos, y como sus siervos le objetaran que este ya estaba muy favorecido con diez: *Domine, habet decem mnas,* el rey mantiene su dictamen pronunciando esta sentencia que el Salvador repitió muchas veces: *Omni habenti dabitur et abundabit, ab eo autem qui non habet et quod habet auferetur ab eo* (Luc., XIX, 26, cf. Math., XIII, 12; XXV, 29). A todo aquel que tiene se le dará, pero al que no tiene aun lo que tiene se le ha de quitar. La fidelidad a las gracias recibidas atrae sin cesar mayores. Así se explican los inmensos tesoros de gracias que concede Dios a los santos.

IV. A quien se muestra generoso en la reparación Dios le da las gracias perdidas

Es muy consolador el pensar que aun después de haber sido desleal se puede recuperar lo perdido siendo generosos con Dios. Algunos corazones desconfiados son muy fáciles para imaginar que ya no pueden esperar subir al grado de fervor del cual cayeron. Es conocer muy mal la longanimidad y la misericordia divinas. Léanse bien los pasajes de los profetas que ponderan mucho esta misericordia infinita. Sólo citaré algunos. Y no olvidar que los Profetas se dirigían a un pueblo que recaía sin cesar en el pecado y que abusó como ningún otro pueblo lo hará jamás, según parece, de los favores divinos.

«Si el pecador se aparta de todos los pecados que ha cometido, si observa todos mis preceptos y obra según la ley y la justicia, vivirá, no morirá de ningún modo; todas las infracciones cometidas no las recordaré más y por la justicia que practicó tendrá vida» (Ezech., XVIII, 21, 22). «Aun cuando yo hubiera dicho al pecador: Morirás de muerte, si se arrepiente de su pecado y obra la justicia y rectitud, si devuelve lo que ha robado, si observa los mandamientos sin hacer nada malo, esté cierto que vivirá, ni ya le pondré delante los pecados cometidos.» (Ibid., XXXIII, 14-16). «Vuélvete Israel a Jehová porque has caído por tu iniquidad. Que se conviertan a Jehová... yo curaré su infidelidad, los amaré de corazón, mi ira se apartará de ellos; seré el rocío para Israel, florecerá como lirio, germinará como Líbano, sus gérmenes se extenderán; su gloria será como la de olivo, y su perfume como el del Líbano.» (Oséas, XIV, 2, 5). «Volved a mí

por lo menos ahora, dice Jehová, de todo vuestro corazón, con ayunos, lágrimas y gemidos. Rasgad vuestros corazones y no vuestras vestiduras y volved a Jehová vuestro Dios, porque es misericordioso, compasivo, pausado en la ira, rico en bondad y le aflige el mal que envía.» (Joël, II, 12). «Lavaos, sed limpios quitad de mi presencia lo malo de vuestras obras, acabad de obrar mal, aprended a practicar el bien, buscad la justicia, sed rectos con el huérfano y amparad la viuda... y si vuestros pecados son como la escarlata quedaréis blancos como la nieve; si son rojos como la púrpura quedarán como la lana» (Isai., I, 16-18). «Oh, Israel, no te olvidaré, he borrado tus transgresiones como una nube que disipa el viento y tus pecados como una niebla: vuélvete a mí porque yo te he rescatado» (Ibid. XLIV, 22). «Que el pecador abandone su camino y el criminal sus pensamientos culpables que se convierta a Jehová y será perdonado; que vuelva a nuestro Dios porque es largo en perdonar; mis pensamientos, en efecto, no son los vuestros ni mis caminos vuestros caminos, dice Jehová; lo que distan los cielos de la tierra eso distan mis caminos de los vuestros.» (Ibid., LV, 7-9). Lo cual quiere decir que la misericordia de Dios, esta misericordia que hinche el universo, *misericordia Domini plena est terra*, sobrepuja con mucho la idea que de ella pueden formarse las raquíticas inteligencias de los hombres.

Aun los que más abusaron porque más recibieron deben tener esta confianza, pues si tanto han recibido es porque Dios los prefirió, y sólo resta por su parte volver a lo que se eran. «Los dones de Dios, enseña San Pablo, la vocación del pueblo escogido, y evidentemente la de un alma a una gracia grande, son sin mudanza», *Sine poenitentia sunt dona et vocatio Dei* (Rom. XI, 29).

Es indudable que los designios divinos cuando el hombre les pone obstáculos quedan en suspenso; pero Dios no revoca su elección; quítense los óbices y se realizarán los planes primitivos de la Providencia. San Pablo habla cabalmente de los judíos cuando nos enseña esta verdad consoladora: habían rechazado el Evangelio, Dios entonces los trató como enemigos de su Hijo y concedió a los gentiles las riquezas que los judíos rehusaron. Su infidelidad pues, enriqueció el mundo, pero permanecen siendo el pueblo escogido, y porque siempre son los amados de Dios, cuando se conviertan, esta conversión traerá al mundo inmensos tesoros de gracia. Aquellos, pues, que gustaron los dones de Dios, los que recibieron una vocación especial, los que fueron favorecidos con gracias místicas pueden haber perdido por su infidelidad tan estimables favores, pero Dios que los ha tratado como privilegiados siempre está dispuesto a enriquecerlos con gracias mayores, si quieren expiar generosamente sus faltas.

Debemos, pues, fomentar la santa ambición de adquirir para la eternidad esta riqueza de gloria, o mejor dicho, ya que nuestra felicidad consistirá en el amor y la posesión de Dios amado, hemos de procurar adquirir la gran suma de amor a que Dios nos destinó al crearnos. Por grandes que hasta ahora hayan sido nuestras infidelidades, creamos con firme confianza que podemos con el auxilio de Dios reparar y recuperar lo perdido; pero entenderlo bien: para alcanzar este resultado tan deseable debemos ser generosos a toda prueba.

Dios te llama, oh alma fiel, a una gran virtud, y una virtud elevada es siempre difícil de conseguir. No digas nunca: la empresa es muy ardua y en realidad de verdad superior a mis fuerzas. Los corazones aliquebrados

son los que se excusan de este modo; nadie es amigo de echarse en cara su flojedad y pereza; mejor damos en creer que la perfección es imposible, y no confesar nuestra falta de valor. *Confortare et esto robustus.* Sed enérgico y de grande fortaleza. Apliquémonos esta recomendación tan frecuente en la Sagrada Escritura, que Dios hizo y repitiô a Josué (Jos. 1, l. 7, 9, 18), y David moribundo a su hijo Salomón (III, Reg. II, 2), y el Angel a Daniel (Dan. X, 19); mientras hacemos violencia a Dios con incesante oración, nos la hemos de hacer a nosotros con una renuncia continua: la oración nos alcanzará gracias abundantes, el valor en la práctica de la virtud nos permitirá corresponder a ellas plenamente, y la voluntad de Dios se cumplirá en nosotros: *haec est voluntas Dei sanctificatio vestra.*

CAPÍTULO XI

A TODA COSTA

I. Sin combate no hay victoria

«Al que venciere le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de mi Dios (Apoc., II, 7). Al que venciere le daré el maná escondido y un nombre nuevo que nadie conoce sino el que lo recibe (II, 17). A quien venza y guarde hasta el fin mis obras, le daré poder sobre los pueblos (V, 26). El que venza será vestido con vestiduras blancas y confesaré su nombre delante de mi Padre y en presencia de sus ángeles (III, 5). El que triunfare haré de él columna en el templo de mi Dios (V, 12). A quien venciere, le asentaré conmigo en mi trono (V, 21). Al que tenga sed, le daré de balde la fuente de agua viva. El que triunfare poseerá todos estos bienes, yo seré su Dios, y él será mi hijo» (21, 7).

«El ojo del hombre no vió, ni su oído oyó, ni entró en su corazón los grandes bienes que Dios tiene preparados para los que le aman». Pero estos bienes, según acabamos de ver la insistencia con que Dios lo declara en el Apocalipsis, no se conceden sino a los victoriosos, a los que no se dejan «vencer del mal, mas triunfan de lo malo con lo bueno» (Rom., XII, 21). Y sólo dieron pruebas de su amor al Señor los que reportaron victoria. «Pelea el buen combate, dice y repite San Pablo a su discípulo, conquista la vida eterna a la cual fuiste llamado»

(1 Tim. 1, 18; VI, 12). La vida eterna, pues, es una conquista; Jesús, el gran conquistador quiere rodearse de un ejército de valientes que como él conquisten el paraíso. No vió San Juan a todos los escogidos ostentando en sus manos la palma de la victoria? (Apoc. 7, 9). Sí, todos en el cielo son conquistadores; aun los de la última hora que después de una vida de pecado se convirtieron en la muerte. Pequeña fué su victoria, inferior será su triunfo en la eternidad; con todo eso, les fué necesario renunciar sinceramente al pecado y arrancarse de las ataduras de Satanás; al contrario, son muy grandes, innumerables las victorias de las almas que mucho amaron; el amor divino no hace jamás progresos en un alma sino por las victorias que reporta, pero cada victoria purifica y agranda el amor.

II. La lucha con el demonio, enemigo del alma

Porque Dios quiere que seamos conquistadores y que nuestras glorias y gozos del cielo sean fruto de nuestros triunfos, permite que sus enemigos sean también los nuestros y que nos declaren una guerra incesante, viva, cruel. «Nuestra pelea no es contra la carne y la sangre», — dice el apóstol, o no contra los hombres, menos temibles — sino contra las potestades, dominaciones y principados de este mundo de tinieblas, contra los malos espíritus que vagan por el aire» (Eph., VI, 12). Cuando los hombres se hacen tentadores, y en tal caso son lazos de Satanás y auxiliares suyos, es más fácil conocerlos. Cierto, algunas personas, complacientes o halagadoras, con palabras de falsa compasión, o con afecto de mala ley, nos inducen a veces al mal humor, a murmurar, al odio, y no descubrimos bien pronto que estos falsos ami-

gos son enemigos de nuestra alma; pero en general las tentaciones que nos vienen de las criaturas humanas son más manifiestas y por tanto mucho menos pérfidas o aleves. El demonio es más hábil; disimula, sugiere falsas ideas, de tal modo que el alma casi siempre se persuade que los pensamientos en que anda proceden de su propio fondo interior; mientras no distingue las perfidias del enemigo, se deja fácilmente seducir.

Este enemigo invisible y astuto es más fuerte que el hombre; sabe mucho mejor que las criaturas humanas calentar la imaginación, soliviantar las pasiones, excitar las concupiscencias, enardecer interiormente los sentimientos de desagrado, irritación, o bien suscitar en la inteligencia nieblas sombrías, angustias crueles, ideas que desalientan, y nos arrebatan todo esfuerzo. Es también muy tenaz; rechazado una vez, veinte, cien veces, vuelve al combate y redobla sus esfuerzos. Hablando San Pablo de los enemigos del alma, los llama príncipes, poderes, dominadores de este mundo de tinieblas; con lo cual parece indicar a los demonios de coros superiores. Pues en efecto hubo rebeldes en todos los grados de la jerarquía angélica, y como conservan su naturaleza, se sigue que entre ellos hay algunos cuya fuerza es diez veces, cien veces, probablemente mil veces mayor que la de otros. Cuando los golpes vienen de estos príncipes del reino infernal la lucha puede alcanzar una violencia inaudita. «Sálvame Dios mío, porque las aguas han subido hasta mi alma; estoy hundido en hondo lodazal, y no hallo donde hacer pie; me hallo en alta mar y las olas de la tempestad me sumergen» (Salm., 68, 1).

Y con todo eso, contra estos temerosos enemigos la victoria es siempre posible; por hábiles que sean los demonios, su estrategia les falla con frecuencia. Pues,

¿cómo no estarán ofuscados muchas veces estos miserables, siempre llenos de furor, siempre inspirados por el odio, siempre desatinados por el orgullo? Si conocen maravillosamente nuestra naturaleza y sus defectos y pasiones, todos los males que son consecuencia del pecado original y de nuestros pecados personales, desconocen los elementos sobrenaturales, las gracias, las inspiraciones divinas, los auxilios que Dios nos da; y cuanto mayor es en nosotros la medida de lo sobrenatural más obscuro lo ven. «A un bautizado lo desconocen más que a un infiel, a un justo más que a un pecador, un santo les es más recóndito que un justificado» (Mr. Gay, *Vie et Vertus*, t, II, p. 122). A más de esto cuanto más difiere su mentalidad de la nuestra menos la entienden. Muchas veces atacan a destiempo, y así demasiado confiados en sus artes van torcidamente a fracasos ciertos.

Aunque su perspicacia fuera indeficiente y su habilidad perfecta y aun siendo la criatura muy ignorante y débil no podrían jamás dar por seguro el triunfo, porque «Dios es fiel y nunca permite que seamos tentados sobre nuestras fuerzas» (I Cor. X, 13). Si el alma es apocada, Dios contiene su violencia, los acorrala, pone límites a sus ataques y así la victoria es siempre posible al que está tentado. Dios estableció esta ley—más de una vez, los demonios obligados por los exorcistas la tuvieron que reconocer rabiosos — que la tentación rechazada recae pesadamente sobre el tentador y así le aumenta sus penas (Cass. Confér., VII, 20). Con lo cual le obliga a retirarse por algún tiempo como lo declara Santiago: ***Resistite diabolo et fugiet a vobis.*** Los demonios superiores poseen más fuerza y pueden prolongar el combate que además lo llevan con mayor eficacia, pero si el alma no cede también éstos acaban por retirarse y dejan al alma vence-

dora alguna tregua y descanso. Volverán más tarde pero el alma que los derrotó habrá recobrado nuevos bríos. Estos poderosos malignos pelean con las almas de mayor fortaleza; pero también inspiran, dominan y traen de cabeza a los miserables que hundidos en el pecado en vez de resistirles se entregan a ellos buscando los medios de hacer más mal. Los diablos de menos fuerza atacan a las almas menos esforzadas. Así todos los demonios del infierno, los principales espíritus malos, como los inferiores, no pueden jamás vencer sino al que consiente en ser vencido. Dios que sostiene a sus hijos les da siempre los medios de sacar ventaja de las tentaciones: *faciet cum tentatione proventum*.

Queriendo, pues, perder los almas, el demonio les ofrece la ocasión de purificarse, robustecerse, santificarse; hace santos intentando hacer condenados. «Considerad como objeto de sumo gozo el caer en varias tribulaciones»: *Omne gaudium existimate, fratres, cum in tentationes varias incideritis*. (Sant. 1, 2). Los soldados valerosos se regocijan cuando se les anuncia que la batalla está cerca, y, con todo eso, a pesar de su valor, pueden ser vencidos, pero el soldado de Dios si quiere vencer está seguro de la victoria.

III. La victoria es negocio de la voluntad

El que quiere triunfar triunfa, y el que quiere capitular capitula, tal es la ley; la voluntad ha sido dada al hombre como la facultad señora que debe dirigir su vida; sin la gracia no puede hacer un acto sobrenatural pero siempre puede contar con ella, y así auxiliada la voluntad siempre podrá cumplir las leyes divinas y realizar actos meritorios. Por una parte las pasiones nos

solicitan y por otra la virtud nos atrae; los hombres con sus ejemplos, con sus palabras nos inducen los unos al bien y los otros al mal; los ángeles con sus inspiraciones nos impulsan hacia Dios, los demonios con sus tentaciones intentan alejarnos, de Dios, pero por nuestra voluntad permanecemos dueños de nuestros actos; la imaginación puede ser sacudida, impresionada, entusiasmada por el bien; o la puede turbar, obsesionar el incentivo del mal; la inteligencia es capaz de representarse razones asi buenas, como malas; pero la voluntad queda siempre inviolable, ninguna criatura la puede doblegar, sólo ella a su talante escoge el inclinarse, volverse hacia los bienes verdaderos o los falsos; siempre es libre y de ella dependen nuestros destinos eternos.

Esta noble facultad cuya función es tan grande ha recibido de Dios todo el poder necesario para desempeñar bien su papel, pero esto se nos da primero en germen según es ley de esta vida; adquiere con el tiempo, su desenvolvimiento perfecto; debe ser pues cultivada para fortalecerse cada vez más; hay también que dirigirla, o apartarla del mal y aplicarla a lo bueno. Es el negocio de la educación; los educadores toman la voluntad del niño, caprichosa, inconstante, muy dada a fruslerías y fácilmente seducida por objetos nocivos; tratan de rectificarla, consolidarla; pero manifiesta que la voluntad es verdadera reina el que sólo lo consiguen mientras ella procura enderezarse a sí misma, o sea, que tanto logran cuanto la voluntad trabaja por afianzarse en lo recto.

Una vez bien dirigida y asegurada puede realizar cosas grandes. En los negocios temporales los hombres de una voluntad fuerte y tenaz superan los obstáculos, triunfan de los contratiempos y acaban por llevar a cabo sus empresas; los irresolutos, inconstantes, tímidos, pusi-

lánimes no hacen cosa de provecho. Los comerciantes, los industriales no alcanzan lo que desean en sus negocios sino gracias a trabajos ímprobos que proceden de una voluntad firme y constante. Los grandes escritores, grandes generales, grandes políticos, fueron hombres que quisieron, cueste lo que costare, perfeccionarse en su arte y lo alcanzaron a fuerza de perseverancia y energía. Se ha dicho que el genio es una larga paciencia; cierto que exige algo más que paciencia, supone dotes eminentes, que sólo las recibe un número reducido, pero estas cualidades no producen todos sus efectos sino merced a un cultivo paciente y pertinaz.

La obra tan sobrenatural de nuestra perfección reclama todavía más trabajo, más esfuerzos, una voluntad más recta y más enérgica. Esta voluntad debe en primer lugar tomar el gobierno de las facultades inferiores, dominar la sensibilidad, enfrenar la imaginación, someter ambos apetitos el concupiscible y el irascible, imponer a la inteligencia el amor de las verdades de la fe, la renuncia de los vanos pensamientos y especulaciones inútiles, la investigación y el estudio de los mejores medios de obrar bien.

IV. Como se afianza la voluntad

Para fortificar la voluntad y asegurarle este pleno dominio sobre sí misma y las demás potencias, para hacerla poco a poco capaz de grandes obras, Dios la va formando por largo tiempo con admirable sabiduría y paternal bondad. Primero le pone a la vista la hermosura de la virtud y la fealdad del pecado: así la inteligencia es iluminada, y los deseos o impulsos dados por la gracia divina a nuestra voluntad nos mueven a la prác-

tica de las virtudes; estos no son aun más que veleidades, es decir, deseos espontáneos y todavía ineficaces; si los consentimos, si la voluntad pasa deliberadamente del deseo a la resolución llegan a ser libres y meritorios.

Al principio de la vida piadosa cuando el alma ha dado ya pruebas de buenas disposiciones, el consentimiento es fácil porque la gracia se presenta suave y consolatoria, las demás potencias ayudan a la voluntad a buscar el bien; los sentidos, la imaginación son impresionados saludablemente, el corazón se conmueve, las ceremonias, las prácticas de piedad, la oración, la comunión, el ejercicio de algunas virtudes producen en el alma puros deleites. Pero al mismo tiempo que Dios vuelve dulce estas obras piadosas, reclama algunos actos de virtud que cuestan y obligan a la voluntad a desplegar cierto vigor.

Es el momento en que las almas valerosas se distinguen de las cobardes y egoístas, aquéllas se muestran más generosas, éstas se complacen en esa dulzura y esquivan los sacrificios. Las almas muelles no progresan hasta tanto que no salen de sus blanduras y que su voluntad hace grandes esfuerzos. Cuanto a las almas fieles Dios continúa ofreciéndoles ocasiones de victoria; un esfuerzo pasajero sería cosa fácil, pero así la lucha se prolonga: los demonios vuelven a sus ataques; la naturaleza mil veces dominada, mil veces contrariada, no cesa ni de reclamar lo que le halaga ni de resistir lo que le repugna; los hombres con sus críticas, sus consejos, sus ejemplos tratan de apartar del deber. Importa, pues, vencer todos estos enemigos y poner en tales combates un propósito y entereza creciente.

Toda virtud para ser perfecta exige grandes pruebas, y hay que procurar adquirir en su perfección las virtu-

des fundamentales que consigo traerán las otras. La reforma del carácter es una obra difícil: lanzad el natural, vuelve volando: para llegar a ser un hombre de recogimiento y oración es necesaria una gran fortaleza de alma; para practicar el desasimiento de todo lo que seduce a la voluntad humana son indispensables esfuerzos prolijos y penosos, pues hay que mortificar su corazón, su cuerpo, sus gustos, su juicio propio, hay que vencer sus repugnancias; la práctica de la humildad, de la caridad exige también una gran vigilancia y fuerte trabajo. Dios impone pues a su criatura numerosos combates, pero no cesa de sostenerla. Las gracias que le concede no son siempre confortantes; llega un día en que para obligar a la voluntad a mayores esfuerzos y adquirir más firmeza, Dios le retira sus apoyos; hace pasar al alma por sequedades y por estados de aparente incapacidad; las otras facultades en lugar de ayudarla como antes, son ahora obstáculos, la imaginación entregada a las divagaciones distrae a la inteligencia y la aparta de las verdades de la fe para ocuparla en cosas transitorias, el corazón no sólo está frío, indiferente a lo bueno, sino a veces también siente verdadero disgusto por aquello mismo que antes le embelesaba: lecturas, oraciones, prácticas piadosas, deberes de estado. La voluntad debe entonces encaminar sus fuerzas a cumplir los compromisos más comunes. El enemigo, en esos momentos críticos, procura desorientar a las almas persuadiéndoles que todo esfuerzo es inútil o imposible. «No puedo», palabra fatal, persuasión funesta en extremo que impide al alma hacerse violencia en el momento en que los actos de mayor energía son más necesarios que nunca. «No puedo hacer oración»; pero la oración es un deber, si a veces es muy difícil, la gracia para hacerla no falta jamás, y la Iglesia

condenó a los quietistas por pretender que el alma debe quedarse en completo silencio sin formular jamás petición alguna. San Ignacio (Ejerc. XIII anot.) recomienda prolongar la oración cuando se nos hace más difícil, «a fin de que así nos acostumbremos no sólo a resistir al enemigo sino también a derrocarlo». La voluntad debe además aumentar sus esfuerzos cuando la naturaleza se rebela, cuando la repugnancia sobreexcita los nervios, cuando las pasiones se enardecen. Siempre puede permanecer señora, pero con la condición de aplicar toda su energía. «Es más fuerte que yo y no la puedo vencer», tal es también la excusa de las almas de poco amor, pretexto falaz. Una persona que pasaba por grandes tentaciones contra la fe declaró a la Beata Ana de San Bartolomé que le era imposible hacer ningún acto de esta virtud; la santa carmelita llena de compasión intercedió por ella y el Señor le respondió: puedes decirle que no es verdad; el socorro de mi gracia es más fuerte que su tentación» *(Divines Paroles*, XIX, 8).

El que quiere permanecer muy fiel a Dios y amarle con amor perfecto debe tomar por divisa: *cueste lo que costare;* ha de estar resuelto a hacerse grande y continua violencia; siempre será verdadera la fórmula célebre de la *Imitación* (I, 25): tanto más progresarás cuanto más te vencerás [1].

Viriliter agite et confortamini: Trabajad varonilmente y alentaos, decía San Pablo (I. Cor., XVI, 13), después del salmista (XXX, 25). Dios ha depositado en el fondo de las almas una mina de fuerzas saludables que acaso

1 Esta sentencia del Kempis recuerda la de San Ignacio: «Cada uno debe saber que aprovechará en la vida espiritual en proporción de lo que se despoje de su amor propio, de su voluntad propia, de su interés propio.» II Semana. Elección.

no las sospechamos, y quiere que probemos lo que valen. No permanezcan pues enterradas; aprendamos a sacar de nuestra voluntad toda la energía que tiene en germen, la cual puede aumentar de un modo maravilloso. Pero son muchas las personas apocadas que se esfuerzan muy poco; hacen lo bastante para ser virtuosas, poquísimo para ser perfectas. Después de diez, treinta años de vida piadosa la oración les cuesta todavía, sus oraciones muy distraidas, su mortificación poco generosa no han reformado aun su carácter, ni aprendido a suavizarlo si lo tenían áspero, ni a robustecerlo si era muy para poco; acaban pronto con su paciencia, penalidades que las almas esforzadas miran como livianas les parecen muy pesadas, y creen hacer mucho si las sobrellevan sin enojarse. Estas personas no salen jamás de la niñez espiritual. Como los niños incapaces de entregarse a labores fuertes, de llevar la misma carga que los hombres formados, no pueden hacer más que muy leves servicios, sólo practican pequeñas virtudes, ni dan a Dios sino poquísima gloria.

Los que hicieron muy serios esfuerzos han adquirido más virtudes y sus méritos son mucho mayores; pero cuan fuertes llegan a ser los que se hacen violencia en todo, incansables en la pelea contra sí mismos. Las victorias a medias dejan al alma todavía muy débil, pero cada victoria completa, efecto de esfuerzos enérgicos, debilita al enemigo, fortalece al vencedor y da más facilidad para nuevos triunfos. Llega un día en que la voluntad apartada de sus aficiones, libre de sus defectos, puede ser un instrumento dócil en las manos divinas. El Espíritu Santo se apodera de ella, la afianza y la dirige. El don de fortaleza no lo ejercía hasta entonces sino por intervalos, en circunstancias difíciles, cuando eran ne-

cesarios sacrificios excepcionales, como en el trance de corresponder a una vocación vivamente combatida, o en las horas de gran dolor, como en la muerte de un padre, de una madre, de una persona querida; en adelante este mismo don producirá efectos habituales y bien preciosos. Se disfruta de una igualdad constante de alma, porque el Espíritu Santo que la fortifica es siempre inmutable; siempre se conserva la plena posesión de sí mismo, no desmentida ni en los casos de triste sorpresa, de contrariedades irritantes, ni en los sucesos que más puedan aturdir. Es la fortaleza unida con la suavidad, pues la acción divina es siempre fuerte y suave (Sap., VIII, 1). Las almas que ejercitan el don de fortaleza no tienen la aspereza y pertinacia de los que sólo poseen una firmeza de voluntad natural, los cuales quieren que todo se doblegue delante de ellos; son fuertes contra los demonios y contra su naturaleza; pero dulces con sus hermanos como rígidas consigo mismas. Realizan sin vacilación ni aun necesidad de razonarlo los actos de virtud que cuestan mucho a los cristianos ordinarios, y la prueba de que esta facilidad no es únicamente el efecto de sus hábitos adquiridos y del fortalecimiento de la voluntad, sino también y sobre todo de la acción del Espíritu Santo que las penetra y las mueve, es la paz interior honda, sobrenatural que en ellas acompaña a la práctica de la virtud; y experimentan esta paz en el momento mismo en que se renuncian a sí mismas; no es pues la satisfacción del triunfo reportado, la cual no puede sentirse sino después de la lucha, es el gozo sobrehumano del sacrificio.

Las disposiciones que acabamos de retratar son las de las almas llegadas a la vía unitiva; con mayor razón las de las almas más perfectas, las de las almas heroi-

cas. Todos los santos pronunciaron el «cueste lo que costare». Todos quisieron con voluntad inflexible amar a Dios, trabajar por él, inmolarse por él: para agradarle nada les pareció arduo en demasía, no perdonaron esfuerzos, no retrocedieron ante ningún sacrificio, fueron de victoria en victoria. Nosotros también «cueste lo que cueste», luchemos siempre con toda la energía de que somos capaces; los soldados que combaten salvan a su príncipe y su país, y la patria entera tiene parte en tan faustos sucesos: soldados de Dios, luchamos por su amor y por su gloria y nuestras victorias son sus victorias.

CAPÍTULO XII

LAS PRUEBAS O TIENTOS DE DIOS

I. Objeto providencial de las pruebas

«Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos? — Sí, Señor, tú sabes que yo te amo.—Simón, hijo de Juan, ¿me amas?—Sí, Señor, tú sabes que te amo.—Simón, hijo de Juan, ¿me amas tu? — Señor, tu que conoces todas las cosas, sabes bien cómo te amo.» (S. J., 31). Esta misma pregunta nos la hace Dios todas las veces que pone nuestra virtud a prueba, porque él mismo dijo: «Jehová, Dios vuestro, os prueba para ver si le amáis con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma» (Deut., XIII, 3). No basta a nuestro Señor que le protestemos una sola vez nuestro amor, no se cansa de vernos afirmarlo sin cesar, y sin cesar nos pide nuevos testimonios. Pues nuestro pobre corazón es inconstante, sus afectos no permanecen siempre igualmente hondos y ardientes; Dios quiere que siempre le amemos sobre todas las cosas. Quiere también que nuestro amor vaya siempre creciendo, y como este amor encuentra numerosos obstáculos en el alma, quiere Dios que los desbaratemos y con los esfuerzos que para ello se necesitan, y con las victorias que así reportamos, sea nuestro amor cada vez más firme y ardiente.

Tal es pues el objeto de las pruebas del alma; que ejercitemos y acrecentemos en nosotros el amor. Al enviarlas

nos dice Dios: «Hijo mío, ¿me amas? ¿Va tu amor hasta el actual sacrificio por mí, hasta realizar este acto de virtud que me ha de regocijar y glorificar?» Si nos mostramos generosos, si damos a Dios lo que nos pide, le respondemos: «Señor, he aquí la garantía de que te amo.» Con esto rechazamos y acabamos por destruir los obstáculos que se oponen a los progresos del amor, y en cada nueva prueba sostenida victoriosamente resulta más fuerte y afinado.

¿Conoceríamos bien la realidad de nuestras virtudes si no fuesen probadas? Las obras humanas no se pueden conocer bien sino con la experiencia. Se construye un puente por el cual han de pasar trenes muy cargados y a toda velocidad; es de buenas apariencias, ¿pero cuál es su resistencia? Antes de aceptarlo, los que lo mandaron construir exigen que se le someta a prueba. Acaso cuando haya de soportar cargas pesadas, cuando lo atraviesen vagones rápidos, los muros cederán, el arqueado se abrirá y todo se desplomará. Es lo que muchas veces sucede con las virtudes humanas. Algunas personas parecen estar santamente enardecidas, mucha admiración por la virtud, gran amor a las prácticas piadosas, las ceremonias del culto, las lecturas edificantes; sobrevienen de improviso las tentaciones, fuertes contratiempos, fracasos, enfermedades, contradicciones caen sobre ellas, y vedlas soportando mal estos encuentros, y es que sus virtudes carecían de firmeza, eran más vistosas que macizas.

Los que comenzáis la vida espiritual y hasta ahora sólo habéis hallado en ella dichas y encantos, esperad la tentación. Job había vivido largo tiempo en la práctica de las virtudes familiares y sociales; era, según dice, el padre de los pobres, ojo para el ciego, pie para los cojos;

todos lo respetaban y amaban; en su presencia los ancianos se ponían de pie, las cabezas del pueblo guardaban silencio; su aspiración era continuar esta vida virtuosa y suave. *Dicebam; in nidulo meo moriar, et sicut palma multiplicabo dies.* «Yo decía: moriré en mi pequeño nido después de haber vivido muchos años en la tierra.» (Job., 39, 18).

¡Cuántas almas buenas sueñan del mismo modo! ¡Qué bello cuadro se forjan del porvenir un gran número de siervos de Dios, aquellos sobre todo a quienes la experiencia no ha enseñado: servir fielmente a Dios, cumplir sus deberes piadosos con diligencia y puntualidad, dedicarse alegremente al bien de sus hermanos; qué hermoso es esto, cuán dulce y confortativo! Me entregaré con tanto más gusto al rezo, la lectura, la oración, cuanto que en ello he de encontrar toda suerte de dulzuras; cuanto más insista, más crecerá mi fervor, más sentiré las vehemencias del amor, las ternuras del corazón. Entonces me será fácil ejercitarme en las obras de caridad, de enseñanza, de sacrificio, de celo. Mostraré tal afecto a todos los que trate por esos motivos, que ciertamente les robaré el corazón. Voy a ser prudente, bueno, afectuoso, y a darme gustosísimo a los demás. No se podrán desconocer mis cualidades, quedarán contentos de mis servicios, me manifestarán su reconocimiento y afección. Así emplearé mi vida, y moriré tranquilo y en mi pequeño nido, bendecido de Dios y amado de los hombres.

Puede que hayamos embellecido algún tanto estos sueños de la juventud; ¿pero quién dirá que no ha soñado algo semejante? ¿Quién, al abrazar un estado de vida no lo ha visto con seductivos colores? ¿Quiénes son los jóvenes que al contraer matrimonio, o al emprender una vida de buenas obras, qué seminarista el día de su or-

denación sacerdotal, qué novicio en los comienzos de su vida religiosa no vió presentársele el porvenir sonriente, amable, próspero y honroso?

No todo es ilusión en estas esperanzas que abrigan los corazones juveniles; hay gran parte de verdad. Sí, el porvenir que les prepara Dios porque los ama es venturoso y brillante; si aciertan a ser muy fieles a Dios, las virtudes que practiquen serán más meritorias de lo que piensan, las obras que realicen más gloriosas para Dios, más útiles a la Iglesia de lo que ellos se imaginan, pero todo eso lo efectuarán de un modo muy distinto del que soñaban; siendo las pruebas a que serán sometidos el principal medio que los ha de purificar, consolidar, santificar convirtiéndolos en fecundos obreros del Señor.

II. Ejemplos de pruebas dispuestas por Dios

Aún en la ley antigua el Señor para asegurarse de la fidelidad de sus siervos ponía su virtud a prueba, y eso antes de que tuviera como estímulo los ejemplos del Hombre Dios, y cuando la justicia divina se ejecutaba con sanciones temporales, y las buenas obras eran recompensadas en la vida presente. Abrahán tuvo que dejar su pueblo por orden de Dios sin conocer los motivos del destierro; hubo de creer contra todas las apariencias a la palabra de Dios que le prometía un hijo en su vejez; tuvo en fin que manifestar gran prontitud de obediencia para sacrificar por sí mismo a su propio hijo. Isaac por espacio de veinte años espera inútilmente descendencia; continúa esperando, pues Dios la ha prometido, y vienen al mundo Esaú y Jacob; tiene que vivir como un extraño en medio de varios pueblos y permanecer fiel al verdadero Dios entre naciones idólatras. Jacob echado

de la casa de su padre por la cólera de Esaú, reducido a ser un criado de Labán durante muchos años, privado de su amado hijo José, no pierde un punto de su confianza en Dios. De todos los hijos de Jacob, José, el más virtuoso, es también el más probado, pero unido siempre a su Dios; casto, arrostra la ira femenina de la señora de su amo, para no mancillar su pureza; manifiéstase blando y bondadoso con sus hermanos tan crueles con él.

La historia de la salida de Egipto y de la mansión de los hebreos en el desierto es notable por la alternativa de grandes beneficios que Dios prodiga a su pueblo y de las pruebas a las cuales lo somete invariablemente. Jehová, El que es, concedió a Moisés y Aarón el poder de obrar milagros; a vista de esos prodigios y oyendo a éstos dos mensajeros divinos prometerles la libertad, los Israelitas se llenan de gozo, pero Dios para hacer más meritoria su confianza permite que Faraón, en vez de darles la libertad, haga más intolerable su servidumbre; es la primera prueba, el pueblo la soporta mal, y comienza a murmurar. Vencido por las diez plagas que afligieron a los egipcios, y no tocaron a los hebreos, Faraón los deja salir, pero pronto va a perseguirlos; y viéndose tan en peligro, los hebreos a los cuales los recientes prodigios debieron llenar de confianza, y que están presenciando otro gran milagro, el de la nube refrigerante y luminosa, vuelven al regosto de la murmuración. Entonces tiene lugar el tránsito del mar rojo, nueva y famosa demostración de la protección divina. Tres días después llega el pueblo a Mara, sólo tienen manantiales amargos: nueva tentación, y otra vez a murmurar. Dios obra un milagro: Moisés convierte en dulces las aguas amargas. Más tarde, faltan los víveres; el Señor quiere un acto de confianza y tiene derecho a exigirlo; pero sólo

se oyen lamentos y quejas; Dios les da el maná. En Rafidín, les falta el agua en el oasis, ni potable ni amarga; y esta otra prueba la sobrellevan muy mal. Obra Dios otro milagro y manan las aguas de la roca. En el Sinaí manifiesta el Señor con lucimiento su poder y majestad, brillan los relámpagos, retumban los truenos, y todo el pueblo oye la voz de Jehová que proclama el decálogo; la fe del pueblo es fortalecida grandemente, capaz de soportar todas las pruebas. El Señor les ofrece la ocasión de ejercitarla, detiene a Moisés cuarenta días dentro del monte; y ese pueblo ingrato que cada día se sustentaba del maná y era guiado por la columna luminosa en vez de permanecer fiel se postra ante el becerro de oro. Dejando el Sinaí, los hebreos padecen en su trayecto; no saben aguantar esta fatiga y vuelven a la murmuración; son castigados por un fuego vengador y Moisés como en las anteriores rebeldías intercede para que cese el castigo. Entonces aquellos extranjeros que los hebreos traían consigo de Egipto comienzan a murmurar y el pueblo los imita quejándose de no tener otro sustento que el maná; Dios los castiga concediéndoles lo que piden, tal cantidad de codornices que caen enfermos comiéndolas. En Cadés manda el Señor que vayan doce exploradores a observar la tierra de Canaán; al volver siembran el desaliento y todo el pueblo murmura con ellos. Indignado esta vez el Señor tras tanta ingratitud detiene la marcha, los condena a permanecer cuarenta años en el desierto y les manifiesta que ninguno de estos incorregibles descontentos entrará en la tierra prometida. Así este pueblo de Israel porque era sensual y no quería conllevar ninguna privación ni molestia sobrellevó muy mal todas estas pruebas. Tribulaciones que eran más penosas para Moisés encargado de conducir toda esa

muchedumbre que al pueblo mismo; pero la fe, la confianza y el amor de este gran siervo de Dios fueron tanto más fuertes cuanto débiles las virtudes de los Israelitas, y las pruebas que hicieron tan culpables a los hebreos lo hacían más santo cada vez.

La historia de David y Elías, la de Eliseo, Tobías y Job nos presenta siempre su virtud sometida a prueba saliendo triunfante de todas las luchas radicándose y creciendo con sus victorias.

Cuando Jesús vino al mundo supo con sus ejemplos divinos, por medio de sus palabras tan santas y persuasivas hacer la virtud amable, atractiva; pero después de haber exhortado, iluminado, movido a sus oyentes, no dejaba de probarlos y darles ocasión de arraigar su virtud. Obra no lejos de Cafarnaum el gran milagro de la multiplicación de los panes; con esto dió a los galileos un poderoso auxilio para fortalecer su fe; la confianza de la multitud es tan grande, tal su entusiasmo que quieren hacerlo rey. Al día siguiente en la Sinagoga de Cafarnaum Jesús propone a estos mismos hombres el misterio de la Eucaristía: anuncia que les dará a comer su carne y a beber su sangre. De intento deja este misterio envuelto en gran obscuridad y a las fuertes dificultades que objetan responde con afirmación más rotunda. Está pués haciendo prueba de su fe y de su confianza. ¿Qué fruto recogieron con esto? *Ex hoc multi discipulorum ejus abierunt retro et jam non cum eo ambulabant:* a partir de este momento muchos de sus discípulos lo abandonaron. Entre los murmuradores y los incrédulos había un apóstol, Judas, y Jesús lo calificó de demonio (S. J., VI, 70). Estos rebeldes fueron los que amaban a Jesús menos de lo que se amaban a sí mismos; a sus verdaderos amigos el amor les hizo compren-

der que Jesús no podía proponer una cosa tan grosera como comer su carne del mismo modo que se come un manjar; dijéronse pues: Jesús que es tan poderoso, tan bueno, tan sabio, debe saber bien lo que anuncia y tendrá medios que desconocemos para darnos lo que promete. ¿No eran palabras de vida eterna las suyas, como dijo San Pedro? Los que así discurrieron sacaron provecho de la prueba y crecieron en la fe y en el amor. La misma prueba, por tanto, confirmó a unos y derribó a otros; efectuó la separación entre buenos y tibios.

Del mismo modo procedió Jesús con sus compatriotas de Nazaret. Comienza por conmoverles con su elocuencia divina: *et omnes testimonium illi dabant et mirabantur in verbis gratiae quae procedebant de ore ipsius:* todos le daban testimonio y admiraban las palabras de gracia que salían de su boca (S. L., IV, 22). Conocían los ruidosos milagros que había obrado; ven ahora su gran sabiduría; nada pues les faltaba para serle fieles y creerle cuando les declara que es el enviado de Dios. Pero hubieran querido que obrara en su presencia algunos milagros para satisfacer su curiosidad; Jesús les dice que no los hará. Era la prueba y tiento de su fe; bien llevadera por cierto, pero se indignaron, y subiendo de punto su cólera, llegaron hasta a intentar precipitarle de la cima del monte al sur de Nazaret; esta prueba que les había de santificar, fué su perdición.

Cuando Jesús vino a Jerusalén a la fiesta de los Tabernáculos sus palabras produjeron primero un efecto de admiración en los Judíos que fué el principio de su fe: *haec illo loquente multi crediderunt in eum;* hablando de tal modo muchos creyeron en él (S. J., VIII, 30). También ellos habían visto varios milagros que fortalecieran su fe. Pero Jesús los sometió a la prueba; les dijo que la

verdad los haría libres, y esto hirió su amor propio. «Jamás fuimos esclavos de nadie», replicaron altaneros. Jesús les respondió: «En verdad en verdad os digo: el que comete pecado es esclavo del pecado». Intenta iluminarlos, y descubrirles las faltas en que habían incurrido; cuanto más les recuerda sus deberes, más se enojan contra él. Jesús continúa hablándoles blandamente, pero afirma su divinidad, declarando que existía antes que Abrahán. Entonces toman piedras para apedrearlo.

Tales pruebas impuestas a estos israelitas toscos e ignorantes eran relativamente pequeñas, proporcionadas a su virtud, a las almas más adelantadas y más queridas de Jesús las imponía mayores. En cierta ocasión que volvía a Jerusalén pasando por la Perea, un joven de los notables del país que atravesaba, acudió a Jesús: «Maestro bueno, le dice, ¿que haré yo para alcanzar la vida eterna?» Ese joven era bueno y virtuoso, había observado fielmente desde el uso de la razón los preceptos divinos. Por eso Jesús lo miró y lo amó: *Intuitus eum dilexit eum* (Marc., X, 21). Porque lo ama, Jesús lo va a someter a una prueba difícil, le propone un gran sacrificio: «Una cosa te falta: si quieres ser perfecto, vende todo lo tuyo, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y después de esto, me sigues». Aquel joven no aprovechó esta prueba, no quería ser perfecto, y se retiró entristecido. La Cananea fué más avisada: Jesús tan compasivo, que muchas veces como en Naim no esperaba a que se lo solicitaran para obrar milagros de bondad, deseaba vivamente escuchar su petición; pero comenzó por rechazarla con aspereza, y esta prueba hizo resplandecer más la humildad y la confianza grande de esta pobre madre.

Las dos hermanas de Lázaro eran almas escogidas,

muy amadas del divino Maestro: *diligebat Jesus Martham et sororem ejus Mariam et Lazarum.* Cuando su hermano está enfermo envían con presteza al Señor este tierno recado: «Señor, el que amas está enfermo». Ved ahí que Jesús no sólo no contesta, pero ni se mueve, sino que permanece dos días enteros donde se hallaba y deja morir a su amigo. Y viene a Betania cuando hacía cuatro días que lo habían enterrado. Las dos hermanas no extrañaron la aparente frialdad del Maestro que tan fácilmente pudo preservar a Lázaro de la muerte, recibieron bien esta prueba tan amarga, no pensaron en quejarse, ni por un momento dudaron de la bondad, del amor de Jesús. Habiendo cumplido tan bien lo que de ellas esperaba Jesús, fueron recompensadas con la resurrección de Lázaro.

La cual fué un gran milagro, el más grande que obró Jesús; toda la ciudad de Jerusalén que conocía a Lázaro, y que tuvo noticia de su muerte y sepultura debía quedar conmovida. Jesús había dado ya bastantes pruebas de su poder, de su sabiduría, de sus virtudes, pero este nuevo prodigio conmovió al pueblo. «Muchos creyeron en él» dice San Juan, y tanto que los enemigos del Salvador se excitaron vivamente: «Si lo dejamos hacer, todos creerán en él». (S. J., XI, 45, 48). Esta fe de los judíos debía según la regla general ser sometida a prueba. Y lo fué bien pronto. Jesús que había obrado tantas maravillas, quien por el entusiasmo del pueblo fué objeto de un recibimiento triunfal, pocos días después será preso por sus enemigos, maniatado, maltratado, abofeteado, azotado, crucificado. Ya no aparece nada de su poder aquel; sólo su dulzura sobrehumana, su paz, su gran serenidad atestiguan aún su divinidad. A algunos, como el Centurión, Nicodemus, les conmovió la bon-

dad y la paciencia divina de Jesús más que su aparente poquedad, su fe se corrobora e ilumina en gran manera con la prueba; pero cuantos otros que se escandalizan y se les apaga la luz de su naciente fe.

Cuando Jesús subió a los cielos, continuó probando a sus amigos; la vida de los apóstoles fué una larga cadena de pruebas; la cual se continúa; porque la prueba es la ley universal, y los amigos de Dios la experimentan más que otros.

III. Efectos felices o funestos de estas pruebas

La prueba pues es un suceso providencial que nos solicita y aún nos obliga a practicar alguna virtud en grado más perfecto y difícil a la naturaleza. A veces son hechos relacionados con nuestros deberes a los cuales no podemos sustraernos sin culpabilidad. Así estalla una persecución que obliga al cristiano a hacer actos de desprendimiento y de valor, sin los cuales violaría los derechos de Dios o de la Iglesia. Otras veces pone Dios a prueba nuestra generosidad permitiendo cosas que hacen más difícil la práctica de los consejos del Evangelio; faltar en esto no es cometer un pecado, pero sí apartarse de la perfección.

Existen pruebas grandes y pequeñas; exteriores e interiores y sólo conocidas del que pasa por ellas. Hay circunstancias que nos obligan al trabajo y al servicio de otros; en este caso es probado nuestro espíritu de sacrificio; hay otras ocasiones que nos imponen renunciar al trabajo, y padecer; en tal caso es probada nuestra paciencia. Otras veces es la confianza, la perfecta dejación, la que Dios quiere que practiquemos. Personas que hasta entonces vivían tranquilas sienten de repente nacer en

ellas fuertes sentimientos de antipatía los cuales les dificultan más la práctica de la caridad, o por lo contrario se les abre el corazón a simpatías muy vivas y demasiado humanas, y para desasirse y no tener más que un amor sobrenatural han de trabar recios combates. Hay pruebas que deciden de toda una vida. Cuando en 1790 fué votada la ley infame de la constitución civil del Clero, el trance o prueba fué muy grave para los ministros de Dios. En la diócesis de Angers la mayoría de los sacerdotes permanecieron fieles. El abate Gruget, que hizo, parroquia por parroquia, la historia de esta especie de cisma, nos enseña que casi todos los que se negaron al juramento cismático eran sacerdotes muy estimados y virtuosos de veras, y los que hicieron el juramento eran, en general, eclesiásticos poco formales y poco apreciados. Los primeros hicieron lo que se esperaba de ellos, los segundos lo que se temía. Hubo sin embargo algunas excepciones: algunos de los primeros sucumbieron en la prueba, y otros livianos y mundanos cumplieron varonilmente su deber. Pues bien, los culpables, después de la caída—a lo menos los que no se retractaron muy pronto — se precipitaron cada vez más bajo, llegando hasta perseguir a sus compañeros que permanecieron fieles, y los otros, por lo contrario, se convirtieron en hombres de su deber y de virtud. Así a todos nos hablaba Jesús en una ocasión bien grave: ¿Hijo mío, me amas? Y los que rehusaron su amor se alejaron más y más del divino Maestro; pero los que hicieron un acto de amor generoso y fuerte se acercaron más a Él, se unieron más firmemente a Dios.

Las pruebas pequeñas son de toda la vida: además de las prácticas de virtud que elegimos libremente, o por obligación de estado, habrá siempre muchas otras que

nos imponen las circunstancias: ocasiones de paciencia, de renuncia de nuestra voluntad, de servicios que hemos de hacer, de sacrificios que ejercitar; son tanta parte en toda la vida humana que apenas podemos colocarlas en el número de pruebas. Y con todo eso, si sabemos aprovecharlas y practicar las virtudes que piden se puede sacar gran provecho de ellas. Otras hay menos ordinarias, menos esperadas y exigen mayor energía y fidelidad; éstas parecen ser dirigidas más particularmente por la Providencia, para que demos mayores muestras de amor y adquiramos una gran firmeza y generosidad en su servicio. Para muchas almas en vez de alcanzar su objeto providencial, son el escollo donde naufraga su virtud; las hay no pocas que después de haber dado gratas esperanzas, producen amargos desengaños por haber sido infieles en el momento de la prueba [1]; cuantos cristianos que después de haber recibido una buena educación dejan el camino de la virtud y hasta abandonan los deberes esenciales de la religión; cuantas almas piadosas se quedan a la mitad del camino de la perfección porque en

1. El P. Faber (Progreso, c. 19) estudia la causa de la decadencia de esas almas que comenzaron bien y después perdieron su fervor; y piensa que consiste en la falta de dolor de sus pecados, y por eso decayeron infelizmente, Mejor nos parece que las almas en cuestión sólo tuvieron un fervor aparente, y porque jamás fueron bastantemente generosas carecieron de luces para comprender bien lo horrible de sus pecados, y de amor para llorarlos. Taulero (Serm. I de la Circuncis.) señala tres causas de la relajación: o un afecto desordenado y no combatido, o un defecto de humildad, o una falta de recogimiento. Esas son las causas frecuentes del alejamiento de Dios. ¿Pero no sería más exacto decir que las almas decaen y desdicen porque infieles a la gracias, huyendo los sacrificios y orando sin fervor, reciben mal las pruebas que Dios les proporciona para hacerlas morir a sí mismas, rehusan renunciarse, y estas pruebas que deberían acrecentar y perfeccionar su caridad, aumentan el amor de sí mismas y las lanzan en defectos que les hacen caer del fervor primitivo?

las ocasiones difíciles no desplegaron más que una generosidad a medias.

Las pruebas, pues, desempeñan en nuestra vida espiritual un papel de los más importantes. Ellas son sobre todo las que deciden de nuestro progreso: las almas más santas son las que pasaron más grandes y numerosas pruebas y con más valor y ardimiento. Las almas mediocres son las que sin ser del todo infieles, muestran poca resolución, se guardan de las faltas mayores pero no ejercitaron sino virtudes muy medianas; sus pruebas que casi siempre las creen muy grandes, fueron pequeñas porque Dios les ahorró peleas que fueran incapaces de sostener bien; las almas infieles son las que en la hora del combate sucumben y se apartan de Dios [1].

IV. Medios para utilizar las pruebas

¿Qué hacer pues cuando somos tentados o probados? Ante todo insistir más en la oración de ruegos y pedir fuerza y valor. Pronto hablaremos de esta oración: digamos ahora solamente que las almas que no oran sucumben siempre; las que lo hacen sin fervor y las que se cansan de orar, o caen o no se aprovechan de la tentación; las que reiteran sus instancias en la presencia de Dios para alcanzar, no ya el reposo sino gran aliento para el sacrificio, las que perseveran en la oración tanto

1. Sólo apuntamos aquí las disposiciones más marcadas en el modo de aceptar las pruebas; pero de hecho esas diferencias comprenden gran número de matices: las pruebas se sobrellevan muy bien, casi muy bien, bien, medianamente, casi mal, malamente; y, por tanto sus efectos son: muy buenos, casi muy buenos, buenos, mediocres, malos, malísimos.

cuanto dura el combate, éstas salen siempre victoriosas.

Orar, pues, y orar aún en las horas de prueba, oremos y amemos. Ya que las pruebas tienen por objeto principal descubrir y arraigar nuestro amor, hemos de ejercitarlo cuando pasamos por ellas. El gran obstáculo del amor de Dios es el amor de nosotros mismos; nuestras pruebas serán saludables si nos esforzamos por olvidarnos de nosotros, indiferentes a lo nuestro para no buscar más que la gloria y los intereses de Dios. Cuantas personas cuando Dios las prueba, por ser tan amigas de sí mismas se entristecen y querellan; y porque piensan mucho en la dificultad, y se detienen demasiado a ponderar sus penas, pierden el ánimo y decaen. Somos muy inclinados a aumentar nuestros males, a exagerar las dificultades de nuestras obras, porque la imaginación tiende siempre en las pruebas a ejercer su función de engañadora y a disminuir nuestro valor. Cuando los soldados en guerra terrible quieren ganar campo y desalojar al enemigo de sus posiciones, se precipitan, dada la señal, y sin tardar, sin vacilar, sin preguntarse si serán detenidos en su correría; cuando más impetuoso es su arrojo más probabilidades tienen de vencer. Así hemos de lanzarnos con ímpetu generoso en el sacrificio cuando se nos presenta, no mirando más que a Dios y nuestro deber. «Por Vos, Dios mío» debemos decir si se nos pone delante una obra difícil de realizar. «Todo lo que queráis, Dios mío, con tal que os ame», debe ser el grito de nuestro corazón cuando tengamos que hacer un acto de paciencia, padecer alguna pena, fracaso o humillación; o bien, pensando en la Iglesia, en el reino de Dios, en la salvación de las almas: «Cuanto queráis, Dios mío, con tal que seáis amado».

San Francisco de Sales nos presenta como perfecto

modelo que imitar en nuestras penas la hija de un cirujano, la cual enferma y necesitando ser operada por su padre, se contentaba, mientras que para sangrarla introducía la lanceta en la vena, con decir: «mi padre me ama mucho y yo soy toda suya» (Amor de Dios IX, 15). Ella no consideraba su mal, nada pedía, le bastaba ejercitar su amor. Tal ha de ser la dejación de las almas unidas totalmente a Dios. Cuanto más se olvidan de sí mismas más las llena de Dios el pensamiento de sus bondades y de sus amabilidades, de la solicitud por sus intereses y del deseo de su gloria. Aun cuando pone su virtud a prueba el amor que ya poseen y que Dios conserva en su corazón les vuelve fáciles todos los sacrificios y asegura su fidelidad. Amemos de esta manera, y cada una de nuestras pruebas nos hará más amantes y más amados del Dios del amor.

CAPÍTULO XIII

IMPORTANCIA DE LA VIDA INTERIOR

Error de las almas que no cultivan la vida interior

M. Olier encontrándose en cierta ocasión un eclesiástico joven le preguntó en que pensaba. Este contestó que no pensaba en nada, al cual el siervo de Dios dijo con sorpresa: «Puede ser que un eclesiástico esté sin pensar en Dios y sin cumplir con él algún deber en su corazón»? (*Vie*, M. Faillon, t. II, p. 369). Si viviera aún este fundador de la Congregación de San Sulpicio, podría tener parecidas sorpresas: hallaría personas recomendables, hombres de acción, mujeres celosas, religiosas, eclesiásticos, que tendrían que hacerle la misma declaración. Y esto sin avergonzarse, pues como gran número de cristianos, no tienen de la vida interior el aprecio que ella merece.

Cuando Jesús volvió a Nazaret después de los resonantes milagros de Cafarnaun, sus compatriotas no querían creer en su misión divina; tampoco creían en la eminente santidad de José y la de María. La vida de Jesús en Nazaret, como la de María y José, había sido muy interior; Jesús nada hizo que llamara la atención y los de Nazaret gente tosca y poco espiritual, de vida muy exterior no apreciaban sino lo que aparecía por defuera; necesitaban para excitar su admiración y granjearse su

estima hechos brillantes, obras de rumbo. Tales son los sentimientos de la mayor parte de los hombres; pero muy distinto el juicio de Dios: *homo videt quae parent, Dominus autem intuetur cor.* (I. Reg., XVI, 7).

No son sólo los cristianos mundanos, los cristianos relajados, los que desconocen la importancia de la vida interior. Personas que hacen profesión de piedad se aplican más a practicar las virtudes exteriores, a corregir los defectos que aparecen por fuera más que a reformar bien lo muy interior de su alma. Y si estas personas son de las llamadas a dar consejo, a dirigir a otras, prescribirán numerosas prácticas, aconsejarán obras exteriores, insistirán en corregir lo que notan de extraño, y esos avisos, serán en verdad útiles; pero descuidarán el llamar la atención de las almas que dirigen sobre las virtudes interiores; ni sabrán enseñarles a vivir con santas reflexiones y a confortar su corazón con sentimientos sobrenaturales y divinos. Existen predicadores de ejercicios que claman con elocuencia contra los defectos visibles de sus oyentes, y no dan una sola instrucción acerca de la vida interior, ni recomiendan el vivir en la presencia de Dios y unidos con Jesús.

No era este el método de San Francisco de Sales. «Tenía por principio suyo que en la dirección de las almas hay que atender mucho más al corazón que al exterior; ganada esta fortaleza, lo demás no subsiste. Cuando hay fuego en una casa se echan los muebles por la ventana; y lo mismo cuando el amor de Dios se apodera de un corazón, todo lo que no es Dios le parece poca cosa». (*Vie,* por M. Hamón, t. II. p. 564). «Cuando Dios, prosigue, me envía un alma generosa para dirigirla procuro encender el fuego del amor divino por toda la casa, seguro de que las miserias, las naderías mundanas, si aún existían,

desaparecerán presto consumidas en ese incendio».

No es más expeditivo, si se quiere destruir un bosque, incendiarlo por todas partes, que ir arrancando los árboles uno tras otro? Así la selva espesa de nuestros defectos desaparece muy pronto si con una vida interior bien dirigida, alcanzamos un amor ardiente y generoso, antes que si los vamos combatiendo uno por uno.

La vida es una alternativa continua de reflexiones y acciones; pero las segundas dependen de las primeras; toda la conducta de un hombre depende del curso habitual de sus ideas y de sus sentimientos; sobre éstos pues ha de ejercitar en primer lugar su vigilancia. Ponemos juntamente las ideas y los sentimientos porque se encadenan e influyen entre sí; *ubi est thesaurus vester, ibi et cor vestrum erit:* nuestro corazón sigue a nuestro tesoro, nuestros pensamientos van hacia el objeto de nuestro amor. El amor pues dirige las ideas. A su vez las ideas estimulan y acrecientan el amor; después, el amor inspira las palabras y los actos.

Todo lo sacamos pues de nuestro interior y lo que éste vale eso mismo vale cuanto de él sacamos. *Bonus homo de bono thesauro profert bona;* el hombre bueno tiene en el fondo de su corazón un tesoro de amor, de donde no brotan sino actos virtuosos; *malus homo de malo thesauro profert mala:* el hombre malo tiene en su interior como un depósito de vicios, de él salen naturalmente las cosas malas (S. Mat. XII. 35). Cuanto más perfectos son los sentimientos interiores, tanto más meritorios son los actos que de allí proceden.

Dichoso pues el que atiende a sus ideas y purifica sus sentimientos, feliz el que hace vida interior. Esta se desarrolla si se cultiva, las virtudes que unen el alma con Dios, la fe, la esperanza, el amor, crecen con la

multiplicación de los actos; van perdiendo de su fuerza si se amortigua su ejercicio. Las verdades más fuertes hacen comúnmente poca impresión en los que no viven vida interior, porque su inteligencia absórbida por tantos pensamientos inútiles, ocupada con mil suertes de fantasmas insubstanciales, distraída por todo género de cuidados, está cerrada a reflexiones serias y no acierta a sacar fruto de la más saludable doctrina. El alma sin vida interior es grandemente disipada; es el camino hollado de la parábola que lo andan multitud de pasajeros, es decir, todas las noticias, todas las vaciedades; las aves vuelan por él fácilmente porque las vanas imaginaciones atraviesan por la inteligencia y se llevan la buena semilla allí sembrada. Y en lugar de conceptos o ideas sobre la fe y de sentimientos sobrenaturales, las almas despilfarradas, o las simplemente distraídas ven afluir a ellas ideas bajas, aspiraciones naturales y muchas veces viciosas: la vanidad, el amor propio, el amor de las comodidades, las aficiones a los bienes del mundo.

«Vosotros sois de abajo, decía Jesús a los judíos, yo soy de arriba: *vos de deorsum estis, ego de supernis sum*»; vosotros vivís en los fondos bajos, arrimados a la tierra, no como yo en los pensamjentos del cielo, en el amor de los bienes eternos; vosotros no deseáis más que los goces de la tierra, los goces que os envilecen; aspiráis a dar satisfacción a vuestro cuerpo, a vuestros sentidos; el bienestar, los ruines placeres, ese es el objeto de vuestra vida.

Digamos que las almas piadosas no caen jamás tan bajo como los judíos a quienes hablaba Jesús; siempre les queda la suficiente vida interior para conservar sentimientos sobrenaturales, pero ésta debe ser intensa si ha de dominar las inclinaciones perversas, para mantener

en sí aquellas disposiciones que hacen al alma semejante a Dios.

Sin esa vida interior constante no se guarda ni la pureza de intención. «Gran cuidado, decía el Salvador, de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres con el fin de ser vistos por ellos»; purificad pues vuestras intenciones, vigilad para que vuestros actos no tengan más que motivos sobrenaturales y santos; lo que vale vuestra intención eso vale vuestra acción; qué de excelentes obras ante los hombres son poco meritorias en la presencia de Dios; la vanidad, sobre todo, de la cual nos recomienda el Salvador desconfiar, es una gran robadora de méritos. Es bien raro que un cristiano piadoso, de veras, haga sus cosas únicamente por adquirir la estima o las aprobaciones de las criaturas; pero no lo es que haya mezcla de intenciones, que al deseo de la gloria de Dios se junten y entremetan finalidades de gloria humana. ¿Cómo puede ser que los que viven muy exteriormente, y no atentos a reanimar con frecuencia su fe, y a reavivar su amor, se libren de estos afectos que nacen espontáneos en el corazón humano? Cederán a ellos muchas veces, y sin darse cuenta ni reprendérselo.

II. Frutos que alcanzan los que se dan a la vida interior

Mas los que viven de la vida interior, conocen los movimientos de su corazón, y si algún afecto asoma en su alma que no tiene a Dios por objeto, lo deploran y desaprueban en seguida. Nuestro Señor recomendó vivamente a sus amados discípulos que le estuvieran muy unidos: permaneced en mí y yo en vosotros. *Manete in me et ego in vobis.* Sí, permanezcamos en Él. Es de justi-

cia, pues Jesús vive en nosotros; y las tres personas divinas establecen su morada en el alma. «Si alguno me ama, vendremos a él, y habitaremos en él» (San Juan, XIV, 13).

El Padre, el Hijo, el Espíritu Santo se complacen de habitar en nuestras almas, como en un santuario, o un lugar de delicias. Las palabras que acabamos de citar nos lo enseñan. Y cuando vemos que Jesús instituye la Eucaristía para unirse con nosotros cuerpo con cuerpo, alma con alma, conocemos mejor todavía este amor fuerte que le atrae hacia sus pobres criaturas y le hace fuerza para formar esta unión. ¿Como calificar pues a los que paran poco la atención en el divino huésped de su alma? ¡Está en ellos por amor y no reparan en ello! ¡Qué indiferencia, qué ingratidud! «Permaneced en mí y yo en vosotros. Al modo que el sarmiento no puede producir de suyo ningún fruto si no está unido con la vid, así tampoco vosotros si no estáis unidos conmigo. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, quien está unido conmigo y yo con él, ese da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer» (S. J., XV).

Ciertamente, al alma le basta estar unida con Jesús por la gracia santificante para poder dar frutos de vida, pero ¿quién osará negar que cuanto más apretada sea la unión con Jesús, mayor es y más fecunda la influencia que Jesús ejerce en el alma?

Permaneced en mí, lo primero por una fe viva; no sólo creer mis palabras sino sustentarse con ellas, así os uniréis conmigo, porque pensaréis lo que yo pienso, juzgaréis como yo juzgo; habréis pues entrado en mí, participando mis sentimientos, y yo habré entrado en vosotros, poniendo en vuestro ser, mis ideas, mis deseos, mis afectos, mis repugnancias. Y como soy la misma pureza,

la santidad misma, participaréis mi pureza. Ya la participáis: *jam mundi estis propter sermonem quem loquutus sum vobis:* ya estáis limpios, en virtud de la doctrina que os he predicado; ella os ha inspirado el amor de Dios y el aborrecimiento del mal, y por esto estáis ya limpios. Pero cuanto más os penetréis de mi doctrina, tanto más puros y santos lo seréis.

Permaneced además conmigo practicando las mismas obras que yo. Sea pues vuestra fe práctica, eficaz; la fe muerta no purifica; el que obra contra la fe que profesa no siente los efectos de ella. Por tanto, para permanecer unidos con Jesús no basta pensar como Él, sino querer lo que Él quiere, y hacer lo que Jesús hace. Para permanecer con Jesús, es necesario pensar en Él y vivir en su presencia, y, sobre todo, obrar con Él y por Él, hay que estar pues unido a Él por amor, en medio de los negocios y del cumplimiento de nuestras obligaciones; así Jesús permanece en el alma con su luz y calor, comunicándole su vida, es decir, sus luces, sus sentimientos, sus aspiraciones, sus virtudes.

«Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, se os concederá todo lo que pidáis» (Ibid.). Ved pues las dos condiciones que hacen al hombre tan poderoso en la tierra: vivir unido con Dios y seguir en todo las recomendaciones, las enseñanzas, las inspiraciones secretas de Jesús. ¿No es esto llevar una vida de ángeles? Nuestro ángel custodio no pierde de vista a su Señor y Dios: *semper vident faciem patris,* y ejecutan con perfecta fidelidad todas sus voluntades. Los que no pierden la presencia de Dios, y son fieles para cumplir todo lo que Nuestro Señor les ha ordenado, todo lo que les exige, sólo tienen muy santas aspiraciones; han fenecido las puramente naturales para no querer sino lo

que Dios quiere; los deseos muy sobrenaturales que siempre mantienen, los presentan a Dios sin cesar; y si no los declaran formalmente, su actitud total de sujeción de amor, es ya por sí una oración; piden, aún cuando no formulen peticiones; el Señor, viéndolas tan amantes, se complace en cumplir sus deseos. Su oración es pues continua; del todo conforme con la voluntad divina; ¿cómo pues no ha de ser escuchada esa oración y cumplida siempre su voluntad?

¡Oh! y como estos amigos verdaderos de Dios, tan unidos a Él con la mente, tan sujetos a Él con la voluntad, dan frutos muy copiosos, y Dios es glorificado en ellos! Estos sí que son discípulos auténticos de Jesús. Gloria de mi Padre es, dice Jesús, que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos. —Sí, mucho fruto, o sea, muchos actos de virtud, y mucho bien conseguido por vosotros, ya en torno vuestro ya a lo lejos y sin vosotros saberlo. Nadie sospecha ni el número, ni el valor de los actos sobrenaturales que hacen en el secreto de su corazón estos cristianos unidos a Dios, nadie imagina el bien que ocasionan, las almas que salvan, la gloria, gloria eterna que dan a Dios.

Se necesitan esfuerzos para llegar a esta vida de unión, para conciliar juntamente las obras exteriores y la práctica interior de la presencia de Dios. La Madre María del Divino Corazón comparaba al alma, que en medio de sus ocupaciones se mantiene unida a Dios, al tocador de piano que con una mano lleva el canto y con la otra ejecuta el acompañamiento. El artista no alcanza sino tras largos esfuerzos y prolongados ejercicios esta ejecución de doble juego, pero al fin acaba por no hallar ninguna dificultad. Lo mismo sucede en la vida espiritual, y tanto más cuanto que el alma ejercitada en la

presencia de Dios con calor y perseverancia, y que por un desasimiento generoso ha sabido vaciar su corazón de los sentimientos naturales y de los cuidados mundanos, recibe gracias poderosas que la mantienen como clavada en el amor, y le permiten, sin descuidar ninguno de los deberes exteriores, disfrutar de todas las ventajas de la vida interior.

CAPÍTULO XIV

PRACTICA DE LA VIDA INTERIOR

I. Es menos difícil de lo que algunos piensan, guardar la presencia de Dios

San Pablo recomienda a los Colosenses el «caminar en Cristo», o sea, vivir en él, obrar con él, adheridos a él como el árbol a las raíces, apoyados en él como el edificio en el cimiento: *in ipso ambulate, radicati et superaedificati in ipso* (Col. 2, 6-7). Los justos de la ley antigua vivían también fundados en Dios, radicados en Dios. «La Sagrada Escritura, dice Monseñor Gay, parece resumir la vida, las obras, las virtudes de los patriarcas, cuando dice de cada uno de ellos: anduvo por el mundo en la presencia del Señor» (Gen., V. 22; VI, 9; XVII, 1; XXIV, 40). El salmista dice de sí mismo: «Ponía yo al Señor constantemente delante de mis ojos, porque está a mi derecha (XV, 8). Vuelvo siempre mi vista a Jehová (XXIV, 15)».

En la ley antigua los hombres iban directamente a Dios Criador; el espectáculo de sus obras y la memoria de sus beneficios vivificaban su fe, animaban su amor. En la ley nueva, a estos medios saludables pueden y deben juntar el recuerdo de las bondades y perfecciones de Jesús, el cual por lo demás, es el camino que conduce a su Padre: *nemo venit ad Patrem nisi per me.* Vivir con Jesús, morar en su compañía, tener con él amable trato; vivir en presencia de Dios, en unión íntima con Padre

tan bueno, que establece su morada en lo interior del alma, es vivir una vida interior. «No olvidéis jamás, decía San Francisco de Sales a sus hijas de la Visitación, que nada hemos de desear en este mundo sino la unión del alma con Dios» (*Vie.* Hamon, l. VI, c. XI)». Y Santo Tomás de Aquino en su lecho de muerte recomendaba al religioso que le asistía, el santo ejercicio de la presencia de Dios. Oyese a veces de labios de personas que hacen profesión de piedad, esta objeción: es una quimera querer guardar constantemente el pensamiento de Dios, pues tenemos nuestros deberes, ocupaciones y cuidados que absorben nuestra atención. Por fuerza han de pasar horas enteras en que lo perdamos de vista; pero haciendo su voluntad, ofreciéndole desde la mañana todas nuestras obras, mereceremos lo mismo, y Dios se tendrá por contento con sus servidores.

Sí, de ese modo obran los siervos, pero mirad a los que se aman con ardor: ¿les es difícil pensar siempre el uno en el otro? No, ni por una hora pueden perder el recuerdo de los que aman. En cuanto despiertan de noche, al interrumpir el trabajo de día, desde que vuelven al reposo, vuela su pensamiento veloz hacia el objeto de su amor. Así lo hace la madre con sus hijos, el joven esposo, la esposa, con su consorte querido. Y esta memoria tiernamente conservada acrecienta el amor. Lo que hace el amor humano, puede hacerlo el amor divino y aún mejor. «No quiero, decía un alma santa, que la esposa de un mortal, me sirva de modelo y me sobrepuje en el amor de mi esposo Dios» (*Vie de Marie Aimée de Jésus*, c. VIII).

Los que decís pues no poder guardar la memoria de Dios en medio de vuestras ocupaciones, consentís en amar a quien tanto os ama, menos de lo que los amantes de la tierra aman a una criatura. Cuantos pensamientos

insubstanciales, superfluos no se entretienen durante el día? El aplicaros a vuestros negocios, a los deberes de estado no os impide ni absorbe hasta tal punto que dejéis de llevaros de mil preocupaciones personales, inútiles y aun nocivas. Cortando tal avenida de insubstancialidades, cuanto tiempo podríais emplear en el recuerdo de vuestro mejor amigo, del que os ha creado, el que os redimió, a quien todo lo debéis? Ahí está en el centro del alma, como en un santuario, pues somos los templos del Espíritu Santo. El piensa en nosotros, siempre deseoso de hacernos bien, y espera que pensemos en El. Para conseguirlo, importa mucho que de cuando en cuando, cuidemos de recogernos de veras, es decir, separarnos de todo lo que es profano, inútil, transitorio, de todo lo que no es deber nuestro actual y apremiante, juntar las fuerzas de nuestro espíritu, las aspiraciones de nuestro corazón, las intenciones de nuestra voluntad para dirigirlas a Dios. Y después, fuera de estos momentos de recogimiento completo, y aún en medio de las ocupaciones, aprendamos a volvernos con frecuencia hacia Dios con una rápida memoria y un vuelo del corazón hacia El, o por medio de una jaculatoria breve y ardorosa, o también con nuevas protestas y declaraciones de amor.

II. Obstáculos a la vida interior

No son las ocupaciones queridas por Dios, las que pueden ser impedimento de la vida interior; ha habido santos unidos constantemente a Dios en todos los estados de vida. La dificultad procede de dentro más que de fuera. Es que nos damos demasiado a las cosas. «El que ama de veras a Jesús, decía a Gemma Galgani su ángel custodio, habla poco y soporta todo.» Y le ordenaba que

jamás diera su parecer si no se lo pedían, jamás mantuviera su opinión, sino que callara cuanto antes (Vida XXIII). La dificultad proviene también de nuestra curiosidad. «La curiosidad, decía San Vicente de Paúl, es la peste de la vida espiritual» (*Vie,* Abelly, l. III, c. XXIV). Las personas deseosas de verlo todo, impacientes por saberlo todo, las que se ocupan con gusto de lo que no les concierne, por fuerza han de vivir distraídas; son incapaces de vida espiritual, jamás recibirán de Dios gracias abundantes. De todas las misiones que dió San Pablo, según las refiere el libro de los *Hechos,* la de menor fruto fué la de Atenas; el autor inspirado nos da de ello esta razón: «es de advertir que todos los atenienses, y los forasteros que allí vivían, en ninguna otra cosa se ocupaban, sino en decir o en oir algo de nuevo» (Act. c. 17). Son muchas las almas piadosas que se inclinan y caen por este lado; como si no comprendieran los grandes bienes que por esto pierden. Taulero refiere que Nuestro Señor se quejó con un santo religioso de esta disipación que notaba en muy gran número de siervos suyos. «Cuando vengo a ellos, dice Jesús, con el deseo de llenar su corazón, su alma y sus sentidos de mí mismo de gran júbilo y amor, los encuentro tan distraídos y ocupados, que tengo que retirarme» (Taul. VII, p. 305).

Cuán provechoso es huir lo más posible los tumultos humanos, renunciar noticias, y procurarse algunas horas, y a poder ser, días enteros de soledad. Jesús nos dió el ejemplo, sobre todo cuando iba a obrar grandes cosas: antes de comenzar su ministerio evangélico, vivió solitario cuarenta días en el desierto; antes de consumarlo y de entregarse a sus verdugos, interrumpió por algún tiempo, acaso gran parte del invierno, sus funciones de misionero, y se retiró a Efrén con sus apóstoles (S. I. XI,

54), muy cerca del desierto, viviendo con ellos en este lugar retirado, en reposo y oración.

III. Lucha contra la imaginación

Las cosas del mundo, pues, pueden ocasionarnos verdadera perturbación; pero nos es relativamente más fácil apartar de nuestro espíritu el pensamiento de los sucesos ajenos o extraños; los hechos que nos son personales, que pertenecen a nuestros afectos, a nuestros intereses, a nuestra reputación, son más sugestivos; es más difícil y costoso apartar la memoria de ellos. Dejarnos llevar de la corriente de nuestros pensamientos es para nosotros como una necesidad; es un placer cuya suavidad experimentamos cabalmente cuando queremos renunciar a ello. La primera satisfacción que busca el corazón tocado de algún afecto es la de pensar en el objeto amado; siempre que el corazón está impresionado, trabaja la imaginación. Cuando hemos formado algún proyecto, nos sentimos fuertemente atraídos a acariciarlo; cuando experimentamos alguna alegría, queremos saborearla; si tenemos algún deseo, volvemos a él a pesar nuestro; en nuestros temores, angustias, tristezas, nuestro espíritu se vuelve instintivamente a lo que le aflije e intranquiliza. Detener, o más bien dirigir la imaginación es, según esto, tarea dificultosa; para salir con ello, y aun no del todo, son necesarios grandes esfuerzos y un verdadero espíritu de desasimiento.

Además, nuestro cruel enemigo tiene poder sobre la imaginación; para tentarnos, obra en esta facultad tan volandera; muchas más veces de lo que creen la mayor parte de las almas fieles, los pensamientos que las asedian y tanto las conturban, aumentando los pre-

juicios, atizando su descontento o enardeciendo sus concuspicencias, son efecto de sugestiones diabólicas. San Pedro nos dice que el demonio anda sin cesar al rededor, ardiendo en deseos de perdernos; emplea pues todas sus astucias; al alma le presenta imágenes, a la memoria le recuerda hechos capaces de seducirla o perturbarla, y los presenta fascinadores para excitar nuestras pasiones, ya las halague, ya las irrite; abulta estos hechos, los desnaturaliza, los asocia con otros que poca o ninguna relación tienen entre sí, aparta nuestra atención de lo que podría desengañarnos o tranquilizarnos. Estos son los afanes a que se entregan sin cesar los demonios tentadores si les dejamos entrar; si los resistimos arrecia la batalla; pues, hemos de tenerlo más presente, nuestras grandes luchas son interiores, las grandes victorias o derrotas son las más veces desconocidas a los hombres que no ven sino las consecuencias.

El que no trata de refrenar su desbocada imaginación no conseguirá sino pequeñas virtudes. «No se llega jamás a la perfección, según San Francisco de Sales, mientras se conserva algún afecto a cualquier imperfección, por insignificante que parezca, a un sólo pensamiento inútil; no podéis figuraros cuanto perjudica eso a una alma; porque desde que libremente pensáis en alguna cosa inútil o vana, luego se os presentará otra perjudicial.» (Entret. VIII).

Son por lo contrario muy felices los que se aplican diligentes al recogimiento. Cuantas victorias reportan en un sólo día las almas fervorosas que combaten varonilmente su desaforada imaginación; sólo Dios puede contarlas, y con que liberalidad se las recompensará en la gloria eterna. Bien meritorias son realmente estas victorias: puesto que la mente se deja llevar del corazón,

ya que cada cual piensa en lo que ama o le preocupa lo que le atemoriza, cuantos actos de perfecta renuncia o de entera dejación no realizan los que dirigen siempre bien sus pensamientos, que saben enfrenarlos cuando se desvían o desmandan, y qué amor tan fuerte y continuo ejercitan para con Dios. Además se libran de muchas tentaciones, o triunfan de ellas fácilmente, y se facilitan en gran manera la práctica de todas las virtudes. Así, según lo atestigua María de la Encarnación, el cercenar las reflexiones superfluas acerca de todo lo que no conducía a Dios, fué para ella, durante toda la vida, el más poderoso medio de progreso (Carta 56).

Por desgracia son muy raras estas almas fuertes que así van de victoria en victoria, la mayor parte de las personas piadosas luchan muy poco contra sus pensamientos, y con mucha blandura para que lleguen a estar muy unidas a Dios; se mantienen a media altura entre la cima del monte y los pantanos de la planicie, unos más cerca de éstos, y aspirando muchas veces sus miasmas, los otros más vigilantes y generosos en la lucha, están algo elevados, y se sustraen a las influencias malsanas. Lamentan sus distracciones, aspiran a una vida interior más perfecta, y no aciertan a conocer que su falta de firmeza y denuedo en estas peleas interiores es la causa verdadera de su poco recogimiento.

Jamás la achaquemos a Dios, el cual no ha escaseado sus gracias. Desde el principio de una vida de piedad, mientras no se rehusen a Dios los sacrificios que exige, — pues las almas nada generosas están siempre distraídas y sin jugo — mientras se haga alguna violencia y se practiquen virtudes costosas, se comienzan a experimentar las dulzuras del recogimiento. Es una delicadeza del Amigo divino, que quiere habituar a la pobre criatura a

vivir cerca de El. Le hace pues sentir y gustar la verdad de lo que dice la *Imitación* (II, 1). «Si preparas a Jesús dentro de ti morada digna de El, vendrá a ti y te dará sus consuelos, porque se deleita en lo secreto del corazón... Cuando Jesús está presente, todo es suave, nada difícil... estar con Jesús paraíso de delicias... vivir con Jesús, es poseer riquezas infinitas.»

Este primer recogimiento no dura sino algún tiempo, y nos hace comprender las ventajas e inspira el deseo de la unión perfecta; quien lo haya tenido lo proseguirá con más ardor. Viene después el tiempo de la prueba y el alma se siente importunada por cuidados, deseos, cálculos, suposiciones, ensueños, el demonio aumenta la violencia para mantener al alma distraída, preocupada con pensamientos vanos, y es necesario en este caso reconquistar con grandes esfuerzos lo que al principio pareció tan suave.

Quae sursum sunt quaerite, dijo San Pablo a los de Corinto (II, 1, 2). Buscad las cosas de arriba; *quae sursum sunt sapite, non quae super terram;* no toméis placer en las cosas de la tierra sino en las del cielo. Que vuestros pensamientos y afectos se dirijan al cielo donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Sí, siempre sobre la tierra, siempre los ojos al cielo. Queréis alcanzar las alturas del amor, la distancia es larga y el término muy elevado: tomad el medio más seguro para vencer todos los inconvenientes, e ir pronto y bien lejos: el aeroplano. Si vais a pie, atendiendo a todo lo que hay en el camino, andaréis poco, aunque vayáis en ferrocarril, el peso de la locomotora, el de los vagones, el rozamiento de la vía férrea, disminuyen la velocidad; las paradas en las estaciones os dejarán atrás. Los aviadores recorren las distancias mucho más velozmente, porque no tocan la

tierra, y se elevan con más comodidad. Imitadlos, volad sobre los estorbos, sobre las contradicciones, sobre las satisfacciones, sobre los padecimientos, sobre los goces, sobre las esperanzas humanas, sobre las inquietudes y turbaciones. Muy cerca, los hombres bullen, se agitan, parece que éste tiene razón, que el otro se equivoca; si no es vuestro deber el vigilar, si la caridad no os pide intervenir, rogad por todos, sin juzgar a ninguno, no os detengáis en estos incidentes, seguid en vuestro aeroplano. Ahora no sólo ellos se agitan, sino que sois el objeto de esa agitación, expuesto a las críticas, a las alabanzas, a la oposición y contrariedad; pues bien, acordaos que todo pasa, alegrías y penas, que mañana, dentro de ocho días, o pasado un mes, no pensaréis ya en los sucesos de hoy; no abandonéis pues por cosas tan efímeras vuestro aeroplano, continuad vuestro vuelo por las regiones del amor.

IV. La memoria de Jesús

¿Qué podrá pues manteneros en las alturas? Es el pensamiento de Jesús, de su divino Corazón, en el cual debéis entrar, sin salir jamás. «Creedme, dice Santa Teresa a sus hijas, mientras pudiereis no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a traerle cabe vos, y él ve que lo hacéis con amor, y que andáis procurando contentarle, no le podréis, como dicen, echar de vos, no os faltará para siempre, ayudaros ha en todos vuestros trabajos, le tendréis en todas partes. ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado?» *(Camino*, 26). ¡Es tan bello, tan bueno, tan amable, nuestro dulce Salvador, en su humanidad; es tan grande, tan admirable, tan amante, en su divinidad! El que lo mira no puede menos de admi-

rarlo, y el que lo admira es atraído hacia El y muy dichoso con unirse con El por amor.

Mirémoslo, tan pequeño, tan humilde en el pesebre, este divino Niño cuyos dulces vagidos se oyen, y se deja amamantar por María; tan agraciado en la tierra de Egipto, donde comienza a balbucir, y a dar los primeros pasos, siendo él la omnipotencia; embelesante en Nazaret, a los cuatro, los siete, los diez años, lleno de afección para con María y José, sencillo, obediente, siendo el Señor del Universo. A los trece años comienza su aprendizaje, labra la madera en el taller de San José, lo acompaña a casa de sus clientes; después, él mismo, por espacio de quince años, gana la vida trabajando como un jornalero; se fatiga, suda, come con María el pan que ha ganado, los alimentos sencillos y ordinarios que su madre ha preparado al Criador del mundo. A los treinta años principia su vida de misionero; después de cuarenta días de ayuno riguroso y de oración, recorre primero la Judea, luego la Galilea, viviendo de las limosnas, curando enfermos, formando apóstoles. Siempre se muestra dulce, acogiendo benignamente, siempre sencillo y afable; nadie se atemoriza en su presencia; es tan bondadoso con todos. Y delante de sus verdugos, ¡qué paciencia, qué humildad, qué dignidad! ¡Con qué resolución afronta los más crueles suplicios! ¡Cuánto deseó derramar su sangre, padecer por mí! Y tantos beneficios no le bastan. En su amor y sabiduría encuentra una invención aun más maravillosa, la Eucaristía. Ahí se abaja todavía más que en la Encarnación, se anonada, se hace prisionero para darse a todos, para unirse íntimamente con cada uno de sus hijos. Hace diez y nueve siglos que habita en gran multitud dc santuarios, y desde el interior de todos sus sagrarios no ha cesado jamás de mirar-

me; antes de que yo existiera ya pensaba en mí, mirando con deleite todas las gracias que me quería comunicar, todas las alegrías en que él me había de anegar cuando me introdujera en el paraíso de su gloria. Y este dulce Jesús es el Dios grande, el Dios que se definió: El que es, el Eterno, el Omnipotente, el Infinito. Vive en la sociedad del Padre y del Espíritu Santo, en el ejercicio de un amor sin límites, no interrumpido, de un amor siempre fruitivo, siempre inmensamente feliz. Y con este amor infinito me amó desde toda la eternidad, y me amará por los siglos de los siglos. Y ¿dónde está este Dios grande? Está dentro de mí; Jesús que ha venido a mí por la comunión, mora en mí, y las tres personas divinas no se apartan de mí; aquí están en lo más interior de mí mismo; puedo apretar mi mano contra mi pecho con júbilo, las tengo, las poseo, me poseen.

El que se habitúa a poner así delante de sus ojos el retablo de toda la vida de Jesús, de sus inefables perfecciones, y a recordar su dulce presencia, el que así lo hace desde la mañana, al comenzar la oración; el que con frecuencia durante el día, y en especial antes de orar tiene buen cuidado de penetrar en el Corazón de Jesús, no puede menos de vivir en la práctica constante de la fe, de la confianza y del amor; en lo que de él depende practica la vida interior.

Y cuanto complace a Jesús que el alma a la cual ama y no se aparta de ella, haga generosos esfuerzos para separarse de las criaturas y no pensar sino en El. «Mientras que alguno tiene derecho de hablar en el templo de vuestra alma, dice Taulero (Trad. Noël, t. II, p. 242). Jesús se calla, no está en su casa. No, no está en su propia casa, mientras vuestra alma admite gente de fuera, con la cual no le agrada entrar en conversación». «Si no

acalláis en vosotras, decía a sus novicias Santa Margarita María, todas esas voces que no hablan del amor divino del Amado, no oiréis su voz» (T. II, p. 691). Pero cuando los esfuerzos perseverantes consiguen al cabo sujetar un poco la imaginación, cuando el corazón, a fuerza de lanzar los recuerdos de los objetos creados que lo seducen y conturban, está ya más libre, entonces Jesús mismo estrecha más los lazos que lo unen al alma querida. Al recogimiento que ella ha adquirido, añade un recogimiento más profundo, más suave y a la vez más fuerte, que los esfuerzos de esta alma generosa no hubieran alcanzado. Ahora nota que siempre gravita ella hacia Dios, como la piedra tiende siempre hacia la tierra; sin duda, los sucesos, los negocios, los deberes ocupan su mente, pero queda en la voluntad una propensión simple, suave, amorosa, continua hacia el Señor. Por lo cual en cuanto esta alma se halla sola, se vuelve presurosa al sumo Bien; desde que cesan los asuntos humanos, vuelve a su trato con Dios. Muchas veces, mientras conversa con los hombres, en especial si se trata de dar algún consejo, de tomar alguna decisión, de precaver algún mal, acude interiormente a su protector, a su guía, a su amigo divino, implorando su ayuda, su luz, su poder. Y esto lo hace sin esfuerzo alguno; natural y como instintivamente, levanta su espíritu en todo momento y su corazón al Amado de su alma.

Es un gran don, el don de la vida interior, el don de la unión de amor; y no como en los principiantes, superficial, transitorio, sino profundo, durable; así el alma llevada a la vía unitiva, está, como quiere San Pablo, radicada en Jesús, vive en Jesús y Jesús vive en ella.

CAPÍTULO XV

LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN

I. Ventajas del camino de amor

La práctica de la presencia de Dios, la memoria habitual de Jesús, ved ahí los grandes medios de conservar en nosotros la vida interior, y de facilitarnos la práctica de todas las virtudes. Pero lo que importa es atender al Dios-Amor, lo que interesa es permanecer unido con Dios-Amor. Gran número de almas fieles no viven lo bastante en este pensamiento, que Dios las ama; lo consideran sobre todo como su Criador, como su Amo y Señor, no es para ellas el amigo amante, no es el Amado de su corazón. Lo aman, es verdad, con un amor sincero, pues, no quieren disgustarle; su disposición bien honda es de obedecer sus leyes, hacer su voluntad, y aun trabajar por su gloria, pero no hay ternura en su amor. Cuando han de tomar una decisión, adoptar una norma de conducta, piensan sobre todo en la moralidad y oportunidad del acto que van a realizar; cuando en la oración meditan sobre las virtudes, cuando durante el día se les ofrece alguna ocasión, se resuelven y estimulan considerando lo noble, lo prudente, lo justo de practicar esas virtudes. También meditan de vez en cuando en las bondades de Dios, pero estos motivos de amor no ejercen en ellas toda la influencia que podrían ejercer. El camino que siguen es bueno porque el amor no está

ausente de él, y con la práctica de las virtudes, a donde convergen todos sus esfuerzos, quieren conseguir más amor.

Existe otro camino que nos parece más fácil y cómodo, más directo, más seguro, el de las almas que se esfuerzan por acrecentar el amor con los ejercicios del amor, y así conseguir también la práctica perfecta de las virtudes. Sin jamás descuidar sus obligaciones, se aplican sobre todo a conocer bien a Jesús, a admirarlo, a alcanzar una afección tierna por Jesús, a unirse estrechamente con él, y vivir siempre muy unidas a él. Y así, para darle gusto, y probarle su amor, y amarle cada vez más, se esfuerzan por apartar de sí los pensamientos de objetos profanos, no quieren pensar sino en Jesús y en los deberes que les impone, atienden a practicar el desasimiento perfecto, para no amar sino a Jesús, y sólo lo que Jesús quiere que amen; trabajan por corregir todo lo que en ellas hay de defectuoso, por reformar su carácter, para que ninguna cosa pueda desagradar a Jesús, y por practicar las virtudes que practicó Jesús, y como Jesús las practicó.

Estudiar el amor de Jesús, el Hombre Dios, recordar sin cesar este amor, desempeñar generosamente todos los deberes de la vida, para darle gusto, y así devolverle en todas las cosas amor por amor, aplicarse a consolar a Jesús tan ofendido, proporcionarle dulces alegrías, ¿qué es todo esto sino practicar excelentemente la devoción al Sagrado Corazón?

Tanto nos amó, nos ama tanto, y tanto nos amará por toda la eternidad, el dulce Jesús; nos ama con su alma humana con un amor admirable, y con su Divinidad, Jesús, el Verbo divino, nos ama con el mismo amor del Padre y del Espíritu Santo, con un amor eterno, infinito.

II. El amor humano de Jesús

Jesús nos ama con su alma humana con un amor admirable. Dios que es todo amor, y que al crear el alma de Jesús quiso formarla a su perfecta semejanza, no podía crearla sino toda amor. Así el amor de esa alma santísima es su vida, el amor inspiró todos sus pensamientos, todos sus deseos, todas sus obras; sus alegrías, sus penas, todas tuvieron por causa el amor.

¿Y cuál es la fuerza de este amor? Atendamos bien a este sencillo razonamiento: el alma de Jesús es la obra maestra de Dios, Dios la formó tan admirablemente perfecta como una criatura puede serlo. La omnipotencia divina puede crear un alma capaz de un amor tal, que, él solo, sobrepuje en intensidad el amor de todos los hombres que fueron, que son y que serán, el amor de todos los ángeles y el de la misma Virgen María juntatamente. Este amor inmenso fué pues el que Dios puso en el alma de su Hijo.

Con ese amor comienza a amarnos ya desde el portal de Belén, ese niño pequeñuelo, que oculta todas sus cualidades, que encubre las claridades de su inteligencia y los ardentísimos afectos de su Corazón: contempla anticipadamente a cada uno de nosotros, ofrece por cada uno, sus humillaciones, sus vagidos, sus padecimientos, sus oraciones. No cesa un instante, ni aun durante el sueño, de pensar en nosotros y de amarnos el amable adolescente que va creciendo en Nazaret, el joven aprendiz, el modesto carpintero que gana el sustento con el sudor de su frente. Durante los treinta años de su vida oculta, el amor que abrasa su corazón proporciona a Jesús un terrible martirio, porque todavía no puede ejerci-

tar su celo. Ve las necesidades espirituales de tantas criaturas humanas que podría instruir, predicar, convertir, y con todo eso, debe permanecer en silencio y oculto. Llegada, en fin, la hora en que según los designios divinos, ha de comenzar Jesús su ministerio evangélico, ¡con qué diligencia se consagra a él! Como se manifiesta su amor en el riguroso ayuno a que se entrega por nosotros, en los viajes fatigosos al sol abrasador de Palestina, que a veces lo dejan muy rendido, teniendo que detenerse, como en el pozo de Jacob; en esas prolongadas predicaciones, en esas entrevistas y audiencias concedidas a cuantos lo piden, que no le permiten aun el tiempo necesario para comer, por lo que sus mismos parientes lo tratan de insensato (Marc. III, 21); en esa prolija oración en que muchas veces pasaba gran parte de la noche, o también noches enteras. Jesús, el Señor del mundo, cómo se da a todos, cómo se entrega y se gasta, cómo se adelanta a todos los infortunios, y así, ni espera a que la viuda de Naim implore su compasión, pues no se atrevía a ello, creyendo la desgracia irreparable, sino que la ve llorar, y resucita a su hijo. ¡Cuantas veces gozaba consolando los afligidos, devolviendo la salud y la dicha a los pobres enfermos, sobre todo ganando las almas para la virtud, formándolas en el amor a su Padre! Cuan sensible es además el amor de este dulce Jesús que llora delante del sepulcro de Lázaro, que viendo a Jerusalén desde el monte de los olivos derrama lágrimas porque esta ciudad ingrata no quiso convertirse, y por los males espantosos que pronto caerán sobre ella. Llegado el momento en que va a consumar su obra descubre a sus discípulos los tres grandes deseos que siempre ha conservado en su corazón: el deseo de darse en alimento en la Sagrada Eucaristía: *desiderio desideravi hoc pascha manducare*

vobiscum (Luc. 22, 15); el deseo de derramar toda su sangre por la gloria de su Padre y la salvación de las almas: *baptismo habeo baptizari et quomodo coarctor usquedum perficiatur* (Luc. 12, 50); el deseo, en fin, de encender en todos los corazones el fuego del amor divino: *ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur* (Luc. 12, 49). Y durante toda su Pasión, ¿no fué todo amor nuestro dulce Salvador? La vista de los ultrajes sin número hechos a su Padre, la visión de los pecados de todos los hombres y de los males que acarrean, el ver la condenación eterna de un número tan considerable de los que no querrán aprovecharse de su sangre, este fué el mayor de los tormentos de Jesús; pero este amor que tan cruelmente lo martirizaba era también el que lo sostenía previendo de antemano todos los frutos de su Pasión, y así hallaba dulces tan acerbos dolores. Por qué después de su Resurrección, no se manifestó a sus enemigos, vivo, invulnerable, envuelto en resplandor de gloria? ¿Por qué tan modesto en el triunfo, no manifestándose más que a sus amigos? Es que quiere reinar, no con resplandor de majestad, no desplegando su poder, sino sólo por el amor, por la bondad, la dulzura, la humildad [1].

¿Ha cesado Jesús de amar desde que dejó la tierra? No, y San Juan nos declara que los mismos pecadores son muy queridos de Jesús, porque se constituye su abogado delante de su Padre (S. Juan, 2, 1). De modo que el

1. Del mismo modo quiere Jesús triunfar en su Iglesia, en sus santos, en todos sus fieles servidores; también permite las más veces que sus amigos sean desconocidos, despreciados, perseguidos. Somos muy propensos a desear a la Iglesia un triunfo algo semejante al reino mesiánico que imaginaban los judíos; aun perseguida y despojada de sus bienes la Iglesia triunfa cuando extiende sus conquistas sobre las almas, cuando ve florecer en sus hijos las virtudes heroicas.

pecado mismo, el pecado mortal que tal horror le inspira, no altera los sentimientos de su corazón, su mirada de amor no se cambia en mirada de odio ni de ira, sino en una mirada de ternura entristecida, una mirada de compasión por el insensato, el desagradecido a quien aun ama Jesús. Jesús lo defiende en presencia de su Padre, recuerda lo que padeció por el pecado, lo que por él pagó y pide por el pecador, implora la gracia de la contrición, que alcanza siempre, más a la cual el desdichado puede poner obstáculos; pide también la gracia de una perfecta penitencia, y tal, que si el pecador quiere, puede al momento reparar, resarcir completamente su pecado. Si ahora que está en el cielo, ama tanto Jesús a los pecadores, ¿cuanto no amará á los justos? Cuanto, sobre todo, amará a sus entrañables amigos?

Tanto nos ama Jesús que si fuera conforme comenzar otra vez su dolorosa pasión por cada uno, sacrificaría su vida, como la sacrificó en la cruz padeciendo los mismos tormentos que sufrió en el Calvario. «Como su amor es inmenso estaría pronto a sacrificar su vida en todo el Universo, y con dolores inmensos; siendo su amor eterno, estaría presto a sacrificarla eternamente, con dolores eternos» [1]. Sí, gustosamente padecería una nueva pasión por cada uno de los hombres, su amor es tan grande que estaría muy dispuesto a hacer por la menor de sus criaturas lo que hizo por todas; cada uno puede decir como San Pablo: me amó y se entregó a sí mismo por mí.

No pudiendo permitir la sabiduría divina la reiteración del drama del Calvario, Jesús halló un medio de

1. San Juan Eudes, en *Le coeur admirable de la Mère de Dieu*. La expresión que hemos citado se encuentra en el libro XII, dedicado enteramente a la devoción al corazón de Jesús.

renovarlo místicamente y de aplicarnos los frutos de su Pasión: se sacrifica cada día más de cien mil veces en nuestros altares; ahí se abate, se anonada más aún que en la cruz; por nosotros y en nuestro nombre, adora, da gracias, repara, suplica y le contenta mucho el poder, mediante el sacrificio de la misa, derramar por el mundo torrentes de beneficios. Y esto no basta a su amor, no sólo baja a nuestros altares, y multiplica en todo lugar su presencia eucarística, sino también se hace nuestro en la comunión, se da enteramente y nos invita a renovar cada día dicha unión tan agradable a su corazón.

III. El amor divino de Jesús

Es inefable el amor con que Jesús nos ama con su alma humana, ¿pero qué es eso en comparación del amor eterno, infinito con que nos ama con su Divinidad? Sí, amor eterno. Dios se basta, sin duda; para nada nos necesita; las tres personas divinas tienen en sí mismas la fuente de una felicidad sin límites; se aman, se desean mutuamente con deseo infinito. «Si la naturaleza no las uniese entre sí, el amor las lanzaría la una en la otra, las uniría y haría de ellas un solo e idéntico Dios.» (Gay. Retr., p. 190). Pero la naturaleza las une, se poseen mutuamente tanto como desean poseerse. Nada pues falta a su felicidad, y las pobres criaturas nada pueden añadir a esa dicha infinita. ¿Qué somos delante de Dios? En presencia del Omnipotente que como jugando sacó de la nada mundos admirables, ¿qué es el hombre, incapaz de vivir si Dios no le conserva la existencia, que ni respirar puede si Dios no le asiste? Delante del Infinito que al mismo tiempo está obrando en todas las partes del universo mundo, ¿qué es el pobre hijo de Adán, cuyo hori-

zonte es tan limitado y su acción tan reducida? Delante del Eterno que no pudo tener principio y que siempre es idéntico a sí mismo, ¿qué significa este fugaz viandante del viaje de la vida en quien nadie pensaba hace un siglo, que apareció en el mundo hace un momento? En presencia del tres veces Santo, ¿qué es la mísera criatura nacida en pecado, afeada con tantos pecados y tan fuertemente inclinada al mal? Y con todo eso, desde toda la eternidad, en todos esos siglos sin principio que precedieron a la creación, las tres personas divinas no han estado un momento sin pensar en cada uno de nosotros. Siempre me miró el Padre en su Hijo que es el espejo de su substancia, siempre me nombró Dios en su Verbo, que es su palabra eterna. «Viéndose me vió, amándose me amó; su amor a mí data de la hora imposible en que comenzó a amarse» (Faber, El Criador y la Cr.). *Caritate perpetua dilexi te.*

Y ¿con qué amor nos ama? No puede amarnos con poco amor: nada hay pequeño en Dios, todo en él es infinito, luego su amor es infinito, su bondad es infinita. «Su amor al hombre es un amor total, Dios no se divide, cuando ama, ama totalmente» (Ibid.). Cierto que quiere mayores bienes para unos que para otros, tiene sus preferencias, y éstas van muy lejos, pero si quiere darnos sus riquezas de un modo desigual, lo quiere con el mismo acto de su voluntad; su amor es siempre infinitamente ardiente aun para aquellos a quienes destina la menor medida del don inefable de sí mismo.

El don de sí mismo, tal es, en efecto, el término de este amor que Dios nos tiene. Nos ama queriéndonos felices y santos, o más bien felices por la santidad, felices por la dicha que proporciona la virtud, y el puro amor.

La virtud, la santidad es la huída, el odio, la destruc-

ción del mal, del pecado, y el seguimiento del bien. Pero el verdadero Bien, el Bien supremo, el Bien esencial, necesario, no es otro que Dios.

Ser virtuoso, ser santo, pues, es amar a Dios, buscar a Dios, ir a Dios, y el término de la santidad es la posesión de Dios. Dios quiere que lo busquemos, para poder darse a nosotros. Siendo tan rico, no puede desearnos un bien mayor. Dios, pues, se nos da, y la gracia no es otra cosa que Dios dándose al alma, morando en ella, uniéndose a ella, penetrándola en lo más hondo de su ser, transfigurándola, divinizándola.

Y para proporcionarnos este Bien supremo Dios ha establecido medios divinísimos; no podemos concebir nada superior a la Encarnación, a la Pasión y muerte de un Dios, a la Sagrada Eucaristía y Comunión. «Amó tanto Dios al mundo que le entregó su Hijo. — Y el Verbo se hizo carne». ¡Qué amor en este abajamiento! Si un hombre consintiera, sin perder su inteligencia, en ser un gusano de la tierra, un vil insecto, se abajaría muchísimo menos que Dios al tomar forma humana. Dios Padre quiso este abatimiento incomprensible de su Hijo muy amado. Aun más, según San Pablo, no perdonó a su Hijo: *proprio Filio suo non perpercit Deus*. Cuando Jesús oró de esta manera: «Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz», le ordenó, por causa nuestra que lo bebiera hasta las heces. Quiso pues, por nuestro amor, que Dios se encarnara, que Dios pasara por tantas infamias, que Dios sufriera tantos tormentos, que Dios finalmente muriera en la Cruz!

¡Cuán grande pues y sublime y estupendo es este amor de Dios por sus pobres hijos! En el cielo donde ese amor se ejercerá con toda libertad, gustaremos sus frutos deliciosos, hallaremos siempre nuevos e inefables

goces en ser amados por Dios. «Cuando hayamos vivido un millón de años en el seno de nuestro Padre celestial, nos sumiremos siempre y siempre más en ese océano desconocido del amor, sin jamás llegar al fondo de esta inefable verdad y de sus delicias inagotables» (Faber, Ibid.).

Mas ¿por qué Dios nos ama con ese ardor suyo infinito? ¿por qué ha empleado medios tan inefables? ¿Qué hay en nosotros que pueda excitar sus complacencias? No hay nada, absolutamente nada, sino lo que él ha puesto en nosotros por amor. Luego su amor es anterior a todas nuestras cualidades, a todas nuestras obras. Y aun lo que ha puesto en nosotros por amor, lo hemos alterado, descabalado por el pecado. Si, con todo eso, la obra de Dios se ha efectuado, si el alma se ha purificado, si la virtud ha crecido, es porque Dios hizo misericordiosamente, sobreabundara la gracia donde abundó el pecado, es que suplió por todas nuestras flaquezas, y reparó todos nuestros desatinos. Cuanto hemos podido hacer por él no es sino nuestro deber más estricto, y cuanto hizo por nosotros es la más gratuita de las liberalidades. No es pues, en nosotros, sino en El, donde hay que buscar los motivos de su amor.

¿Es acaso de justicia que nos ame con amor tan grande? No, la justicia se une con el amor, no lo produce. Cuán adorable es esta justicia de Dios; no es como la nuestra, el respeto a los derechos ajenos, porque Dios no puede depender en manera alguna de la criatura; es la consecuencia del amor infinito que Dios tiene al orden, al bien perfecto. Y se manifiesta por las promesas divinas, como cuando declara Dios tantas veces que dará a cada uno según sus obras. Y aun en eso obra el amor tanto como la justicia, pues, nuestras obras no tienen

valor sino en cuanto Dios nos da con que hacerlas meritorias; y a fin de poder recompensar estas acciones nuestras con justicia, para que en la hora de la recompensa pueda no tener en cuenta nuestros desmerecimientos, fué necesario que la preciosa Sangre, la pasión del Hombre-Dios, de satisfacción infinita, pagara nuestras deudas y ganara el valor meritorio de nuestros servicios.

¿Es la santidad de Dios la que produce el amor? Dios es santo por esencia. En nosotros es cualidad añadida a la esencia, pues, puede uno ser hombre sin ser santo; la santidad es su naturaleza, es su substancia; no sería Dios si no fuera Santo. La santidad consiste en amar el bien, rechazar, combatir, destruir el mal. El Bien supremo, esencial es Dios, el verdadero, el único Bien. Mientras que en la criatura el amor de sí fácilmente se desordena y degenera en odioso egoísmo, en Dios el amor de sí es pura santidad; Dios es santo porque se ama infinitamente. Si pudiéramos distinguir realmente los atributos de Dios, los cuales se identifican absolutamente en su inalterable unidad, deberíamos decir: Dios es amor antes de ser santidad.

¿Será la misericordia divina la que explica su amor? La misericordia es la conmiseración de Dios por la debilidad del hombre; es la simpatía, la condescendencia de Dios fuerte y poderoso por su criatura débil; es la indulgencia de Dios Santo, la inclinación que siente para perdonar a su hijo pecador; la misericordia no produce el amor, lo supone; es la hija del amor, no la madre.

Dios nos ama porque es todo amor. Dios es amor; la vida de las tres personas divinas de la inefable Trinidad no es otra cosa que un amor recíproco, infinitamente ardiente, infinitamente santo; su eternidad es contemplarse y amarse; es un amor necesario, no pueden menos

de amarse. Con relación a las criaturas el amor de Dios es libre; pero cuan bien conforma con la atracción y gusto de su corazón. Dios pues, se complace en amar, quiere amar, y ama a sus criaturas; por esto les comunica sus bienes, y estos bienes que les da, bienes sobrenaturales y divinos, dignos en verdad de sus complacencias, son los que regocijan y estimulan todavía su amor.

Si Dios nos ama, quiere ser amado, y como en Dios nada hay menguado, lo desea con ardor infinito. «Este deseo de Dios por nosotros, es tal, dice Taulero, como si en ello le fuera su bienaventuranza divina. Todas las criaturas, son otras tantas voces que nos invitan a amarle. Todo lo que hizo, todo lo que hace, todo es para que la criatura oiga estos clamores de amor». (Trad. Noël, t. IV, p. 128). El menor acto de amor de la más pobre de sus criaturas le satisface más que toda la magnificencia de sus obras materiales, más que el esplendor de los astros de que pobló los espacios. Parece no poder soportar la pérdida de nuestro amor; todas sus obras en el orden de la naturaleza y de la gracia las hizo para ganar nuestros corazones; hasta los castigos eternos con que castiga a los ingratos obstinados, los corazones pertinazmente cerrados al amor, tienen también por objeto el que otros corazones se abran. ¡Y con qué solicitud procura reducir a El los corazones infieles! «Dios, dice Taulero, está más dispuesto a perdonar, que un inmenso brasero a consumir las pajuelas o estopas arrojadas en sus llamas». (T. VIII, p. 48). «Jamás madre alguna al ver a su hijo quemarse vino en su ayuda con tanto ímpetu como Dios viene en socorro del pecador» (Ibid.).

¿Cómo pues, negar a Dios lo que tanto desea, lo que con tal ardor nos pide? Mas ¡ay! en vez de amor, no ve

Dios en la mayor parte sino tibieza, flojedad, muchas veces indiferencia, ofensas, injurias. Este cuadro de tanta bondad por una parte, y de tanta ingratitud por otra, ¡cuán amargo es para su corazón amante! *Exitus aquarum deduxerunt oculi mei quia non custodierunt legem tuam*, mis ojos derramaron arroyos de lágrimas porque no se observa vuestra ley» (Salm. 118, v. 136). Si nosotros comprendemos, ya la ternura de Dios, ya su sed grande de ser amado, debemos esforzarnos por desagraviarlo con nuestra fidelidad y generosidad. Tanto más agradable será a su Corazón recibir pruebas de nuestro amor, cuanto menos las encuentra entre los hombres nuestros hermanos.

Así como el amor fué la vida de Jesús, que el amor sea toda nuestra vida, y pues hemos sido creados para amar a Dios, y por toda la eternidad, nuestra ocupación, nuestra gran alegría en el cielo, toda nuestra vida será amar, comencemos en la tierra, y que todos nuestros actos sean inspirados por el amor.

¡Oh Jesús, vos que me amáis tanto, haced que comprenda vuestro amor, que corresponda a vuestro amor!

CAPÍTULO XVI

LA ORACIÓN

I. Ventajas de la oración

¿De dónde saca el hombre su verdadera grandeza, su belleza moral, su fortaleza para el bien? De su trato con Dios. Ni puede ser de otro modo, ya que el hombre por sí, no es más que pequeñez y pura nada, ya que su naturaleza corrompida está tan fuertemente inclinada hacia el mal. Cierto que para resistir a sus pasiones tiene la luz de la razón, pero según nos dice la experiencia, el conocimiento que naturalmente puede tener de su deber no le basta para ser fiel; a lo menos no le basta para cumplir todos sus deberes; necesita el auxilio de Dios mediante la oración.

Cuanto los deberes son más difíciles, más poderosa y abundante ha de ser la gracia, más eficaz por tanto y más urgente debe ser la oración. Los privilegiados del Señor, todos los que recibieron mucho de El, y que en retorno deben darle mucho, los que son llamados a una vida a más de decente y correcta, de entregamiento y de puro amor, no pueden ejercitar esta vida perfecta sino con la condición de orar mucho y de orar bien. La recomendación de Jesús: *Oportet semper orare et non deficere* (Luc. 18, 1), repetida poco antes de su Pasión: *vigilate omni tempore orantes* (Luc. 21, 36), renovada muchas veces por San Pablo: *sine intermissione orate* (1, Tes., V, 37), *orationi instate* (Col. IV, y Rom. XII, 12), es

para ellos más apremiante que para todos los demás. No han sido escogidos para producir en la Iglesia frutos abundantes, por medio de sus obras, y más aún con sus oraciones? *Ego elegi vos,* dice Jesús, *et posui vos ut eatis et fructum afferatis... ut quodcumque petieritis Patrem in nomine meo det vobis* (S. J., XV, 16). Os he escogido para ser también misioneros: *ut eatis,* y además intercesores muy poderosos: *ut quodcumque petieritis,* etc.

Somos lo bastante agradecidos al Señor por habernos llamado a una vida de oración? Almas piadosas, sobre todo las consagradas a Dios, conocéis suficientemente cuán grande es vuestra dicha con poder dedicar a la oración un tiempo y espacio más grande que la multitud de los cristianos?

Es tan provechoso el orar. La oración bien hecha recoge siempre su fruto; pone a nuestra disposición la omnipotencia de Dios. Jacob mereció el nombre de Israel por haber sido fuerte nada menos que con Dios. ¿Cómo en su lucha con el ángel pudo alcanzar victoria? El profeta Oseas nos dice que a fuerza de lágrimas y oraciones: *et invaluit ad angelum et confortatus est; flevit et rogavit eum* (XII, 4). Esta oración, en efecto, inclinó el corazón de Dios, pues es un homenaje a su poder, a su sabiduría, a su bondad, a su amor. Ella nos aproxima a Dios; el que ora se une con Dios; y gracias a este divino contacto no puede menos de salir ganancioso, y lo que gana es divinizarse más y más, derramando Dios sus perfecciones sobre los que se le acercan. La oración nos une a los santos y nos vale de parte de estos príncipes de la corte celestial, una protección más vigilante y solícita, una amistad más fuerte. La oración nos une también con las almas virtuosas, que animadas de los mismos sentimientos, ofrecen a Dios los mismos homenajes o acatamientos, le diri-

gen las mismas peticiones, y atraen los unos sobre los otros gracias muy estimables. Dos almas que oran la una por la otra, aunque estuvieran separadas por el Océano, están más interiormente unidas que dos personas que viven juntas y no hacen oración. Así con la oración se consiguen las riquezas de Dios mismo, se ganan los frutos de un trato afectuoso con los santos del cielo, se vive unido con los justos de la tierra y se participan sus méritos.

¡Conmovedoras son, en verdad, las invitaciones de Nuestro Señor a la oración! *Vigilate et orate*: velad y orad. Y estas otras palabras que pronunció repetidas veces: «pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá» (MAT. VII, 21; LUC. XI, 9). Cuántas veces renovó esta promesa: «todo lo que pidiereis con fe, se os dará» (MAT. 21, 22). Si dos de vosotros se conciertan — los corazones sin caridad no tienen el mismo poder — cualquiera cosa que pidieren les será concedido por mi Padre, que está en los cielos» (MAT. 18, 19). «Todo lo que pidiereis a mi Padre en mi nombre, os lo daré» (S. J. XVI, 13). «Si permanecéis en mí y mis palabras permanecieren en vosotros, todo lo que quisiereis pedir se os concederá» (S. J. XV, 7).

Es bien facil creer a tan manifiestas promesas; por que ¿como no atendernos Dios? Jamás le dirigimos una petición sino movidos y ayudados de su gracia; El mismo nos inspira, ya el deseo de los bienes sobrenaturales, ya la confianza de obtenerlos. El nos fuerza pues, a pedirle porque desea darnos más aún que nosotros recibir. Así cuando oramos, regocijamos el corazón de Dios; le damos ocasión de hacernos el bien que él tanto desea. ¿Es extraño pues que sea tan dadivoso?

II. Cualidades de la oración

Cuando sucedió el milagro de la multiplicación de los panes, cada uno recibía todo lo que deseaba: *distribuit discumbentibus..... quantum volebant* (S. J. VI, 11). Así sucede ahora. Sin duda, Dios no hace nuestra voluntad, sino en cuanto ésta es sincera, santa, discreta; pero estas cualidades podemos fácilmente ponerlas en nuestros deseos, y así se nos cumplirán.

«Pedís, y no alcanzáis, dice Santiago, porque lo hacéis con mala intención, o sea, por satisfacer vuestras codicias y pasiones». Dios es muy sabio para plegarse a vuestros caprichos. Pero si vuestra petición imprudente proviene de un error, y de buena fe, respetuosos, confiados, no será infructuosa: Dios os concederá no lo solicitado, sino algo mejor: le pedís una piedra y os dará un pan; deseáis una víbora, y prefiere daros un pez.

Aun cuando pidáis cosas excelentes, puede suceder que vuestros deseos no sean tan sinceros, discretos y santos como deberían serlo. En tal caso vuestra petición será escuchada, pero no según la habéis expresado; al pedir humildad, no queréis humillaciones; debéis pues reconocer que no es sincero vuestro deseo de humildad; querríais poseerla, es veleidad, realmente no la queréis con una voluntad firme y sincera. O también la deseáis sin grandes peleas, sin gran esfuerzo, sin haceros violencia; iría contra la sabiduría y la santidad de Dios el dárosla en tales condiciones. Sería contrario también a vuestros deseos verdaderos. Pues quien así pide, no quiere en verdad más que una humildad muy pequeña; si la consigue como la desea, logrará muy poca cosa. Pedís amor de Dios y lo deséais, pero no

queréis ni olvidaros, ni renunciaros, ni sacrificaros: en el fondo de vuestro corazón, y sin advertirlo bien, deseáis un amor de Dios muy débil, y eso es lo que conseguiréis. Cuando pedís alguna virtud, rogad primero que os dé un verdadero deseo de esta virtud, y decid luego con toda la sinceridad de vuestro corazón: Señor, haced que, cueste lo que cueste, practique esta virtud; dispuesto estoy a todo; *paratum cor meum, Deus, paratum cor meum;* enviadme cuanto queréis, pues a cualquier precio quiero lograr vuestro amor.

Así la justicia y la sabiduría divinas exigen muchas veces que reduzcamos muchísimo nuestras peticiones. Si pidierais a Dios que todas las almas del purgatorio se libren de esas penas, que haga tantos milagros de la gracia cuantos pecadores viven en pecado para que ninguno caiga en el infierno, que todos vuestros familiares y amigos sean santos canonizados, sería contrario a la sabiduría divina atender tan peregrinas súplicas, y si mirando a la simplicidad de los que tales cosas pidieran, Dios las tomara en consideración, no concedería más que una parte muy escasa de lo solicitado, según fuere el valor de la petición. Siguiendo esta misma regla si pedís poseer desde hoy una virtud perfectísima, vuestra petición es semejante a la del mendigo que pidiera de una vez un millón de francos; a este menesteroso, si es digno de compasión, le daréis lo que sea prudente darle, no la suma que reclama. Así cada petición nuestra de obtener una virtud perfecta, os hará progresar un poco, pero no modificará los planes de Dios, que quiere que la adquiráis luchando virilmente con prolongados y continuos esfuerzos.

También puede suceder que vuestras peticiones sean muy puras y legítimas, pero opuestas a los designios de

Dios. Cuando San Pedro fué encarcelado por Herodes, «la Iglesia, dice San Lucas, no cesaba de dirigir por él instancias al Señor» (Act., XII, 2). Dios las oyó; y envía su ángel para sacar a San Pedro de la cárcel. Veinticinco años más tarde Pedro fué puesto en prisiones por Nerón, y los fieles de Roma no fueron seguramente menos fervorosos que los de Jerusalén en pedir su libertad; pero según el plan divino había llegado la hora de su martirio; la oración de la Iglesia de Roma no consiguió que se prolongara la vida de San Pedro, pero alcanzó otras gracias.

Creamos pues siempre en la eficacia de nuestras oraciones; cuanto mayor sea nuestra confianza mayores cosas se nos darán. El ciego de Betsaida que no acude por sí, sino que fué llevado a Jesús, parece no haber tenido al principio sino una confianza a medias (Marc., 8, 28); fué curado pues a medias. «Veo, dice, los hombres andar y me parecen árboles». Este primer prodigio aumentó su confianza, y poniéndole de nuevo las manos Jesús, vió claramente todas las cosas. Muchos quedan con media luz, semicurados de sus enfermedades morales, porque son semiconfiados.

La oración agrada tanto a Dios, es tan útil al hombre, pues le hace practicar las grandes virtudes de la fe, la esperanza, la caridad y la humildad, que el Señor para que oremos más, exige como condición de una buena súplica la perseverancia. Derecho tiene, fuera de esto, de someternos a prueba y encaminarnos con ello a mostrar cuan sinceros y vivos son nuestros deseos y cuan firme nuestra esperanza. Las obras de Dios se realizan lentamente para que los hombres las aprecien mejor, y pongan en ellas una cooperación mayor y más meritoria. Cuarenta siglos de espera pasaron antes de

la Encarnación; los patriarcas llamaron con todas sus ansias al Salvador del mundo, los profetas y los justos de la ley antigua lo desearon ardientemente, pero era necesaria una gran suma de oraciones para alcanzar tan gran beneficio. Dilatando Dios concedernos los dones que solicitamos nos da a conocer mejor su valor y la necesidad que de ellos tenemos. Si los concediera desde la primera instancia, todas nuestras penas quedarían suprimidas o durarían poco, la vida ya no sería una prueba, y después de haber logrado tan fácilmente el objeto de nuestros deseos, no seríamos muy agradecidos. Hay pues que insistir muchas veces y multiplicar nuestros ruegos, sin cansarnos jamás. Todos conocemos la parábola del amigo que viene de noche a despertar del sueño a su amigo, y le obliga, a fuerza de golpear la puerta, a acceder a su demanda; y aquella otra más emocionante de la viuda que pide tantas veces a un juez sin conciencia que le haga justicia, y al fin para librarse de sus importunidades le concede lo que exige. ¿Quién sino Jesús osara poner tal ejemplo y comparar nuestro Padre celestial, tan bueno y propenso a prodigar sus dones, con este hombre sin corazón? Lo hace el Salvador para que veamos con cuanta mayor razón serán bien despachadas nuestras instancias repetidas, sacando del Corazón de Dios tesoros de gracias.

Hay que ser humilde para perseverar así en la oración; es otro de los motivos para exigir la perseverancia: la humildad. No es necesario recordarlo; la oración más humilde es la más poderosa. *Oratio humiliantis se nubes penetrabit;* la oración del que se humilla penetrará las nubes (Ecl., XXXV, 21). La humildad tiene que agradar grandemente a Dios; ¿no es la única actitud que conviene a la débil criatura en presencia del Criador, al pecador

delante del tres veces Santo, a la nada en presencia del infinito? A Jesús le conmovió la humildad del centurión (Luc. 7, 9); probó fuertemente a la Cananea, aunque tan al vivo deseaba atenderla, pero quedó maravillado viendo su fe y su humildad. Imitemos á esta pobre madre y digamos del fondo del alma; oh Jesús, no me rechacéis, os pido la caridad, amor de las cruces, humildad perfecta, abnegación verdadera; me parece que no me atendéis, y que aun me replicáis como a la Cananea, que estas grandes virtudes son para vuestros fieles hijos, y los que os aman muy familiarmente, no para los infieles, y los míseros como yo: *non est bonum sumere panem filiorum et mittere canibus.* Que sí, oh Jesús; *etiam domine;* estas virtudes son para todos, aun para los que como yo abusaron de tal modo. Si no me las otorgáis como a los santos con medida sobreabundante y en grado heroico, echadme por lo menos las migajas de vuestra mesa. No es temerario pensar que Dios deja muchas veces al hombre en su miseria para mantenerlo en la humildad. Desgraciado el que viéndose tan bajo y pobre se desalienta y descorazona; y al contrario, feliz el que en tal caso se humilla, se abaja y redobla o repite sus plegarias.

La gratitud debe andar siempre acompañando a la petición; el homenaje a la bondad de Dios, la alabanza de sus grandezas, las protestas de solicitud por los intereses divinos deben exhalarse de nuestro corazón antes que preocuparnos por los nuestros personales. «Cuando oráis, dice San Basilio, no os apresuréis a pedir; pues así profanáis vuestra intención pareciendo que acudís a Dios como a suplemento de vuestra necesidad. Al empezar pues vuestra oración, olvidad toda criatura, y alabad primero al Criador de todas» (Const. Mon., 1). En la oración que se nos ha dado como modelo de toda

plegaria, el alma comienza por dar a Dios el noble título de Padre, después pide la gloria divina, antes de exponer sus propias miserias. Tobías, lleno de aflicción, se dirige al Señor, y lo primero que sale de sus labios es un homenaje conmovedor a la bondad divina: «Señor, sois justo; todos vuestros juicios son equitativos, y todos vuestros caminos son misericordia y verdad y justicia»; o sea; yo adoro vuestra santísima voluntad, acepto todas estas pruebas. «Señor, añade, no toméis venganza de mis pecados; no traigáis a vuestra memoria mis pecados, ni tampoco los de mis padres. Porque quebrantamos vuestras leyes nos habéis entregado al saqueo, a la cautividad, a la muerte; ahora, Señor, tratadme según vuestra voluntad y haced que mi espíritu sea recibido en paz» (Tob. III). Así también Sara, sobrina de Tobías, no menos probada que él, comienza su oración alabando a Dios: «Bendito sea vuestro nombre, Dios de nuestros padres, que cuando os enojáis, sois misericordioso, y en el tiempo de la tribulación, perdonáis los pecados a los que os invocan» (Ibid.). Ved una plegaria de un corazón lleno de amor; esa es la que va derechamente al Corazón de Dios.

III. Lo que hemos de pedir a Dios

¿Cuál ha de ser el objeto de nuestras peticiones? Todo lo bueno y lo santo, todo lo que puede sernos útil, es lícito pedir a Dios. Pero ante todo hemos de apetecer y demandar que Dios sea conocido, amado, glorificado: *Sanctificetur nomen tuum.* La Madre Francisca de la Madre de Dios, santa Carmelita del siglo XVII, decía ofreciéndose como víctima por la gloria de Dios: «Que quite la vida, con tal que reine». Eso mismo podemos desear

cuando rezamos la doxología: *gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto.* Además, la tercera petición del *Padre nuestro: fiat voluntas tua,* petición de Jesús tan conmovedora en el huerto de Getsemaní, es una de las que con más frecuencia han de venir a nuestros labios, como resumen de todas las demás. Hay una voluntad divina cuyo cumplimiento es innecesario pedir, porque ya se cumple; *omnia quaecumque voluit fecit;* Dios hace todo lo que quiere. Así es voluntad absoluta suya que el hombre sea recompensado o castigado según sus obras. Esta voluntad absoluta de Dios, que siempre se cumple, no hay por qué desearla, sino adorarla y bendecirla.

Pero si Dios no puede proponerse más que su gloria, si no puede querer sino lo que es bueno, lo justo y muy santo, es libre en la elección de los medios; puede escoger para nosotros el buen éxito o el fracaso, la salud o la enfermedad, la vida o la muerte. Si ha manifestado su voluntad, si se ha verificado ya algún suceso que nos muestra el medio que tuvo a bien escoger, debemos decir: *fiat voluntas tua;* lo cual es un *fiat* de sumisión, de aquiescencia al beneplácito divino, no una petición. Antes que venga un suceso, una prueba que se avecina, como que Dios puede cambiar el orden de su Providencia, podemos pedirle que nos libre o lo aparte de nosotros, si Dios cuya sabiduría no se engaña, juzga conveniente que se obtenga el mismo bien por otros caminos. Esta fué la oración del Salvador: «Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya». Así siempre debemos adorar, alabar, amar, estrechándola en nuestro corazón la voluntad de Dios, llamada de beneplácito divino. Pero hay otra voluntad en Dios, la que dirige las criaturas para que hagan buen uso de su libertad; y no ejecuta lo que Dios tiene resuelto desde la

eternidad, sino que significa, manifiesta a las criaturas libres las preferencias divinas.

Dios ama el bien y aborrece el mal con odio infinito; lo tolera, es verdad, porque habiendo dado la libertad a sus criaturas, respeta su condición de libres; pero aun dejándonos esa potestad de obrar a nuestro gusto, da a conocer lo que espera de nosotros, cómo quiere que obremos. Nos manifiesta su voluntad mediante sus leyes, sus consejos, sus inspiraciones, y con su gracia nos ayuda a cumplirlo. Así el cumplimiento de esta voluntad divina depende de las criaturas, pero de las sometidas a las influencias de la gracia. Hemos de amar sobre todas las cosas esta voluntad divina, y cumplirla nosotros mismos en toda circunstancia, y hacer cuanto podamos para que los demás la cumplan. Y como no se puede cumplir sin el socorro de la gracia, y tanto más segura y perfectamente se cumple cuanto la gracia obra con más eficacia, hemos de pedir con vivas instancias al Señor, para nosotros y para nuestros hermanos, gracias poderosas y abundantes. Oh, Dios mío, hágase tu voluntad, y pues tu voluntad es nuestra santificación, haz que seamos cada día más santos.

Vuestro amor, oh, Señor, nos desea grandes bienes; contentadlo pues, apartad todos los obstáculos y especialmente multiplicad los auxilios que concedéis a la fragilidad humana; dad a vuestros hijos, a todos aquellos por quienes pido, luces más vivas, fuerzas más enérgicas, para que conociendo mejor vuestra voluntad y cumpliéndola plenamente se santifiquen a sí mismos, y trabajen más eficazmente en la santificación de otros.

Con estas palabras: hágase tu voluntad, podemos formular todas nuestras peticiones. Pidamos pues para nosotros la voluntad de Dios: Dios mío, vos queréis que

yo sea piadoso, humilde, despegado, mortificado, caritativo, hacedme pues, aunque sea a pesar mío y cueste lo que cueste, tal como queréis que sea: *fiat voluntas tua.* Cuanto a los medios de mi santificación, escogedlos vos: *non sicut ego volo sed sicut tu;* no según me agrade, sino como a vos os plazca. Si pedimos por nuestros parientes, amigos, y almas confiadas a nuestros cuidados, qué cosa mejor podemos pedir para ellos que la voluntad de Dios? *fiat voluntas tua;* pues vuestra voluntad, Dios mío, es que se santifiquen, hacedlos tan santos como deseáis; iluminadlos pues y confortadlos en el bien. Si rogáis por la nación francesa (si por España) la voluntad de Dios es que sea con toda verdad cristiana. Hacedlo pues así, Señor, iluminad a cuantos de una manera más particular influyen en ella, tocad su corazón, para que en todo procedan con elevación y rectitud de miras, y tengamos buenos gobiernos. Sobre todo enviad sacerdotes ejemplares, celosos obreros apostólicos, avivad nuestra fe, inflamad nuestro amor. Esa es vuestra voluntad, que sólo espera nuestras oraciones para realizarse.

Muchas veces nos sentimos impulsados a rogar con el fin de que se tomen ciertas medidas que nos parecen buenas, y se realice lo que a nuestro ver es útil y deseable, o desaparezca lo que se nos antoja molesto y nocivo. Nuestra intención es recta; pero no somos infalibles, y sobre todo, si abrigamos nuestras preferencias o repugnancias, si la naturaleza desea o rehuye tal o cual evento, estamos muy expuestos a engañarnos, a dar por mejor lo que nos agrada y lo que puede ser menos bueno, a creer perjudicial lo que nos desagrada y que por ventura es más saludable. Digamos entonces con toda sinceridad: Señor, vos sabéis y vos queréis lo que más conviene; cúmplase vuestra voluntad; inspiradme e inspirad a los

otros los medios más adecuados; dad a todos discreción y fortaleza, luz en la inteligencia, fuerza en la voluntad; hágase todo conforme vuestra sabiduría y según vuestras preferencias, por vuestra más grande gloria y para el mayor bien.

VI. Jesús modelo de oración

Mejor que todos los discursos, los ejemplos que nos dió Jesús nos enseñan cómo hemos de orar. Si alguno en el mundo parecía libre de este deber, era Jesús, Dios encarnado, igual al Padre Eterno y al Espíritu Santo, el Omnipotente, el Señor del mundo. Cierto que era hombre, y, como tal, había de cumplir sus deberes con el Padre celestial; pero ya que su vida íntima era un perpetuo acto de amor a su Padre, y su recogimiento continuo, y todo su trato con el Padre eterno ininterrumpido, ¿a qué ese tiempo de soledad y oración? Es que vino a la tierra para ser nuestro modelo, y como no hay obligación más importante que la de orar, quiso recomendarla con su ejemplo.

Nos enseña cuándo y cómo hemos de orar. *Diluculo valde surgens, egressus est in desertum locum ibique orabat* (Marc., 1, 35). Muy de mañana, antes que despertaran sus discípulos, pues sabía que en despertando lo cercarían y tendrían como cautivo, el Salvador salió de su casa de Cafarnaún y se retiró a lugar apartado, para entregarse a la oración. San Lucas nos lo presenta interrumpiendo sus tareas apostólicas y retirándose al desierto para orar (V. 15). Después del milagro de la multiplicación de los panes, Jesús embarcó a sus discípulos; despidió la multitud, y subió al monte para orar (Mat., XIV, 23). Y así persevera parte de la noche. Nota San Juan

Crisóstomo que Jesús procura todas las circunstancias favorables: se aleja de las criaturas, abandona la llanura, toma las cimas lejos de todo estrépito humano, escoge la noche, tiempo de silencio, sacrifica su descanso, para enseñarnos a unir la oración con el sacrificio que aumenta su valor. Así la víspera del gran día en que elige sus apóstoles, se apartó hacia el monte pasando toda la noche en oración (Luc., 17, 12). ¡Oración sublime! ¡qué actos de adoración y sumisión, qué protestas de obediencia, qué ofrendas de sí mismo, qué acción de gracias, qué peticiones de perdón y de auxilios para los que iba a asociar a su obra, y por todos los pueblos, por todas las generaciones, por todas las almas! Jesús en esa noche pensó en mí, rogó por mí.

Jesús estaba orando cuando lo bautizó San Juan (Luc., III, 21). Para orar con sus discípulos predilectos, Pedro, Juan, Santiago, los llevó consigo al Tabor (Luc., IX, 28), y mientras estaba en oración aconteció el milagro de la Transfiguración. Sabemos también que en sus viajes se separaba de sus discípulos: *quid in via tractabatis?*: «¿qué ibais hablando en el camino?», les preguntó Jesús (Marc., IX, 32). San Lucas dice que lo hacía así para orar: *cum solus esset orans, erant cum illo et discipuli.* Los apóstoles, poco provectos aun en la vida interior, platicaban entre sí, pero Jesús les dejaba caminar y se entregaba a la oración.

Y sabemos que salen de sus labios toda clase de oraciones: la de agradecimiento, cuando con gran emoción da gracias a su Padre por haberse revelado a los humildes, los pequeños (Mat. XI, 25); el grito de angustia del alma oprimida por el dolor en Getsemaní: Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz; la del celo en la cruz: Padre, perdónalos: *ignosce illis.* Oraciones todas muy

breves pero ardorosas; tales deben ser muchas veces nuestras oraciones, clamores del corazón a nuestro Padre celestial. Pero también otras muchas debemos orar largamente, y Jesús nos enseña como hemos de disponer estas oraciones prolongadas. San Juan nos ha conservado la que hizo Jesús después de la cena. Lo vemos expansionar su corazón en el corazón de su Padre. Lo hace libremente, familiarmente, expresando un pensamiento, después otro, y luego volviendo al primero. Repite, insiste, da relieve a un motivo, después a otro, luego a otros muchos, como un buen abogado: *advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum* (I, J., II, 1), pero siempre con entera confianza, como conviene a un hijo amadísimo de su padre.

Ruega para Sí mismo, luego por los apóstoles, por todos los fieles presentes y futuros. Para El mismo: Pide a Dios su Padre que le conceda la victoria sobre todos los que quieren humillarlo y anular su misión: «Padre, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique». Sí, ante todo que Dios sea glorificado, ésta debe ser nuestra primera intención, el primer objeto y blanco de nuestros deseos y peticiones, el primer motivo que hemos de hacer valer. «Ya que le diste potestad sobre todos, continúa Jesús, haz que a cuantos le has entregado, les dé la vida eterna.» Ved un segundo motivo: pues me has confiado una misión tan sublime, que ésta tenga buen resultado; tu objeto no se logrará, tu plan no se realizará, si no dispones que yo salga victorioso en esta lucha; apelo pues a tu sabiduría, como he recurrido a tu gloria. «Te he glorificado en la tierra, he acabado la obra que me encomendaste. Ahora, Padre, glorifícame.» Otro motivo poderoso que Jesús podía alegar: óyeme, puesto que de tal modo te he obedecido. ¡Ah! nosotros no pode-

mos invocar nuestras obras, pero sí las de Jesús: las gracias que pedimos nos las mereció Jesús.

Nuestro Señor ruega por sus apóstoles; se esfuerza por mover el Corazón de Dios en su favor; ¿no son los hijos predilectos del Padre celestial que los ha confiado a Jesús? Mientras que tantos otros fueron rebeldes a la gracia, y hasta uno de ellos fué traidor, aquellos, al contrario, fueron dóciles; escucharon con amor sus palabras, creyeron en su origen divino, en la misión que traía del cielo, en sus funciones de Mesías (V. 6-8). Son míos, dice el Salvador, y por tanto, son tuyos, y yo soy glorificado en ellos (V. 9, 10). Cuando yo sea ido, quedarán muy solos; ¡oh, no los abandones!: «Padre Santo, guarda en tu nombre, a los que me has dado, para que sean una misma cosa, así como nosotros lo somos..., y digo esto para que tengan en sí mismos el gozo cumplido que tengo yo» (V. 11-13). Y alega en favor de sus discípulos otra razón: porque tienen enemigos en este mundo, y estos enemigos son los tuyos y los míos (V. 14). Santifícalos en la verdad. Y trae todavía este motivo, el de la gran misión de que están encargados: «Como tú me enviaste al mundo, así los envío yo, y me sacrifico por ellos, con el fin de que sean santificados en la verdad» (V. 18-19).

Así oró Jesús por sí mismo, así rogó por los que más amaba en el mundo. ¡Cuán ardiente es su oración, cuán afectuosa, cuán confiada, cuán santa! Con un solo objeto, la gloria de Dios y la santificación de las almas. Oremos como él, y nuestra oración será perfecta.

V. Valor diverso de nuestra oración

Toda oración, tiene su valor según el grado de atención respetuosa, de confianza, de humildad y de amor

puro que encierra y su eficacia es proporcionada a ese mismo valor. Todo el que ora saca del océano de los bienes del cielo, pero unos como con cáscara de nuez, otros con vasos y vasijas de diferente capacidad. Las almas vulgares oran poco y poniendo poco amor en su oración; las almas piadosas oran mejor y mucho más y sus oraciones son más eficaces según el grado de su despego y de su amor. Las almas perfectas han luchado ya mucho y con grandes alientos para lograr el don de la oración: años enteros estuviéron haciendo generosos esfuerzos por el recogimiento interior, para lanzar lejos de sí todo pensamiento extraño encomendándose a su ángel custodio, a sus protectores del cielo a fin de que les ayuden a cumplir bien este gran deber. Dios ha bendecido su constancia y ahora oran tan continuamente y con tanto amor que se atraen con abundancia sobre ellas y sobre los demás las aguas de la gracia divina.

Todos los que son dóciles de veras al Espíritu Santo tienen el amor de la oración y sólo éstos realizan obras fecundas. Viendo los apóstoles que las ocupaciones exteriores les iban resultando absorbentes las encargaron a los diáconos para poder dedicar mucho más tiempo a la oración: *Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus* (Act., VI, 4). «Los verdaderos misioneros, decía San Vicente de Paúl, deben ser como los cartujos en sus casas y como los Apóstoles fuera de ellas» *(Vie*, por Abelly, I, p. 89). El capitán Marceau que se dedicó con tanto celo y generosidad al servicio de las misiones deploraba que hubiese en ellas misioneros que daban mucho tiempo a los trabajos exteriores y muy poco a la oración. En general, decía él, no se hace suficiente oración. Del P. María Antonio llamado el Santo de Tolosa († 1907) pudo escribir su biógrafo: «Entre todos los reli-

giosos era el más ocupado y el que daba más largo tiempo a la oración» (III parte, cap. I). San Francisco de Sales que fué también de una vida muy activa tenía cada mañana una hora de oración: por la tarde invertía otra hora en rezar su rosario y durante el día todos los minutos que podía quitar a sus negocios los daba a tan santo ejercicio, y además parte de la noche la empleaba en orar (*Vie*, por Hamon, II, p. 360).

Así hicieron todos los grandes siervos de Dios, todos aquellos de los cuales pudo decirse: pasó haciendo bien. Es pues mala excusa la de los que dicen que no pueden dedicar sino poco tiempo a la oración. Todo el que de veras le tiene afición halla siempre espacio para orar; suprime o por lo menos abrevia muchas ocupaciones de las cuales otros creen no poder dispensarse. Los que se dejan invadir por las preocupaciones personales, por los cuidados exteriores oran poco y cuando lo hacen son víctimas de las distracciones; sus ideas demasiados naturales, sus sentimientos humanos con exceso; fantasean, calculan, esperan, se inquietan; así malgastan su tiempo. Por lo contrario, los que ponen toda su confianza en Dios y le dejan el cuidado de su reputación, su salud, su bienestar, no viviendo sino para El, no teniendo en el corazón sino sus intereses, siempre tienen el alma puesta en Dios y encuentran un gran placer en conversar con El. Mientras que los primeros desean saberlo todo y decirlo todo, buscan amistades, prefieren la conversación al recogimiento, a los segundos les agrada la soledad, procuran el silencio para pensar más libremente en Dios. Para ellos la oración es una necesidad, aspiran a lanzarse en Dios, desean amarle y expresarle todo su amor, encomendarle sus asuntos, sus amigos, su familia; aprovechan las idas y venidas, los instantes en que no

están ocupados para unirse con Dios o solicitar sus gracias. ¡Oh! ¡cuán poderosos son y cuán fecunda su vida! En este mundo ni ellos mismos, ni los que los tratan conocen el bien que están haciendo, porque la influencia de la oración no se toca con las manos ni se percibe con los sentidos, y muchas veces se extiende a lo lejos, mucho más allá de la esfera a que pueden alcanzar nuestras palabras y nuestros actos. Pero en la otra vida todo se manifestará y entonces verán los elegidos la suma inmensa del bien realizado por los hombres de oración, los cuales en retorno reciben otra inmensa suma de gloria y felicidad.

CAPÍTULO XVII

LA ORACIÓN MENTAL

I. La oración necesaria a la verdadera piedad

Escribiendo Santa Teresa a su antiguo confesor don Alfonso Velázquez que era Obispo de Osma le manifiesta lo que el Señor le había revelado y que mucho le interesaba a él: «Aunque yo le pido por V. con gran puntualidad, el encargo que V. me hizo el otro día me ha hecho más solícita en esto... expuse pues, al Señor las gracias que conozco haberle dado a V. concediéndole la humildad, la caridad y ese celo infatigable por la salvación de las almas y por su gloria... Pero me ha dado a conocer que le falta a V. lo principal, es decir, el fundamento de todas estas virtudes y sabe V. muy bien que donde falta el cimiento pronto viene a tierra el edificio. Lo principal pues que a V. le falta es la oración con la lámpara encendida que es la luz de la fe, la perseverancia en la oración con la fortaleza necesaria para deshacer todo lo que se opone a la unión del alma, que no es otra cosa que la unción del Espíritu Santo, por defecto de la cual el alma no experimenta sino sequedad y disipación» (mayo 1581).

Luego, según esta confidencia del Señor a Santa Teresa, la oración es el fundamento de todas las virtudes, sin ella la piedad es muy superficial y las virtudes frágiles. Todos los santos proclamaron con el más vivo

convencimiento la necesidad de la oración y celebraron sus resultados beneficiosos con el mismo entusiasmo. «Lo que la espada es para el soldado, decía San Vicente de Paúl, es la oración para el Sacerdote» (*Vida,* por Abelly, II, c. 5). «No hay que esperar gran cosa, añadía, de un hombre que no gusta de tratar con Dios» (Lib. III, c. 6). Aseguraba que su Congregación subsistiría mientras el ejercicio de la oración fuera fielmente practicado, porque ésta es como el antemural o escudo inexpugnable que resguarda y defiende a los misioneros contra todo género de ataques; un arsenal místico que les suministra toda suerte de armas no sólo para defenderse sino también para asaltar y derrotar todos los enemigos de la gloria de Dios y de la salvación de las almas (Ibid. VII). M. Olier tenía su hora de oración por la mañana, y a la tarde por lo menos media hora. «Dios me ha concedido la gracia, decía, de no omitir jamás la hora entera de la mañana en cualquier estado que me encontrase» (*Vida,* por Faillon, I, lib. VI). San Alfonso sostenía que todo ministro del Señor debe hacer cada día una hora de oración mental para conservarse en el recogimiento y el fervor (*Vida,* por el P. Berthe, lib. I, cap. 5). A sus religiosos les ordenaba en su regla tres oraciones diarias: «No me disgustará, decía, veros quitar algo de tiempo al estudio para darlo a la oración; nos es más necesaria la santidad que la ciencia» (Lib. III, c. 4). «Cuanto más se progresa en la oración otro tanto se adelanta en la santidad» (Ibid. XV).

¿No basta pues la oración vocal? Puede ser suficiente para la salvación, para practicar las virtudes ordinarias, y muchos buenos cristianos se contentan con eso; no basta ciertamente si se quiere progresar en la piedad, arraigar sus virtudes, y hacerse capaz de mucho bien a

las almas; con mayor razón no basta para conducir un alma a la unión íntima y constante con Dios, sin la cual no es posible la perfección. Todo el que por vocación está obligado a elevarse sobre una virtud ordinaria, cuantos quieran guardar las promesas del subdiaconado y cumplir dignamente los deberes de la vida sobrenatural, cualquier religioso y religiosa que desea ser fiel a sus votos y aun toda alma cristiana que propone dedicarse con fruto a las obras de celo o aspira sencillamente a una verdadera piedad debe aplicarse a la oración.

¿No es, en efecto, necesario para progresar en la vida espiritual cultivar en su alma la fe con piadosas reflexiones y avivar y fomentar la esperanza? Pues bien, los que no reflexionan ni meditan mas que raramente sobre las verdades eternas no pueden sentirse vivamente impresionados por ellas, los que no se detienen a considerar los beneficios divinos, las pruebas de su incomprensible ternura, los que se contentan cuando se acercan a Dios, con recitar fórmulas compuestas por otros sin hacer hablar al corazón, estos no tendrán jamás una ardiente caridad. ¿No vemos, en efecto, personas formulistas atenidas a sus formularios interminables y cuya virtud es siempre muy mediocre? «Cuando oráis, decía Jesús a sus discípulos, no multipliquéis las palabras como lo hacen los gentiles que se imaginan serán escuchados a fuerza de palabras» (Mat., VI, 7).

La oración vocal, a lo menos, cuando no va acompañada y como empapada de oración mental, no ilumina al que la hace. Pero ésta alumbra y esclarece al alma y la transfigura. Moisés después de tratar con Dios tenía el rostro tan resplandeciente que los israelitas no se atrevían a mirarle. Desde que Jesús se puso en oración en el Tabor su rostro apareció radiante. ¡Oh, si viéramos las

almas, cuán refulgentes aparecerían a nuestra vista las personas fervorosas cuando por la oración entran en comercio íntimo con Dios, sobre todo cuando entre el resplandor de Dios que las ilumina y ellas que reciben los rayos divinos, no se interponen las nubes de los pensamientos vanos, de las preocupaciones de amor propio, de los deseos naturales o apasionados, cuando descorridos todos estos velos el alma se entrega de lleno a Dios y recibe de Él grandes luces de fe y de puro amor; entonces está toda abrasada y transfigurada.

II. Naturaleza y grados de la oración

¿Qué es pues exactamente esta oración mental tan calurosamente celebrada por todos los santos y doctores?

La oración mental, dice Santo Tomás, es la elevación del alma a Dios *(Prolog. du comment. in psalmos)*, la cual puede elevarse de cuatro maneras. Se eleva para admirar la grandeza de su poder, es la elevación por la fe. Se eleva aspirando a la bienaventuranza eterna, es la elevación por la esperanza. Se eleva hacia a Dios para unirse a su bondad y a su santidad, es la elevación por la caridad, es el amor afectivo. Se eleva finalmente por la imitación de sus obras, es la elevación por la justicia o la práctica de todas las virtudes, es el amor efectivo. En resumen, según Santo Tomás, la oración es una ascensión del alma a Dios por la fe, la esperanza y sobre todo por el amor.

«Tomamos aquí la palabra oración, dice San Francisco de Sales *(Amor de Dios,* VI, 1), como San Gregorio Niseno cuando enseña que la oración es un trato y conversación del alma con Dios, o bien como San Crisóstomo

cuando afirma que la oración es una plática con la Divina Majestad, o en fin como San Agustín y San Juan Damasceno cuando dice que la oración es una subida o elevamiento de la mente a Dios. Si la oración es un coloquio, una plática, una conversación del alma con Dios, luego mediante ella hablamos a Dios y Dios nos habla; aspiramos y respiramos en Él y recíprocamente Dios inspira en nosotros y respira sobre nosotros». La oración, según el mismo santo es el ejercicio del amor afectivo. Este amor nos llena de complacencia, de benevolencia, de ardores, de anhelos, de suspiros y amorosas llamas espirituales. «En ella se obran tan diversos movimientos interiores que es imposible expresarlos todos» (Ibid.).

Los santos doctores pues ven en la oración mental un ejercicio de fe y de amor, sobre todo de amor: cuanto más amor haya en ella más puro y eficaz será y más provechosa la oración. Si se medita en la oración no es sólo para resolverse a hacer lo bueno y excitarse a pedir la gracia, sino mucho más para excitar el amor, ejercitar en ella el amor, y decidirse a lo bueno por amor.

No todas las almas cristianas lo ejercitan de la misma manera: los operarios, los criados, los hijos aman al padre de familia, pero con un amor muy diferente en su ejercicio; del mismo modo los principiantes, los aprovechantes y los perfectos poseen la virtud de la caridad, mas ejercitan sus actos por modos bien diversos. Como rectamente enseña Suárez resumiendo «toda la escuela», el ejercicio de la oración mental no puede ser el mismo en todos porque no todos tienen iguales disposiciones ni un amor igual; los grados y los modos de la oración deben variar según el estado interior de los que la hacen; es pues bien razonable el señalar tres mo-

dos de oración a los tres estados por que pasan los hombres *(De devot.* XI, 3).

Así un alma nada más que cristiana y que no podemos calificarla de piadosa, que cree las verdades de la fe, pero piensa poco en ellas y jamás las ha penetrado, o que teniendo fuertes luchas que sostener contra sus pasiones, sucumbe todavía muchas veces, tendrá dificultad en recogerse y mantenerse en oración; su amor es muy débil para mantenerla mucho tiempo y estrechamente unida con Dios. Habrá menester de traer vivamente a la memoria las enseñanzas de la fe; la lectura será un gran auxiliar, pues las consideraciones que le presenta le han de interesar. Una vida metódica le ha de ser muy útil para impedir las distracciones de la mente, concentrar su atención y hacerla que produzca actos que de otra manera descuidaría; procedimientos como la composición del lugar o sea la representación imaginativa de un misterio o de un hecho que se medita pueden rendir grandes servicios. Las personas que se hallan en este primer grado de la vida espiritual están deseosas de vivir según las leyes de Dios pero tienen aun pocos deseos de progreso; los motivos que se les ofrezcan, las reflexiones en las cuales se detengan los harán germinar. Deben manifestar estos deseos al Señor y pedirle con instancia luces y fuerza, y tomar resoluciones enérgicas y concretas.

Por lo contrario, el alma ya entrada en la piedad tiene sinceros deseos de progreso, pero necesitan ser mantenidos o fomentados; fácilmente se extinguirían por las inquietudes naturales, y las distracciones que producen los cuidados y negocios. Además el cristiano piadoso carece aun muchas veces del valor suficiente para el sacrificio; habrá de reflexionar, poner con frecuencia

delante de los ojos la hermosura de la virtud, las ventajas del fervor, los deberes de la gratitud y del amor para con Dios; sobre todo necesita rogar, multiplicar sus súplicas para alcanzar de Dios las virtudes fundamentales que practica muy imperfectamente. La oración de esta alma en vía de progreso no difiere mucho de la de los principiantes; con todo eso es más suave, más fácil, más afectiva; además el alma piadosa siente menos la necesidad de atenerse a sus métodos anteriores; los motivos que la impresionan y mueven, las postrimerías, las pruebas del amor de Dios, todo eso lo ha tenido presente muchas veces y debe volver todavía a ello, pero lo penetra más pronto; siente también menos atractivo y, a veces, hasta dificultad en representarse los personajes e investigar las circunstancias de los misterios; va más pronto a la petición, y la petición es lo que sobre todo le conviene. A medida que esta alma adelanta siente crecer sus deseos de humildad, de despego, deplora sus miserias, hace protestas de su amor, y sus peticiones son ya más ardientes. Así creciendo el amor induce al alma a dar menos parte en su oración al discurso y mayor al corazón, hay menos reflexiones y muchos más afectos.

Hemos manifestado varias veces en los capítulos anteriores, el cambio muy importante que se opera en el alma fiel después de haberse ejercitado generosa y perseverantemente en el recogimiento, en la mortificación y en la completa renuncia. La práctica del desasimiento, la firme confianza en Dios, el perfecto entregamiento hicieron desaparecer o a lo menos han disminuído en gran manera las solicitudes, los impulsos naturales que producen tantas distracciones y tanto perjudican a la vida interior. Practicando estas virtudes el alma suprime

los obstáculos que se oponían al ejercicio de los dones del Espíritu Santo y hallándola este divino Espíritu bien preparada ahora, y además con vivos deseos de sus gracias, le infunde estimables luces en su inteligencia, y en la voluntad un amor más profundo, más puro, más estable. No obra ya, o sólo raras veces y débilmente en las facultades sensibles; poco también en la facultad discursiva, y su operación alcanza la parte suprema de la inteligencia, dándole una idea muy alta, pero general e indistinta de la perfección incomprensible, de la amabilidad inefable de Dios, y de la voluntad estableciéndola en unión de amor firme y constante con este gran Señor.

Hasta ahora el alma se excitaba a sí misma para producir los actos de amor; en adelante ya no lo ha menester, solamente se dispone, hace el vacío en su espíritu de pensamientos profanos o extraños, reaviva el recuerdo de las bondades de Dios; y bien pronto, no tanto por su acción como por la del Espíritu Santo, el amor divino se despierta en ella, la penetra, la tiene estrechamente unida a su Dios. Este amor, siempre muy hondo, es de ordinario apacible y silencioso; a veces bien ardiente, aspirando el alma con viveza a que crezca su amor o a darle contento por una unión más perfecta, o también deseando con mucha vehemencia ver a Dios más conocido y más amado y pidiéndole muy ansiosa que tome a su cargo su propia gloria divina.

La oración pues de las almas llegadas al puro amor difiere grandemente de la que tienen los principiantes, y también de la oración afectuosa de las almas piadosas, cuando el alma es aún muy activa, mientras que en la oración de unión amorosa, que no es sino el ejercicio de los dones del Espíritu Santo, el alma recibe más que obra.

Esta oración de unión amorosa sucede regularmente a la discursiva y la afectiva. «La meditación, dice Bossuet, es muy buena a su tiempo y muy útil al principio de la vida espiritual, pero no hay que pararse en ella, pues el alma por su fidelidad en la mortificación y el recogimiento, recibe de ordinario una oración más pura y más interior que consiste en una vista sencilla, o mirada y atención amorosa en sí hacia alguna verdad u objeto divino».

III. Reglas prácticas comunes a toda oración: preparación, lucha contra las distracciones

Existen reglas prácticas que son comunes a los diversos grados de oración, y otras especiales para cada uno. Las primeras son éstas: antes de la oración hay que prepararse; si en ella se presentan las distracciones, se han de combatir seriamente; si notamos sequedad o aridez habrá que resignarse, pero buscando siempre a Dios que allí se oculta; mas ante todo debemos aplicarnos en la oración a mucho amar.

La mejor preparación es la santidad de vida. No son los de inteligencia más fecunda y que encuentran más fácilmente bellas consideraciones, ni tampoco los de corazón más sensible los que mejor consiguen hacer oración, sino los que más se renuncian, los más generosos en mortificar sus sentidos y su imaginación, su propia voluntad y su amor propio. Estos aman más, porque el amor está en proporción con el desasimiento; se deleitan en la compañía del amado, y emplean bien el tiempo que pasan con él.

Dios está aquí, me mira y me ama; tales son las verdades de las cuales es necesario penetrarse hondamente

muy desde el principio. Digámoslo en voz alta, este deber de la preparación se cumple muchas veces con gran negligencia y flojedad; de ahí lo infructuoso de tantas oraciones. Los esfuerzos hechos para ponerse en la presencia de Dios son muy débiles, y en la oración como para otros deberes, es siempre verdadera la máxima: poco esfuerzo, poco éxito; medianos esfuerzos, medianos resultados; grandes esfuerzos, grandes éxitos, luego pocos esfuerzos, oración mediocre, grandes esfuerzos, excelente oración.

Si no hemos de desatender el esfuerzo tampoco se puede descuidar la petición: la obra es sobrenatural, la gracia es absolutamente necesaria, luego es menester pedirla: *Domine doce nos orare:* Señor, enséñanos, ayúdanos a hacer bien oración. Es muy bueno además invocar a los Santos, al Ángel Custodio, a la Virgen Santísima para que nos obtengan esta gracia tan preciosa de una ferviente oración. Conviene decir: que haga esta oración de tal manera que por ella mi Dios sea glorificado, Jesús consolado, María y los Santos regocijados, las almas del Purgatorio aliviadas, los pecadores movidos, convertidos, salvados, yo mismo y todos los que me son queridos obtengamos la gracia de un creciente amor. A quien expresa de todo corazón estas santas intenciones le será concedida la gracia con abundancia y mucho más fácil la oración.

El alma que procura vivir en el recogimiento hallará muchas veces una suave felicidad en tratar con Dios, pero no siempre es así. Las solicitudes pueden volver aun cuando se hayan desechado con mucha fuerza; entonces producen distracciones que dificultan mucho la oración. Digamos sin embargo que la oración de lucha durante la cual no se hace otra cosa que desechar los

vanos pensamientos y procurar acercarse a Dios sin llegar a conseguirlo, es muy meritoria; nada agradable al que combate pero muy agradable a Dios; el Señor mira complacido al alma que sostiene con valor estos graves asaltos. Hay mucho amor en tales esfuerzos cuando son animosos y perseverantes y el fruto de esta laboriosa oración es mucho más grande de lo que piensa el que sostiene sin debilidad tan fuerte guerra.

Cuando las distracciones son provocadas por afanes muy naturales o terrenos, por amarguras del amor propio, por deseos demasiado humanos, o que si bien fundados, hay con todo eso en ellos excesiva solicitud, es necesario rechazarlos, establecerse en disposiciones de desasimiento y reiterar las protestas de conformidad con la voluntad divina. Pero cuando son producidas por preocupaciones legítimas, conviene entonces hablar de ellas al Señor, como algunos aconsejan, y convertirlas en asunto de oración? Indudablemente es bueno en tal caso encomendar a Dios las personas que motivan estos afanes, las obras cuyo feliz éxito deseamos únicamente por su gloria; pero hay que hacerlo brevemente y procurando ahogar estas inquietudes en la sumisión a la providencia, en la confianza y el santo abandono. Recordar lo que ocasiona tales desasosiegos, sería renovarlos y poner óbices a la oración; hacer pues lo contrario, sobreponerse a todo eso, elevarse hasta el Corazón de Dios, y, allá pensando en su sabiduría insondable, en su bondad infinita, unirse a Él por amor.

Las distracciones son más de temer en el tiempo de la aridez. Cuando el Señor se deja sentir, cuando el corazón está blando, es más fácil combatir y desechar los pensamientos impertinentes; pero cuando Dios se oculta,

cuando el alma se siente fría e insensible, el combate es mucho más penoso.

La sequedad la quiere Dios ya como prueba, ya en tono de castigo: es una prueba para las almas justas, y corrección de los disipados o inmortificados o poco caritativos. Cualquiera que sea su causa hay que recibirla sumisamente, pero esta resignación no debe llegar hasta la indiferencia. Cuando una mañana en Cafarnaún los Apóstoles y toda la multitud advirtieron que Jesús había desaparecido, todos fueron en su busca, pero con ardor desigual. Pedro supo buscarlo mejor y así dió con El (Marc. I, 37). Cuando Jesús se esconde todos lo desean, pero no van en busca suya con el mismo anhelo, hay almas perezosas que no se esfuerzan por hallarlo. Jesús quiere ser deseado. Estando con los discípulos de Emmaus aparentó querer dejarlos y si no hubieran insistido en que quedara con ellos, se hubiera marchado.

Las personas que se sirven aún de algún libro en la oración, cuando notan frialdad, deben leer a ratos algunas líneas para avivar sus buenas disposiciones. Las que van más directamente a Dios echan mano de otros medios. Gemma Galgani recogió algunos versículos de los Salmos y decía: «Yo los rezo cuando Jesús se oculta». Unos recurren a las oraciones jaculatorias, otros estrechan en su corazón su crucifijo o lo besan; los hay que dicen y repiten las primeras peticiones del Padrenuestro; algunos rezan por fragmentos una oración, parándose después de cada frase a meditar y orar; otros finalmente suplican al Señor que no deje caer en ese día tantas almas en el infierno.

El alma que vive unida de veras a Dios, aún cuando esté distraída o preocupada, conserva de una manera latente e insensible las disposiciones que en ella puso el

Espíritu Santo: Será bueno en su lucha contra las distracciones que haga actos proporcionados con aquellos sentimientos: de admiración, de alabanza, adoración de Dios infinitamente perfecto; de acción de gracias, o humillándose o pidiéndole perdón por ella y por el mundo culpable; y sobre todo ejercítese después en el amor, ya el de pura simplicidad amando y queriendo siempre más amar, ya el de conformidad abrazándose cordial y enteramente con la voluntad divina, ya el amor de celo deseando que su Dios sea más y más conocido, servido y amado. Cada alma tiene un atractivo particular el cual debe cultivar, un género de oración que le da mejores resultados; importa mucho conocerlo y servirse de él. A quien le busca de esta manera, Jesús acaba por manifestarse.

Cualquiera que sea el grado de oración que hemos alcanzado hay que considerarla siempre como un ejercicio de amor. Por que ¿qué es la oración sino el lugar de cita donde encontramos a Dios, la entrevista afectuosa con el más tierno de los amigos? Son de lamentar los que no van a la oración a amar.

El primer cuidado pues de toda alma de oración debe ser entrar en el amor. Aún meditando las verdades eternas antes de considerar lo terrible de la muerte, la severidad de los juicios divinos, las espantosas penas del infierno, será bueno recordar el amor y los beneficios de Dios. Así se comprenderá mejor la fealdad del pecado y los justos rigores de sus castigos. Con esto el corazón sentirá mucho más una verdadera contrición, las resoluciones serán más firmes, las peticiones más confiadas y más ardientes. ¡Oh! lo bueno de la oración en la cual se penetra ante todo esta verdad: Mi Dios me ama inmensamente.

Alma fiel, comienza, pues, siempre en tus oraciones por traer a la memoria el amor de Jesús; recuerda cuánto te amó antes de que existieras; cuánto te ama ahora y cómo te llena de gracias, cuánto te amará cuando te vea muy cerca de sí mismo en la gloria. Sí, te amó antes de que vinieras al mundo. Míralo en Belén como piensa en ti, como te sonríe, como tiende hacia ti sus bracitos en apariencia débiles; aun cuando duerme puede decir: «Yo duermo, pero mi corazón vela»; sí, aun durmiendo piensa en ti y por ti ruega. Míralo trabajar tanto desde que tiene la edad para ello, contento con darte ejemplo de una vida de fatigas, de privaciones, de sacrificios. Míralo en su vida pública, haciéndose todo para todos, yendo al encuentro de todos los trabajos, aliviando todas las miserias, curando, instruyendo, exhortando, confortando; es tan bondadoso que llega hasta lavar los pies de sus apóstoles. Míralo a este buen Salvador ceñido de una toalla, echando agua en una vasija y lavando los pies llenos de sudor y polvo de Pedro, de sus compañeros, de Judas mismo, que ya lo ha vendido. Ninguno le tiene miedo, nadie teme en su presencia, tan bueno es y dulce, lleno de compasión y de indulgencia.

Pues bien; Jesús es siempre afectuoso, sencillo, confortador. Todavía nos dice: «Venid a mí los que estáis fatigados y encorvados bajo el peso, y yo os aliviaré». Lo habéis ofendido muchas veces y con razón tratáis de arrepentiros, pero jamás el pensamiento de infidelidad os impida hablarle con ardiente confianza y filial familiaridad. ¿Desechó jamás a un alma pecadora este dulce Jesús? Recordad cuan bondadoso se mostró, cuan amable y compasivo con la Samaritana, con la mujer adúltera, con Zaqueo, con María Magdalena; cuan indulgente fué con el ladrón arrepentido. Aun al innoble Judas que

lo entregó, que no tuvo pena alguna de su crimen, ninguna vergüenza, lo recibe con bondad, más que esto, con ternura, e intenta atraerle todavía: Amigo mío, ¿a qué has venido? En la cruz ruega por sus crueles y viles verdugos. «En el cielo, dice San Pablo, donde siempre vive, no cesa de interceder por los que gracias a él se acercan y arriman a Dios» (Heb. VII, 25); más aún, según San Juan, se hace nuestro abogado y defiende la causa de los mismos que le ofenden. ¿Y creeréis todavía que os mira con ojos de descontento? ¡Oh, no conocéis la bondad de su corazón, la grandeza de su amor! No, no; os contempla con ternura, y porque os ama tiene sumo placer en veros cerca de él; os dice con una bondad atrayente: alma querida, ¿qué haces, qué quieres decirme, qué me pides? Digámosle: Vengo para amaros, y a desaprobar mis cobardías, a reparar mis faltas; vengo para que me cambiéis esta voluntad, a que me hagáis más fuerte y más fiel amador vuestro. Sí, procura ser confiada, inmensamente confiada, muy familiar; las almas que más progresan son al mismo tiempo las que más confían, las más sencillas, las más olvidadas de sí, las más generosas.

Sin embargo, viendo sus bondades, no olvidar sus grandezas. El que se hizo pequeñuelo es el Omnipotente! De la nada y sin esfuerzo puede formar no sólo un grano de arena, lo cual es ya maravilloso, sino las obras más hermosas, mundos más grandes que el nuestro, ángeles más perfectos que los serafines. El es la paz substancial, inalterable: no pierde jamás su tranquilidad y sin moverse mueve todas las cosas. El es sapientísimo: nada de lo pasado, de lo presente o de lo futuro está fuera de su mirada en este momento. El es inmenso, infinito, más grande que todos los mundos imaginables. El es eterno: los millares de siglos que podemos calcular son en su

vida sin principio menos que una gota de agua en el Océano. El es hermosísimo, la majestad incomprensible; pero también es la misma bondad, y su amor, que le indujo a anonadarse, a padecer, a morir, iguala a su grandeza.

Pero ¿qué vamos diciendo? Hemos dividido el Indivisible, hemos distinguido en él perfecciones que de ninguna manera son distintas; porque El es el Ser infinitamente simple, esencialmente uno. No es pues, hablando con propiedad, ni poderoso, ni sabio, ni justo, ni misericordioso. El es más que todo eso, El es mejor que todo eso, El es el Inexplicable, El es el Incomprensible, ¡El es, El es, El es!

IV. Reglas particulares para cada grado de oración: La oración de unión amorosa

Hemos indicado en qué difieren las oraciones según el grado de virtud y conforme las disposiciones desiguales de las almas. Las reglas particulares para cada modo de oración se deducen fácilmente de lo que hemos dicho.

Cuando un alma comienza a hacer oración, que aun ha de luchar fuertemente contra sus pasiones, y sin tener todavía un vivo deseo de los bienes espirituales, conviene aconsejarle que siga un método y se sirva de algún libro; sin estos medios, habría mucho que temer que pasara todo el tiempo divagando y con ilusiones. Debe en especial persuadirse de las ventajas de la virtud y de los perjuicios que acarrea el pecado. Ha de meditar las verdades eternas: *Memorare novissima tua et in aeternum non peccabis.* Pero al mismo tiempo le importa penetrarse del pensamiento de las misericordias y de la paciencia infinita de Dios, pues lo que más necesita esta alma

es que crezca en ella la confianza, objeto las más veces de los ataques del enemigo.

A los que principian es preciso recordarles a menudo que la reflexión no es toda la oración; debe extenderse a los propósitos y más a las peticiones; la súplica, el coloquio con Dios ha de ocupar ya la mayor parte de la oración; las lecturas, los métodos no son más que medios para afianzar los buenos propósitos y sobre todo para facilitar la oración. El alma piadosa, según va notado, necesita mucho menos los métodos y los libros; muy pronto se le hace difícil atenerse a los medios convencionales, como también a los asuntos suministrados por otro; recurra a ellos según el atractivo y provecho que observe en ello. Y pues debe insistir, según lo dijimos en la práctica de las virtudes fundamentales; humildad, mortificación, renuncia, paciencia, caridad, ha de estudiar y admirar la manera como Nuestro Señor las practicó y porfiar vivamente con el Salvador para que se las conceda.

En fin las almas a las que el Espíritu Santo les infunde la fe y el amor, cuando tienen esa gracia, cuando el amor se despierta en ellas, deben elevarse sobre todas las criaturas, y unirse a Dios, al Inefable, al Misterioso. Digan pues entonces: El está en mí, y yo en El, yo me engolfo en su Divinidad, soy uno con El; ¡le amo, le amo, le amo! o también asirse a su voluntad, y así permanezcan unidas a ella con unión de conformidad sencilla y tranquila.

Según los principios establecidos, queda resuelta una cuestión, tiempo ha debatida con bastante fuerza pero sobre la cual parece haber recaído hoy acuerdo. Hace aun pocos años, los partidarios acérrimos de la meditación metódica querían que casi nunca se permitiese salir

de ella. Puesto que es buena, no puede dañar a las almas el obligarlas a ella; y como es segura se evitan con ella muchos peligros, como la pereza espiritual, la presunción, la ilusión.

Cierto, estos peligros existen, se dan abusos contra los cuales hay que precaverse — y las reglas que hemos dado son ya un remedio y una seguridad; — pero el abuso contrario es también muy funesto, y sería grave error asegurar que quien impide al alma fiel dejar la meditación metódica no le perjudica de ninguna manera. Hemos dicho que la oración ha de ser sobre todo un ejercicio de amor, y el amor más perfecto es el que infunde de Dios directamente en el alma. Pero el discurso no es el amor, el trabajo de la imaginación no es el amor; el método de composición de lugar, las lecturas de un asunto de meditación pueden ser útiles para atraer la atención y precaver las distracciones; pero querer que sean ellas la base ordinaria de la oración sería poner trabas a la gracia y obstáculos al progreso del amor. Cuando el alma ya ferviente comienza a recibir las operaciones más delicadas del Espíritu Santo, necesita ser instruída para disponerse bien a ellas, y no impedirlas con su actividad natural; y la experiencia enseña que las más veces los que no reciben estas lecciones entremeten demasiado su acción propia en la divina, y no entran jamás plenamente en esta vía de simplicidad, en esa unión de amor serena y fuerte a que son llamados.

Puede que nos digan; ¿es qué el Espíritu Santo depende en esto de sus criaturas? No son éstas las que dependen del Espíritu Santo, las que no pueden resistir a los impulsos que les imprime? El Espíritu divino puede ciertamente ejercer una acción poderosa, irresistible; podría arrancar al alma de sus métodos y discursos; lo hace algunas

veces, pero raramente y por excepción. El orden común de la Providencia es por lo contrario respetar la libertad humana; Dios invita, no compele, no obliga; al alma toca pues prepararse: *Ante orationem praepara animam tuam et noli esse quasi homo qui tentat Deum*. Estáis engolfado en mil preocupaciones de todo género, absorbida la atención por tantos pensamientos mundanos, y os ponéis en oración: Dios podría disipar vuestras distracciones, pero no lo hará; es cosa vuestra rechazarlas y hacer algún esfuerzo por recogeros. Pues del mismo modo: entráis en la oración, y en vez de poneros en disposiciones de amor, en vez de apaciguar el estruendo de vuestra alma para manteneros tranquilo y gozar de este amor, trabajáis por recitar largas fórmulas o para seguir las consideraciones ajenas en algún libro por el cual queréis meditar: Dios que podría substraeros a estas consideraciones, las más veces no lo hará, y así perderéis lo que habríais recibido, la unión de amor, a la cual os convida. Esto es lo que lamentan amargamente los santos, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Santa Juana de Chantal, contra los directores, que no permitiendo a a las almas salir de la meditación, les cierran los caminos de la oración y se oponen a los designios de Dios. La oración de unión amorosa es el término al cual debe aspirar toda alma ferviente; pero no ha de entregarse a ella sino cuando Dios le concede esta gracia, haciéndole muy penosa la meditación y sintiendo al propio tiempo profunda satisfacción en permanecer sola con él, ocupada en amarle. Así el alma coopera a la acción de la gracia, no ya actuando ella misma sus potencias, sino entregándolas alegremente al Espíritu divino, el cual por sí mismo ilumina la inteligencia, dirige y enciende la voluntad y derrama en el alma luces y amor; ya no

es el alma la que ora, sino el Espíritu Santo en ella, con gemidos inenarrables e inenarrados (Rom., VIII, 26).

¿Los que se hallan en el estado de unión amorosa tierna o árida han de omitir el pedir a Dios sus gracias? No, ciertamente; es verdad que la unión puede equivaler a una petición; el alma unida tiene verdadera intención de atraerse las gracias de Dios para poder así servirle mejor, y sobre muchas almas justas o pecadoras, a las cuales desea vivamente las gracias divinas; su deseo es que todos los actos de amor que salen de su corazón, los trabajos que realiza, los sacrificios que hace, todas las alabanzas que da a Dios, sean aceptadas como peticiones de gracias; este es también el deseo de Dios, el cual no deja de bendecirla y de bendecir a todos los que tienen algún vínculo con esta alma a quien Él ama. Mas el alma unida a Dios no está siempre en este silencio amoroso; muchas veces eleva al cielo plegarias ardientes, sobre todo cuando siente su miseria, o que los seres queridos le ocasionan amarguras. Pero las más veces mira a Dios en la oración y se contenta con amarle. «Oye, Jesús, decía en éxtasis Gemma Galgani, lo que me pregunta mi confesor: ¿qué haces, Gemma, cuando estás delante de Jesús? ¿Qué hago? Si estoy con Jesús crucificado, padezco; si estoy con Jesús Sacramentado, amo». Si, en esta oración se ama, y no hay palabra que pueda expresar este amor. Las palabras fatigan muchas veces; el silencio, los simples gemidos o suspiros, la mirada sencilla dicen mucho más y agradan más a Dios que las fórmulas dichas de memoria, más también que ciertos impulsos, ciertas protestas en las cuales la actividad natural se entremete demasiado y perjudica a la acción divina.

El amor producido así por el Espíritu Santo no es

siempre sabroso; muchas veces árido; en tal caso la voluntad no está inflamada, pero se mantiene en unión firme y constante con la voluntad divina: observa que nada quiere sino lo que Dios quiere; y también, que quiere todo lo que Dios quiere; y esta disposición, no es adquirida por el esfuerzo, proviene de Dios, la ha recibido de Él, y considera por gran ventura el poseerla y conservarla. «Entonces, dice San Francisco de Sales, el alma, ni oye a su amado, ni le habla, ni percibe señal alguna de su presencia; sólo sabe que está en la presencia de Dios, a quien place que el alma esté así... Y la voluntad no obra sino por simple aquiescencia al beneplácito divino, queriendo seguir en la oración sin más deseo que estar en la presencia de Dios, según a él le plazca» *(Amor de Dios*, VI, 11). Así pues el que ve que su voluntad está muy unida a Dios, aún cuando las demás potencias anden muy sueltas, que no se turbe; la vagancia de la imaginación, que tanto le apena, no le impide mantenerse en una disposición de fe y de amor muy meritoria. Y no sólo se aplica este principio a la oración mental: si se rezan algunas oraciones, todo su valor proviene de esta disposición de amor en la cual persiste la voluntad, aún cuando por momentos no la advirtamos; subsiste virtualmente mientras los labios rezan, y las distracciones del todo involuntarias no menoscaban el valor de la oración.

Dichosa el alma que recibió de Dios el don precioso de la unión de amor y que gracias a su fidelidad, a su perfecto desasimiento, lo siente crecer en ella; pues no sólo en la oración la tiene Dios estrechamente unida, sino también durante el día, en medio de las ocupaciones y negocios, con lo cual se fortalece mucho para cumplir con más perfección sus propias obligaciones. *Qui*

adhaeret Domino unus Spiritus est (I. Cor., VI, 17): unida a Dios, se hace con Él un solo espíritu, un solo corazón, una sola voluntad; es dócil instrumento de Dios; ya no es ella la que vive, es Dios quien vive en ella, quien obra, quien actúa por ella, y quien no hallando obstáculo en su naturaleza vencida, realiza en ella y por ella sus designios de amor.

TERCERA PARTE

Las virtudes perfectas

CAPÍTULO XVIII

LA VIRTUD DE LA FE

I. La fe, sus pruebas, sus grados

Los amigos de Dios deben vivir en unión íntima con El; Dios se la pide y ellos la desean. Pues bien; esta unión se efectúa mediante las tres virtudes que ordenan el alma a Dios, y por esta razón se llaman virtudes teologales o divinas; la fe, la esperanza y el amor.

Las virtudes teologales son muy poco apreciadas, porque, por desgracia, se comprende menos lo que el hombre debe a Dios que sus deberes con el prójimo. Cuantos infelices dicen: «ni mato ni robo, luego de nada me remuerde la conciencia»; y no tienen ni fe, ni esperanza, ni amor de Dios. Cuantos otros, aún entre personas piadosas, estiman más la bondad, la blandura e igualdad de carácter, cualidades muchas veces en gran parte naturales, que la pureza, la vivacidad, lo muy cabal de la fe, más que el fervor y la generosidad del amor. Y con todo eso, cuanto Dios está más elevado que el hombre, tanto las virtudes teologales son más eleva-

das que todos los deberes para con el hombre. Y si éstos son también santos y sagrados, ¿no es ciertamente porque se derivan de los que tenemos para con Dios, y sólo según proceden de las virtudes teologales?

La fe es la primera que aparece en el alma, como el cimiento del orden sobrenatural, y tanto, que todo este edificio depende de ella; no puede extenderse él más que su fundamento; luego las demás virtudes no pueden ser grandes si la fe es pequeña.

Tengamos pues una fe grande. Los espíritus superficiales son inducidos a pensar que todos los buenos cristianos tienen igual fe; creerlo sería un gran error. Aun entre los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, la fe varía en pureza, claridad, intensidad, y por tanto en eficacia, e influencia en el ordenamiento de la vida, y esto en proporciones insospechadas por la mayoría.

Los medios de acrecentar la fe son el soportar bien las pruebas ordenadas por la providencia, ejercitarla y vivirla mucho.

La fe es ante todo un homenaje a la veracidad divina. Dios merece ser creído, tiene derecho a exigir una fe absoluta en su palabra; y por tener El ese derecho, y nosotros la obligación de creerlo, le place probar nuestra fe. La prueba, la cual es la gran ley de la vida, ofrece a la criatura ocasión de mostrar su fidelidad, y como ejercita la virtud probada, resulta más meritoria y perfecta, y sobre todo más glorioso el obsequio hecho a Dios, y más digno de él.

San Pablo en la carta a los hebreos celebra con términos entusiastas la fe de los grandes hombres del antiguo testamento, manifiesta que fué el principio de sus virtudes y de todas las hazañas que realizaron. Todos merecieron creyendo, precisamente porque fué muy

probada su fe. Noé creyó en la palabra de Dios que le anunciaba un diluvio mucho antes de que por ningún indicio se pudiera prever, y fabricó el arca a pesar de los chistes e ironías de aquellos hombres. Abrahán creyó a Dios, que le mandó salir de su tierra sin darle explicación ninguna, y que le prometió un hijo cuando ni él ni Sara podían esperarlo; y sobre todo probó heroicamente su fe cuando le pidió que él mismo sacrificara a su hijo único. Del mismo modo los patriarcas, los profetas, los mártires y todos los héroes de la antigua alianza fueron sometidos a durísimas pruebas, y por la fe salieron victoriosos de ellas, mientras que otros probados igualmente con ellos no fueron fieles.

Cuando Jesús predicó el Evangelio dió de su misión divina pruebas sobreabundantes ya por la sublimidad de su doctrina, ya por la santidad de su vida, ya por lo asombroso de sus milagros. Muchos creyeron en él, pero quiso probar su fe, y en la sinagoga de Cafarnaún a los mismos judíos que en la víspera había alimentado milagrosamente multiplicando los cinco panes de cebada y los dos peces, les propuso el misterio de la Eucaristía; y lo presentó en términos obscuros, difíciles de admitir sin querer darles ninguna explicación. Exigía pues de ellos una confianza ciega y una fe completa. Por desgracia un gran número, y entre ellos Judas, sucumbieron a esta prueba. Los que por lo contrario fueron fieles acrecentaron y arraigaron su fe. Su muerte deshonrosa en un madero fué otra prueba para sus discípulos. Y esta prueba de la fe persistió aún después de resucitado: los apóstoles predicaron que El, el condenado a muerte y crucificado en el Calvario era el Mesías, el Hijo de Dios que con su muerte había rescatado al mundo; esta predicación según lo atestigua San Pablo pareció una locura a los

gentiles y un escándalo a los judíos; pero estaba apoyada por milagros. Había pues en ella como siempre fundamentos para la fe y dificultades para creer; como siempre estaba allí la prueba y también esta vez la prueba halló a los unos fieles y a los otros rebeldes.

Ahora como entonces para los buenos, como con los indiferentes, aun entre los que poseen una fe sólida, esta virtud tiene sus pruebas que bien soportadas la vuelven más firme todavía y sobre todo más ilustrada, pero que mal aceptadas le impiden desenvolverse y aún la obscurecen.

El obstáculo de la fe perfecta puede provenir de la inteligencia muy pegada a su propio juicio y a sus pequeñas luces, la cual es inducida a no admitir en todos los hechos de la vida sino explicaciones puramente naturales, no concediendo a la acción de Dios más que una parte lo más mínima posible.

Las más veces la oposición proviene de la voluntad a la cual repugna admitir la pura doctrina del Evangelio sobre la necesidad del desasimiento, sobre la práctica perfecta de todas las virtudes. Es tan dura en ocasiones esta ley del renunciamiento; como no quiere conceder lo que le exige, ni declararse cobarde e infiel, es instigada a buscar pretextos para seguir sus inclinaciones y esquivar el sacrificio, y las razones que se le ofrecen son contrarias a las puras lecciones de la fe. En presencia de esta prueba o tentación, o se abandonará a sus defectos, o rechazará la luz porque le arguye: *Omnis qui male agit odit lucem et non venit ad lucem ut non arguantur opera ejus* (S. J. III, 20), o finalmente preferirá el deber y entonces hará un acto de fe muy meritoria, la cual resultará más viva y más brillante: *qui autem facit veritatem venit ad lucem* (Ibid. 21).

Se adelanta pues en la verdad según que se progresa en el bien. Así existe un vínculo estrecho entre lo verdadero, lo bello y lo bueno, como entre lo falso, lo feo, lo malo; uno está en la verdad cuando practica lo bueno y practicándolo la comprende mejor; estamos en lo falso al obrar lo malo y el engaño llega hasta la insensatez, y cuanto más se hace lo malo tanto crece la obcecación.

Además Dios retira sus luces de los que abusan de ella; es un acto de justicia; es también un acto de misericordia porque las luces de las cuales abusarían no habrían de servir sino para hacerlos más culpables. Sí, harían abuso de ellas, porque su voluntad permaneciendo rebelde continuaría desechando la luz. ¿No vemos en tiempo de Jesús a los judíos incrédulos mostrarse más endurecidos después de los milagros? «¿El que abrió los ojos del ciego de nacimiento decían en Betania no podía impedir la muerte de su amigo?» Desgraciados, tomaban ocasión de un milagro estupendo para murmurar. Cuando Jesús resucitó a Lázaro creció su furor y decidieron apresurar su muerte. *Quid facimus quia hic homo multa signa facit? Ab illo ergo die cogitaverunt ut interficerent eum* (S. J., XI, 47, 53). El mismo milagro que había confirmado y acrecentado la fe de sus discípulos hizo más culpable la incredulidad de los enemigos de Jesús y más completa su ofuscación.

Vemos constantemente en el Evangelio esta diferencia de actitudes de los hombres con relación al Salvador. Los de Nazaret conocían a Jesús y sabían los milagros que había obrado: ellos se mostraron incrédulos. Los Samaritanos entre los cuales no parece haber obrado milagros, con todo eso creyeron muy pronto en El, los unos oyendo a la pecadora del pozo de Jacob: Me ha manifestado todo cuanto hice; pero la mayor parte por la predi-

cación de Jesús. La fe del oficial de Cafarnaún fué débil e imperfecta, la de la Cananea humilde y ardiente.

Cuando Jesús dijo a su Padre: «Glorifica tu nombre» y el Padre Eterno respondió: «Lo he glorificado ya y lo glorificaré más», algunos judíos que estaban presentes no oyeron más que un rumor vago y dijeron: «Es un trueno lo que hemos oído»; éstos eran sin duda los menos dispuestos. Otros en cambio reconocieron una voz sin distinguir las palabras y se dijeron: un ángel le ha hablado. Pero los Apóstoles indudablemente por estar mejor dispuestos, entendieron con claridad. Así la palabra de Dios, y su doctrina es más o menos comprendida según el estado de alma de los que la oyen, y la fe varía no tanto según las pruebas exteriores que se dan de las verdades sobrenaturales, como por las disposiciones interiores de aquellos a quienes se presentan estas pruebas. *Si quis voluerit voluntatem ejus facere, cognoscet de doctrina utrum de Deo sit:* Si alguno quiere hacer la voluntad de Dios, decía Jesús, éste comprenderá que la doctrina que enseño viene de Dios (S. J., VII, 17).

II. La fe crece con el amor

Si la fe procede de la buena voluntad, a medida que ésta sea más recta, adherida al deber, unida a la voluntad divina, tanto más iluminada será aquélla. Todo el que tiene voluntad de conservar la fe, aunque fuese pecador permanece creyente; quien tiene una voluntad firme de no cometer pecado mortal, conoce mucho mejor que los pecadores la gravedad del pecado; quien no quiere cometer faltas por leves que sean es más esclarecido todavía. Así también cuan ilustrada es la fe de los que renunciaron enteramente su voluntad anonadándola en

la voluntad divina, resueltos como están a renunciarse en todo y a no buscar más que el beneplácito de Dios.

Nunca insistiremos lo bastante en este punto: las verdades divinas que Dios nos propone, entran en el alma humana según ésta las acoge, conforme es el amor, la indiferencia o el odio que ella les tiene. Hay quienes tienen enemiga con la verdad. Tales eran aquellos a los que Jesús decía: Mis palabras no entran en vosotros... Vosotros no escucháis las palabras divinas que salen de mi boca porque no sois de Dios (S. J. VIII, 37, 47). Yo vengo de Dios, hablo palabras de Dios y este lenguaje no os agrada, es demasiado puro y santo para vuestros corazones pervertidos; no podéis escuchar mi palabra porque sois hijos del diablo (Ibid., 44). Como estáis envueltos en pecados y embebidos en ellos y vuestro corazón no ama ni quiere sino el pecado, hay en vosotros una resistencia obstinada a Dios que es enemigo del pecado, repugnancia a su doctrina, a las verdades que enseña, oposición que llega al aborrecimiento.

Otros no tienen tal odio, sino indiferencia por la verdad. Es el caso de Pilatos. Jesús le dijo: El que pertenece a la verdad escucha mi voz; es decir el que ama la verdad, el que se pone de parte de la verdad, cree en mis palabras. «¿Qué es la verdad?» dijo Pilatos, y sin esperar respuesta se marchó. ¿Qué le importaba a este egoísta el saber que era la verdad? No buscaba sino sus intereses, a todo lo demás era indiferente.

Tales son las causas de la incredulidad: O el odio de lo bueno y de lo verdadero o una indiferencia desdeñosa; y este odio, esta indiferencia se encuentra en los que no aman a Dios.

En cambio, los que creen sienten cierta afección por lo bueno, y lo verdadero, y esto porque también para

con Dios tienen a lo menos un comienzo de amor. «El que es del partido de Dios cree las palabras de Dios», dijo Nuestro Señor. *Qui ex Deo est, verba Dei audit* (S. J. VIII, 47). Y porque poseen ciertos sentimientos de estima, de respeto, de afecto filial a Dios, abrazan con amor las verdades que les propone, como el hijo recibe con amor las palabras de su padre a quien venera, o de su madre cuyas virtudes y sacrificios aprecia. Somos propensos a dudar cuando la persona que habla nos es antipática; en cambio nos inclinamos a creer a la persona que amamos, deseamos oirla, nos apropiamos gustosos sus ideas, nos aprovechamos de su prudencia y sabiduría. El amor de Dios mueve más eficazmente aún que el amor humano, a instruirse en las enseñanzas del amado, a gustar y saborear su doctrina. La fe crece pues cuando el amor de Dios acrece.

Además, el objeto de nuestra fe son las perfecciones divinas, los designios de su providencia siempre tan sabia y tan amante. Ahora bien, el amor hace ver excelencias: luego, cuanto más se ama a Dios, más gustosamente se creen sus grandezas, su poder, su bondad, su inefable ternura. Mas aun; el amor, que ofusca cuando tiene por objeto criaturas muy imperfectas, pues induce a no reconocer sus defectos y a atribuirles virtudes que les faltan, esclarece e ilumina cuando lo ponemos en los santos cuyas virtudes admirables es tan difícil conocer del todo, y más todavía cuando su objeto es Dios, cuyas perfecciones es imposible exagerar. San Juan conocía a Jesús mucho mejor que Judas, la Virgen María mucho mejor que San Juan.

Las almas generosas y santas conocen a Dios tanto mejor que las almas imperfectas, no sólo porque su amor las dispone a creer sobre Dios las más grandes maravi-

llas, sino también porque el Señor, viéndolas tan deseosas de conocerle, tan venturosas con admirarle, les concede luces o ilustraciones más vivas que les descubren las perfecciones de su Amado. A las almas de virtud ordinaria, sólo les comunica Dios las luces de la gracia mediante las consideraciones y razonamientos, pero las almas eminentes en virtud reciben sin razonar y sin estudio otras mucho más preciosas, ideas muy exactas y fecundas; ellas se ven admirablemente iluminadas sobre las perfecciones incomprensibles de Dios; tienen de El un concepto muy elevado, bien que las más veces difícil de expresar; comprenden mucho más de lo que pueden declarar, las grandezas y la bondad de Dios, su santidad y su aborrecimiento del mal, lo enorme de la ofensa de Dios, el vacío de las cosas criadas, el valor de los bienes del cielo, y, sobre todo, la dicha de ver a Dios cara a cara y de amarle eternamente. Conocen perfectamente la hermosura, el precio, la extensión de las virtudes, la importancia del recogimiento, las dulzuras de la humildad, las delicadezas de la caridad fraterna. Saben también apreciar mucho mejor los sucesos de la vida y ver en ellos la mano blanda y firme de la Providencia. Tienen en gran estima la voluntad de Dios y un gran amor a ella, porque entienden mejor que las almas vulgares cuan sabia, cuan bondadosa y amable es esta divina voluntad; y aun cuando no ven el porqué de los acontecimientos del mundo, como no olvidan jamás que este gran Dios a quien admiran lo gobierna todo, se quedan santamente resignadas y en apacible paz. *Non jam dicam vos servos:* No os llamaré siervos, decía Jesús a sus discípulos, porque el siervo ignora lo que hace su dueño; os llamaré amigos míos, porque todo lo que he visto en mi Padre os lo he manifestado. Esas almas generosas son

del número de los amigos de Jesús y el Divino Maestro les comunica sus lumbres.

III. Las ventajas de la fe perfecta

En las almas perfectas, pues, produce la fe maravillosos efectos.

El objeto de esta virtud es unirnos a Dios, verdad infinita; unir nuestra alma con la inteligencia divina; hacernos pensar lo que piensa Dios, y juzgar lo que Dios juzga; Dios no habló a los hombres sino para enseñarles las verdades sublimes, santas, fecundas, que El contempla y que son su vida desde toda la eternidad; creyéndolas por su palabra, participamos de su ciencia y sabiduría. Ahora bien, los que reciben de Dios mayores lumbres de fe que El infunde directamente en el alma, van mucho más adentro en el conocimiento de esas verdades y participan con mayor abundancia de la ciencia y sabiduría divinas.

Pues que la fe supone el amor y además es un obsequio que hacemos a su veracidad, agrada mucho a Dios y atrae sus gracias divinas; y es tanto más eficaz cuanto más pura y más intensa. «Si tuvierais fe como un grano de mostaza, decía Jesús a sus discípulos, diríais a ese moral: arráncate de raíz y trasplántate en el mar, y os obedecería» (Luc., XVII, 6). Nuestro Señor estaba probablemente sobre las riberas del mar muerto. Otra vez hallándose cerca del Hermon, montaña gigantesca, les dijo: «Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: trasládate de aquí allá, y se trasladará y nada os será imposible.» La primera comparación la tomó para decir: Con un granito de fe haréis prodigios. Los que tienen esa verdadera fe no piden mi-

lagros o maravillas materiales; sino prodigios morales sin comparación más útiles: que desaparezca la montaña de soberbia y aparezca en su lugar la planicie de la humildad; trasplantar las virtudes del paraíso, como el olvido de sí, o la caridad, y que echen raíces en el corazón humano tan agitado, tan inconstante como las olas del mar, ¿no es un verdadero prodigio? Mas para realizarlo se necesita una fe muy pura, muy santa, la que manifiesta a Dios tal cual es.

Hay substancias venenosas de formidable eficacia, una sola gota de estos venenos basta para matar a un hombre si es pura. Echad una gota y aun muchas en un vaso de agua, y el veneno se diluye y pierde su fuerza. La verdadera fe revela a Dios, lo manifiesta tan hermoso, tan bueno, tan grande, que todo lo demás nada es delante de El. El alma que posee un grano muy puro de esta fe verdadera, no aprecia sino a Dios, y todo lo demás lo tiene por nada. Así, cuan puros son sus deseos, ardientes sus plegarias, inquebrantable su confianza y generoso su amor. Esto es realizar prodigios de virtud.

Ved, en cambio, ese cristiano que se acerca al altar, que se pone a rezar o en oración, pero con un espíritu muy preocupado, con un corazón dividido. Indudablemente, tiene fe y ésta lo conduce a los pies de Nuestro Señor, pero no es aquella fe bien alumbrada que le daría un gran concepto de Dios; y como en esa gota de fe hay otras muchas cosas en el vaso de su corazón, como enteramente lleno de pensamientos extraños y muy de la tierra; de ahí las mil distracciones que perjudican a sus rezos y hacen su oración difícil y poco provechosa. Cierto que hay algo de esa confianza en Dios que da la fe, pero mezclada, alterada, con temores humanos; dirá, por ejemplo: yo pido, pero lo que solicito es demasiado

perfecto para que lo obtenga; soy muy débil e imperfecto; mis pecados van a impedir que el Señor me oiga; quiero humildad, pero tengo muy arraigado el amor propio para llegar jamás a ser humilde; le pido generosidad, pero soy muy flojo para ser generoso.

La verdadera fe cuando ruega no mira más que a Dios, tanto le mueven sus grandezas y sus bondades; es pura y sin mezcla de vistas humanas: Dios es bueno, Dios ha prometido tanto a la oración que seguramente me oirá. Si después de diez, veinte o más años no he logrado todo lo que deseo, es que Dios quiere probar mi constancia, pero al fin me oirá y no moriré sin haber recibido este grande amor al cual aspiro.

Ved ahí uno de los caracteres más notables de la fe verdadera: no se debilita jamás, no conoce el desaliento. Tiene un concepto muy grande de Dios para no creer, a pesar de todo, en su bondad y en su sabiduría; aunque me mate esperaré en él, decía Job.

IV. Cultivemos nuestra fe

Tengamos fe de que Dios nos ama, pero una fe pura, sin mezcla de otras mil razones, y digamos: Dios me ama con un amor inefable, no me negará pues nada. Esta simple verdad creída con fe sincera nos hará realizar prodigios. Así se pide con una confianza que conmueve el corazón de Dios y con dulce violencia le sacamos raudales de gracias; y por nuestra parte no le neguemos nada de cuanto nos pida, y hagámoslo todo por amor. Esto será más sublime que haber trasladado un monte, y haber plantado un moral en el mar. Cuan preciosa es pues esta virtud de la fe, y cuan importante cultivarla y desarrollarla en nosotros. «Señor, dijeron los apóstoles

al Salvador cuando le oyeron declarar que había que perdonar siempre, Señor, auméntanos la fe; *adauge nobis fidem*». Conocieron que para cumplir esta ley tan noble, pero bien difícil del perdón de las injurias, era necesaria una gran fe; no se necesita menos para practicar con entera perfección todas las virtudes que Dios espera de nosotros. Tal es el motivo por el cual muchos son incapaces de grandes virtudes: no tienen una fe lo bastante viva. Tal es también la causa por la cual muchas almas, aun entre las consagradas a Dios, no obtienen de él gracias eminentes. Cuando Jesús dijo al padre de aquel poseso, al pedirle la curación de su hijo: «si puedes creer, todo es posible al que cree», contestó el infeliz con lágrimas: «Creo, Señor, pero sostén esta poca fe que tengo». *Adjuva incredulitatem meam*. Hagamos a Dios la misma oración, pidámosle esta fe potente que da fuerzas para cumplir los deberes más difíciles de la vida y nos alcanza las gracias más estimables, y también para otras almas. La fe perfecta como todas las virtudes perfectas es un don de Dios, que lo concede a los que mucho lo desean y que saben disponerse para recibirlo.

A ello, pues, y en primer lugar, vaciemos el corazón de impertinencias insubstanciales. Guardémonos también de juicios demasiado humanos, que siendo opuestos al Evangelio, serían un obstáculo a la fe perfecta. Si nos engolfamos en pensamientos vanos, que nada común tienen con la fe, de noticias, de fruslerías mundanas, nuestra fe no crecerá. Asimismo, si consideramos los sucesos de la vida con abstracción de los designios de Dios que los dirige, nos situamos fuera de la fe, no los juzgamos como Dios. Lo cual hacen los que no quieren ver en todo lo que les sucede más que un efecto casual, o el resultado de los esfuerzos de los hombres, de su ha-

bilidad, de sus intrigas, sin remontar a la causa primera, a los intentos de la Providencia, a la voluntad de Dios. Así olvidan dar gracias a Dios por los sucesos felices, y en los infaustos, en vez de resignarse y besar la mano de Dios que les hiere, no atinan más que a quejarse amargamente de aquellos a quienes atribuyen sus desgracias. Cuando Jesús se extendió en la Cruz, no se quejaba diciendo: la traición de Judas, el odio de mis enemigos, la cobardía de Pilatos, son quienes me quitan la vida; no vió más que la voluntad de su Padre, y obedeció hasta la muerte.

La fe nos da a veces duras lecciones, nos presenta verdades difíciles de oir, o porque vituperan y condenan nuestra conducta, o porque nos obligan a ciertos actos que cuestan a la naturaleza. Cuando Nuestro Señor hablaba a sus discípulos de su Pasión futura y lo hizo varias veces, no lo entendían ni querían entenderlo; soñaban para su Maestro y para ellos en triunfos fáciles, y de consuelo, no en dolores ni sacrificios hasta la inmolación. Por temor de entender, ni aun le preguntaban; *at illi ignorabant verbum et timebant interrogare eum* (Marc. IX, 31). El alma recta y generosa no tiene miedo de las lecciones de la fe; a pesar de las repugnancias naturales se dirige hacia la verdad y la encuentra; pero las almas pusilánimes buscan achaques, recurren a vanos pretextos, huyen la luz, y la luz no los alumbra.

Alimentémonos pues constantemente de las verdades de la fe por duras que parezcan a nuestra cobardía; encaminemos nuestras lecturas y estudios en forma que nos ayuden a desarrollar en nosotros y cultivar la fe. Después, en la práctica, utilicemos las lecciones que la fe nos da, vivamos por la fe: *justus ex fide vivit.* Así las verdades cristianas con que sustentamos el alma, nos libran

de la influencia nefasta del mundo, y de la tiranía de nuestros defectos: *veritas liberabit vos.* Y ríos de agua viva manarán de nuestro seno: *qui credit in me, flumina de ventre ejus fluent aquae vivae* (S. J., VII, 38). Para los que sólo tienen una fe falta de vigor, la gracia no es más que un arroyuelo, hilillo de agua; pero en los que poseen una fe plena y ardiente, las gracias divinas forman un verdadero río de aguas vivas, que los purifica, refrigera, fortalece y vigoriza; y estos efectos no sólo los produce en tales almas el agua de la gracia en esta vida, sino que su manantial mana hasta la vida eterna: *fiet fons aquae salientis in vitam aeternam* (S. J., IV, 14); o sea, la pureza, los deleites que proporciona, perdurables eternamente.

CAPÍTULO XIX

LA VIRTUD DE LA ESPERANZA

I. Sólo las almas muy fieles aprecian dignamente los bienes del cielo

Como el hombre fué creado para la felicidad, todo su ser la desea; el cuerpo busca sus comodidades, los sentidos su satisfacción, la inteligencia está ansiosa de saber, el corazón quiere amar y gozar de su amor. Es muy natural que los primeros goces solicitados sean los que primero conocemos y que parecen más accesibles, y si una fe viva no viene a esclarecer al alma humana, y darle a conocer la nada de los bienes de este mundo y el precio de los bienes eternos, se dejará seducir buscando la dicha donde jamás la ha de hallar.

A cuantos se les puede aplicar la parábola del Salvador: «Un hombre rico tuvo una extraordinaria cosecha de frutos en su heredad, y se dijo: derribaré mis graneros y construiré otros mayores, donde almacenar todos mis productos y hacienda, con lo que diré a mi alma: alma mía, ya tienes muchos bienes de repuesto para muchísimos años; descansa, come, bebe, y date buena vida. Pero le dijo Dios: ¡Insensato! esta misma noche han de exigir tu alma; ¿de quién será cuanto has almacenado?» (S. Luc., XII).

De este error lamentable tenemos todos los días ejemplos, y con todo eso, diariamente nos dejamos seducir y

ponemos nuestras esperanzas en los bienes temporales, que son efímeros e indignos de nuestro aprecio.

Conocer el vacío de los bienes terrenos es la primera condición para dirigir bien nuestras esperanzas y encauzar con acierto toda nuestra vida. Muchos cristianos piadosos, y digámoslo también, buen número de almas consagradas no conocen lo bastante la nada de las ganancias humanas y de los placeres naturales. Aún entre los que tantas veces repiten las palabras del Salmista: «*filii hominum... ut quid diligitis vanitatem et quaeritis mendacium?* hijos, de los hombres, ¿hasta cuando amaréis la vanidad y buscaréis la mentira?» son muy pocos los que sólo aprecian los bienes de la gracia; muchos los que aspiran a buscar aquí el reposo, las comodidades de la vida, la quietud y exención de cuidados que apenan, la estima de los hombres, las alabanzas y honras, que halagan la vanidad. Se les ve muy solícitos en buscar diversiones, viajes de recreo, espectáculos interesantes, lecturas que entretengan o diviertan la imaginación o que regocijen la curiosidad.

Entre estas personas de piedad sincera, pero imperfecta y los pecadores, hay, sin duda, un abismo: éstos con propósito deliberado renuncian a la amistad divina para proporcionarse los bienes de este mundo y los placeres culpables; las almas piadosas, por lo contrario, se abstienen de los deleites naturales por cuanto están prohibidos bajo pena de pecado grave; y aún más, aunque no fuera pecado grave, si los deberes de estado piden un sacrificio lo hacen generosamente. Dios pues sigue siendo objeto de sus deseos y de sus esperanzas; por ninguna cosa del mundo querrían ofender a Dios mortalmente; pero con este deseo sincero de los bienes eternos, y con gran decisión de no preferir a ellos ninguna satis-

facción terrena, juntan el afecto a estos mismos bienes de la tierra, a estas satisfacciones de la naturaleza que no merecen su estima, y conservan en su alma consciente o inconscientemente la disposición de procurarlos y disfrutar de ellos.

Estos que así sirven a Dios no comprenden bastantemente la nada de las cosas terrenas ni tampoco sino muy a medias el valor de los bienes del cielo, el precio incomprensible del menor mérito, del más pequeño sacrificio. Para penetrar perfectamente la vanidad de todo lo terreno y lo inapreciable de todo lo divino, se necesita algo más que la fe común, es necesario una luz del Espíritu Santo que mediante los dones de inteligencia, de sabiduría y de ciencia esclarece las almas fieles mucho mejor que ellas lo podrían hacer con todas sus reflexiones y discursos.

Cuando este divino Espíritu se digna obrar así en un alma, prodúcese en ella un cambio maravilloso que muchas veces da nueva orientación a toda la vida. San Alfonso, conversando una vez con sus religiosos estudiantes, les declaró que la razón perentoria de su vocación había sido el pensamiento del *Quid prodest* (¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?) «Esta máxima, dice, ha movido a muchos a renunciar el mundo, a San Ignacio, a San Francisco Javier, y, para decir verdad, también a mí. Mi padre me exponía las ventajas de una posición naturalmente muy satisfactoria, pero me dije: *Quid prodest?* Todo eso pasará bien pronto, y me resolví a dejar como vanidades todos esos bienes transitorios.»

Pero una iluminación pasajera, suficiente para determinar la elección de estado, no bastaría a fin de mantener en la práctica constante del sacrificio; para perse-

verar en la perfecta renuncia es necesario que el Espíritu Santo continúe comunicando sus luces. ¡Cuántos, en efecto, después de haber entrado en el camino de la santidad, ceden a las solicitaciones de la naturaleza y desdicen de su fervor primero!

¿A quién concederá el Espíritu Santo estas luces tan preciosas? El es Señor de sus dones y puede por tanto, ya por las súplicas que se le hacen, ya por motivos conocidos de su sabiduría, comunicarlos más pronto a un alma que ha hecho poco para disponerse, y más tarde a otra que ha trabajado más.

Sin embargo, por regla general, el Espíritu Santo concede sus luces a los que no ponen obstáculo a ellas, y saben prepararse para recibirlas. El alma que se aficiona a meditar sobre la brevedad de la vida, que trae sin cesar a su memoria las grandezas de Dios y la dicha de poseerle eternamente, y por una renuncia generosa se esfuerza en despegar su corazón de las criaturas, recibe bien pronto estas preciadas luces en abundancia; y reconoce con evidencia que le vienen del Espíritu Santo. En efecto, según las leyes ordinarias, el viajero descubre la ilusión de un espejismo trasladándose al lugar a donde le atraen los objetos que le fascinan; disgusta un fruto, en apariencia apetitoso, pero desabrido, cuando lo probamos. Así debiéramos desengañarnos de los bienes ilusorios de la tierra gustándolos; todo lo contrario sucede; los que se alejan de ellos y los sacrifican, son los que más pronto se desengañan; los que ceden al halago y quieren probarlos, a pesar de la decepción tantas veces renovada, son los más seducidos y engañados.

Cuando un alma fiel recibe del Espíritu Santo la verdadera ciencia del bien y del mal, el discernimiento de lo verdadero y de lo falso, del oro y oropel, todas sus

ideas son muy diferentes de las de los cristianos vulgares: todo lo que halaga a la naturaleza le parece despreciable y peligroso; lo que le hace padecer, lo que la sujeta al dominio de la gracia, o estima provechoso y digno de desearse; aun los males de esta vida, cuando pueden todavía atemorizarla y serle muy dolorosos, los juzga y reputa por grandes bienes. Nuestro Señor decía a los Apóstoles: «Lloraréis mientras el mundo se regocijará; estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo». No hay cristiano que no crea lo afirmado por Jesús; pero sólo aquellos a los que ilumina el Espíritu Santo con sus dones, lo penetran y conocen todo su alcance y dan gracias a la Providencia cuando les proporciona tribulaciones, que consideran como semilla de vida eterna.

Desasida de las cosas terrenas, el alma alumbrada por el Espíritu Santo aspira vivamente a los bienes eternos; y así los autores espirituales estimaban el deseo del cielo por una señal, entre otras, de las operaciones del Espíritu Santo en un alma: «Es señal de verdadera contemplación, dice uno, sentir pena de vivir y suspirar como Tobías: más me valiera la muerte que seguir viviendo; o exclamar con Job: me es gravosa la vida; o con San Pablo: desgraciado de mí; ¿quién me librará de esta vida mortal?» (Parad. An. 38). La muerte, pues, no aparece a quien posee esperanza perfecta como una desgracia; mientras que otros echan menos los años de la juventud, él, al contrario, se alegra viendo los años huir y acercarse el término de su vida.

II. El gran aliento que tienen los verdaderos amigos de Dios enardece más su esperanza

Es pues la primera condición de la esperanza, apreciar en su justo valor los bienes eternos: según el aprecio son los deseos, y el alma fiel los apetece tanto más, conforme se va privando de los bienes pasajeros y engañadores.

Pero estos bienes tan estimables se han de conquistar en gran combate, se conceden al alma en proporción de sus esfuerzos, de los trabajos sostenidos, de las violencias que se impuso. Cuando los cristianos aspiran a los bienes del cielo, no pueden prescindir de lo mucho que deben trabajar para merecerlos; así los pusilánimes, a los cuales arredran las menores molestias, que no tienen más que una voluntad flaca e inconstante, aspiran sólo flojamente a lo que exige trabajar tanto, y de este modo no pueden tener una esperanza ardiente.

Así en las almas sin virtud los desmayos de la esperanza provienen muchas veces de su cobardía. Quizás no lo confiesan: parándose en una falsa humildad se excusan de su poca esperanza con el conocimiento que tienen de su miseria y la experiencia de tantas caídas y recaídas: ilusión o mentira: porque temen el esfuerzo no quieren ver cuan eficaz es éste, y ceden al abatimiento. Tuvieron sus caídas, cierto, pero porque no lucharon con valor bastante. Que se resuelvan a declarar la guerra a la naturaleza con un corazón más generoso, que después de cada falta sean fieles en expiarla y en comenzar de nuevo la pelea, y Dios acabará por concederles una total victoria.

Las almas buenas y de veras virtuosas poseen una

esperanza más firme: como se esforzaron más, gozan el fruto de sus esfuerzos; saben bien que les será posible conservar lo conquistado y continuar la vida virtuosa a la cual se han habituado. Pero la mayor parte no miran tan alto; no tienen la noble y santa ambición de subir hasta la cima del puro amor, y la razón de ello es que esta perfección del amor les parece muy difícil de conseguir, no aspiran a ella porque les falta el valor de resolverse a las fatigas, las privaciones y los combates que ella exige.

Al contrario los verdaderos amigos de Dios son de mayor temple: las peleas sostenidas, las violencias que se impusieron han robustecido su voluntad, pero sobre todo el Espíritu Santo comunicándoles el don de fortaleza añade al vigor adquirido una energía más que humana. Ya no les espanta la idea que detiene a tantas almas virtuosas: ¿luego será necesario mortificarme con rigor durante toda mi vida? Están resueltos muy tranquila y firmemente, a no apartarse jamás del camino del sacrificio. Así es muy sincero su deseo de crecer incesantemente en la virtud, ardorosa su esperanza de alcanzar en esta vida un gran amor, de hacer mucho por Dios, de poseerle en el cielo con medida muy abundante.

Hay que advertir bien, sin embargo, que las almas iluminadas y fortalecidas por el Espíritu Santo no están exentas de flaquezas. Es verdad que no aspiran a estos bienes ilusorios, a estos placeres, a estos goces que la naturaleza codicia, y su disposición habitual es, cierto, la de no buscar voluntariamente ni querer en todas las cosas sino los bienes sobrenaturales, pero les sucede a veces que les falta ánimo y aliento para negar a la naturaleza lo que reclama; la lucha existe siempre entre las aspiraciones superiores de la voluntad y las aspiraciones

inferiores de los sentidos, como entre las disposiciones de la humildad y las tendencias del amor propio; y esta lucha es ocasión de numerosas victorias, pero también de algunas derrotas.

III. La confianza plena de las almas muy fieles

Si la esperanza perfecta supone grandes luces que dan a conocer los atractivos de Dios y la inmensa dicha que la posesión de un Dios tan excelente y perfecto proporciona al alma, supone también luces no menores que revelan al alma la inmensa bondad de este gran Dios, el deseo ardiente que tiene de comunicarnos sus bienes y la facilidad con que puede fortalecer nuestras virtudes y transformar las almas. De ahí procede la confianza que es el segundo elemento de la virtud de la esperanza.

Todos los cristianos piadosos creen en las promesas de Dios, todos confían en su poder y en su bondad, mas el principio sentado más arriba tiene también aquí su aplicación: esta confianza fruto de una fe razonada, de reflexiones exactas y fundadas en la verdadera doctrina es muy meritoria; pero también menos perfecta que la que es fruto de los dones del Espíritu Santo, la cual infundida directamente en el alma le inspira una gratitud ardiente y muy filial, una seguridad tranquila y firme, una paz profunda e inalterable.

De estas luces infusas que inspiran tan gran confianza hay que decir lo que dijimos de las que manifiestan la suavidad divina: se conceden a los que se disponen para recibirlas, iluminando el Espíritu Santo con preferencia a los que desean ser iluminados, a los que se complacen en creer en la bondad de Dios, a los que procuran acrecentar en su corazón esta santa confianza.

Repitamos pues sin cesar que Dios es bueno; sólo El es bueno; las mejores criaturas no son buenas comparadas con Dios: *nemo bonus nisi solus Deus.*

¿Qué es la bondad? No es la debilidad, la blandura que por temor de molestar deja hacer lo que no conviene, no es la condescendencia desidiosa que tolera el pecado. Pero en la bondad hay indulgencia, la indulgencia del santo por el pecador, hay compasión, la compasión del grande por el pequeño, del fuerte por el débil, hay sobre todo benevolencia, o sea un vivo deseo, más aún, una como necesidad irresistible de hacer el bien. Dios es infinitamente bueno y posee todos estos aspectos de la bondad; es compasivo, le dan lástima nuestras miserias, es indulgente porque sabe de qué barro nos ha formado; *ipse cognovit figmentum nostrum,* y desea con un deseo infinito enriquecer nuestras almas.

Sólo en el cielo sabremos el gozo que siente el corazón de Jesús por los bienes que nos concede, cuál su felicidad por la salvación de las almas: «De tal manera te amo, dijo Jesús a Juliana de Norwich, la recluída del siglo XIV en Inglaterra, que antes de morir por ti, lo deseaba vivamente; y ahora que ya es un hecho, después de padecer gustoso cuanto me fué posible, los más atroces tormentos míos se han convertido en eterna dicha».

Acordarse continuamente de la bondad de Dios es la primera condición para adquirir la confianza perfecta. El segundo medio es desconfíar de sí mismo en todo momento y no contar sino con Dios. Una santa carmelita del siglo XVII, Sor Francisca de la Madre de Dios, vió a Nuestro Señor llevándose al cielo gran multitud de almas recién sacadas del Purgatorio, y estaba radiante de alegría. Pidiéndole en otra ocasión por una carmelita di-

funta, le dijo: «Yo deseo más que tú, más que ella misma, su libertad, pero debe purificarse».

También aquí hemos de observar la diferente conducta de las almas simplemente piadosas y las más adelantadas en la virtud: las unas se apresuran, se agitan, recurren muy solícitas a los medios humanos, mientras que las otras, sin ser menos solícitas y diligentes, cuentan mucho más con la acción de Dios que con sus esfuerzos. «¿Queréis saber, decía San Vicente de Paúl (L. III, c. III), por qué no desempeñamos bien algún empleo? Porque nos apoyamos en nosotros mismos. Tal predicador, o superior, o confesor se fía mucho de su prudencia, de su ciencia, de su propio espíritu. ¿Y qué hace Dios? Se retira de él, lo deja a sí mismo, y aunque se esfuerza, cuanto afana es de ningún fruto, para que reconozca su inutilidad, y aprenda con su experiencia propia, que por mucha capacidad que tenga, nada puede sin Dios.» Todo cristiano bien iluminado desconfía mucho de su propio valer y saber, y no dará un consejo, por sencillo que sea sin elevar el espíritu y el corazón a Dios, y pedirle su luz.

IV. La confianza en Dios y los afanes

La tercera condición para obtener del Espíritu Santo la confianza perfecta, y mostrarse fiel en los días de prueba y de tribulación es desechar victoriosamente todo sentimiento de temor y desmayo. Las primeras victorias son las alcanzadas sobre el demonio del desaliento. Pero son victorias de principiantes; un alma realmente piadosa no se deja coger en estas trampas del tentador; después de cada caída se levanta con nuevo brío. ¿Ignora, que si el hijo pródigo, cuyo dolor fué menos

perfecto, menos desinteresado que el suyo, fué acogido por su padre con tal amor, ella será siempre acogida con más ternura todavía por su padre celestial, en cuanto se humille en su presencia?

Pero también las almas piadosas, son tentadas por el enemigo que excita sus afanes y aumenta sus ansiedades; *nolite solliciti esse in crastinum:* no os enmarañéis en el día de mañana, dijo el Salvador.

¿De dónde proceden estas inquietudes? Unas de nuestro amor propio: tememos los sucesos infaustos: los fracasos, humillaciones, padecimientos físicos o morales; y así, las más veces, el amor propio se espanta, o la propia voluntad que no quiere ser contrariada. Otros provienen de un amor legítimo a nuestros prójimos, o amigos, respecto de los cuales tememos alguna desgracia; o también las recelamos para nosotros y no sin fundamento. Otros finalmente nacen del amor divino: sospechamos que las obras de Dios van a fracasar, o que sea ofendido, o que algunas almas le sean infieles y caigan en pecado. Muchas veces estos motivos están combinados y obran a la vez en nosotros para aumentar los temores o recelos.

El pobre corazón humano no puede apartar de sí todo motivo de intranquilidad: la imaginación, potencia vagabunda y rebelde al freno, nos presenta a veces con gran viveza males que pueden sobrevenir, y el enemigo de las almas se complace en poner ante la vista con tenacidad cuadros horripilantes. Es una gran ventaja suya, porque nos da que padecer, y el muy odioso se complace en atormentar nuestros corazones; después, si no lo resistimos atribula al alma; y el alma aturdida con tal desasosiego, ya no ve tan justo, en parte está ofuscada; así en fin disminuye los bríos, perjudica el recogimiento, la oración atenta y respetuosa, la unión con Dios.

Estos deplorables efectos se presentan sobre todo cuando las inquietudes vienen del amor propio, o del de nuestro bienestar, o del apego a nuestros propios deseos. Para recobrar la paz hemos de aplicarnos ante todo al desasimiento, con actitudes de santa indiferencia, y disponernos a todas las pruebas que a la Providencia plazca enviarnos. ¿No han de ser siempre para nuestro bien?

Sí, siempre serán provechosas al alma. Sabe Dios bien a dónde nos lleva, por qué caminos nos conviene andar. Nada más claro que esta verdad: la voluntad de Dios es sabia y muy santa, buenísima y paternal, mil veces preferible a la nuestra y otras tantas adorable; pero como la voluntad de Dios contraría a la nuestra, como los juicios de Dios no son los nuestros, los que siguen apegados a su voluntad y a sus juicios humanos no aman esta verdad, y no gustándoles, no quieren empaparse en ella, ni sustentarse de ella; así no la conocen sino muy imperfectamente. Desprendernos pues de miras humanas, de todo deseo que no sea sobrenatural y nos será más fácil luchar contra los vanos desasosiegos.

Aunque nuestros temores fuesen legítimos, como los ocasionados por nuestro interés hacia las personas que amamos, o por la visión de los males que nos amenazan, debemos, aún en este caso, hacer actos de confianza y permanecer firmes y resignados.

Las almas más aprovechadas en la virtud conservan mejor la paz y la plena posesión de sí mismas. En el lago de Genesaret cuando la tempestad amenazaba sumergir la barca, los apóstoles se atemorizaron mucho, y esto que Jesús iba con ellos. Más tarde San Pablo en medio de otra tempestad no menos espantosa permaneció muy tranquilo dando a los mismos marinos, tan aterrados como los pasajeros, consejos llenos de prudencia. Es

que los apóstoles en aquel tiempo y momento no habían avanzado mucho en los caminos de la virtud, mientras San Pablo conducido entonces prisionero a Roma era ya un gran santo.

Esto no obstante, las almas más santas y las más aferradas a la confianza en Dios, las más firmemente unidas a su santa voluntad tienen sus horas de angustia. Esta es una de las pruebas más acerbas y frecuentes en este mundo. Dios no libra de ella ni a sus mejores amigos. Dios dejó en sus penas, diríamos: les envió congojas durísimas a San José y la Virgen María; así cuando Jesús desapareció de su vista por espacio de tres días sus angustias fueron extremadas; lo mismo cuando los habitantes de Nazaret arrebataron a Jesús fuera de la ciudad para arrojarlo por un precipicio, cuales no fueron las angustias y apuros de su Santísima Madre!; y Jesús mismo en Getsemaní no se vió envuelto en congojas terribles? *Coepit pavere.* Ahora bien, en estas horas angustiosas la esperanza crece más y puede llegar al heroísmo. Mientras que el corazón está apretado y las más veces la mente entenebrecida y como hipnotizada a la vista de los males que recela, la voluntad se lanza en Dios; y llega a descubrir en la parte superior del alma cierta luz que le recuerda la bondad, la ternura del Padre Eterno; protesta con la energía de que es capaz no querer más que la voluntad divina, que rechaza todo sentimiento contrario a la confianza y a la santa dejación. Puede que no pueda decir: yo creo, yo confío, yo acepto con amor, porque los sentimientos le parecen muy opuestos a los que al parecer la dominan, pero puede decir y dice: yo *quiero* creer, *quiero* esperar, *quiero* aceptar todo lo que Dios permita.

¡Oh! cuán saludable es esta lucha aun cuando se pro-

longue, y el alma quede largo tiempo sin consuelo, agitada entre la congoja y el propósito de no ceder; es la gran victoria de la esperanza, de la confianza en Dios; es un magnífico homenaje ofrecido, a despecho del infierno, a la bondad inagotable, al amor infatigable del Padre que está en los cielos. Con esta victoria crece la esperanza, el mismo Espíritu Santo la fortalece y consolida.

V. Los frutos de la esperanza perfecta

La esperanza perfecta es inquebrantable; contra todos los obstáculos puede perseverar hasta la muerte. Los Patriarcas, según la observación de San Pablo (Hebr., XI, 13), perseveraron así, no desistiendo de su confianza en Dios. A pesar de que no vieron cumplidas las promesas que les hizo: la tierra de Canaán no llegó a ser de su propiedad, y nada anunciaba que algún día perteneciera a sus hijos; el cielo figurado en la tierra prometida estaba más lejano todavía. Sin embargo tenían puesta la mirada fija en esos bienes celestiales tan apartados, y los saludaban de lejos: *A longe aspicientes et salutantes;* haciendo poco caso de los goces terrenos y considerándose, según lo declaran muchas veces, como viajeros y extraños en la tierra. Así el alma fiel aún cuando no vea el cumplimiento de sus súplicas, aún cuando le parezca que después de los años de oración constante y de sacrificios generosos no ha conseguido las virtudes solicitadas, conserva toda su esperanza; vive persuadida de que sus oraciones no han sido vanas y que no morirá sin ser escuchada. «Muchos, dice el P. Lallemant, no llegarán jamás a una gran perfección porque no esperan lo bastante» *(Doctr. spir.*, II, p. sec., I, c. 3, a 2).

¡Cuanto agrada a Dios esta esperanza perfecta! No puede menos de amar al alma que no aspira sino a Él y que por poseerle plenamente desprecia todos los bienes de la tierra; por fuerza ha de bendecir a un alma que en las mayores pruebas y contra todas las sugestiones del enemigo cree siempre en su amor y espera todo de su bondad. «Tratando de Dios, dice San Juan de la Cruz, cuanto más se espera tanto más se consigue; y tanto más espera uno cuanto más se despoja de sí» (Subida, III, 6). «Mi dueño me ha enseñado, escribe Santa Margarita María, que nunca me negará sus cuidados sino cuando yo interponga los míos... Me ha dicho muchas veces: déjame hacer» *(Lett.*, 13: *Œuvr.*, t. II. p. 249).

Una confianza invencible es omnipotente con el Corazón de Dios. Hay almas que cuando solicitan una gracia, siempre de antemano dan gracias a Dios atestiguando con esto la seguridad que tienen de ser oídas. ¡Cuantas gracias alcanzan éstas que así confían!

Agrada también mucho a Dios la esperanza, porque ésta, y sobre todo la esperanza perfecta, se enlaza íntimamente con el amor. Nace del amor, porque no se pone la confianza sino en quien se ama y cuando amamos creemos muy cordialmente en la bondad, en la sabiduría de la persona amada; y se confía en ella tanto más gustosamente cuanto más se le ama. También de la esperanza nace mayor amor, pues cuanto más se cree en la bondad, en la afección de una persona, más la amamos. Aquella pobre viuda que mereció los elogios del Salvador porque había dado para el culto divino de lo que le era necesario, tenía confianza y amor. Amando menos hubiera dicho: yo no puedo hacer esta limosna; porque ¿quién me dará mi pan para hoy? Pero porque tenía un gran amor a Dios tuvo en Él una gran confian-

za. Es tan bueno, pensaba, es tan poderoso que tendrá cuidado de mí. Le entrego lo que necesito, no permitirá que me falte.

La esperanza bien practicada conduce a ese entregamiento por el cual el alma se pone en las manos de Dios, dejándole disponer de ella como le plazca; no se preocupa del día de mañana; sin ceder jamás a la pereza, sin descuidar el inferior de sus deberes, se deja en Dios en lo tocante al éxito de sus obras y aun para su progreso en la virtud. Así no se precipita, así consigue acallar esa agitación que conturba a muchas almas buenas. Los que no practican este santo abandono multiplican los cálculos inútiles, las suposiciones imaginarias, se entretienen sin cesar con las mismas esperanzas o se preocupan siempre con las mismas inquietudes. El alma confiada lo abandona todo en el Corazón de Jesús y guarda una paz inalterable.

Esa entrega y dejación es tanto más preciosa cuanto que es un compuesto de las mejores virtudes: de la fe, que cree muy firmemente en el poder y la sabiduría de Dios; de la esperanza, que se confía en su bondad; del amor, que no quiere sino su santísima voluntad; del desprendimiento, que sacrifica todo afecto del corazón.

Fortalecer, pues, en nosotros la esperanza, esforzándonos por alcanzar del Espíritu Santo, que él mismo ponga en nuestro corazón, mediante sus preciosos dones, la esperanza perfecta.

«Los que confían en Dios, dice Isaías (XL, 31), tomarán nueva fuerza, remontando su vuelo como de águilas; correrán sin fatigarse; caminarán sin cansancio.» Harán, pues, en la virtud grandes y continuos progresos; son ya, pero lo serán cada vez más, los amigos muy amados del Señor.

CAPÍTULO XX

EL AMOR DE DIOS

I. Por qué Dios quiere ser amado

Al doctor de la ley que preguntó a Jesús: «Maestro, ¿cuál es el mayor de los mandamientos?», le dió una respuesta que no podía menos de darla, y que era una revelación para aquellos judíos obcecados, y a nosotros nos parece tan natural y fácil: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu, con todas tus fuerzas».

Hemos sido creados para amar; como nuestro entendimiento no puede estar sin pensar, así nuestro corazón no puede vivir sin amar, y este amor lo hemos de poner en Dios. Saliendo de Dios, volvemos a él, porque nos ha hecho para Sí. Dios mismo quiere ser nuestro Bien supremo, desea comunicarse y unirse a nosotros con unión eterna. El es, pues, a la vez nuestro principio y nuestro fin. Pero nosotros debemos volver a El muy de grado, unirnos libremente con El, y esta conversión a Dios, esta unión con Dios no es otra cosa que el amor. Ya en esta vida el amor mutuo une el alma con Dios, abajándose Dios hasta morar en ella, y elevándose ella hasta transformarse en Dios; y en la otra vida por el amor y en el amor nos daremos a Dios y Dios se dará a nosotros. El amor realiza, pues, lo que es el fin de la Creación.

¿Hay algo más legítimo, más acertado, más justo que

amar a Dios? El amor es la tendencia libre hacia lo que es bello, lo que es bueno; y Dios es la hermosura infinita, la Bondad suprema; como tal, debe ser amado antes que toda otra cosa, tiene derecho más que nadie, derecho infinito a nuestro amor. Amar, pues, a Dios es el primero de nuestros deberes. Cumplido bien este deber contiene todos los demás, porque amar a Dios es no sólo complacerse en Dios y querer el bien de Dios, o procurar su gloria, es también y por eso mismo, querer lo que quiere; y Dios quiere todo lo que es conforme, justo y bueno; luego amando a Dios, se ama y practica por eso todo lo justo, bueno y acertado.

Pertenece, pues, al orden amar a Dios, y Dios que quiere el orden con amor infinito, no puede menos de querer ser amado. Además, Dios es todo amor: *Deus charitas est;* pero el amor reclama al amor. En fin, el amor quiere el bien del ser amado; y no podemos ser felices sino amando a Dios. Por todos estos motivos, quiere Dios que lo amemos.

Desde el principio del mundo, vemos a Dios procurando ganar el corazón del hombre. Su trato con nuestro primer padre, sus beneficios ¿no tenían por objeto granjearse el afecto de las criaturas? Más tarde hizo del amor un precepto formal: «Escucha, oh Israel, dice el Deuteronomio (VI, 45); el Señor tu Dios es el Dios único; lo amarás con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas». Y sin embargo, por muchos siglos, fué Dios poco amado. Existieron, sin duda, almas amantes, la vida de los santos de la ley antigua, los ímpetus afectuosos de los Salmos, los santos ardores, el celo vehemente de los profetas, son prueba de ello; pero la mayor parte de los mismos que observaron la ley respetaban a Dios y lo temían más que lo amaban; vivían del temor

de Dios más que del amor de Dios: *Beatus vir qui timet Dominum:* feliz el hombre que teme a Dios. Obraban honestamente, procurando evitar los pecados que atraen los castigos de Dios, pero se atenían a las virtudes comunes: se guardaban del orgullo, sin llevar muy adelante la humildad; respetaban el bien ajeno, pero sin el despego de los bienes de este mundo; tenían paciencia, pero sin el amor de la Cruz; guardaban las leyes del matrimonio, pero sin pensar en la virginidad. El respeto de Dios, el temor de Dios no producían más; el amor, en cambio, es mucho más fecundo.

Dios amó demasiado a los hombres para contentarse con esta mediocridad; ama mucho a sus hijos para no desearles el amor generoso que es el principio de las virtudes perfectas. Cortas virtudes no pueden ganar sino pequeños méritos y Dios quiere dar a sus hijos eternamente riquezas muy superiores a las que podrían obtener esas virtudes mediocres.

Dios pues en su inmenso amor a los hombres les envió a su Hijo único: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret.* Se lo entregó para que el Verbo hecho carne, con su benignidad, su sacrificio, sus padecimientos conquistara los corazones e hiciera germinar en esta tierra yerma ricas mieses de amor. *Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur:* Vine a poner fuego en la tierra y deseo mucho que se encienda. Sí, lo desea el dulce Salvador: los deseos provienen del amor y cuanto más se ama más se apetece. Siendo el amor de Jesús de un poder extraordinario produce deseos de una vehemencia extraordinaria. Jamás hubo alma tan apasionada y consumida por el amor que haya deseado ser amada como Jesús lo ansía. Estos deseos son purísimos y santísimos y de una intensidad inconcebible.

Diríase que con los siglos esta sed de amor en el Corazón de Jesús va aumentando a medida que aumenta el número de los hijos de los hombres objeto de su amor. ¿No dijo el Salvador a Santa Margarita María que su Corazón no podía ya contener en sí mismo las llamas de su ardiente caridad? Y a otra religiosa de la Visitación a la cual sanó milagrosamente, hace pocos años, no manifestó parecidos deseos? «Sobre todo, ámame; estoy tan necesitado de amor y encuentro muy poco aun en los corazones que se me han consagrado!» ¡Qué gozo pues, para Jesús cuando da con un corazón que le ama con amor verdadero; como le prodiga sus gracias; cuan afectuoso se le muestra! Recordemos sus delicadezas y ternuras con Santa Gertrudis, Santa Teresa y otras muchas almas; los corazones poco amantes se asombran; les cuesta creer en tales efusiones de parte de Dios; pero a los que tienen un gran amor ni les sorprenden ni les extraña, mas bien atienden a recibir de su amado estas divinas ternuras.

II. Ventajas que procura el amor divino

Praebe, fili, cor tuum mihi: hijo mío dame tu corazón. ¿Cómo no nos dirigirá tan dulce invitación este Jesús que desea nuestra dicha más que nosotros la deseamos? La caridad es para nosotros el más precioso de los bienes. Sin ella todos los otros son nonada: los mismos milagros, según San Pablo, el don de lenguas, de profecía, de curación no tienen valor ninguno en un corazón sin amor. Con mayor razón los dones naturales: inteligencia, talento, ciencia, genio, hermosura, fortuna para nada valen sin el amor divino. ¿De qué sirven hoy a Voltaire todo su ingenio, a Berthelot toda su ciencia, a

Napoleón todo su genio? ¿Cuántos grandes hombres que están en el infierno, cuantos otros que en el cielo ocupan el último lugar y ven mucho más encimadas almas que llevaron una vida oculta y despreciada pero rica de amor?

La caridad es madre de todas las virtudes: «Es sufrida, bienhechora, no tiene envidia, no se ensoberbece, no es ambiciosa, nada hace inconveniente, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se alegra con la injusticia, se complace en la verdad: *Congaudet veritati»;* los triunfos de todo lo que es verdadero, de todo lo que es bueno son como triunfos suyos. «Lo excusa todo, lo cree todo, lo espera todo, lo soporta todo». En efecto, esta caridad por la cual amamos a Dios nos mueve a amar al prójimo; ahora bien; complace ver el lado bueno de las cosas y mirar las cualidades buenas de los que amamos; si se ven defectos los excusamos esperando que serán corregidos. La caridad induce también a sacrificarse por las almas, por ellas lo expende todo y se emplea y gasta uno a sí mismo.

Son felices aun en la tierra los que poseen virtudes tan nobles, tienen lo que ninguna cosa puede igualar, son los privilegiados, los favoritos, los amados del Señor. Los ojos de Dios se detienen en ellos con sumo placer aun cuando no hagan sino cosas muy sencillas, porque las hacen con amor. Cuando la viuda de la cual habla el Evangelio echó su óbolo en los cepillos del vestíbulo del templo, Jesús reunió a sus discípulos para que admiraran a esta pobre mujer. El buen Maestro se conmovió por tanta generosidad. No es pues necesario para mover el corazon de Dios realizar obras de rumbo; las menores cosas, y nuestra vida se compone de cosillas, le arrebatan cuando son hechas con amor.

Podemos imaginar a Jesús, renovando en su palacio del cielo lo que hizo ese día en Jerusalén: reúne en torno suyo a sus Apóstoles, a todos los santos, al inmenso ejército de ángeles y escogidos y les muestra los hombres que en la tierra se agitan y menean. De una parte les manifiesta a los hombres famosos de los cuales habla todo el mundo, que no pueden hacer un viaje sin que toda la prensa lo anuncie; estos hombres pronuncian discursos muy aplaudidos, reciben acogidas que son triunfos, celebran consejos para regular la suerte de los pueblos, dirigen la política, deciden de la paz o de la guerra. Luego les muestra otros personajes, sacerdotes, religiosas, simples fieles que llevan una vida obscura pero llena de abnegación y de humildad, que trabajan, que sufren, que se sacrifican en silencio, que rezan, que hacen oración, que comulgan; y Jesús dice a todos sus amigos del cielo: estas almas humildes e inmoladas me dan mucho más que todos los otros; me proporcionan más honra y contento, me ganan más almas y contribuyen a la buena dirección de los asuntos de la Iglesia y del mundo, más que estos famosos políticos, porque obran con olvido de sí mismos, y hacen todo por puro amor.

A estas almas que arrebatan su corazón, cada vez que hacen un acto de amor, les concede el Señor al momento una recompensa secreta que ellas mismas no la conocen siempre, pero galardón inestimable: El las ama mucho más y les infunde una capacidad más grande de amor. Las ama tanto más: *ego diligentes me diligo:* Yo amo a los que me aman, dice el Señor (Prov. VIII, 17). Cierto, El nos amó antes de ser amado: *ipse prior dilexit nos*. Se anticipa a amarnos, pero a los que responden a sus invitaciones los ama con un amor más tierno que va siempre en aumento. Se establece entre ellos y Dios como una noble

porfía, un combate de amor en el que Dios es siempre vencedor. Pero cuanto más los ama tanto más quiere ser amado de ellos; por eso quiso que cada uno de sus actos de amor acrecentara en ellos esta virtud. Así el premio del amor es la crecida del amor. ¿Qué bien más precioso podía Dios conceder a sus fieles? No hay otro que éstos deseen más vivamente, porque el que ama tiene su ventura en amar y cuanto más ama tanto más quiere amar.

III. El amor perfecto

Nada pues tan deseable como la verdadera caridad, nada tan precioso como el perfecto amor. ¿En qué consiste pues el amor perfecto? Supone ante todo una elevada estima, grande admiración de Dios, y un conocimiento justo de su propia miseria, que llega al desprecio de sí mismo, luego el olvido de sus propios intereses y el buscar ante todo el bien de Dios, los intereses de Dios, la gloria de Dios. El egoísmo hace que el hombre se encierre dentro de sí mismo, el amor lo hace salir de sí, que se derrame en el objeto amado, y que se olvide de lo suyo. El que ama a Dios, no con amor mezclado, imperfecto, vacilante, que más parece un boceto de amor, sino con amor puro, ardiente, no se acuerda de sí mismo: yo, dice, nada soy, nada merezco, no me aflijo por mí; Dios es tan bueno, tan poderoso, que tendrá buen cuidado de mi persona; me arrojo en sus brazos, le dejo mis intereses, mi reputación, mi salud, mi vida; haga Dios lo que le plazca. Mi Dios es todo. Quiero amarle, verlo amado, y hacer que le amen; me costará, pero qué importa, con tal que reine.

Hay pues en el amor desinterés. Nuestro Señor lo dió bien a entender. Cuenta San Marcos (I, 35), que después

de haber pasado un día obrando milagros, salió Jesús al amanecer de la casa de Simón y Andrés para hacer oración en el desierto. San Pedro y sus compañeros corrieron en su busca y le dijeron: todo el mundo desea veros. Sí, todos lo buscaban, y dice San Lucas (VI, 46), que cuando la multitud tras los apóstoles encontró a Jesús, lo detenían consigo para que no se les fuera ya. Y con todo eso, esta misma multitud no tardó en apartarse de él: su amor, aunque grande, era un amor muy interesado para que fuese durable. Lo cual manifestó Jesús claramente en otra ocasión, cuando una multitud lo iba siguiendo (Luc. XIV, 25). Era tan bueno seguir a Jesús, cuyas palabras les interesaban tanto, y que repartía a manos llenas sus milagros: un Maestro tan poderoso y tan bueno no había de procurar toda suerte de dulzuras a los que le siguieran? Jesús, que leía en sus corazones, quiso desengañar a tal casta de seguidores: cuidado, les va a decir, si no buscáis más que goces, estáis muy equivocados. «Si alguno quiere seguirme, les dice, y no renuncia al afecto que tiene a su padre y a su madre, a su mujer, y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y aun a su propia vida, no puede ser mi discípulo». Cierto, rigurosamente hablando, no es necesario para salvarse, romper con la familia sino cuando son un obstáculo a la observancia de los preceptos divinos; más para llegar al amor perfecto, se necesita llevar más lejos la abnegación, hay que vivir en el desasimiento y la renuncia, y ponerse en disposición sincera y profunda de cumplir, sin vacilar, todos los sacrificios que Dios inspire, y aceptar todas las pruebas que Dios envíe.

El amor ya perfecto reina en toda la naturaleza humana, en la inteligencia, en la voluntad, y las facultades operativas; por él se verifica lo de amar el hombre a

Dios con todo su mente, con todo su corazón, con todas sus fuerzas, o sea, con sus manos, sus brazos, sus pies; toda la potencia de la actividad que poseemos es para él. Gran error, pues no querer amar a Dios más que con la mente y el corazón, como lo es el descuidar los deberes de la vida activa para dar al rezo de fórmulas deprecativas, o a las prácticas de piedad un tiempo más considerable. No menos grave y más común todavía es el error de los que quieren amar a Dios con todas sus fuerzas, es decir, con toda su actividad, y no dan a su inteligencia ni a su corazón una parte suficiente en el ejercicio del amor. Me absorben mis ocupaciones, dicen, y me entrego a ellas sin pensar en otra cosa, y tanto que el pensamiento de Dios no vuelve a mi memoria sino de cuando en cuando, pero por la mañana oriento bien mis intenciones. No, éstos no aman a Dios con toda su mente, con todo su corazón. El amor natural cuando es ardiente no olvida así a la persona amada: aun trabajando, el padre piensa en su familia, la madre en su esposo, en sus hijos, su corazón trabaja tanto como sus brazos.

En fin, el amor tiende a la unión, a la imitación, a la transformación en el amado. Si lo admiramos, ¿cómo no desear asemejarse a él? El amor, además, es la voluntad que se complace en su objeto; se le presenta como muy amable y se deja atraer por él; tiende pues a unirse con él, y como la unión exige cierta conveniencia, para realizarla, procura adaptarse a dicho objeto, armonizarse con él, asemejarse, transformarse en él.

Por tanto, aproximarnos a Dios, permanecer a solas con Él y cuanto los deberes de la vida lo permitan, es como el primer acto de la unión a la cual aspira todo corazón amante. Mas para que la unión sea completa, es necesario también unirse a Jesús en las acciones de la

vida, hacer lo que Él hacía mientras vivió entre nosotros, hacerlo como Él, no sólo haciéndolo enteramente para Él, sino además con Él, bajo su influencia benéfica, imitarlo y seguir con tal fidelidad sus inspiraciones que Jesús y el alma sean una cosa. «Si alguno quiere servirme, dice el Salvador, que me siga; y donde yo estoy, allí estará también él». Sí, dulce es seguir a Jesús en todas partes: en la gruta de Belén participando sus privaciones, en Nazaret tomando parte en sus penosos oficios; por los caminos de Palestina, en las ocupaciones de celo, en el ejercicio de la caridad a los hombres; en el desierto, para recogerse y rechazar victoriosamente los asaltos de Satanás; en el monte a donde se retira, por vacar a la oración; en la barca agitada por las olas, o sea, en las tempestades, donde nos protegerá; en el Tabor, cuando le plazca consolarnos; en el Cenáculo, para alimentarnos con su carne; en el Calvario, para padecer, ser humillado y morir con Él.

El amor perfecto tal como lo hemos diseñado es el que practican los que se dan a Dios sin reserva; éstos están dispuestos a no negarle nada, y tal disposición no es efecto del entusiasmo como en los principiantes, que no tienen experiencia de las dificultades y luchas; su sinceridad y firmeza está probada por una lealtad no desmentida por ninguna clase de encuentros. Para lograr la salvación no es necesario extender el amor a esa perfección; pero cuán superior sea este amor generoso al de las almas imperfectas, defectuosas, cuán diferentes en el cielo los efectos de uno y otro, nadie es capaz ahora de comprenderlo. Las almas piadosas pero imperfectas, deficientes, no sienten estos ardores por el sacrificio; tienen, es verdad, un principio de puro amor de Dios; lo estiman y desean su gloria divina, pero sin

ánimo para procurarla a cualquier precio. Su disposición dominante es buscar su propio bien; lo buscan en Dios, porque la fe les enseña que sólo en Dios pueden hallarlo; obran pues por espíritu de fe, es un acto sobrenatural y meritorio. El conjunto de su vida, los muchos actos de virtud que realizan, son buenos y dignos de recompensa, como inspirados por la fe.

Pero ¡cuánto más nobles y divinos son los actos efectuados por las almas generosas! También ellas comprenden, sin duda, y mucho mejor que las imperfectas, que encontrarán en Dios su felicidad, y el gozo que les produce la idea de poseerlo en el cielo es mucho más grande, pero en el ardor de su amor miran a Dios más que a sí mismas, se olvidan de eso y buscan no ya el bien de la criatura, sino el de Dios. Inmenso es el mérito de este amor desinteresado. ¿El amor imperfecto, alterado por el egoísmo, aun cuando se multiplique, podrá igualarlo jamás? ¿Una donación hecha con estas reservas, aunque aumenta los méritos conforme se va renovando muchas veces, equivaldrá jamás al don absoluto de sí mismo, aunque no durara más que un solo día? Parece que ha de haber en el cielo una gran diferencia en la manera de gozar de Dios los que por Él sacrificaron todos sus gustos o atractivos y vencieron sus repugnancias, y los que amaron a Dios mucho más tiempo, quizá, pero sin cesar jamás de cuidar y halagar la naturaleza, y de buscarse a sí mismos. No sólo es desigual la cantidad de gozo, sino que el modo habrá de variar también; en los verdaderos amigos de Dios debe ser no sólo más abundante, sino más delicado y sabroso.

Fruto es de una gracia eminente este amor perfecto, a lo menos, cuando en vez de un acto pasajero es bastante profundo, bastante firme para formar la disposición ha-

bitual del alma ferviente. Dios mismo lo produce en el alma: no sólo dándole esa capacidad de hacer actos virtuosos de amor, razonando y excitándose a ello, como lo hace con todas las almas fieles, sino que Dios infunde en el alma ferviente el amor en ejercicio; Dios mismo produce el acto de caridad con el consentimiento gozoso y la cooperación del alma que lo recibe; pero no lo obtiene sino después de haberlo deseado, de haberse dispuesto para ello, después de haber trabajado esforzadamente, y cuando ya sobrellevó con entereza las purificaciones, las pruebas, que lo hicieron posible; es obra del Espíritu Santo mucho más que de la criatura.

IV. Varios modos de amor. Sentimientos que produce

Este amor perfecto reviste varias formas: el Espíritu Santo que lo inspira mueve a las almas a actos muy diferentes según sus planes divinos. El mismo espíritu inspira a Marta darse toda al servicio, y a María, unas veces a permanecer silenciosa cerca del Maestro, otras a lavar con sus lágrimas los pies del Salvador, otras a derramar sobre su cabeza un perfume costoso. El mismo amor cambia, según las circunstancias, uno es en la prosperidad, otro en la adversidad; en un mismo caso puede producir a la vez en el mismo corazón afectos muy diversos. ¿En qué pensaba San Pedro en la prisión de Jerusalén rodeado de sus carceleros y San Pablo conducido por los quinientos soldados de Lisías por el camino de Cesárea? ¿Qué sentimientos se alzaban en su corazón? Primeramente se consideraban felices con que

se cumpliese en ellos la voluntad de Dios, más amada de sus corazones que todos sus proyectos; descansaban acerca del porvenir en la bondad y la sabiduría divinas; se regocijaban con sufrir por un Dios tan amado; además se afligían viendo a Dios tan gravemente ofendido por sus perseguidores, experimentaban también un amor abrasado de celo, y muy vivos deseos de continuar su misión y de ganar para Dios muchos gentiles. Los actos de fe, de confianza, de abandono en Dios, de acción de gracias, de suplicaciones se sucedían en su corazón inspirados todos por el amor.

El mismo amor, descontando las circunstancias exteriores que lo hacen variar, presenta modos distintos según la diversidad de las luces de la gracia. El alma a veces percibe el gusto de su amor, Dios le da a conocer por una viva luz gratuita que mora en ella y es el autor de las suavidades que está gozando; aprende así a conocer por experiencia la bondad de Dios; *cognitio experimentalis est quando quis experitur gustum divinae dulcedinis* (San Thomas, t. II, q. 97, a. 2, ad 2). A veces no tiene esta experiencia de lo divino, ni el gusto de Dios, pero aspira fuertemente a El, quisiera salir de sí misma para lanzarse, anegarse en el amado. Otras el amor que Dios comunica es frío y árido, pero fuerte y apurado, sólo la voluntad en su más fina punta, como dice San Francisco de Sales, está bajo la acción del Espíritu Santo. Veces hay que es doloroso y martirizante, pues el alma siente a la vez un gran deseo de amar a Dios e igual incapacidad de ejercitar este amor, o bien sintiendo vivas ansias de la gloria de Dios y viéndole desconocido, ofendido, ultrajado por sus hijos.

El amor, como se ve, puede producir sinsabores tanto más crueles cuanto más ardiente; o también originar

gozos tanto más sabrosos cuanto el amor sea más fuerte. Las almas pobres de amor no conocen estas alegrías ni tales amarguras; no se forman concepto alguno de ello; hay aún quienes al parecer ni creen en ellas. Así la vida de los santos para muchos cristianos y a veces por desgracia para los que por su alta vocación y tantas gracias ofrecidas deberían ir por el camino de los santos, es un libro cerrado; ni lo comprenden ni lo sienten, así como no comprenden ni sienten los libros de los grandes místicos que describieron muy bien el puro amor.

Sin embargo, si el amor produce muchas veces vivos sentimientos de alegría o de tristeza, de deseo o de temor, puede también, según lo dicho, subsistir y ser muy puro y bien intenso en un corazón frío y tranquilo que parece insensible. Puesto que el amor está en la voluntad, se puede querer el bien de Dios, la gloria de Dios muy firmemente y a cualquier precio y no experimentar ninguna emoción; puede estar uno sincera y resueltamente dispuesto a sacrificarlo todo por Dios, persistir en esta disposición en medio de las pruebas más amargas, en presencia de las dificultades más penosas y con todo eso tener el corazón como paralizado e incapaz de todo sentimiento. Por lo demás el ardor de éstos puede ser efecto de una sensibilidad excitada más que de una voluntad firme, los deseos pueden ser vivos y llegar sólo a veleidades: no es raro ver personas de imaginación ardiente que parecen dispuestas a realizar grandes cosas y un mediano estorbo las detiene: «No todos los que me dicen, oh Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, dice Jesús, sino quien hace la voluntad de mi Padre». (Mat., VII, 21). «Seréis mis amigos si cumplís lo que os mando». (S. Juan, XV, 14).

La señal pues, del amor puro es la práctica de las virtudes, pero una práctica constante y además fácil y gozosa de aquellas virtudes que son eminentemente sobrenaturales como la humildad, el desasimiento, la paciencia a toda prueba, la caridad que se extiende a todos: *a fructibus eorum cognoscetis eos:* el árbol se conoce por sus frutos y los verdaderos amigos de Dios por sus obras.

CAPÍTULO XXI

LA PRÁCTICA DEL PURO AMOR

I. Debemos desear el amor divino y renunciar a las vanas afecciones

«¡Ay, hija mía, dijo Nuestro Señor a Santa Teresa, cuán poquitos son los que me aman de verdad! Si me amaran no les ocultaría mis secretos». (Vida XL). A los que lo aman con grande amor los llama Jesús sus amigos: *Dico vobis amicis meis.* ¡Qué dulce nombre y qué título tan envidiable! Antes de manifestarlo a Santa Teresa había declarado a sus apóstoles que para sus amigos no tiene secretos: «No os llamo siervos porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; os llamo amigos porque todo lo que he oído de mi Padre, os lo he dado a conocer» (S. J. XV, 15). No que el Salvador enseñara a sus apóstoles ni enseñe ahora a sus amigos en la tierra los hechos ocultos o sucesos futuros que halaguen su curiosidad, sino las verdades útiles al alma que ayudan a servir a Dios perfectamente, a llevar una vida santa, eso es lo que Jesús manifiesta a sus amigos; les da la ciencia de los santos: *dedit illis scientiam sanctorum.*

Al mismo tiempo los ilumina, los fortalece, los enriquece con sus gracias, transforma su alma haciéndola cada vez más semejante a El mismo.

Es pues preciosa esta amistad de Jesús. ¿Cómo adquirirla? Jesús la concede a todo el que lo ama con amor

perfecto. ¿Pero qué medios hemos de emplear para obtener este amor verdadero que es tan raro y al que, sin embargo, son llamados todos los sacerdotes, todas las almas consagradas y las personas todas que aun viviendo en medio del mundo reciben elevadas gracias?

Hemos dicho ya que todos los esfuerzos del alma no bastan para adquirirlo, que es un don de Dios. Mantengamos esta verdad importante, pero añadamos que Dios, según dice un santo, nada comunica con tanto gusto como su amor, y por lo mismo no lo niega jamás a quien sabe disponerse para recibirlo.

La primera condición es tener un gran deseo de él. «Desear amar siempre más, decía San Francisco de Sales, es el medio de crecer siempre en el amor; el que bien desea el amor bien lo busca; el que bien lo busca bien lo halla» (*Vie*, par M. Hamon, I, VII, ch. VI). «Bienaventurados, dijo el Señor, los que tienen hambre y sed de perfección, porque ellos serán hartos.» No bastan, pues, simples aspiraciones que podrían permanecer estériles: el que tiene hambre y sed no se contenta con forjar deseos, lanzar suspiros, sino que obra, se mueve y no descansa hasta que halla alimentos y bebida; a toda costa quiere saciarse y aliviar su sed. Así el que tiene gran hambre del puro amor, primero lo pide con instancia, sometiéndose de antemano a todas las condiciones que Dios le imponga, aceptando todas las pruebas que la Sabiduría divina juzgue necesarias para purificarlo y después abrasarlo. Luego, por su parte, multiplica sus esfuerzos, se hace violencia y lucha con perseverancia contra sí mismo. El que no tiene esta sed ardiente, insaciable de amor, no la pedirá jamás con el ardor conveniente, no hará todos los esfuerzos, no realizará todos los sacrificios que son necesarios para llegar al amor perfecto,

¿Y cómo conservar este deseo encendido de perfección? Teniendo siempre presente en el alma los motivos que la hacen tan deseable. «Yo vivo, decía San Pablo, en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gal. II, 20). Este pensamiento de que su Dios lo amó hasta la muerte no lo dejaba el santo apóstol jamás y por eso lo mantenía en disposición constante de devolverle amor por amor. ¿No prometió Jesús que la devoción a su Corazón divino volvería fervientes las almas tibias y muy perfectas las almas fervientes? ¿Y esto porqué? Es que ella nos pone sin cesar delante de la vista el inmenso amor de Jesús, y nos decide a no vivir como ingratos, ni rehusar nada a quien tanto hizo por nosotros. Los ejercicios de piedad, sobre todo la oración bien hecha, las lecturas piadosas, pero bien escogidas, son un excelente medio de recordarnos las bondades de Dios, el encanto y valor de su servicio, y de conservar siempre ardiendo en el corazón la sed del santo amor.

El segundo medio para aumentar el amor es renunciar por Dios toda afección que no sea inspirada por él, despedir sobre todo el amor de nosotros mismos, porque el amor divino está siempre en un alma con proporción del olvido de sí misma. Jesús compendió todo su Evangelio al pronunciar aquella sentencia: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame».

Hay también que atender a no mezclar un amor excesivo de sí mismo con el celo de la gloria de Dios, cuando procuramos la virtud. ¡Cuántas personas cuyo deseo de perfección no es bastante desinteresado! En vez de decir: quiero, cueste lo que cueste, agradar a Dios, alegrar a mi Jesús, piensan, y muchas veces sin advertirlo bien:

quiero santificarme, porque es tan bello ser perfecto, tan consolador ser virtuoso. Sin duda, no es ese el único motivo de sus afanes; el amor tiene también su parte, pero no la que debiera tener. En el alma ardiente y generosa, el deseo de la gloria de Dios es tan poderoso, que dice con toda sinceridad: yo abandono en las manos de mi Padre todo mi presente y todo mi porvenir. El me tratará según su bondad; no quiero trabajar más que por él, no miro sino a amarlo y a que sea amado. El alma que está en tal disposición progresa con más rapidez y va mucho más lejos que la que no acierta a olvidarse de sí.

Da grandes pasos, sobre todo, si, al mismo tiempo, es más animosa en la práctica de la abnegación. Los sacrificios, en efecto, las mortificaciones de todo género practicadas con muy pura intención, ved ahí los verdaderos medios de adelantar en el amor, medios indispensables, realmente insubstituíbles. Practicados por Dios, son actos de amor y de amor el más puro; son también pepitas de amor, porque producen otros actos, y todo el que siembra muchos sacrificios recogerá gran cosecha de amor.

Importa mucho lanzarse con generosidad por el camino de la abnegación, pues el que no tiene bríos, el que vacila, se detendrá muchas veces. En el camino del amor y del sacrificio *el que calcula, recula.* El que mucho reflexiona, siempre halla razones para huir lo que cuesta, o hacer lo que agrada; poseyendo poquísimo amor de Dios y mucho amor de sí mismo, tomará las más veces el partido de la naturaleza; pareciéndole grandes los cortos sacrificios que hace, se contentará con eso, y así tendrá pérdidas incalculables Los que, por lo contrario, ponen desde el principio grandes alientos para mortificarse y humillarse, llegan pronto a un grado de amor

bastante fuerte para reputarse felices padeciendo por Dios, e inmolándose por él. Como los sacrificios le cuestan menos, los multiplica sin hacer cuenta de ellos, y el amor hace rápidos progresos en él.

II. Diversos modos de ejercitar el amor

El tercer medio de acrecentar el amor es el ejercitarlo. «No conozco mayor fineza para llegar a amar que el amar, decía San Francisco de Sales; como se aprende a estudiar estudiando, a hablar hablando, a trabajar trabajando» (*Vie*, por Hamon, t. II, p. 392). En toda ocasión hemos de hacer actos de amor. Dios nos envía penas, separaciones, desgracias dolorosas, lancémonos en el amor; esos actos de amor confortarán nuestro corazón, y aliviarán a nuestros difuntos. Se apodera de nosotros la inquietud, la angustia, echémonos en el amor; Dios que nos ama tendrá cuidado de nosotros y velará por todos nuestros intereses. El demonio nos tienta, exagera a nuestra vista las injusticias del prójimo, excita nuestro resentimiento, estimula nuestro amor propio, reaviva sus heridas, subleva nuestras pasiones; esforcémonos por elevarnos sobre todas nuestras concupiscencias y olvidar todos nuestros desabrimientos, y con un acto generoso de amor lancémonos en el Corazón de nuestro Jesús. Nuestra naturaleza tan perezosa retrocede delante de un sacrificio que Dios nos pide; no atendamos a lo que nos seduce o atemoriza; miremos a Jesús que tanto nos amó; a la Santísima Trinidad tan llena de ternura hacia nosotros, y hagamos el sacrificio amando. Decir siempre y en todas partes: Dios mío, no quiero pensar en cuanto se presenta a mi imaginación, o cautiva y

seduce a mi pobre corazón; quiero pensar en Vos, quiero amaros a Vos.

Para mantenerse en el amor, y esquivar los pensamientos que tiendan a desvíar de Dios y distraer, es muy bueno si queremos expresarle alguna petición, o encomendarle alguna persona querida o un asunto importante, hacer actos de amor a modo de plegaria. Menciónese solamente la intención por la cual se quiere rogar, declaremos a Jesús el nombre del alma por la que le pedimos gracias y después procuremos ejecutar muy cordialmente actos de amor. Dios sabe mejor que nosotros lo que conviene a cada uno de sus bijos, desea más que nosotros su bien espiritual; para concederle mayores gracias solamente espera de nosotros una oración ardiente y confiada; ahora bien los actos de amor ofrecidos con este fin no serán la mejor y la más eficaz de las peticiones? «Para conseguir que esta obra prospere, que este pecador se convierta, que esta alma piadosa se santifique, que yo me santifique a mí mismo, os amo, Dios mío. Os amo porque Vos sois amable, os amo para conseguir que seáis más amado. Y para daros gracias, oh sublime Bienhechor mío, qué mejor medio puedo emplear que amaros; y para alcanzar el perdón de los pecados de mi vida miserable, y testificaros todo mi arrepentimiento, y consolaros de las penas que os he causado, os amo, oh Jesús, con todo mi corazón».

No siempre es posible hacer esos actos de amor con esta unción suave que los hace tan agradables; cuando el corazón está como paralizado o inhábil, sólo la voluntad puede obrar. Aun pues en este caso ejercitemos nuestro amor. Es ejercitar el amor decir sin gusto alguno pero con sinceridad: Dios mío, quiero amaros, aumentad en mí el amor; o también: Dios mío, que seáis amado,

que los pecadores vuelvan a Vos, que los buenos sean mejores, que vuestros íntimos amigos se multipliquen, os consuelen y os regocijen; o también: Dios mío, hágase vuestra voluntad; quiero cuanto queréis y sólo eso que Vos queréis. Entre estos diversos modos de ejercitar el amor debe escoger cada uno el que más le atraiga, porque el atractivo o gusto viene del Espíritu Santo que conduce a cada cual por su camino y nos mueve a ejecutar actos tanto más perfectos cuanto más dóciles le somos.

El amor de pura voluntad puede ser tan intenso, tan puro y agradable a Dios y por consiguiente tan meritorio como el amor de sentimiento. Aun el que experimenta aridez, siendo fiel tendrá en su voluntad la resolución enérgica y constante de hacer mucho por Dios. Si sabe reavivar sus resoluciones, renovar sus promesas, por muy en calma que esté, podrá decir también como San Pablo: *Charitas Christi urget nos:* la caridad de Cristo me aprieta.

Pero sobre todo que ame con obras. Para practicar un amor constante no basta reiterar sus promesas y sus propósitos, es necesario que todos sus actos sean obras de amor: *Filioli non diligamus verbo neque lingua sed opere et veritate:* Hijos míos, decía el apóstol del amor, no amemos sólo de palabra y con la lengua, sino con obras y de veras» (I J. III, 18). Este amor práctico hay que llevarlo todo lo adelante posible, debe ser tan ardiente, tan generoso como constante; nos debemos decir: ¿puesto que Jesús tanto nos amó haremos jamás lo bastante por El? Y con este pensamiento hemos de entregarnos a El, sacrificarnos por El, y sin mucho calcular; hacer siempre lo que más le place, que de ordinario será lo que menos nos agrada. La naturaleza reclamará; en vez de ceder a ella, hagámosle violencia, dominarla, so-

meterla. Si la misma providencia para acabar la obra de la perfección, viniendo en socorro de nuestra debilidad nos impone sacrificios penosos; si nos hace pasar por pruebas acerbas, en vez de lamentarnos demos gracias a Dios y tengámonos por felices con sobrellevarlo todo por El.

Semejante conducta parece locura a los ojos de los hombres egoístas, es la locura de la cruz, o por decirlo así: la locura del amor. Mas para los que poseen este amor, aquellos a los cuales estrecha la caridad de Cristo, la locura reside en otra parte: está en el egoísmo, en la cobardía, en la desidia que retrocede delante del deber, en la prudencia excesiva que se espanta del sacrificio, que calcula todos sus inconvenientes, sin mirar bien sus conveniencias, que siempre teme hacer demasiado, sin temer jamás no hacer lo bastante. Esta sabiduría tan humana que impide al alma entregarse en todo a Dios es una verdadera locura porque priva al alma eternamente de riquezas inapreciables [1]. En cambio la locura del amor es la verdadera sabiduría.

Es tanto más sabio este amor abrasado cuanto que comunica un inmenso valor a nuestras menores obras. Cuando uno se ha establecido bien en esta disposición y actitud de no buscarse en nada, de hacerlo todo por la gloria de Dios, de escoger siempre y sin mirar a lo que

1. Todo el que ha recibido una buena formación y posee un buen juicio, es forzosamente fervoroso y llegará a ser perfecto, o bien es un insensato y sin corazón. Es ferviente y será pronto perfecto si no quiere rehusar nada a Dios con propósito deliberado; insensato y loco si a sangre fría prefiere las satisfacciones vanas y transitorias a los goces deliciosos y eternos; un ingrato, un sin corazón, si pensando en todos los beneficios de Dios y sabiendo que por el camino del renunciamiento le glorificará y le volverá amor por amor, toma el partido de no hacerse violencia y de rehusar los sacrificios que se siente inspirado a hacer.

pueda costarle lo que sea más agradable a Dios, cuando esta resolución es ya muy sincera y en firme, gracias a los actos penosos realizados, cuando un alma generosa ha sacrificado en efecto cuanto sólo tiende a satisfacer su naturaleza, entonces en todo lo que obra, aun en los actos más fáciles, pone una gran perfección de amor. Y si esta alma se ha sustentado especialmente en la oración con el pensamiento de las grandezas, de las bondades, de las perfecciones de Dios, si está llena de admiración y de amor por un Dios tan amante y tan bueno, entonces aun en las obras de apariencia insignificante, siendo su deseo de agradarle, aunque no vehemente, siempre intenso, siempre dirigido por muy santos motivos, buscando el alma siempre el bien de Dios y no el de la criatura, a cada momento gana verdaderos tesoros y se hace inmensamente rica.

Así se explican los progresos asombrosos y tan rápidos que hacen en la perfección las almas enteramente despegadas de sí mismas y que no viven sino para Dios. Nuestro Señor hizo saber a Santa Teresa que una profesa joven, Isabel de los Angeles, muerta a los cinco años de vida religiosa había merecido tanto como otras en cincuenta años de vida perfectamente regular. Así también almas jóvenes de nuestros días: San Gabriel de la Dolorosa, Santa Teresa del Niño Jesús, Gemma Galgani, Benigna Ferrero, se elevaron en pocos años hasta el heroísmo del amor.

No era solamente la pureza y la intensidad de su amor, sino también su ternura tan familiar, fruto de una confianza sin límites, la que hizo a estas almas juveniles tan agradables al Señor, la que le movía a dar a su amor aumentos maravillosos. Gemma Galgani tuteaba a su Jesús y Jesús no la regañaba. Santa Teresa del Niño

Jesús no manifestaba menos su confianza. Si queremos que crezca nuestro amor, téngase cada cual, no por un siervo, ni siquiera por discípulo, sino como amigo íntimo de Jesús, como hermano suyo tiernamente amado. Place a Jesús ser tratado como tal. ¿Por qué se hizo tan pequeño en la Encarnación, en la Eucaristía? ¿Por qué se abaja a nuestro nivel? ¿Por qué se reduce a nuestra talla? Para que no le temamos ya, porque le tratemos en cierto modo como a un igual, porque la amistad supone cierta igualdad: *Amicitia pares invenit aut facit.* Los que no llegan a esta familiaridad íntima, que no hablan con Él de corazón a corazón y con total abandono en sus manos, no responden a los deseos de Jesús. Ni pide menos el dulce Salvador, ya que hizo por cada uno locuras de amor: *Quod stultum est Dei sapientius est hominibus* (I, Cor., I, 25), que quiere incorporarse a nosotros, ser una cosa con nosotros, a fin de que nos transformemos por Él y que lleguemos a ser otros Jesús.

Feliz el que comprende esta ternura del Corazón de Jesús, que piensa en ella sin cesar, que no pierde de vista al amado, al esposo divino de su alma, que cien veces al día le habla como a un hermano muy querido como a otro yo. Vos me amáis, oh Jesús, a pesar de que yo soy tan indigno de ello. Sí, oh Señor, «aquel a quien amáis está enfermo», su alma enferma; el pecado ha dejado en ella restos tan viles, le quedan tantas inclinaciones malas y una flaqueza tan grande. Traed el remedio a estas miserias. Yo sé que vuestro amor no ha disminuído, que ni mis pecados pasados ni mis ingratitudes anteriores impiden vuestras ternuras; habéis muerto por mí cuando me veíais pecador, y me amáis aun más, ahora que me veis sinceramente dispuesto a no rehusaros nada y rehusármelo todo a mí. Esta disposición

de mi alma os basta, mas cuando hayáis purificado mi corazón, cuando lo habréis fortalecido y abrasado corresponderá mejor a vuestro amor.

Vos me amáis, oh Jesús, hasta la locura, Vos me asociáis a vuestras obras; hagamos pues todo de acuerdo. Por mi parte yo haré todo por Vos, nada para mi satisfacción; a fin de asemejarme a Vos viviré en la abnegación y el sacrificio, aceptaré las humillaciones como Vos; trabajaré asiduamente, me sacrificaré como Vos os habéis sacrificado. Y Vos, oh Jesús, haréis todo lo que os pertenece; yo rogaré, sufriré por mis hermanos y Vos les tocaréis el corazón, Vos cambiaréis o afirmaréis su voluntad; yo me sacrificaré y Vos haréis fructuoso mi sacrificio.

Tengamos pues sed del amor divino, quitemos de nuestro corazón, con una renuncia absoluta, todo lo que puede serle inconveniente; practiquemos el amor mediante la unión habitual a Dios, unión de nuestra mente y de nuestro corazón, unión de nuestra voluntad a la suya en todas las cosas; en fin, que nuestro afecto hacia Jesús sea muy confiado y familiar por el pensamiento constante de su inmensa ternura; entonces, viendo Dios que ejecutamos todo lo que depende de nosotros y correspondemos a sus llamamientos, infundirá Él mismo en nuestra alma un amor muy puro, un amor muy delicado, un amor más fuerte que la muerte: *Fortis est ut mors dilectio* (Cant., VIII, 6).

CAPÍTULO XXII

LA CARIDAD FRATERNA

I. Dios quiere que seamos caritativos

«¿Qué debo hacer para conseguir la vida eterna?» A esta grave pregunta, responde Jesús: «¿Pues no está escrito en la ley?» Y le hizo recordar al que le preguntaba los dos grandes mandamientos: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, y al prójimo como a ti mismo.—Has contestado bien, le dice Jesús, cúmplelo y lograrás la vida eterna» (Luc., X, 27-28). «A estos dos preceptos, dijo en otra ocasión, se reducen toda la ley y los profetas» (Mat., XXII, 40). Jesús pues nos declara que el amor de Dios y del prójimo resumen todos nuestros deberes. Otros pasajes de la Sagrada Escritura nos presentan el amor solo del prójimo como el que nos obtiene la eterna recompensa: «Venid benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo; porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; no tenía vivienda y me acogisteis...» Y la violación de este precepto de la caridad la indica luego Jesús como el único motivo de condenación. Por su parte San Pablo escribe a los Gálatas estas formales palabras: «Toda la ley se encierra en este precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gal., V, 14); y lo escribe a los Romanos: «El que ama a su prójimo, cumplió la ley» (Rom., XIII, 8, 10).

¿Es, pues, el amor del prójimo toda la ley como algunos incrédulos enseñan, sin tener en cuenta los deberes para con Dios, y consigo mismo? Evidentemente no se da la recompensa del cielo sino al que no ha violado gravemente ninguno de sus deberes; pero los pasajes que hemos citado nos muestran cuán importante virtud es la caridad sobrenatural con el prójimo, qué puesto tan importante debe tener en nuestra vida, y así podemos concluir que quien la posee plenamente cumple todos los otros deberes. *Ama et fac quod vis*, dice San Agustín; ama y obra según tu voluntad, porque tu voluntad guiada por el amor no querrá más que lo bueno. Para amar al prójimo como Dios quiere hay que amar primero a Dios, pues el amor de Dios es el principio del amor al prójimo; es necesario además estar siempre dispuesto a sacrificarse; luego hay que olvidarse de sí mismo, se ha de vivir en el desasimiento o renuncia, la cual hace fáciles todas las virtudes.

Además, cuando una alma posee la verdadera caridad es una señal de que está en gracia de Dios. Así lo enseña el apóstol San Juan: «Sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos» (I. J., III, 14). Al contrario cuando la caridad al prójimo es débil e imperfecta, señal de que las otras virtudes también lo son, y que el alma ha progresado bien poco: «Aún no sois en la vida espiritual sino pequeñuelos de leche, escribe San Pablo a los de Corinto, todavía sois muy carnales, pues hay entre vosotros envidias y disputas» (I Cor. III, 1, 3). Cuando los cristianos practican perfectamente esta gran virtud se dan a conocer por verdaderos discípulos de Cristo (S. J., XIII, 35), ofrecen al mundo un espectáculo sublime, y le suministran una razón bien persuasiva de la divinidad

del cristianismo. La cual pidió Jesús en su oración después de la cena: «Padre, que sean una cosa como nosotros lo somos, para que el mundo crea que me has enviado, y conozca que lo habéis amado como a mí me amaste» (S. J., XVII, 21, 23).

II. Dos tendencias opuestas del corazón humano; amor natural del prójimo y egoísmo

Es decir, con esto, que sólo las almas cristianas se muestran afectuosas y propensas hacia el prójimo? No; hubo aun entre los paganos, y hay entre los incrédulos afecciones vivas y durables, sentimientos nobles, actos de desprendimiento inspirados por la amistad, por el amor de la familia o de la patria, o bien por el amor de la humanidad; pero una caridad siempre humilde y suave, siempre buena e indulgente en sus juicios, esta caridad purísima y desinteresada que se extiende a todos, aun a los más degradados, que lleva su donación hasta a los más costosos sacrificios, que llena la vida entera sin permitir a la naturaleza darle aquellas satisfacciones que tanto apetece, esta caridad que después de Jesucristo ha sido practicada por innumerables almas cristianas, es ciertamente uno de los frutos más maravillosos del cristianismo y la prueba de que su autor es Dios.

Existen pues, dos clases de amor al prójimo, el amor natural y el amor sobrenatural. Es natural al hombre amar a su familia, a sus amigos; lo es también amar a sus semejantes; por instinto somos serviciales, compadecemos a los que padecen, nos lanzamos al socorro del que está en peligro o en alguna pena, nos place dar placer. *Homo sum*, dijo un pagano, *et nihil humani a me alienum puto;* hombre soy y todo lo humano no

puedo mirarlo como extraño. Virgilio escribió aquel noble verso: *Haud ignara mali miseris succurrere disco.* Experimentada en desdichas aprendo a socorrer a los desdichados.

Este sentimiento, aunque natural, es obra de Dios: él es quien ha puesto en el amor humano tal inclinación, y al mismo tiempo nos enseña Dios que el amor es un sentimiento noble, que es bueno hacernos bien, y auxiliarnos mutuamente. Habiendo hecho al hombre para vivir en sociedad fué gran sabiduría y bondad de Dios poner en su corazón estos gérmenes de amor. Además en los designios divinos este amor natural debe servir de fundamento al amor sobrenatural.

Este no descansa en motivos conocidos por la razón sino que se apoya en los de la fe; Dios lo ha mandado, Dios premia la caridad, Dios castiga a los que la ofenden; amando al prójimo hago la voluntad de Dios. Sí, la voluntad de Dios; la cual fué notificada a los hombres muy desde el principio; la ley de Moisés decía: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Levit, XIX, 18). De donde se deduce naturalmente esta regla de conducta que Tobías daba a su hijo: «Lo que a ti te molesta cuida de no hacerlo jamás a otro» (Tob. IV, 16).

El hombre necesita de esta recomendación: Si, según lo afirmado, lleva consigo una benevolencia innata, una inclinación natural a hacer bien, por otra parte y sin darse gran cuenta de ello, es inclinado a sobreponerse a los demás, el amor propio muchas veces ciega y extravía. Por una parte le es agradable hacer bien, por otra le molesta ser contradecido, contrariado; ahora bien, los intereses de los hombres se encuentran con frecuencia y se combaten; lo que hace feliz a uno hace desdichado a otro, los deseos de éste se oponen a los de aquél. Así

cuando se buscan comodidades, placeres, satisfacciones de sus gustos, se adopta esta divisa mundana: cada uno para sí; y retrocedemos delante de un buen oficio que exige alguna molestia. Además, sentimos antipatía por aquellos que son embarazos de nuestra voluntad, los juzgamos severamente, injustamente, como no querríamos ser juzgados, los tratamos como no queremos que nos traten. Los que así proceden suelen también ceder a su amor propio; entonces sospechan fácilmente de aquellos cuyas cualidades les hacen sombra, conciben contra ellos envidia y aversión. Por todos estos motivos, los corazones estrechos, pegados a sí mismos, aman a pocas personas y no las aman sino para sí; estiman a los que tienen sus mismos defectos, a los que les complacen o adulan, a los que los aprecian; a éstos se aficionan, a éstos alaban; a los otros los critican, los desprecian.

III. Amor imperfecto y amor perfecto del prójimo

Un egoísmo con frecuencia inconsciente es, pues, la causa de la mayoría de nuestras faltas contra la caridad. Prescribiéndonos amar al prójimo como a sí mismo, recordándonos la verdad de que somos iguales y que todos tenemos los mismos derechos al afecto de nuestros semejantes, el Señor nos enseñaba a vigilar nuestras malas tendencias, a prevenir todas estas infracciones.

La ley mosaica no fué más adelante. Era ya mucho, pero no lo bastante para el Corazón de Jesús. El mismo nos amó con un amor más noble y más perfecto: en cada uno vió un hijo de Dios su Padre, hijo muy amado, en quien Dios contempla o a lo menos desea contemplar su imagen, a quien llama para vivir su vida divina, revestido de sus cualidades, enriquecido de sus bienes, di-

vinizado, transformado en Dios por toda la eternidad. A estas almas destinadas a ser un reflejo de Dios, llenas de Dios, penetradas por Dios, transfiguradas en Dios, Jesús las ama tanto que se inmoló por ellas. Fué ésta nueva manera de amar; y Jesús quiere que practiquemos los unos con los otros este nuevo género de amor. «Os doy un mandamiento nuevo, dice, que os améis los unos a los otros como yo os he amado.» Somos inclinados a amar a los hijos de un amigo, de un hermano, de una hermana, porque vemos en ellos la prolongación de los que amamos. Así Jesús quiere que nos amemos porque todos somos hijos de Dios, a quien tanto debemos amar. Además, nos dijo que este segundo mandamiento es idéntico al primero, el mismo amor que nos induce a amar a Dios y a los hijos de Dios. Amándonos así nos amamos con el amor que a todos nos tiene Jesús. «Os llevo a todos en mi corazón, dice San Pablo a sus queridos filipenses, os amo con las entrañas de Cristo» (I. VIII). Era decir: os amo con el Corazón de Cristo, os amo con el amor que El os tiene.

Las almas que han recibido de Dios el don de una fe muy viva y de un amor puro, obtienen sin dificultad el perfecto amor del prójimo. Pues por esa fe tan viva les es mucho más fácil ver en sus semejantes los hijos queridos de Dios; y como están llenas de amor de Dios encuentran muy natural amar a los que Dios ama. Y Dios mismo deposita en su corazón vivos sentimientos de amor a sus hermanos.

La perfecta caridad fraterna es, pues, como la fe perfecta, como el amor perfecto, un don concedido a las almas enteramente fieles: es la recompensa de su generosidad; pero como Dios tiene siempre en cuenta lo del trabajo de nuestra libertad, concede con medida más grande

este don precioso a los que se han esforzado y sufrido más por practicar esta noble virtud. Cada sacrificio que realizan en favor del prójimo la acrecienta en ellos; por lo contrario, las negligencias o las faltas que no saben precaver, vuelven esta caridad menos iluminada y menos ardiente, así como menos viva su fe, menos puro su amor de Dios, menos generosas todas sus virtudes.

IV. Cómo hemos de aumentar en nosotros la caridad

Debemos, pues, esforzarnos para alcanzar este don de la caridad pura, y si ya lo hemos recibido en algún grado, hay que cultivarlo con gran esmero, guardándonos de todo lo que podría menoscabarlo, modelando nuestra caridad en la de Jesús. «Os he dado ejemplo, dijo el Salvador, para que como yo lo he hecho lo hagáis vosotros» (San Juan, XIII, 15). Procuremos en primer lugar los sentimientos del Corazón de Jesús: *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu.* La verdadera caridad parte del corazón, el corazón es ante todo el que conviene enternecer e impregnarlo de amor. Ver el prójimo en el Corazón de Dios, recordar continuamente que es la criatura amada de Dios, que le dió la existencia para hacer de ella un bienaventurado y comunicarse a ella eternamente, rumiar a menudo cuánto la amó Jesús, cuánto desea su felicidad, cuánto padeció para merecerle la gracia, ese es el medio necesario para amar al prójimo como Jesús lo amó.

Se conoce este amor por el modo de juzgar al prójimo, según apreciamos sus cualidades, conforme excusamos sus defectos. Jesús en la cruz rogó por sus infames verdugos; nada ciertamente había en ellos que los hiciera amables, sólo eran dignos de castigos; mas por-

que los amaba vió Jesús lo que podía excusarlos un poco, que no comprendían todo el horror de su crimen: «Señor, perdónalos, no saben lo que hacen». Así proceden las almas caritativas. El alma caritativa, porque ama, acoge con desconfianza las acusaciones lanzadas contra el prójimo; no nos gusta oir vituperar o condenar a los que amamos; si, pues, escuchamos gustosos las críticas y maledicencias, señal cierta de que nuestra caridad es pequeñuela. Si por fuerza las ha de oir, el alma caritativa suspende su juicio, no querría jamás sentenciar sin pruebas, lo cual es una gran injusticia; no presta ninguna atención a las acusaciones vagas, a las palabras malévolas no apoyadas en hechos; desconfía hasta de los hechos que se refieren, y muchas veces exagerados, alterados, mal interpretados. No olvida jamás que los actos exteriores, lo único que ve, reciben su mérito o demérito de las intenciones, de la pureza o perversidad de los motivos que mueven a obrar, del grado de amor, de humildad, de desasimiento, o, al contrario, del grado de maldad, de vanidad o egoísmo que hay en el fondo del alma, y como todas estas cosas le son desconocidas suspende su juicio. El alma caritativa se pone en guarda contra sus impresiones; un hecho aislado, una simple palabra nos impresiona e induce a emitir juicios muy rápidos que las más veces están mal fundados. Las apreciaciones que nos comunican, también nos alteran, y con frecuencia nos extravían; los amigos de Job eran hombres buenos e instruídos; viendo la desgracia de su amigo, les vino la duda de su inocencia, se la comunicaron el uno al otro, y por eso se excitaron también mutuamente y fueron muy injustos con el santo patriarca. La humildad del alma caritativa le ahorra muchos juicios erróneos: «El que esté sin pecado, decía Jesús, lance

la primera piedra»; el pensamiento de nuestras miserias debería siempre presentársenos delante cuando vemos las faltas del prójimo: el que se conoce miserable jamás será muy severo.

Todos estos principios de prudencia que deben guiar a nuestros juicios los comprenden y siguen las personas unidas con Dios; el amor del prójimo que Dios mismo infunde en su corazón y su humildad profunda los inclinan a la indulgencia; la paz que gozan los preserva de juicios apasionados y de apreciaciones apresuradas y, sobre todo, las ilumina Dios. No ven pues el mal allí donde no está. Si las faltas o los defectos que tienen a la vista no pueden ser puestos en duda, ni excusados, siguen amando a los culpables, tienen compasión de ellos y ruegan porque se enmienden.

Como tienen en corazón tales sentimientos les es muy natural, siguiendo el consejo del Espíritu Santo, alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran. Esta simpatía afectuosa les gana los corazones; sus palabras respiran benevolencia y mansedumbre y es muy grande el poder que da al hombre un lenguaje lleno de bondad. Palabras mordaces, irónicas, aun cuando expresen verdades útiles, son casi siempre ineficaces; hieren el amor propio y el alma lastimada no se rinde o modifica; muchas veces guarda un recuerdo amargo de esta ofensa, que le es muy funesto. En cambio las palabras amables que pueden ser tan fuertes como son dulces, hacen mucho bien; las palabras afectuosas son a las veces de mayor eficacia que los actos de bondad, que los servicios que hacemos, porque penetran, impresionan más.

V. Jesús modelo de caridad

Bienaventurados los mansos porque ellos consiguen más conquistas.

El Divino Maestro que proclamó esa bienaventuranza fué dulce en sus palabras y de gran benignidad aun con los pecadores; no habló con aspereza sino a los soberbios fariseos, porque eran los corruptores del pueblo. Su afabilidad y también su austeridad procedían de su amor: *Benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei:* Dios Nuestro Salvador ha manifestado su benignidad y su amor a los hombres. ¡Qué perfecto modelo y cuan acertado imitarlo!

¡Y qué gran dechado también de caridad en acción! Nuestro Salvador había formulado muy bien ese principio. Perfeccionando la regla que Tobías dió a su hijo: No hagas a otro lo que no quisieras para ti, Jesús tenía dicho: No sólo debes evitar el ofender a tus hermanos sino también hacer a los demás lo que quisieras que te hicieran. Con esto daba la regla de oro de la caridad, regla que ilumina hasta a los miopes y les intima todo su deber. Pero los actos de Jesús nos dan a conocer mejor lo que debe ser la caridad. «Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve» dijo Nuestro Señor (Luc. XXII, 27). El amor cuando es sincero y ardiente induce al hombre a hacerse siervo de los que ama; trabajar y sufrir, poner sus fuerzas, sus talentos a su servicio, es la felicidad del corazón amante; no espera recambio, no calcula lo que sus buenos oficios le reportarán, está bien pagado de ellos si hace feliz a la persona servida. «Amar, decía Leibnitz, es hallar su dicha en la dicha de los demás».

Tal es el amor de Jesús: su vida entera fué un per-

petuo entregamiento; todos los trabajos de su vida oculta los soportó por sus hermanos, pero en los tres años de su ministerio público mostró Jesús más claramente aun, que no vivía sino para los hijos de los hombres. Los que fieles al mandamiento nuevo que Cristo trajo al mundo, aman a sus hermanos como Jesús les amó, se hacen también sus servidores. Las personas de poca caridad, siempre encerradas en sí mismas, sin querer molestarse, y guardando para ellas lo mejor, se muestran poco serviciales, calculan las molestias que se toman y son muy propensas a quejarse amargamente de la poca gratitud que encuentran. Los que consiguieron el don de la pura caridad obran muy de otra manera; escogen siempre para sí lo inferior se encargan de lo más penoso, sacrifican su bienestar, su reposo, con el fin de servir o hacer bien, renuncian a sus inclinaciones, a su propio juicio, para practicar la dulzura y la condescendencia.

Y estos que por amor del prójimo se dedican a su servicio son los más libres de los hombres. San Pablo quiere que sus amados discípulos, llamados a la libertad, como les hace recordar, guarden celosamente este bien tan precioso, y que no vivan según la carne sino que sean por la caridad muy serviciales los unos con los otros (Gal., V, 13). Pues en vez de subyugar o esclavizar a las almas, la práctica de la caridad pura las hace libres. En efecto, los que quieren eludir toda molestia, los que prefieren tener a los demás a sus órdenes, más que ponerse al servicio de sus hermanos, que se impacientan o o irritan cuando no prevalecen sus ideas, estos viven según la carne y son esclavos de sus defectos; al contrario, los que por caridad se hacen servidores del prójimo encuentran en esto grande dulzura, sienten la paz del alma, y como sirviendo no hacen más que seguir el

atractivo de su corazón, poseen la verdadera libertad.

Pero Jesús no sólo nos sirvió. «En esto hemos conocido el amor de Dios, en que dió su vida por nosotros y así debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos» (I J., III, 16). «No hay amor más grande, que dar su vida por sus amigos» (J. XV, 13). Jesús no nos pide que demos la vida derramando nuestra sangre, sino darla, poco a poco, gota a gota, sacrificando todos nuestros gustos, nuestra voluntad en el ejercicio de la caridad. Así los verdaderos caritativos no dan una parte de su tiempo a placeres vanos, sacrifican todos sus deseos naturales, y emplean todos sus instantes y dedican todas sus ideas, todos sus cuidados, toda su actividad al servicio de Dios y de las almas; eso es realmente dar su vida por sus hermanos.

VI. Bendiciones divinas dadas a las almas caritativas

Hemos descrito lo mejor posible la caridad perfecta que pone Dios en el corazón de los que se entregan a él sin reserva. Según lo dicho, si son muy fieles en cultivar este don, si vigilan con cuidado para no ofender jamás esta virtud excelente, pero muy delicada, se va siempre perfeccionando: Dios premia a los caritativos haciendo que su caridad sea más pura, más esclarecida, más generosa. Y que ganancias no proporciona esta caridad perfecta: «nadie puede perderse en el ejercicio de la caridad», decía San Vicente de Paúl. «Si alguno, decía a sus hijos de la misión, se viera obligado a mendigar y a dormir junto a una cerca, hecho jirones y transido de frío y se le preguntara: pobre sacerdote, ¿quién le ha

reducido a este extremo? ¡Qué dicha, hijos míos, poder contestar: la caridad!» *(Vie,* Abelly, I, III, ch. IX).

¡Sí, es una dicha saber practicar la caridad a sus expensas; y cómo arrebata el corazón de Dios esa vida servicial! ¿Hay nada más dulce a nuestro Padre en los cielos, nada que más mueva el corazón de Jesús como el espectáculo del amor mutuo? No hay gozo más suave para un padre que el ver reinar la unión entre sus hijos. Porque me ama con gran amor Jesús se alegra al ver que participo sus sentimientos, y porque ama a mis hermanos se regocija al ver que yo también los amo. En qué términos tan tiernos pidió a su Padre celestial que reinara entre sus discípulos una concordia perfecta: «Que sean una misma cosa como nosotros lo somos». El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, están de tal modo unidos que tienen un mismo pensamiento, un mismo amor; a todos los que poseen la misma fe, el mismo amor de Dios es posible tener los mismos santos deseos y la misma abnegación, el mismo celo por los intereses de Dios y el mismo olvido de sí mismos; entonces son una misma cosa como las tres divinas personas. Y las gracias divinas vendrán sobre ellos cada vez más abundantes. «El que ama está en la luz, dice San Juan; el que aborrece vive en tinieblas» (I Juan, II, 10). Muchas personas notan disminuirse en ellas las luces de la gracia; se encuentran frías, sin fervor en la oración, porque combaten mal sus antipatías, porque calculan sus servicios, porque juzgan muy severamente, porque critican con gran desconsideración al prójimo. Pero los que practican generosamente la caridad, cada vez son más iluminados, cada vez más bendecidos de Dios. Ya en esta vida recompensa el Señor el ciento por uno lo que se hace por sus hijos. «Todo lo que hagáis a uno de mis pequeñuelos, a mí lo hacéis». Y

todo lo que se hace por Dios, aun en esta vida, lo paga el Señor muy bien pagado. Lo paga con su mayor amistad, porque después de haber dicho, «Este es mi precepto, que os améis los unos a los otros como yo os he amado», el Divino Maestro añade muy luego: «Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando» (J. XVII, 12-14). Amigo del prójimo, amigo de Jesús: ¿Quién pues no comprará a este precio la amistad de Dios?

CAPÍTULO XXIII

EL CELO

1. Toda alma ardiente tiene celo para el bien o para el mal

Hacer más feliz a su semejante y hacerlo más feliz haciéndolo más virtuoso ese es el más perfecto ejercicio de la hermosa virtud de la caridad, es la caridad espiritual mucho más preciosa que la caridad corporal: el alma en efecto es mucho más noble que el cuerpo y el bien que hacemos al cuerpo es efímero, mientras que el bien hecho al alma es eterno.

¿Podemos pues, influir en las almas? Sí, e influimos no pocas veces aun sin pretenderlo ni advertirlo. El hombre hecho para vivir en sociedad no guarda para sí solo los sentimientos de su corazón; los comunica al rededor: como la flor difunde su perfume y lo corrupto su hedor así los buenos edifican, los malos escandalizan Los pecadores enfrascados en el vicio son muy propensos a constituirse en seductores de sus hermanos y poco número de almas corrompidas basta para inficionar muchas pusilámines: «Un poco de levadura, suele decir San Pablo, hace fermentar toda la masa» (I, Cor. v. 6, et Gal., v. 9). «Guardaos, había dicho Jesús, de la levadura de los fariseos y de los saduceos» (Mat. XVI, 6). También las almas perfectas ejercen una gran influencia, y algunas muy ardientes pueden ganar para el bien un gran nú-

mero de almas dóciles. No comparó Jesús el reino de los cielos a la levadura que una mujer revolvió en tres medidas de harina hasta que hubo fermentado toda la masa? (Luc. XIII, 21). Los doce apóstoles fueron esta levadura y bastaron para convertir el mundo.

Hay sin embargo almas que ejercen poca influencia: son las desidiosas, inertes que no hacen ni bien ni mal, las almas apocadas y cobardes que no osan ni luchar contra el pecado ni trabajar en la extensión del reino de Dios. Estas faltan a un gran deber; si recibieron grandes gracias incurren en una responsabilidad temerosa: Jesús declaró que toda higuera estéril sería maldita. Y San Agustín nos enseña que no pocas veces los buenos son castigados con los malos por no haber combatido el pecado que podían impedir. (De civit. Dei, I, 9).

¿Cómo podría ser esto de otra manera? ¿Cómo no había de castigar Dios este egoísmo de un corazón sin celo? En efecto, el que no tiene celo está sin amor: ni amor de Dios, ni del prójimo; no posee el amor de Dios el que no tiene muy entrañado en el alma que Dios sea conocido, adorado, obedecido, amado de sus criaturas; nó ama a Jesús el que no desea lo que Jesús tanto deseó, lo que le hizo soportar tantas fatigas, pasar por tantas humillaciones, sobrellevar tantos tormentos; no ama a sus hermanos el que no está dispuesto a emplearse en procurar a los buenos los más grandes bienes, un aumento de felicidad eterna, y librar a los pecadores de las penas eternas del infierno. Hoy mismo van a comparecer delante del Soberano Juez cerca de cien mil criaturas humanas y su suerte será decidida por toda la eternidad; un gran número de ellos están suspendidos sobre el abismo infernal; con nuestras oraciones y sacrificios podemos obtenerles por lo menos a algunos gracias

victoriosas que los salven. Conocer esta verdad y negarse a orar y a renunciarse por vivir más a sus anchas, y así dejar caer en las llamas eternas almas que podríamos salvar, es mostrar que uno carece de corazón o de razón.

II. Dios quiere tener asociados a su obra de santificación y de salvación

Cuanto más amor tiene uno más celo hay en él. Nuestro Señor, observa San Francisco de Sales, no pregunta a Pedro: ¿Eres sabio o elocuente? para decirle: Apacienta mis ovejas, sino: ¿Me amas? (Carta al Arz. de Bourges, XII, 229). Si me amas, era decirle Jesús, pruébame tu amor empleándote mucho en las almas a las que tanto amo. ¿Me amas más que éstos? Si es así, debes trabajar más que ellos.

Por lo demás, si yo te exijo más, es también una señal de que te amo más, pues te doy una parte mayor en mi obra predilecta. ¿Cómo, en efecto, nos manifestó el Señor su amor? ¿Cómo lo ejercita Dios este amor hacia los hijos de los hombres? Dios lo ejerce con estos comunicándoles sus propios bienes, haciéndolos semejantes a Sí. Nos hace semejantes a Sí dándonos la gracia santificante con la cual participamos su naturaleza divina, nos hace semejantes a Sí cuando nos concede gracias actuales para que realicemos obras tan divinas como humanas. Dios concede esta semejanza a todos los fieles, pero a sus amigos les comunica una semejanza aún más perfecta haciendo de ellos lo que Él es, lo que constituye su gloria eterna: santificadores y salvadores. Semejanza en alto grado ha de ser ésta, para tal cooperación y ayuda: pues es una verdad afirmada por el Espíritu Santo

que somos los auxiliares de Dios: *Dei sumus adjutores* (I. Cor., III, 9). Y tanto es lo que le ayudamos, exige de tal manera nuestro concurso que llega a hacer depender de nuestra cooperación el éxito de sus obras; dependerá de nosotros que tal alma se santifique, que otra se salve; cierto, si se condena será por sus propios pecados, porque habrá resistido a la gracia, pero teniendo celo podemos mover a esta alma infiel, y alcanzarle gracias más copiosas y eficaces que la reduzcan a su Dios. Podemos pues por toda la eternidad participar con Jesús la gloria y la dicha de haber arrebatado las almas de la condenación eterna y de haberles procurado la felicidad sin fin. Hay pues en el cielo salvadores y salvados; éstos que forman la inmensa multitud de los elegidos deben su salvación a Jesús y a los que fueron sus auxiliares; la eternidad no será demasiado larga para dar gracias dignamente a la misericordia divina; los otros — y son los más escogidos de la Corte celestial, los amigos íntimos de Jesús — salvados por Él, fueron con Él y como Él salvadores de sus hermanos y cantan en los cielos las bondades de Dios, como privilegiados que fueron de ellas, y una muchedumbre a veces muy numerosa de escogidos que les deben o su felicidad eterna o un gran acrecentamiento de gloria, forma alrededor de cada uno de éstos una corona brillante, un cortejo triunfal.

El deseo del Corazón de Jesús es formarse un numeroso ejército de esforzados auxiliares. Así a toda alma que le manifiesta alguna fidelidad, desde que hace algunos progresos en el amor divino le comunica este doble sentimiento: el de celo por la gloria de su Padre, y el de amor por las almas. Estos sentimientos fueron los que siempre palpitaban en el Corazón de Jesús: «No busco mi gloria... sino que honro a mi Padre»: *Non quaero glo-*

riam meam... sed honorifico Patrem meum (Juan, VIII, 49-50). Jamás, como lo dijo ya antes, buscó otra cosa que la gloria del que lo había enviado (Ibid., VII, 18). Por la gloria de su Padre se ofreció como víctima, porque eran insuficientes los holocaustos de la ley antigua (Hebr., X, 6); por la gloria de su Padre vivió en la humillación y murió en los tormentos; y por la gloria de su Padre se sacrifica en el altar. Pero además por el bien de las almas se anonadó rebajado a la condición de esclavo, derramó su sangre hasta la última gota, y renueva con tanta frecuencia en nuestras Iglesias el sacrificio del Calvario. ¡Era tan compasiva el alma de Jesús con los hijos de Adán! Padecía cuando veía padecer; la viuda de Naim, Jairo y su hija, tantos otros pobres enfermos lo movieron a compasión. «*Misereor super turbam*, tengo gran lástima de la multitud, decía a sus apóstoles; pues hace tres días que me siguen y no tienen qué comer!» (Marc., VIII, 3). Sí, era compasivo Jesús; pero las miserias morales, sobre todo, lo conmovían profundamente; y cuando echaba la mirada sobre los de entonces, y los veía como ovejas sin Pastor, su corazón se llenaba de tristeza (Mat., IX, 36). De todos los males cuya vista le afligía, ninguno le causaba tanta pena como el pecado, el mayor mal del hombre y también el mayor mal de Dios. Por los otros males el hombre puede merecer goces inefables y eternos; en cambio, todo pecado le acarrea amargas decepciones en esta vida y deudas terribles a la divina justicia, expiaciones mucho más acerbas de lo que el pecador sospecha, y en la eternidad la pérdida de inapreciables tesoros. Por los otros males son vengados muchas veces los derechos de Dios; por el pecado Dios es ofendido, sus derechos violados, su gloria deshonrada, su santidad agraviada, su bondad desconocida,

sus deseos de hacer bien defraudados, la muerte de un Dios despreciada, y las gracias que tanto le costaron a Jesús, conculcadas.

Estas verdades son las que Jesús quiere dar a conocer a las almas fieles, gusta de darles parte en los sentimientos que lo animan, su deseo de la gloria de su Padre, su odio al pecado, su compasión por los pecadores. Toda alma sinceramente piadosa, participa en algún grado de estas disposiciones; con los años este celo debería acrecentarse, pero si el alma no hace progresos en la renuncia, se presentan inconvenientes que detienen su desarrollo, y crecen los defectos que lo disminuyen: el amor del reposo y de la tranquilidad, el buscar los éxitos humanos, la aprobación o la estima de las criaturas, sofocan los deseos de la gloria divina.

III. El celo perfecto, inspirado por el amor, iluminado por la fe, es amable y firme, discreto, animoso, penitente

Digamos lo que es el celo puro y ardiente, que Dios comunica a sus verdaderos amigos y los hace tan perfectos imitadores y auxiliares tan poderosos de Jesús.

El celo verdadero es ante todo una prolongación del amor divino. Herida de este santo amor y olvidada de sí el alma perfecta no tiene deseo más activo que el de la gloria de Dios. Las primeras peticiones de la oración dominical: «santificado sea el tu nombre, venga a nos el tu reino, hágase-tu voluntad», expresan bien sus disposiciones continuas y dominantes; ninguna oración le es más sabrosa; a este fin dirige todas las obras de su vida; no tiene gozo más grande que ver a su Dios glorificado; sus penas, sus congojas las motivan ya su propia

impotencia para hacer por El cuanto se merece, ya la ingratitud que le manifiestan sus criaturas.

El verdadero celo es también una prolongación, o mejor dicho, el ejercicio mismo del amor al prójimo; es pues necesariamente afectuoso. San Pablo en sus Cartas nos descubre todas las ternuras de su corazón con los que había convertido: les habla como a hijos muy queridos, son el objeto de todos sus cariños; sus progresos le ocasionan mucho contento; sus faltas, mucha tristeza; sus penas lo desconsuelan. No es un afecto blandengue, y muy humano, sino sobrenatural y bien delicado. Siente muy viva afección aun por los que cierran los oídos a sus exhortaciones: «Grande es mi congoja, y continua la tristeza de mi corazón» (Rom. IX, 2). Y este dolor lo motiva el endurecimiento de los judíos, y porque ve realizarse el vaticinio de Isaías acerca de Israel: «Extendí mis manos todo el día hacia un pueblo incrédulo y rebelde» (Rom. X, 25).

En todos los verdaderos amigos de Dios se encuentra este grande amor de las almas; las personas de virtud ordinaria tienen un celo mucho menos ardiente. Los poco despegados son demasiado propensos a encerrarse en sí mismos, para amar a los otros con amor perfecto; y, además, muy sensibles a lo que habrán de padecer en la práctica del celo, para no sentir bien pronto disminuir sus primeros ardores; en fin, los que no han recibido grandes luces no ven lo bastante en aquellos por los cuales deben trabajar, a los hijos muy queridos del Padre celestial; consideran sobre todo la humanidad con sus miserias; no piensan lo suficiente en la gracia santificante, la cual en las almas imperfectas queda oculta bajo sus defectos, como un diamante entre bancales de cieno; tampoco miran mucho a las maravillas de la gracia que Dios

podría y aun desea realizar hasta en los pecadores. El alma muy unida a Dios, mirando más sobrenaturalmente, fomenta con facilidad en sí misma sentimientos de ternura y de abnegada acción en favor del prójimo; aun cuando encuentra ingratitud su afección es muy viva, prueba manifiesta de que no es un afecto natural, sino don precioso que Dios le concede y lo fomenta en su corazón contra todas las oposiciones.

Esta alma fiel, viendo todas las cosas como Dios las ve, vive en el pensamiento habitual de la otra vida, y es menos sensible a todo lo que pasa; mientras que el alma buena, pero imperfecta, aunque cree en la vida futura, no piensa bastante en ella; es mucho más sensible a las cosas presentes; se deja impresionar más vivamente por las penas, las dificultades, las contradicciones, y mucho más también por los defectos que observa en el prójimo. Para Dios eterno no hay pasado ni futuro, todo le está presente; cuando mira nuestras almas, ve que serán un día muy bellas, gloriosas, admirablemente santas, y se complace en verlas así, tales como serán eternamente, más que como son ahora en un estado de formación, que dura tan poco, y que siempre cambia. Participando en alto grado estos sentimientos de Dios, el cristianó celoso, cuando se entrega al bien de sus hermanos, prescinde de sus defectos que algún día desaparecerán; trabaja para la eternidad y los bienes que trata de procurar a los demás, como los desea para sí mismo, son los bienes eternos.

Estos bienes eternos son los espirituales, los dones de la gracia, por los cuales las almas, aun en esta vida, son con magnificencia ataviadas y hechas dignas de Dios, agradables a Dios. Estoy celoso de vosotros, decía San Pablo a los de Corinto, como Dios de las almas que ama:

Aemulor vos Dei aemulatione; celoso de vuestra pureza, celoso de vuestra perfección, celoso de vuestra santidad. Animados de estos ardientes deseos, los amigos de Dios no escatiman ninguna molestia por procurar a los demás tan preciosos dones. Se aplican primero a ganar los corazones: «Me hice siervo de todos, dice San Pablo, para ganar el mayor número posible. Me hice judío con los judíos, a fin de ganar los judíos; con los que viven según la ley he servido como si estuviera bajo la ley; con los que estaban fuera de la ley, he vivido como si estuviera fuera de la ley; me hice todo a todos para ganarlos a todos» (I, Cor., IX, 19, 22). «Procurando agradar a todos en todo, no busco mi provecho, sino el de los otros, para que se salven» (I Cor., X, 33).

Pero este mismo celo, que hace al alma tan activa para ganar los corazones, tan animosa en todos los sacrificios a fin de complacer a los que quiere salvar, mueve a veces a desagradarles: ¿no conviene así en efecto para corregirlos? Los que tratan de atraerse los favores de las criaturas faltan muchas veces a este deber; los que no buscan sino los intereses de Dios y de las almas no tienen estas debilidades y condescendencias culpables. «¿Busco agradar a los hombres o a Dios? Si agradara a los hombres, ya no sería siervo de Cristo» (Gal., I, 10). «A pesar de que cuanto más os quiero sea menos querido de vosotros» (II Cor., XII, 15). Luego por una parte, hacerse siervo de sus hermanos, sacrificar por ellos sus gustos, su bienestar, sus deseos, dedicarles todos sus instantes, todas sus fuerzas; y por otra recordarles siempre sus deberes; siempre con bondad, pero con entereza apartarlos del mal, y moverlos al bien aun cuando esto les extrañe y descontente; así lo hacen los verdaderos amigos de Dios.

Pero siendo firme, el celo verdadero es prudente y avisado. Escribiendo a un misionero de Argel, el cual «tenía más necesidad de freno que de espuela»; San Vicente de Paúl trataba de moderarlo. «Os ruego que condescendáis lo posible con la flaqueza humana; ganaréis más pronto a los eclesiásticos esclavos compadeciéndoles que con el reproche y la corrección; no carecen de luces sino de fuerza, la cual se insinúa por la unción exterior de las palabras y de los buenos ejemplos. No digo que se autorice el desorden, sino que los remedios deben ser suaves y benignos en la situación en que se hallan». Después le aconseja que no trate de convertir los turcos, porque así estos les prohibirían su ministerio, el cual solo era con los esclavos cristianos, y añadía: «El celo no es bueno si no es discreto» (*Vie*, por Abelly, l. II, c. I, sec. 7, par. 6).

Las almas muy unidas a Dios y que están bajo la influencia de los dones del Espíritu Santo, son muchas veces ayudadas en la práctica del celo por las luces del don de consejo, bien superiores a las que da la virtud de la prudencia; no es ya la inteligencia la que razona con acierto y descubre con prácticas reflexiones los mejores medios que se han de tomar para hacer el bien; son ideas repentinas que le vienen, luces que lo iluminan en el momento oportuno y le inspiran decisiones de gran sabiduría y consejo.

Pero si es prudente y discreto el celo verdadero es al mismo tiempo animoso sin temer nada de los males de esta vida. Las personas buenas pero no del todo desasidas carecen a menudo de este valor. «Por desgracia, escribía San Francisco de Sales, uno de mis predecesores, en el momento en que la herejía daba sus primeros asaltos a la fe cristiana en Ginebra, se espantó y tomó

la fuga. Si hubiera permanecido firme en su puesto combatiendo el error y defendiendo la fe como era su deber, Ginebra sería aun católica» (*Vie*, por Hamon, 1, L. ch. V). Sin llegar a abandonar su puesto los que tienen poca generosidad retroceden ante los esfuerzos o las obras que les parecen muy penosas, buscan y encuentran, como sucedería a este Obispo poco animoso, excusas que no tienen valor delante del Soberano Juez. Las almas unidas a Dios, que ejercitan plenamente el don de fortaleza, no tienen estas flaquezas.

No retroceden tampoco ante las obras de expiación impuestas a todo el que quiere luchar eficazmente contra el pecado. Los cristianos de pocas luces y que son poco iluminados porque temen y desechan la luz, no comprenden que el celo es poco fecundo sin la penitencia. Todos los santos por lo contrario, todos los verdaderos imitadores y proprios amigos de Jesús, se sienten impulsados a la mortificación, ya porque miran al celo, ya por la necesidad de someter su naturaleza y de reparar sus faltas: comprenden con las luces del Espíritu Santo — y estas luces las reciben a medida que se muestran más generosos — que las gracias que libran al hombre de sus viles placeres deben ser conseguidas por el sufrimiento, como las que le dan la victoria sobre su orgullo deben ser ganadas por la humildad.

IV. El verdadero celo es poderoso y fecundo: es una participación del celo de Jesús

Es poderoso sobre el corazón de Dios el que busca el sacrificio y se entrega al sufrimiento para ganarle almas, librar a sus hermanos del pecado, y hacerlos más amantes y virtuosos. Y cuando intercede su intercesión

es maravillosamente eficaz. Y lo que es más, aun cuando calla, la amistad que el Señor tiene con él, aprovecha a todos los que conoce. «¿Creéis, decía Jesús, a una piadosa señora, que soy menos delicado en mis ternuras que vosotros en las vuestras?» Y le dió a entender que si nosotros nos hacemos amables con los parientes de los que amamos para no lastimar el corazón de nuestros amigos, El está lleno de solicitud por las almas justamente queridas de sus amigos, concéde a estas almas los dones diversos que sus amigos les desean, pero que no les pueden procurar. Jesús le manifestó, además, las almas que El amaba, como si estuvieran en la cima de un monte, cayendo la lluvia del cielo con abundancia en esta cima, y bajando por las vertientes, es decir, a las almas queridas de esta alma. (*Lucie-Christine,* por el P. Poulain, p. 150). Por el afecto que profesaba a Marta y María resucitó Jesús a Lázaro; la oración de San Esteban, alcanzó la conversión de San Pablo; las súplicas y lágrimas de Santa Mónica consiguieron a San Agustín para la Iglesia; M. Olier debió su conversión a la vida edificante de una señora de París, María Rousseau, y sus grandes progresos en la santidad a la venerable Madre Inés de Langeac.

Jesús escucha pues, las oraciones de sus amigos cuando interceden por sus hermanos; bendice siempre y admirablemente su celo: todos los santos fueron grandes misioneros y poderosos santificadores. No se ven siempre manifiestamente los frutos del celo de los grandes amigos de Dios; muchas gracias obtenidas por ellos recaen a lo lejos sobre almas que no conocerán sino en el cielo, pero siempre será verdadera la promesa del Señor a Abrahán: «Si hay diez justos no destruiré a Sodoma» (Gen. XVIII, 32); y la que ya citamos de Jesús a Santa Margarita María: «Un alma justa alcanza el perdón de

mil criminales». El alma justa, según el lenguaje divino [1], justa a los ojos de Dios es la que le da todo lo que El tiene derecho a exigir, sin reservas, siempre dispuesta a hacer en todo la voluntad divina; esta alma da a Dios más gloria que puedan quitarle mil pecadores.

Cuan fecundo pues, es el celo que Dios comunica a sus fieles amigos, a los que se entregan enteramente a El. No es ya el celo razonado y laboriosamente ejercitado de las personas virtuosas, pero imperfectas cuyo fundamento de piedad no es la mortificación y la humildad, y a las que no impulsa el Espíritu Santo por los caminos del puro amor. El celo de éstos es imperfecto como su amor; no puede ser muy fecundo; a la intención que tienen de trabajar por Dios se juntan y mezclan muchas preocupaciones humanas, muchos deseos de éxito, de ser alabados, estimados, queridos. Esta gente virtuosa que quiere hacer bien, cumple sus deberes y sus trabajos no son infructuosos; pero no se ve en ellos lo que hay en los amigos íntimos de Jesús; es unción que penetra el corazón, una luz que hace ver con mucha claridad la obligación y los motivos de cumplirla, un ardor que se comunica, y mueve al amor de las virtudes y sobre todo del Dios de las virtudes. Cuando los perfectos siervos de Dios exhortan, cuando reprenden se ve toda la verdad de sus palabras y se siente uno fuertemente movido a hacerlo todo mejor. Llenos de Dios, es Dios lo que ellos dan, y los que los dejan después de haber recibido sus consejos y sus alientos sienten que se llevan

1. Joseph autem vir ejus cum esset justus (Mat., I, 19). Erant autem justi ambo ante Deum, incedentes in omnibus mandatis et justificationibus Domini sine querela (Luc., I, 6). Homo erat in Jerusalem et homo iste justus... et Spiritus Sanctus erat in eo (Luc., II, 25). Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam (Mat., V, 6).

consigo algo más de lo sobrenatural, más de lo divino.

El celo de las almas muy unidas a Dios es una participación y una emanación del de Jesús; Jesús que vive en sus íntimos, que obra por ellos, se muestra en ellos lo que era en su vida terrestre. Ardiente en su celo vino a pegar fuego a la tierra y quería abrasarla por todas partes. Su celo lo consumía: la vista de las ofensas hechas a su Padre y de los males que los hombres se acarrean por sus pecados fué el inmenso dolor de su corazón: *Tabescere me fecit zelus meus* (Ps. 118, v. 139). Era tierno y conmovedor el celo de Jesús que lloraba por Jerusalén, que hablaba afectuosamente a Judas en el momento mismo en que este monstruo le hacía traición. Era prudente y discreto: Jesús, dice Monseñor Gay, guiaba las almas, las soportaba, las esperaba, se daba cuenta de su estado, de sus disposiciones, hasta de sus prejuicios. No exigía a una lo que pedía a otra. Se plegaba a los caracteres haciéndose todo para todos» (Elév., I).

En la formación de los Apóstoles procedió lenta y gradualmente. Primero los acogió con amabilidad cuando el Bautista se los envía, luego los admitió temporalmente en su compañía sin decirles que se unieran a su persona; si le siguieron a Caná volvieron luego a sus oficios. Un día que estaban pescando les dijo que dejaran todo y le siguieran. Más tarde los constituyó Apóstoles, pero limitando su misión a Palestina. El día de la Ascensión les manda que fueran a predicar el Evangelio por todo el mundo. Sobre todo era desinteresado y generoso el celo de Jesús que le hizo emprender tantos viajes, afrontar tantas fatigas, prestarse a muchas indiscreciones, a todas las exigencias de las turbas, sobrellevar tantas incomodidades, fué generoso hasta la muerte y muerte de cruz.

Dichosos los cristianos serviciales que continúan a Jesús, que pueden decir no sólo como San Pablo: «acabo lo que falta a la Pasión de Cristo», sino también lo que hubiera podido decir el gran Apóstol: «lo que falta a su obra de salvación».

Sí, dichosos estos amigos fieles, estos valiosos auxiliares de Dios: *Adjutores Dei,* con los que Jesús libra del infierno tan gran número de almas y conduce otras tantas por los senderos de la virtud y del amor divino.

CAPÍTULO XXIV

LA HUMILDAD PERFECTA DON DE DIOS

I. Jesús modelo de humildad

No se puede comprender el plan de Dios sobre la salvación de los hombres si no se consideran las causas de su perdición y de su condenación: *Initium omnis peccati superbia:* el principio de todo pecado es el orgullo (Eccl., X, 15). Al pecado, que es altivez y rebelión, egoísmo y pertinacia, contrapuso el Hijo de Dios su contrario: para salvar a los rebeldes soberbios, para vencer a su pérfido seductor Satanás monstruo de soberbia, Jesús se hizo pequeño, obediente, pobre, lleno de dulzura. Varias veces en breves pero enérgicos términos nos pinta San Pablo las humillaciones del Verbo en la Encarnación: *Misit Deus Filium suum, factum ex muliere, factum sub lege:* Dios envió a su Hijo formado de una mujer y sujeto a la ley (Gal., IV, 4). ¡Qué humillación: el Hijo de Dios haciéndose carne, naciendo de una criatura tan pequeña delante de El! Se hizo hijo de una mujer para hacernos a nosotros hijos de Dios. ¡Y qué humildad: el Hijo de Dios sujetándose a la ley mosaica establecida para un pueblo grosero! «Teniendo la naturaleza de Dios, dice en otra parte San Pablo, se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo hecho semejante a los hombres... se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz» (Phil., II, 7).

Toda su vida se hizo Jesús humilde y pequeño: pequeño en el pesebre, pequeño en su infancia, pequeño y abatido en su pobreza, en su condición de simple obrero, pequeño también cuando en el Jordán se mezcla con los pecadores para recibir con éstos el bautismo de penitencia. Permanece humilde y pequeño cuando sale a la conquista de las almas: es un conquistador Jesús, pero un conquistador lleno de benignidad tal como Dios lo había mostrado al profeta Isaías: «Ved ahí mi siervo al cual he escogido, mi electo en quien mi alma se complace. No clamará ni levantará su voz, ni se oirá a fuera; no quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que aun humea» (Isaías, XLII, 1). Para mostrarlo a sus discípulos no se le ocurrió al Bautista otro nombre más exacto que el de cordero; y la Iglesia como para recordarnos su bondad y alentar nuestra confianza hace repetir cada día a sus Ministros la palabra del Precursor: *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi.* Jesús que declaró bienaventurados a los mansos y apacibles, pudo decir de sí mismo: *Ego mitis sum et humilis corde:* Yo soy manso y humilde de corazón. En su Pasión se mostró tal como el Profeta lo había visto, como un cordero delante del esquilador. Humilde y manso permaneció en su triunfo porque permitió se negara su resurrección cuando pudo dar prueba de ello a toda la ciudad de Jesusalén; consintió también pasar a los ojos de un gran número por un miserable, un ajusticiado, un profeta falso cuyas mentiras se frustraron, cuyos intentos habían miserablemente fracasado. Fué humilde y dulce con Judas en el momento en que lo entregaba el traidor, fué dulce con Pedro que lo negó y ni siquiera aun se lo zahirió. En la Eucaristía es también humilde e inefablemente bondadoso y dulce; y triunfa ahí por su humildad, y produce efectos

por su dulzura. No quiere que en el cielo nos lo representemos como un noble triunfador, o un monarca magnífico, revestido de su majestad y mirando de lejos a sus súbditos. En todas las descripciones del Apocalipsis, se nos presenta Jesús constantemente como el cordero divino. A los judíos que discutían con él les habla severamente porque sus palabras son una injuria a su Padre, y la honra de su Padre lo llena de celo: *Ego honorifico Patrem*. Pero cuando lo atacan a él, se muestra más dulce, porque no busca su gloria: *Ego non quaero gloriam meam* (S. J., VIII). Oh, no, no buscaba su gloria, él, que huyó cuando lo quisieron hacer rey, y se entrega cuando lo iban a llenar de ultrajes e ignominias.

Con esta humildad triunfó Jesús. El día de su Pasión sus enemigos orgullosos se jactaban con alarde de su victoria. Cómo se felicitarían mutuamente cuando el viernes santo por la tarde se reunían por las calles de Jerusalén: para siempre está desacreditado este profeta de maldición que sedujo las gentes; ha muerto con muerte infame entre dos malvados como el más criminal de los tres; sus discípulos se esconden avergonzados; de toda su fama, de todo el entusiasmo pasado, no queda más que el recuerdo de una insensata aventura, de una empresa fantástica, conjunto de ilusiones ahora desvanecidas. Y nosotros a quienes él despreciaba recobramos todo nuestro ascendiente y toda nuestra gloria. No, Jesús no ha sido vencido. Los vencidos son esos fariseos soberbios; el crucificado fué el vencedor; porque aceptó la muerte y la muerte más afrentosa, su obra quedó fundada y fundada para siempre.

II. Jesús quiso la humildad en sus discípulos

Después de la Ascensión del Salvador, el plan de Dios no se modificó, Jesús quiso formar sus discípulos en las virtudes de la humildad y dulzura, de las cuales había dado tan elocuentes ejemplos; destinados a convertir el mundo, no podían continuar su obra sino por los mismos medios. Tuvo pues que modificar sus ideas, porque como todos los judíos, los apóstoles esperaban al principio que el reino de su Maestro, al cual reconocían por Mesías, sería un reino temporal, que Jesús sometería al mundo como lo habían hecho los conquistadores famosos de la Asiria, Persia, Grecia y Roma, y que ellos mismos serían los príncipes gloriosos del nuevo reino. «Señor, había pedido Salomé a Jesús, disponed que mis dos hijos se sienten a vuestra derecha e izquierda en vuestro reino. —No sabéis lo que pedís, respondió Jesús, ¿es que podéis participar del bautismo que voy a recibir?» Poco antes les había predicho su pasión, el bautismo de sangre, y así, pocas semanas después, el rey del mundo estaba levantado en su trono, que era la cruz, y a su izquierda y derecha dos crucificados. Santiago y Juan pedían coronas, y Jesús les propone cruces. Luego, hablando más claramente, les dió esta gran lección: «Sabéis que los jefes de las naciones mandan a sus vasallos, y que los grandes ejercen su dominio sobre ellos. No así entre vosotros, pues el que quiera ser mayor, hágase su siervo; el que quiera ser el primero, sea su esclavo» (Mat., XX, Marc., X).

En efecto, los que continuaron las obras de Jesús fueron como Él, calumniados, injuriados, perseguidos; Jesús quiso ser «gusano, no hombre; oprobio de los hom-

bres, y el desecho de la plebe» (Salm., 21, 7); también ellos aceptaron gustosamente ser, según dice San Pablo, la basura del mundo, el desecho de todos» (I Cor., IV, 31). Como Jesús, debieron hacerse no dominadores sino esclavos, servidores de sus hermanos. Nuevo concepto de la autoridad que Jesús inculcaba a los hombres: en adelante, veremos en el mundo y hasta el fin de los tiempos tales superiores cuales jamás imaginó el paganismo, que no tomarán el gobierno sino para ser más humildes, y más serviciales que sus inferiores.

Y no sólo exigió Jesús esta humildad de los que gobiernan su Iglesia; todos sus discípulos habían de ser humildes y particularmente todos los que Él quería colmar de gracias. Muchos rasgos del Evangelio nos muestran cómo la humildad atraía sus favores. La Cananea alcanzó la curación de su hija después de haber pasado por acerbas repulsas, pero su humildad enterneció al Salvador y recibió de Él un gran elogio con la gracia que pedía. Mayor elogio hizo Jesús del Centurión, que se humilló y manifestó su indignidad. En cambio, la hemorroisa no se humillaba; se escondía avergonzada de su mal, pero se vió obligada por Jesús a manifestarlo al pueblo para ser curada de su mal.

La humildad es pues, la mejor disposición para las gracias del cielo, como lo declaró la Virgen Santísima, la cual es por sí misma la prueba más espléndida de la verdad de este gran principio: *dispersit superbos mente cordis sui... et exaltavit humiles.*

Así vemos a Jesús con gran emoción dar gracias a su Padre por no haber manifestado la verdad a los soberbios, que llenos de confianza en sus luces, despreciaban sus divinas lecciones, y por haber en cambio iluminado a los sencillos, los humildes y dóciles (Luc., X, 21). «Des-

truiré la sabiduría de los sabios, y reprobaré la ciencia de los prudentes». San Pablo, después de citar a Isaías exclama triunfalmente: «¿Donde está el sabio? ¿donde el doctor?... ¿No ha convencido Dios de locura la sabiduría del mundo?... Lo que el mundo tiene por desatinado, escogió Dios para confundir a los fuertes» (1 Cor., I, 19, 27).

Así para salvar al hombre perdido por la soberbia, quiso Dios humillar ante todo este orgullo. Con el sufrimiento, la humillación es la que sirve a Dios para obrar sus maravillas, y las almas más humildes son siempre los mejores instrumentos de sus obras. Por su humildad y por su amor hacen los santos tanto bien en la Iglesia de Cristo.

III. A todos los que de corazón se esfuerzan por ser humildes da Dios la humildad verdadera

Los que aspiran a ser verdaderos amigos de Jesús deben participar sus sentimientos: *hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu;* deben ante todo ser partícipes de su humildad. ¿Qué amistad, en efecto, sería posible entre el Salvador tan humilde, tan dulce, y el alma orgullosa, susceptible, vanidosa, intratable? Porque no quieren practicar en su perfección esta hermosa virtud, gran número de cristianos piadosos quedan en la categoría de siervos sin llegar a ser jamás los íntimos de Jesús. Con todo eso, como lo nota San Vicente de Paúl, estiman mucho la humildad. «Yo he visitado muchas veces algunas casas de religiosas, dice el santo, y he preguntado con frecuencia a varias de ellas, ¿por qué virtud sentían más estima y atracción; lo preguntaba aún a las que conocía estar más apartadas de las humillaciones;

apenas he encontrado una entre veinte que no me dijera que era la humildad, tanta verdad es que todos tienen a esta virtud por muy bella y amable. ¿De donde procede pues que haya tan pocos que la abracen y todavía menos que la posean? Porque se contentan con pensar en ella, no se aplican a adquirirla» *(Vie,* Abelly, I, III, ch. XX II). Viendo todo el valor de la humildad estas personas quisieran de buena gana poseerla, pero su deseo es estéril porque están muy lejos de querer las humillaciones; acaso las aceptarían, pero con la condición de no sufrir con ellas. Jamás van pues al encuentro de las humillaciones, no saben confesar simplemente sus flaquezas; cuando faltan se excusan; no se esfuerzan por hacerse con el prójimo pequeños, modestos, condescendientes; no se aplican a ser insensibles a las faltas de miramiento, a las críticas, a los reproches, a todo lo que hiera su amor propio; aún cuando piden a Dios humildad, no estan dispuestas a aceptar de corazón todo lo que la humillación tiene de amargo para la naturaleza.

En cambio cuando un cristiano fiel movido por las humillaciones de Jesús desea participarlas, cuando hace esfuerzos generosos y perseverantes por imitar su humildad, cuando quiere de veras considerarse «como el desecho del mundo» y consiente ser tratado como tal, entonces las oraciones por conseguir esta virtud, sus instancias y súplicas van derechamente al Corazón de Dios. Llega un día — pronto para unos, sin duda los más generosos, más tarde para otros — en que este cristiano ferviente advierte que los juicios de los hombres, sus procedimientos amables o toscos no le impresionan como en otro tiempo, recibió una luz que le hace ver la nada de las honras y de la gloria, la vanidad de la estima de los hombres, de sus alabanzas o vituperios, la poca

importancia de sus amabilidades o de sus desvíos. Al mismo tiempo se ha realizado en su corazón un despego de sí mismo, una indiferencia a ser bien o mal juzgado, a ser tratado con miramientos o sin ellos, lo cual no hubiera podido adquirir por sí solo. Al parecer pertenecen al don de ciencia las luces que dan al alma estos sentimientos de humildad. En efecto, el don de ciencia, según Santo Tomás, hace juzgar rectamente de las cosas humanas y en general de las criaturas (2, 2, q. IX, a 2, c.); muestra pues el poco valor de esta gloria que tanto aprecian los hombres. Examinándose más a fondo reconoce el alma que ha recibido del Espíritu Santo otras luces que la ayudaron mucho a comprender la vanidad de los juicios humanos, a ser indiferente a la benevolencia o la malevolencia del prójimo, a desprenderse del deseo de la gloria y de los honores; estas otras luces más preciosas todavía, son las que le han hecho descubrir en ella una miseria profunda y su nada como criatura. Ya al comenzar a servir a Dios con más fidelidad, al entrar en la vía iluminativa vió mucho mejor sus defectos, pero ahora se ve como un conjunto de flaquezas y miserias. Y luego los dones de inteligencia y sabiduría le han dado una idea altísima de Dios y de lo que se le debe; todo lo que hace por un Señor tan grande y tan bueno, le parece tan indigno de Él, que está confusa y avergonzada de ello, no puede pues complacerse en el bien que hace. Además, ve toda la fealdad de sus más pequeñas faltas que ofenden a un Padre tan amable; se reprende vivamente de sus negligencias; conoce sobre todo que si hubiera sido más fiel estaría ya elevada a un grado mucho más alto de virtud. Al mismo tiempo pone Dios en su voluntad esta disposición que San Francisco de Sales llama muy bien el amor de su abyección; no le

descontenta verse tan miserable, es feliz con saber que no tiene porque glorificarse en nada, feliz con atribuírlo todo a Dios, y de pensar que si algo bueno hay en ella es obra de Dios a quien solo se debe la gloria; en cuanto a ella le parece justo y bueno ser tenida por nada [1]. Es el don de la humildad que se le comienza a comunicar. «Nuestro Señor mismo, dice Santa Teresa, pone en nosotros la humildad y muy de otra manera de lo que nuestras pobres reflexiones no podrían hacerlo. Qué comparación en efecto entre nuestros medios reflexivos y esta humildad verdadera acompañada de luz que Dios mismo enseña al alma y que la hace entrar en la nada» (*Vida*, XV).

Este nuevo afecto de humildad, junto con el gozo del sufrimiento [2], es una de las señales que dan a conocer más fácil y seguramente que el modo de las operaciones de la gracia comienza a cambiar, y que los dones del Espíritu Santo van a actuarse de una manera más frecuente que hasta entonces. Si el alma es fiel, esta virtud de la humildad crecerá más y más, y atraerá más gracias divinas sobre ella. Los que no han recibido este don extrañan ver a los santos tan humildes en medio de los favores que reciben y de las obras que realizan; los que poseen este don, aún en inferior grado, no lo extrañan; comprenden que de todas las tentaciones a las cua-

1. Mientras no se halla esta disposición en la voluntad, el alma no ha llegado a la perfecta humildad. Así muchas almas piadosas tienen bajas ideas de sí mismas, lo cual es un efecto de la gracia; pero están menos adelantadas en la humildad de lo que algunos creerían, porque no tienen el amor de su abyección; se conoce sobre todo en que se dejan llevar de tristeza o descontento cuando se les falta al miramiento, o las desestiman.

2. Hay que añadir las señales que dan los autores espirituales del estado místico.

les están expuestos los verdaderos amigos de Dios, las de la soberbia y vanidad son las que en ellos hacen más mínima presa.

IV. Los frutos de la perfecta humildad

Este don de la humildad es, en verdad, uno de los favores más estimables que Dios concede a las almas anhelantes y generosas. ¡Qué de vanos cuidados; qué de necias melancolías se ahorran! La humildad proporciona al alma una paz grande; junta con la dulzura de la cual no se separa, favorece admirablemente la práctica de la caridad: «Estad unidos, decía San Pablo a los de Filipo, tened un mismo pensamiento, un mismo amor, una misma alma, idénticos sentimientos». E indica luego los medios de conservar esta concordia, puesta por Jesús como señal característica de sus discípulos (San Juan, XII, 53); «No haya en vosotros espíritu de rivalidad, nada hagáis por vanagloria; cada uno mire a los demás como superiores a sí, mirando no a su propio interés sino al del prójimo» *(Phil.*, II, 3). En efecto, si la caridad es difícil a las almas egoístas y orgullosas, que juzgan severa e injustamente al prójimo, que se resienten fácilmente, mantienen antipatías y no saben contenerse sin derramar su bilis en el corazón de sus amigos, en cambio para las almas mansas y humildes es como natural, y juzgan con indulgencia y bondad, y siempre están prontas a emplearse del todo en servicio de los demás. De ese modo, al mismo tiempo que el Cristianismo traía al mundo la hermosa virtud de la humildad, hasta entonces casi desconocida de los hombres, se ofrecía también el espectáculo no menos nuevo de una admirable caridad.

Si favorece la caridad con el prójimo, la humildad

perfecta que nace del puro amor de Dios, cuanto contribuye también y muy eficazmente al progreso de este amor! Fácil es al alma humilde obrar con gran pureza de intención; olvidada de sí, despegada de su reputación, insensible a las honras, dice como Jesús: «Mi gloria nada es (S. J., VIII, 54); Yo no me cuido de esta gloria (S. J., VII, 50), busco y procuro solamente la honra de mi Padre (Ibid., V, 49) y de mi Dios».

Por eso; ¡cuán queridos de Dios son los humildes! Los ama porque se ponen en su verdadero lugar, no quieren arrebatarle la gloria que a El sólo le debemos. Los ama, porque es amado de ellos. Son sus amigos fieles, a los que nada les niega: *oratio humiliantis se nubes penetrabit;* la oración del que se humilla traspasa las nubes (Eccl., XXXV, 21). Les comunica sus riquezas, y derrama en ellos cada día gracias que ni siquiera sospechan. Así, conforme Jesús lo prometió, porque se hacen pequeños acá como los niños, serán los más grandes en el reino de los cielos (Mat. XVIII, 4), donde los que más se humillaron serán más ensalzados.

CAPÍTULO XXV

EL AMOR DE LAS CRUCES

I. Jesús se alegra de padecer y quiere que también nosotros nos alegremos

Hacia el fin de su ministerio apostólico, Jesús descubrió a sus apóstoles un sentimiento de su corazón, que ninguno había sospechado ni lo comprendió: «yo tengo de recibir un bautismo, y ¡cuánto se retarda el cumplimiento de esto!» (Luc., XII, 50). Este bautismo de sangre por el que tan ardientemente suspirada Jesús, y que como gran merced lo había propuesto a los dos Zebedeos (Marc., X, 38), lo anunció varias veces a sus amados discípulos como coronamiento de su misión: *Ponite vos in cordibus vestris sermones istos:* grabad en vuestros corazones estas palabras; el hijo del hombre será entregado en manos de los hombres y le quitarán la vida» (Luc., IX, 44; Marc., IX, 30). En otra ocasión, y al ir a Jerusalén para ser crucificado, describió al pormenor los suplicios que había de padecer: «El hijo del hombre será entregado a los gentiles; hecho blanco de los escarnios e injurias, escupido, azotado, condenado a muerte, y al tercer día resucitará» (Mat., XX, 18, Marc., X, 34). Más veces les hubiera hablado de lo mismo si los hallara con sus mismos sentimientos. En el Tabor, cuando su corazón fué inundado de gozo comunicando a todo su ser un esplendente reflejo de gloria, conversaba con Moisés y

Elías sobre la muerte que iba a padecer (Luc., IX, 31). Sabía bien que su muerte sería para él la victoria que le aseguraría la conquista del mundo: *Si ego exaltatus fuero a terra omnia traham ad me ipsum;* cuando fuere levantado de la tierra, todo lo levantaré a mí» (S. J. XII, 32). Cuando comenzó ya su pasión, en el momento en que el traidor acaba de abandonar el cenáculo para avistarse con los suyos, Jesús se alegró de que la hora de su triunfo había llegado: «ved que ahora el Hijo del hombre será glorificado, y Dios será glorificado por él» (Juan, XIII, 31).

Estos sentimientos de su corazón quisiera Jesús verlos en sus discípulos: «bienaventurados los pobres, les había dicho, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los perseguidos....., bienaventurados vosotros cuando os insulten y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros por causa mía, alegraos entonces, estad alegres» (Mat., V, 10, 20). No es, pues, únicamente la paciencia la que desea que practiquen, sino el amor de la cruz, amor que llega hasta el gozo del padecer. Y cuando les confió su misión les hizo esta promesa: «yo os envío como ovejas entre lobos... os llevarán a los tribunales, seréis azotados en las sinagogas, todos os aborrecerán por causa mía» (Mat., X, 16, 22).

A los apóstoles que entonces estaban aun muy lejos de la perfección, ambicionaban honores, pleiteaban por ser los primeros, no les agradaba esta doctrina. El divino Maestro los reprendió; El, siempre tan bueno, tan dulce, sólo dos veces les habló con aspereza, y fué por este motivo: la primera vez trató a San Pedro de diablo: «apártate, Satanás, que me escandalizas, estás ayuno de las cosas de Dios, sólo tienes pensamientos humanos» (Mat., XVI, 23). Pues San Pedro no quería admitir que

Jesús hubiera de padecer y que le quitaran la vida. Otra vez trató de necios a los discípulos de Emaús, porque no entendían que Cristo necesitara padecer para entrar en su gloria; *¡stulti et tardi corde ad credendum!* (Luc., XXIV, 25, 26).

Cuando ya más santos, más iluminados, se consideraron felices, con haber sido condenados y azotados por el nombre de Jesús (Act., V, 41). Y enseñaban a sus discípulos las grandes utilidades y frutos del padecer que conducen al cielo; San Lucas, en efecto, resume toda la predicación de San Pablo y San Bernabé, diciendo: «Confirmaban sus discípulos manifestándoles que es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de los cielos» (Act., XIV, 21). Así, a ejemplo de su Maestro, Pablo recomienda a los fieles soportarlo todo, no sólo con paciencia, sino también con alegría (Col., I, 11). Y Santiago escribe a los fieles: «Hermanos, sea para vosotros un motivo de alegría, el que os sobrevengan toda clase de tentaciones».

II. Las razones que tenemos para amar el padecer

Puede haber dos clases de alegrías en el padecer, la razonada y la infusa. El sufrimiento trae tanto bien que toda alma de fe debiera tenerse por feliz padeciendo. Nada noble ni grande se hace sin el padecer; aun en las cosas del mundo ningún éxito importante se consigue sin algún esfuerzo que cuesta, sin la perseverancia que es una paciencia prolongada; así lo enseña la simple razón y vemos hombres faltos de fe imponerse sin lamentos durísimos trabajos, soportar estoicamente grandes dolores y mostrarse alegres y de buen humor ante los infortunios y la muerte que les amenazan. En cambio,

¿de qué son capaces los divertidos, los perezosos, los que abominan de todo lo molesto y trabajoso? ¡Cuán vacía y estéril es toda su vida! En las cosas de Dios el padecer es todavía más necesario, pero ¡cuán fecundo! Triunfa del pecado y de Satanás. Satanás reina por el atractivo del placer y es vencido por la cruz. El pecado no es otra cosa que la huída de una fatiga que está mandada o el procurarse una satisfacción prohibida, el remedio, pues, del pecado no puede estar sino en las privaciones y padecimientos. Así la divina Providencia permite muchas veces grandes males para sacar de ellos grandes bienes, guerras sangrientas para dar lugar a heroicos sacrificios, persecuciones para que reine el fervor después de la relajación y para producir mártires y santos. San Cipriano, cuando estalló la persecución, de la cual iba a ser la más ilustre víctima, decía: Porque una larga paz ha debilitado la disciplina sobrevienen los castigos del cielo para despertar la fe soñolienta y casi dormida. Los sacerdotes no son bastante fervorosos ni las obras exteriores inspiradas por una fe muy viva, las costumbres no eran bastante puras *(Sermo de lapsis)*. Eusebio atribuye a las mismas causas la persecución de Diocleciano y desde entonces muchas otras contrariedades por que pasó la Iglesia fueron pruebas permitidas por Dios para remediar los mismos males.

Los padecimientos, las privaciones vuelven al alma fuerte y viril, mientras que el bienestar, los éxitos fáciles, el reposo y las dulzuras de la vida la enflaquecen [1]; el padecer purifica el alma, y Dios cuya infinita santidad

1. La historia nos enseña que la decadencia de las órdenes religiosas comenzó siempre por el relajamiento en la práctica de la pobreza; se procuró suavizar los rigores de la Regla, se buscaron las comodidades, entonces desapareció el fervor primitivo.

era agraviada a causa de todas las manchas y fealdades de esa alma, tiene sus complacencias en ella cuando la ve pura y blanca por la tribulación; derrama entonces en ella una mayor medida de gracias. El sufrimiento fomenta y mantiene al amor, el que sufre poco ama poco. «Padecer por Dios, decía Santa Juana de Chantal, es el alimento del amor en la tierra, como gozar de Dios es el alimento del amor en el cielo». «Sufrir, decía San Francisco de Sales, es casi lo único bueno que podemos hacer en este mundo. Una onza de paciencia vale más que una libra de acción». (Hamon, *Vie de S. Fr. de Sales*, I, IV, ch. III, p. 531; Ibid, I, VII, ch. XII, p. 478). Es más fácil, en efecto, sufrir bien que obrar bien; se mezcla menos el amor propio, menos la precipitación, menos lo humano en los sufrimientos que en las ocupaciones.

El sufrimiento prepara delicias inmensas y eternas. Las alegrías mundanas, las alegrías culpables se convierten en amarga tristeza; al contrario, los dolores sufridos por Dios traen dulces consuelos, como Jesús lo declaró a sus discípulos: *Tristitia vestra vertetur in gaudium* (Jean, XVI, 20). Aun en esta vida es satisfactorio haber sufrido, haber padecido mucho por Dios; ¿qué será pues, en el cielo donde los más breves dolores se transformarán en deleites inefables? Son, pues, muy necios los que no aprecian los padecimientos, se quejan de ellos y murmuran; se parecen a las personas que si les llenasen los bolsillos de monedas de oro lamentaran el peso que se les impone y se enojaran.

III. Dios da el amor de la cruz

Y con todo eso, según la experiencia, son pocas las personas que comprenden el valor del padecer, más ra-

ras todavía las que experimentan el gozo del sufrir; los motivos tan poderosos que la fe nos presenta de la utilidad de los trabajos, las consideraciones tan propias que nos podemos valer, podrán estimularnos a estimarlas; pero no llegan a hacernos amarlas; y si producen este amor resulta muy corto; si causan cierta alegría, este contento conseguido por las reflexiones no es ni muy dulce ni muy profundo.

La verdadera alegría de padecer es un don de Dios que concede a las almas generosas. Estas se prepararon a ello dominando su naturaleza tan ávida de placeres y tan enemiga de toda pena, y desarrollando en ellas por una vida de íntima unión y con animosos sacrificios un amor ardiente. De este modo quitando los obstáculos por una parte, y por otra ablandando su corazón y dirigiéndolo hacia Dios, e impregnándolo de amor se han preparado para recibir de Dios un amor más profundo y más puro que trae consigo el amor de la cruz. Entonces, como dice la Imitación, «el deseo de padecer para conformarse con Jesús crucificado inspira tanta fortaleza que no querría verse libre de tribulaciones y dolores porque comprende que es uno tanto más agradable a Dios cuanto más sufre por El». (I, II, ch. XII, 1.º 8). No son ya únicamente las meditaciones hechas las que dan a entender estas verdades; el Espíritu Santo ha iluminado al alma: la nobleza del sufrimiento, su valor inestimable se le manifiestan con una claridad superior y le impresionan vivamente. «Padezco, se dice el alma, pero es por Dios, es por Jesús, que tanto padeció por mí; reparo mis faltas, consuelo a Dios por lo mucho que le he apenado. Sufro, luego amo; sufriendo pruebo mi amor. Sufro, luego mi amor va creciendo, eternamente será más grande, por siempre jamás amaré más a mi

Dios. Sufro y sufriendo estoy unida a Jesús, continúo su obra, o más bien, Jesús continúa en mí esta obra de dolor y de salud: *Adimpleo ea quae desunt passionum Christi in carne mea.* Sufro con El por las almas; como El, por El y con El lograré para los desdichados pecadores la felicidad eterna».

El alma favorecida con este don divino no advierte siempre distintamente todos los motivos que tiene para amar el padecer, muchas veces los ve sólo en confuso y con una vista general, el espíritu divino obra más en su voluntad para hacerle amar la cruz que en su inteligencia para mostrarle sus utilidades, y este atractivo sobrenatural que siente hacia lo que tanto repugna a su naturaleza le suaviza grandemente las amarguras de la vida, y le da la única verdadera dicha prometida por Jesús a los pobres, a los afligidos, a los perseguidos: *Beati pauperes... beati qui lugent... beati qui persecutionem patiuntur.* «Cuando hayáis llegado, dice la Imitación, a encontrar el sufrimiento dulce y a amarlo por Jesucristo, entonces consideraos felices porque habéis hallado el paraíso en la tierra (1, II, ch. XII, n.º 11).

Este paraíso no es el de la gloria en el cual enjugará Dios todas las lágrimas: *absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum* (Apoc., VII, 17; XXI, 4). En la tierra los mayores amigos de Dios las derraman todavía. Pero no son lágrimas egoístas, como las personas inmortificadas y amigas de sí mismas, que sienten vivamente lo que apena a su amor propio, las que vienen de las privaciones y de la falta del propio bienestar, las penas de las contradicciones que produce el apego a su propia voluntad; los amigos de Dios son superiores a estas miserias y su abnegación, su confianza plena les ahorran muchas melancolías o enfados que sienten las almas imperfectas.

Pero lloran como Jesús lloró en la tumba de Lázaro viendo el dolor de Marta y María, como lloró por Jerusalén, con la idea de los males que cuarenta años más tarde habían de caer sobre la Ciudad santa. Sus penas, pues, son penas de amor motivadas o por el afecto a sus hermanos, o por la caridad para con Dios: pena de verse separadas de este Dios tan amable, con un destierro que se prolonga, pena de verle ofendido; penas nobles y santas que vienen del amor y acrecen el amor. Con todo eso son penas, y Dios que las hará cesar en el paraíso, permite que en esta vida traspasen y laceren el corazón de sus amigos.

¿Por qué un Dios tan bueno deja que el dolor agobie a sus hijos? Porque Dios es un Padre santísimo que viendo siempre delante el pecado, se ve obligado a afligir a los que más ama para remediar con sus dolores sus pecados propios o los ajenos. Pero también es un Padre tiernísimo que desea con deseo infinito hacer felices a sus hijos; los prueba bien a disgusto suyo, y templa las pruebas con las dulzuras, las aflicciones con las caricias, las señales de su amor con las operaciones de su santidad en el alma. Dios es, dice San Pablo, «Dios de toda consolación» (II, Cor. I, 3), y los consuelos que Dios da no son como las consolaciones naturales que no traen a nuestros duelos mas que un alivio muy superficial y efímero; las consolaciones divinas penetran hasta el fondo del alma y no desaparecen. Las almas que más ama, las que consiguieron su amistad, son las más probadas y también las más consoladas; tienen la mayor semejanza con Cristo cuya alma conoció sobre todas las almas juntas las penas lacerantes y las dulzuras embriagantes. «Así como los padecimientos de Cristo, dice San Pablo hablando de sí mismo, abundan en nosotros, del mismo modo abunda

por Cristo nuestra consolación» (II, Cor I, 5). El Salmista experimentó también los mismos efectos de la ternura divina: «Vuestros consuelos, decía al Señor, regocijaron mi alma en proporción de la multitud de penas de mi corazón»: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuae laetificaverunt animam meam* (Ps. 93, 19).

Cuán bondadoso es, pues, el Señor para los que le aman y cómo premia divinamente a las almas generosas. El les hace amar la Cruz y El les da a sentir siempre una paz grande, una dicha serena y sólida, con frecuencia alegrías profundas, donde los cristianos poco amantes no encuentran sino amargura y desolación. Cuando estas almas tan entregadas a Dios son pasto del sufrimiento no querrían dejar de sufrir, ven que así aman más a Dios y lo bendicen porque las prueba. Las tribulaciones, pues, son para ellas ya en esta vida ocasión de dulces consuelos y al mismo tiempo de muy grandes méritos, semilla de felicidad, gérmenes de inefables y eternos deleites.

CAPÍTULO XXVI

FUSIÓN DE LA VOLUNTAD HUMANA EN LA VOLUNTAD DIVINA

I. Las dos tendencias contrarias de nuestra voluntad

En el cielo seremos semejantes a Dios, dice el Evangelista San Juan: *Similes ei erimus* (I, Juan, III, 2). Y añade, todo el que tiene esta esperanza debe procurar santificarse como Dios es santo. «Sed santos porque yo, vuestro Dios, soy santo» (Lev. XIX, 2, 11, 44), dice el Señor varias veces a su pueblo. Así la semejanza con Dios que será nuestra gloria y la suprema felicidad eternamente debe ser ante todo una semejanza de santidad; la cual se consigue primeramente por la fusión de nuestra voluntad en la divina, anonadando todos los deseos humanos que no son santos, y por la aceptación amorosa de todas las voluntades divinas que son esencialmente santas. Cuando lleguemos a querer todo lo que Dios quiere y sólo lo que Dios quiere, El mismo perfeccionará esta semejanza que quiso establecer entre El y nosotros; en esta vida nos colmará de gracias, pero aun mejor en el cielo nos dará una abundante participación de su infinita belleza, nos comunicará con ancha medida su infinita felicidad.

Desterrar de la voluntad todo querer que no es santo, tal debe ser el objeto de nuestros constantes esfuerzos; debemos despojarnos, como predica San Pablo, del hom-

bre viejo, viciado por las codicias falaces, y revestirnos del hombre nuevo, el cual es totalmente justo y divino, renunciar a Adán, a sus deseos, a sus inclinaciones desordenadas para cubrirnos con las virtudes de Jesús (Eph., IV, 22-24; Col., III, 2-10; Rom., XIII, 14).

Impresionaba vivamente al gran apóstol esta oposición de tendencias en nuestra alma, las cuales, hacen que en cada uno existan como dos adversarios encarnizados, dos combatientes perpetuamente en guerra; el hombre viejo que es la reproducción de Adán pecador, y el hombre nuevo, el hombre divino, que es la reproducción de Jesús. Después del pecado original, los malos instintos, de los cuales hasta estonces la bondad divina había preservado a la humanidad, aparecieron muy vivos, y en el hombre hizo presa el egoísmo, la sensualidad, el orgullo, la avaricia; pero Jesús vino a devolvernos la gracia que perdió Adán, a hacernos posible la práctica de las virtudes; siendo El mismo el gran modelo y ejemplar de ellas. Adán, por desgracia, vive siempre en nosotros, pero también Jesús vive en las almas. Luchar contra Adán, hacer morir todo lo que queda en el hombre de sus tendencias pecaminosas, de sus defectos, de sus pasiones, y aumentar más y más las perfecciones cuyo germen depositó Jesús en nosotros y que son sus propias perfecciones, ved ahí nuestra empresa.

Es manifiesto que todos los deseos o gustos originados de la naturaleza viciada, y contrarios a los divinos, deben ser desechados, anulados; pero hay otros procedentes de la naturaleza, y en sí mismos legítimos; y también éstos deben ser absorbidos en la voluntad divina; y cuando no sean conformes con ella los debemos desaprobar y rechazar. «Padre, decía Jesús, muy cerca de su Pasión, líbrame de esta hora de crueles dolores: *Pater*,

salvifica me ex hac hora. No, Padre, no me libréis, pues que he venido al mundo para padecer y morir. Padre, glorifica tu nombre» (Juan, XII, 27-28). Y horas después, en Getsemaní, aun oraba Jesús; «Padre mío, si es posible aparta de mí este cáliz. Pero no, Padre mío, hágase tu voluntad y no la mía».

No había lucha en el alma del Salvador; si sentía este horror al sufrimiento que el alma humana siente es porque lo quería de veras, pues la parte inferior estaba en Él admirablemente sometida a la parte superior. Aun cuando sintiese acerbamente pena por ello, Jesús quería el dolor; tenía dos voluntades, pero la voluntad santa dominaba enteramente su voluntad natural. En nosotros al contrario, existe la lucha, las voluntades inferiores no se someten así a la voluntad superior que es la de la gracia; deben ser rigurosamente vigiladas y las más veces con denuedo combatidas para practicar la perfecta sumisión al divino beneplácito.

La voluntad natural del hombre es la de su comodidad, gozar, ser estimado, alabado, honrado, querido, libre de toda privación, sufrimiento, humillación, disfrutar las alegrías del espíritu, del corazón, seguir sus inclinaciones, obrar a su talante, que prevalezcan sus ideas; la voluntad divina que puesta en nuestras almas por la gracia se llama en nosotros voluntad sobrenatural, es que amemos a Dios, que procuremos su gloria por todos los medios, aún por los sacrificios y los sufrimientos que son los recursos más eficaces. ¡Cuán ardiente es en sus deseos nuestra voluntad natural, cuán tenaz, y en línea recta para conseguir su fin! «No podéis imaginaros, decía Taulero, la habilidad, las perfidias secretas de nuestra naturaleza para buscar en todas partes sus comodidades. Muchas veces encuentra su placer y su de-

leite cuando creíamos no darle más que lo necesario; por eso importa en gran manera que el hombre racional vigile atentamente y mantenga en su deber, dirija y gobierne con perseverancia la bestia que existe en nosotros» (Ed. Noël, t. V, p. 339, sermón primero de la dedic.). No basta que nos esforcemos en dirigir siempre bien nuestras intenciones; la naturaleza es tan codiciosa, tan rebelde y testaruda, que una simple orden no bastará jamás para dirigirla con tino, y así añade Taulero: «para llegar a la perfecta unión con Dios, no hay camino más breve como la perfecta mortificación» (T. II, p. 275, Sermón primero de Pascua).

Las voluntades o gustos naturales y las sobrenaturales se encuentran en nuestra alma como en un jardín las buenas y malas hierbas; si el jardinero deja crecer las malas, éstas impiden el incremento de la hierba buena, y acaban por matarla. Así, si dejamos correr libremente a las primeras van siempre creciendo y terminan por ahogar a las segundas; pero si las resistimos, si las domamos, si las aniquilamos, éstas se hacen fuertes e irresistibles. San Francisco de Sales estaba tan convencido de esta verdad que era su deseo que todos se persuadieran de ella; su expresión favorita, dicen sus biógrafos, la que no se hartaba de repetir, era ésta: «El que más mortifica sus inclinaciones naturales, se atrae también más las inspiraciones sobrenaturales» (Espíritu, p. 10. S. 1).

Y las hemos de combatir todas: es necesario refrenar la inteligencia con el recogimiento, anonadar el amor propio con la humildad, domar y sujetar con mortificación generosa su cuerpo, su corazón, su juicio, sus gustos, sus deseos, su voluntad.

II. Es necesario mortificar su carne

Y en primer lugar hay que mortificar la carne. Oigamos a Monseñor Gay: «Desde Adán, que por orden de Dios tuvo que llevar en su carne, y durante toda la vida, la dura penitencia de su pecado, hasta San Pablo, que obrando por el Espíritu Santo, castigaba su cuerpo y lo reducía a servidumbre, la mortificación de la carne fué siempre considerada como una rigurosa obligación divina; y la Iglesia la enseñó siempre y en todas partes esa necesidad y ha impuesto su práctica a todos los fieles» (*Vida y virt. crist.* t. II, c. VII, 22).

Monseñor Gay alega el ejemplo de San Pablo: este grande apóstol habla muchas veces en sus cartas de la necesidad de mortificar su carne: «Los que viven según la carne, saborean las cosas de la carne; los que viven según el espíritu gustan de las cosas del espíritu. Las aficiones de la carne son muerte, las del espíritu son vida y paz. Las aficiones de la carne son enemigas de Dios, no están sujetas a la ley divina, ni siquiera pueden estarlo..... Luego, los que viven según la carne gustan las cosas de la carne» (Rom., VIII), En efecto, piensan con ella, se preocupan de ella, viven en deseos de satisfacción sensual, se alegran cuando los consiguen, se contristan y lamentan cuando se les niegan, toman placer en hablar de eso. Sus inclinaciones naturales, pues, han prevalecido sobre las santas inspiraciones de la gracia; y su voluntad está bien lejos de ser conforme con la voluntad de Dios. Al contrario, los que sacudieron el yugo de la carne gustan de las cosas del espíritu: *quae sunt spiritus sapiunt;* piensan en ellas; sustentan con ellas su corazón; aspiran a los bienes espi-

rituales, a la virtud, al amor divino, hablan de ellas gustosamente; van pues con el espíritu, según expresión de San Pablo, y su voluntad está bien unida con la voluntad de Dios. «No somos deudores a la carne, continúa el apostol, no estamos obligados a vivir según la carne». A nuestro cuerpo, en efecto, no le debemos más que lo necesario, lo indispensable para desempeñar sus funciones. «Si viviereis según la carne, moriréis... pero si con el espíritu, o dejándoos guiar por el Espíritu Santo os mortificáis y destruís las obras de la carne, viviréis». No podía menos de sacar esta conclusión el apóstol: mortificad las obras de la carne para tener la vida verdadera, la vida divina; sujetad vuestra carne para no ser esclavos de ella; y a fin de dominarla, aprended a luchar contra ella, a reducirla, humillarla, vencerla, negándole lo que desea, e imponiéndole lo que le repugna.

Tal es en verdad la voluntad de Dios, quiere que el espíritu se enseñoree totalmente del cuerpo. Debemos revestirnos del hombre nuevo, hemos de tener los sentimientos de Jesús; pues bien, Jesús tomó carne humana no para halagarla sino sacrificarla a la gloria de su Padre y a la salvación de las almas. La voluntad de Dios es que hagamos de nuestro cuerpo no un dueño y señor, sino un esclavo o siervo dócil, y algo más, «una víctima viviente, santa y agradable a Dios» (Rom., XIII, 1). Sí, víctimas deben ser nuestros cuerpos, aunque en diferentes grados. Dios no exige a todos las austeridades heroicas de los santos, pero a todos pide una pureza sin mancha, una templanza perfecta, Dios quiere que practiquemos en toda su perfección estas virtudes que tienen al cuerpo con entera dependencia del alma; pero pueden practicarse perfectamente, si no se procura dominar la carne rebelde castigándola y mortificándola?

San Pablo no lo creía así, pues castigaba su cuerpo, y lo reducía a servidumbre para no ser contado entre los réprobos; tampoco los santos lo creían así, pues todos siguieron en esto al apóstol [1]. Los que se abstienen con mucho esmero de hacer sufrir a su cuerpo, se engañan si creen que lo dominan; muchas veces y sin advertirlo, obedecen a los deseos de la carne y no a la voluntad de Dios. Así, como consecuencia de las exigencias de la carne, de sus codicias desordenadas, se impone la mortificación, y todo el que quiere no obedecer más a sus gustos naturales, y conseguir la unión perfecta de su voluntad a la divina, debe hacer de su cuerpo una víctima, como lo fué el cuerpo del Salvador. ¡Cuántas personas llamadas por Dios a figurar en la categoría de sus íntimos amigos, no llegan a esto porque no quieren sufrir en su cuerpo y en su alma todo lo que deben padecer los verdaderos amigos de Jesús!

III. Los sacrificios del corazón

Es también voluntad de Dios que nuestro corazón sea muy suyo, y para que ame perfectamente a Dios se le exigen sacrificios que purifiquen y sobrenaturalicen mucho las afecciones más legítimas. Es tan dulce el amar; es la gran necesidad de toda naturaleza inteligente, porque Dios que es amor: *Deus charitas est*, formó a su semejanza las más nobles de sus criaturas. Amar será la gran felicidad del cielo; es también la verdadera dicha en la tierra: amar a un padre, a su madre, a los hermanos, a

1. El que hace poco caso de las mortificaciones exteriores, decía San Vicente de Paúl, diciendo que las interiores son mucho más perfectas, da bastante a entender que no se mortifica ni interior ni exteriormente» (*Vie*, Abelly, l. III, c. XXIV).

las hermanas, amar aquellos a los cuales hemos hecho algún bien o que nos lo han hecho, amar a su patria, ¿hay cosa mejor, y quien no es feliz y se enorgullece sintiendo en su corazón estas dulces afecciones? Sólo los corazones depravados por el egoísmo o corrompidos por el vicio quieren deshacerse de esos afectos y siempre consiguen disminuirlos. Pero tales sentimientos no deben menoscabar el amor divino. «El que ama a su padre, a su madre, a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí», dice el Salvador (Mat. X, 37).

El amor es el principio de todas nuestras acciones; obramos o por amor de Dios o por amor de uno mismo o por amor del prójimo; si pues queremos que nuestra vida sea en todo de Dios es necesario que ordenemos por entero nuestro amor, que esté dominado e inspirado por el amor divino. Debemos amar a Dios con todo nuestro corazón; para cumplir perfectamente este mandamiento, no será necesario que lo que existe de más íntimo, de más ardiente, de más delicado en los sentimientos del corazón humano pertenezca a Dios, lo dirijamos a Dios? ¿No es menester que la gracia insinuándose en el fondo de esta facultad del alma que es la potencia amativa se apodere de ella, la transforme, la sobrenaturalice enteramente? Pero esto no será posible sino después de purificar el corazón, o cuando lo que hay en él demasiado natural sea destruído. Una afección muy viva por legítima que sea produce fácilmente actos que no son irreprochables, como procurar con ahinco satisfacciones personales que desagradan al Dios de la santidad, y dificultan la operacion de la gracia. Se quiere gozar con exceso de la afección de un ser querido, nos complacemos sin medida en las diversiones con perjuicio del deber; y así con estos sentimientos legítimos de un afecto querido por Dios,

nacen y se confunden y barajan juntamente otros muy humanos, los cuales arraigan, y no se pueden desarraigar sino como despedazando al alma que ama. Toda persona ferviente pues debe imponer a su corazón generosos sacrificios, pero Dios que la ama y quiere su santificación no se contentará con eso: será preciso que las penas del corazón ocasionadas por las separaciones, los duelos, las desgracias de los que amamos, o también por sus resistencias a los buenos consejos, por sus flaquezas y caídas, destruyan lo demasiado humano que hay en el afecto que entrañan, y que en lugar de sentimientos imperfectos reine un amor más puro y muy sobrenatural. Despojándose por estos sacrificios y privado con estas pruebas de los goces humanos de la afección, el alma fiel se despega de ellos; ya no ama para gozar, no quiere ya amar sino según Dios y para Dios; su amor desinteresado, es por eso mismo más fuerte. Abrahán no amó menos a Isaac después de consentir en sacrificarlo, su amor fué un amor más santo, más puro y más fuerte que hasta entonces.

IV. Lucha contra los asimientos, los gustos, las tendencias de la voluntad

Para tener su voluntad ligada a la de Dios el alma fiel debe sacrificar muchas veces sus ideas y sus gustos; por esos actos de renuncia quita los impedimentos que en casi todas las criaturas humanas se oponen a la realización total de los intentos divinos. Todas las veces que podemos renunciar nuestra voluntad para hacer la de los otros, decía el Santo Cura de Ars, adquirimos grandes méritos; morir así a su propia voluntad eso es lo que hace santos, «M. Olier consultaba a M. de Breton-

nilliers aun para cosas bien importantes, y éste que era muy joven se resistía a darle consejos, pero M. Olier le dijo: «Si yo estuviera solo con Juan — era su familiar — le pediría su consejo y haría sencillamente lo que me dijera. No hagamos jamás nuestra voluntad, si es posible, aun en las cosas más pequeñas» (*Vie*, Faillon, II, p. I, VI).

La obediencia puntual a su regla o, no siendo religioso, a su ordenamiento de vida, es uno de los medios más eficaces para quebrantar la voluntad propia y cumplir en toda circunstancia la voluntad divina; así se expiaron muchos pecados y se han ganado grandes méritos [1].

Esta renuncia de la propia voluntad que une estrechamente al alma con Dios no va sin la renuncia del propio juicio. Por desgracia el hombre se apega tanto más a su propio juicio cuanto menos juicio tiene. Una persona juiciosa es mucho menos afirmativa y radical, menos segura de sí misma y confiada en sus opiniones que las personas de cortos alcances; ve mucho mejor las razones para dudar, y sabe ponderar mucho más rectamente el pro y el contra. Cuando vemos que otros no son de nuestro parecer, ¿no es discreción el pensar que no somos los únicos clarividentes y que podemos equivocarnos tanto como nuestros hermanos? Me he equivocado o puedo

1. La Hermana María de Jesús Crucificado vió el 6 de julio de 1874, a la Madre Superiora del Carmelo de Marsella ir directamente al cielo, con sólo pasar sin detenerse por las llamas del Purgatorio; extrañada, le pregunta qué es lo que le ha valido este favor. «Es que no he faltado jamás a la caridad y *he practicado la regularidad*», respondió la difunta (*Vie*, P. Estrate, ch., XV). Santa Margarita María, según dice la M. Greyfié, vió una de las Hermanas difuntas de la Comunidad padecer en el Purgatorio tormentos espantosos por sus faltas de caridad y *por la grandísima facilidad en dispensarse de la Regla y de los ejercicios comunes*, y también por haber procurado demasiado los alivios y las comodidades corporales (*Vie et Œuvres*, t. I, p. 376).

equivocarme: esta confesión que nos debía ser tan natural, ¡cuán difícilmente sale de los labios de la mayor parte de los hombres, y cuán difícil les es renunciar a su manera de ver, plegarse a las decisiones de otro, y procurar satisfacer los deseos del prójimo cuando son opuestos a sus propios deseos!

También estamos muy adheridos a los objetos que poseemos, a los empleos que ejercemos, a las ocupaciones que nos agradan, a todo lo que de cualquiera manera complace a nuestra naturaleza. Desde los primeros años de la infancia sentimos ciertas inclinaciones que libremente fomentadas, tiernamente amadas pueden llegar a ser cada vez más tiránicas; es difícil triunfar de ellas, hollar lo que nos atrae y lo que nos disgusta, y llegar a no querer en todo sino la voluntad divina. «Todo lo que tenemos, dice Taulero, hemos de poseerlo como Dios quiere, es decir, con verdadera pobreza de espíritu. Todo lo que más queremos en esta vida: nuestros amigos, la reputación, el cuerpo, el alma, el placer, las comodidades, todo esto hemos de abandonarlo muy cordialmente y sin reserva por el amor de Dios, si nos lo exige y como lo reclame. Cuando un hombre posee este espíritu libre y muy fijo en Dios, sin el menor apego a cosa alguna, está dispuesto a renunciarlo todo, si Dios lo ordena. Aunque poseyera un reino no es menos pobre esencialmente delante de Dios» (Noël, t. II, dom. 2.ª después de Epif.).

Pero cuántos actos de renuncia hay que hacer, cuántas contradicciones se han de tolerar, por cuántas contrariedades habrá que pasar antes de que todos nuestros lazos sean quebrantados, todas nuestras inclinaciones naturales sometidas, y antes de que estemos siempre y en todas las cosas únicamente atentos a cumplir bien lo

que a Dios place. En las circunstancias más comunes de la vida encuentra un alma generosa e iluminada ocasiones de sacrificios; entiende que debe renunciarse para estar amable con todos, y practicar el celo, y acomodarse a las ideas de otro, para ser humilde, y aceptarlo todo gozosamente, para observar por sus cabales todos los deberes de su estado, y cumplir bien las disposiciones de la Regla o del Reglamento que ordena su vida. Y no bastan los actos, es necesario aplicarse también a reprimir los sentimientos de gozo, de tristeza, de deseo, de temor, los cuales provienen de nuestras afecciones e inclinaciones naturales, pero que al mismo tiempo los fomentan y excitan; es menester pues conservar su alma en una santa indiferencia y un perfecto abandono. Sólo los que piden con vivas instancias al Señor sostenerlos y fortificarlos contra sí mismos, pueden practicar esta continua abnegación.

V. Como Dios recompensa a los que luchan animosamente contra sí mismos en todas las cosas

Son pues muy sensatos los corazones amantes que uniendo enardecidas súplicas con grandes esfuerzos viven en la renuncia que Jesús exige, y van en pos de las huellas suyas: *Qui vult venire post me abneget semetipsum.* ¡Cuantas gracias reciben de Dios! «Un hombre, dice Taulero, puede morir millares de veces al día y a cada muerte sucede y corresponde una vida más fecunda. Dios no puede negar tal vida a tal muerte. Cuanto pues la muerte sea más completa y fuerte y dolorosa, tanto la vida correspondiente a esa muerte será más dulce, vigorosa y verdadera. Cada efluvio de vida trae al hombre fuerzas nuevas y lo hace más animoso para afrontar

una muerte todavía más completa» (T. II, p. 277, Serm., 1.°, de Pasc.). En efecto cuando Dios, que no se deja vencer jamás en generosidad, ve que un alma ha peleado esforzada y constantemente contra su naturaleza, viene en socorro de su poquedad; primero le da aquellas luces con que aprecia mucho más la divina voluntad. Entonces comprende mucho mejor de lo que llegaría a entender tras largo estudio, que esta voluntad de Dios es infinitamente sabia, infinitamente santa, infinitamente buena; ni puede menos de serlo, porque en Dios, Ser simple, que El mismo es todas sus perfecciones, la voluntad no se distingue de la esencia divina. Y después, a esta pequeña voluntad humana que quiere entregarse a El, pero que por sí misma es tan poca cosa, Dios la toma, la fortalece, la inclina, la dirige según su beneplácito, la hace querer lo que El quiere. Las almas a las cuales el Señor ha fortalecido de este modo y cuya voluntad ha unido a Sí sienten un amor purísimo, sereno pero firme e intenso de la voluntad divina, y desde que conocen un querer divino, aunque contrario a todos sus atractivos o gustos naturales, se sienten impulsadas a cumplirlo o aceptarlo.

No es que estén libres de todo combate, ni que Dios las prive de toda amargura. Nuestro Señor, dice Santa Margarita María (*Vie*, Ed. Gauthey, t. II, p. 82), me ha declarado que «no quiere disminuir mi sensibilidad ni mis repugnancias, ya para honrar las que quiso sentir en Getsemaní, ya para proporcionarme ocasiones de victorias y humillaciones». Pero si quedan esfuerzos por hacer, repugnancias que vencer, la voluntad estrechamente unida a la voluntad divina no vacila en realizar estos esfuerzos, en triunfar de sus repugnancias. Muchos actos de abnegación antes difíciles son ahora fáciles, y los que todavía cuestan los efectúa con gran ánimo; la

mortificación es siempre contraria a los instintos de la naturaleza, pero porque agrada a Dios, el alma amante la practica con generosidad; además el deseo de asemejarse a Jesús, el amor que le tiene es quien la mueve, porque el amor no puede consentir que Jesús sufra tanto por ella y ella nada. Esta alma fiel oye en el fondo de su corazón una voz que le dice, como el ángel custodio a Gemma Galgani: «Quieres siempre amar a Jesús; no ceses de sufrir por El» *(Vida,* c. VIII, p. 85). Desde que no busca sino la voluntad divina, el alma unida a Dios está siempre satisfecha de todo, y dice como San Pablo: «Sé vivir en escasez, sé vivir en abundancia». Si posee mucho sabe moderarse, y las privaciones que se impone le impiden ceder a los deseos de la naturaleza; si tiene poco, Dios así lo permite, lo sobrelleva alegremente.

Dios lo quiere: esta fórmula expresa bien la disposición habitual del alma muy fiel. Dios, por su parte, según promesa del Espíritu Santo, hace la voluntad de los que le temen: *Voluntatum timentium se faciet* (Salm. 144, 19); pues ya no tienen más que santas aficiones, saludables deseos, los cuales place a Dios satisfacerlos.

De este modo la voluntad de Dios y la del alma enteramente fiel acaban por unirse tan bien unidas que Dios y el alma no hacen sino uno: Jesús y el alma parecen animar el mismo cuerpo y realizar todos sus actos; son, pues, dos en una carne: *Erunt duo in carne una.* Es el matrimonio místico, es la unión perfecta, preludio y presagio de la unión celeste por la cual Dios estará eternamente en el escogido y el escogido en Dios.

EPÍLOGO

La doctrina que acabamos de exponer en esta obra la hemos sacado de la Sagrada Escritura y de los escritos de los santos doctores, pero también es el fruto de una larga experiencia. Desde que, hace muchos años — abril 1883 — Dios nos encomendó el cuidado de las almas y quiso que dedicáramos a ello la mayor parte del tiempo, son innumerables las almas generosas que ha puesto bajo nuestra dirección, muchas también las conciencias con las cuales permitió que mantuviéramos agradables relaciones. Más que la mayor parte de nuestros hermanos en el sacerdocio hemos tenido ocasión de comprobar, que las promesas hechas por el Señor a las almas, en verdad fieles, se verifican siempre, que los elogios hechos por los santos de la vía unitiva y perfecta son enteramente conformes a la verdad.

Si scires donum Dei. ¡Oh, alma piadosa, si conocieras los dones de Dios! Si supieras cuán bueno es el Señor, cuán pródigo de bienes para los que le sirven, como cobrarías ánimo y aliento para servirle con una generosidad completa. ¡Ay! existen almas que llamadas al amor perfecto, favorecidas con gracias especiales, habiendo sido iluminadas acerca del valor de la virtud y de las ventajas inmensas de una vida del todo para Dios, no deberían tener deseo más vehemente que el de ser admitidas en la clase de los amigos íntimos de Jesús, y a quienes la verdadera abnegación infunde pavor, y el estado de unión con Dios les parece una ilusión. Tratan

con desdén, de místicas a las personas que tienen estos deseos y que procuran vivir en el recogimiento, morir a sí mismas y hacer constantes progresos en la vida interior; ellas por lo contrario, quieren llevar una vida muy exterior de ocupaciones, de empresas, con pequeña dosis de ejercicios piadosos, los cuales las más veces ejecutan con negligencia y continuas distracciones.

¡Pobres almas, cuánto se equivocan! No, no es eso lo que Dios espera de ellas.

Otras al contrario, tienen nobles aspiraciones, querrían avanzar en la vida interior, pero no ponen bastante resolución y constancia en la lucha y quedan muy atrás de lo que podrían ser. Muchas veces también no poseen bastante confianza; la perfección, dicen ellas, no es para mí. Santa Teresa señala más de una vez y vitupera esta disposición. La atribuye a que la pintura que se les ha hecho de las admirables disposiciones de las almas generosas las ha espantado más que animado. «Es necesario, les dicen los libros que tratan de oración y contemplación, estar indiferente a lo malo que digan de nosotros, tener mayor contento que cuando digan bien, hacer poco caso de honra, estar despegado de deudos. Pero, observa la santa, estos son puros dones de Dios, bienes puramente sobrenaturales» *(Vida,* 31) [1]. Sí, son puros dones de Dios, pero Dios, como añade Santa Teresa, se los dará si esperan en El, porque no los niega a los que saben disponerse a ellos. Y así, a todos los que aspirando a una total vida de amor hacen generosos esfuerzos, y se imponen santas violencias para multiplicar

1. Santa Teresa llama siempre sobrenaturales los estados o las virtudes que el alma, aun ayudada por la gracia común, no puede adquirir por sus propios esfuerzos, y que Dios infunde por sí mismo en ella.

los sacrificios, Dios les acude sin retardo: no espera al cielo para enriquecerlos con sus favores. ¿No prometió el cien doblado aun en esta vida a los corazones generosos? De estas gracias dadas en este mundo a los verdaderos amigos de Dios, escribió San Pablo: «Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre entendió lo que Dios ha preparado a los que le aman» (I, Cor., II, 9) [1].

No son siempre dulzuras, y sobre todo, no son las más veces dulzuras sensibles las que Dios les otorga; concede más y mejor. Su deseo es conseguir grandes virtudes para agradarle más y servirle mejor. Y les concede esas virtudes y de una manera mucho más perfecta de lo que ellas hubieran podido lograr con sus esfuerzos; les recompensa la fidelidad a la gracia con gracias mucho más excelentes; haciendo que sea mucho más fuerte, mucho más puro, mucho más elevado el amor de los que se esfuerzan generosamente para amarlo mejor.

Estos dones del divino Maestro distan mucho de ser conocidos tales como son; los mismos que los reciben no son muy conscientes de los progresos que hacen porque el amor que recibieron no es sensible; pero sus progresos no son menos considerables y cuando llegue la hora de la luz clarísima, cuando su alma separada de las tinieblas de la carne se vea tal como es, verán cuan bueno fué Dios para ellas y como multiplicaba sus gracias a medida que multiplicaban sus esfuerzos.

Animo, pues, almas fervientes, mirad bien alto, no os contentéis con una virtud común, con una piedad ordinaria: *Estote perfecti sicut et Pater vester caelestis perfectus*

1. Ordinariamente se aplican estas palabras a los gozos de la gloria; son, en efecto, más verdaderas todavía de los bienes del otro mundo, pero San Pablo habla aquí de las gracias hechas en esta vida a los amigos de Dios.

est: sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. No sirváis a Dios perezosamente sino con el fervor del alma y hasta que Cristo se haya formado en vosotras (Rom., XII, Gal., IV). No cedáis, pues, jamás al pensamiento de que la perfección es demasiado elevada para vosotras; indudablemente es superior a vuestras fuerzas, pero para Dios es cosa facilísima conduciros a ella. Luchad con brío, orad perseverantes, esperad fríamente y Dios bendecirá vuestros esfuerzos y os levantará a la jerarquía y condición de sus íntimos amigos; porque amándoos Dios os hará más santos, y viéndoos más santos os amará siempre mucho más. Será, pues, esto una progresión siempre creciente hasta el día en que vuestro amor llegado a un altísimo grado consiga lo que tanto habrá deseado: Se os dará Dios, según expresión del divino Maestro con una medida apretada, muy llena, bien colmada y rebosante por todas partes: ***Mensuram bonam et confertam et coagitatam et superefluentem dabunt in sinum vestrum*** (Luc., VI, 38).

ÍNDICE

Págs.

Dos palabras del Editor v
Prólogo de la primera edición 1
Prólogo de la segunda edición 11

PRIMERA PARTE

Objeto por conseguir. La perfección

CAPÍTULO I. — ALMAS VIRTUOSAS Y ALMAS PERFECTAS

I. Diferencia entre las almas virtuosas y las perfectas . . 31
II. Podemos y debemos esforzarnos por ser perfectos . . . 37

CAPÍTULO II. — CUANTO GLORIFICAN A DIOS LAS ALMAS PERFECTAS

I. Las almas perfectas manifiestan las perfecciones divinas . 42
II. Los perfectos son los preferidos del Señor. 46

CAPÍTULO III. — LAS VENTAJAS DE LA PERFECCIÓN

I. Paz que gozan en este mundo las almas perfectas . . . 49
II. El juicio particular del alma perfecta 52
III. El Purgatorio de las almas perfectas. 55

CAPÍTULO IV. — EL CIELO DE LAS ALMAS PERFECTAS

I. Esplendor y deleites de los escogidos. 58
II. Goces producidos por el amor y proporcionados al amor . 62

CAPÍTULO V. — JESÚS VIVIENDO EN NOSOTROS

I. Unión estrecha entre Jesús y el alma fiel. 68
II. Jesús fuente e instrumento de gracia. 69
III. El amor que Jesús nos tiene le hace desear unirse con el alma. 72
IV. Cómo debemos permanecer unidos a Jesús 75

CAPÍTULO VI. — LA TRANSFORMACIÓN DEL ALMA EN DIOS

I. Dios quiere poner en el hombre su imagen 80
II. Debemos apartar todo lo que impide asemejarnos a Dios y hemos de dejarnos purificar 84
III. El alma al mismo tiempo que se purifica se diviniza . . 87

SEGUNDA PARTE

Medios para alcanzar la perfección

CAPÍTULO VII. — LA GRACIA DIVINA

I. La predestinación divina y la cooperación humana . . 91
II. Cuan culpables son y sin juicio los que corresponden mal a las gracias divinas. 97

Págs.

CAPÍTULO VIII. — La perfecta correspondencia a la gracia

I. Amor de Jesús al alma fiel 103
II. Ejemplos de fidelidad 105
III. Lo que ganan las almas rectas y animosas 108

CAPÍTULO IX. — Los caminos de la gracia

I. Primer modo de la acción de la gracia por medio del discurso y de las impresiones sensibles 111
II. Acción directa del Espíritu Santo en la parte superior del alma 115

CAPÍTULO X. — Cómo debemos reparar nuestras infidelidades

I. Podemos frustrar los designios de Dios sobre nosotros . . 124
II. El Purgatorio de las almas poco fieles 126
III. Debemos pedir la gracia de reparar y esforzarnos por expiar nuestros pecados 128
IV. A quien se muestra generoso en la reparación, Dios le da las gracias perdidas 132

CAPÍTULO XI. — A toda costa

I. Sin combate, no hay victoria 136
II. La lucha con el demonio enemigo del alma 137
III. La victoria es negocio de la voluntad. 140
IV. Cómo se afianza la voluntad 142

CAPÍTULO XII. — Las pruebas o tientos de Dios

I. Objeto providencial de las pruebas 149
II. Ejemplos de pruebas dispuestas por Dios 152
III. Efectos felices o funestos de estas pruebas 159
IV. Medios para utilizar las pruebas 162

CAPÍTULO XIII. — Importancia de la vida interior

I. Error de las almas que no cultivan la vida interior. . . 165
II. Frutos que alcanzan los que se dan a la vida interior . . 169

CAPÍTULO XIV. — Práctica de la vida interior

I. Es menos difícil de lo que algunos piensan guardar la presencia de Dios. 174
II. Obstáculos a la vida interior 176
III. Lucha contra la imaginación 178
IV. La memoria de Jesús 182

CAPÍTULO XV. — La devoción al Sagrado Corazón

I. Ventajas del camino de amor 186
II. El amor humano de Jesús 188
III. El amor divino de Jesús. 192

Págs.

CAPÍTULO XVI. — La oración

I. Ventajas de la oración 199
II. Cualidades de la oración 202
III. Lo que hemos de pedir a Dios 207
IV. Jesús modelo de oración 211
V. Valor diverso de nuestra oración 214

CAPÍTULO XVII. — La oración mental

I. La oración necesaria a la verdadera piedad. 218
II. Naturaleza y grados de la oración. 221
III. Reglas prácticas comunes a toda oración: preparación, lucha contra las distracciones. 226
IV. Reglas particulares para cada grado de oración: la oración de unión amorosa 233

TERCERA PARTE

Las virtudes perfectas

CAPÍTULO XVIII. — La virtud de la fe

I. La fe, sus pruebas, sus grados. 241
II. La fe crece con el amor. 246
III. Las ventajas de la fe perfecta 250
IV. Cultivemos nuestra fe 252

CAPÍTULO XIX. — La virtud de la esperanza

I. Sólo las almas muy fieles aprecian dignamente los bienes del cielo 256
II. El gran aliento que tienen los verdaderos amigos de Dios enardece más su esperanza 261
III. La confianza plena de las almas muy fieles 263
IV. La confianza en Dios y los afanes 265
V. Los frutos de la esperanza perfecta 269

CAPÍTULO XX. — El amor de Dios

I. Por qué Dios quiere ser amado. 272
II. Ventajas que procura el amor divino. 275
III. El amor perfecto. 278
IV. Varios modos de amor. Sentimientos que produce . . . 283

CAPÍTULO XXI. — La práctica del puro amor

I. Debemos desear el amor divino y renunciar a las vanas afecciones 287
II. Diversos modos de ejercitar el amor 291

CAPÍTULO XXII. — La caridad fraterna

I. Dios quiere que seamos caritativos 296
II. Dos tendencias opuestas del corazón humano: amor natural del prójimo y egoísmo 300